RESUMEN DE HISTORIA DE LA LITERATURA

C.11222K6
E.100004

RESUMEN

DE

Historia de la Literatura

POR EL DR.

Narciso Alonso Cortés

de la Real Academia de Bellas Artes de Valladolid,
Cronista de esta ciudad, C. de las Reales Academia Española
y de la Historia
Buenas Letras de Málaga, Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes
de Córdoba, etc.

Cuarta edición, con grabados.

VALLADOLID
IMPRENTA DE E. ZAPATERO

1917

R. 77126

Es propiedad del autor.
Se ha hecho el depósito que la ley determina.

LITERATURAS ORIENTALES

CAPÍTULO PRIMERO

BREVES INDICACIONES SOBRE LAS LITERATURAS EGIPCIA, CHINA, INDIA, PERSA Y CALDEA

Historia literaria.—Como desde luego se comprende, la Historia literaria tiene por objeto estudiar el origen y desenvolvimiento de las Literaturas. Este estudio, naturalmente, es muy extenso; pero nosotros le hemos de realizar en forma breve y elemental.

Para ello pueden dividirse las Literaturas en dos grupos: *Literaturas antiguas* y *Literaturas modernas*. Las primeras, como lo indica su nombre, son las desarrolladas en el mundo de la antigüedad, y comprenden dos manifestaciones: *Literatura oriental ó simbólica* y *Literatura clásica*. Las literaturas modernas son las pertenecientes á las naciones que se formaron después de caer el imperio romano.

Literatura oriental ó simbólica.—Es la producida en los antiguos pueblos de Oriente, y su carácter distintivo estriba en valerse del símbolo y de la alegoría como medio general de expresión, en forma que las palabras tienen un alcance mayor del que á primera vista parece.

Varios fueron los centros de civilización establecidos en el antiguo Oriente. Sobre la literatura de los más importantes haremos ligerísimas indicaciones.

Literatura egipcia.—La lengua egipcia, según los orientalistas, era monosilábica y sin relaciones con ninguna otra, aunque más próxima á las semíticas. Muchas de sus palabras están formadas por onomatopeya. Los egipcios tuvieron tres clases de escritura, llamadas *jeroglífica*, *hierática* y *demótica*, que en el fondo no diferían.

Escasos son los monumentos literarios que se conservan de Egipto. El más importante es el *Libro de los muertos* ó *Ritual funerario*, serie de fragmentos coleccionados en su mayor parte bajo los reyes Tebanos del Nuevo imperio. Estos textos considerábanse sagrados, y se encerraban en los sarcófagos ó se grababan en la piedra para conjurar á los genios enemigos del muerto.

Se conservan otros textos parecidos al *Libro de los muertos*, como el *Libro de los soplos de vida*, y diversos himnos consagrados á los dioses, que son sin duda de las más antiguas producciones de Egipto.

Los escritores griegos hicieron referencia á la Literatura egipcia, atribuyendo á un autor que llamaban Hermes ó Thoth, y que debe considerarse como una personificación del sacerdocio egipcio, numerosos libros de himnos, de astronomía, de religión, de filosofía, etc.

Literatura china.—La lengua china es el prototipo de las monosilábicas. Consta, pues, de un corto número de monosílabos primitivos, que representan todas las palabras; su diferente significado se conoce ante todo por la entonación de la voz. Este idioma, sin embargo, se subdivide en dos: el antiguo, en que están escritos los libros clásicos, y el moderno, que se habla en la actualidad.

Los monumentos más antiguos de la China son los cinco *King* ó libros sagrados, compuestos unos 2.000 años a. de J. C. Hoy se conservan tal como los ordenó Confucio en el siglo VI antes de nuestra era.

El mismo Confucio, juntamente con Lao-tseu y algún otro, representa la llamada *época de los filósofos*. Confucio fué el gran ordenador de las costumbres, instituciones é ideas de su país; su doctrina filosófica, recogida por sus discípulos en los libros llamados *Sse-chu*, tendía al materialismo. Lao-tseu es autor del *Tao-te-King* ó libro de la razón suprema y de la virtud, en que enseña que esta última es sólo resultado de la razón resistiendo á las pasiones.

En los siglos siguientes florecieron varios historiadores, de los cuales el más notable es *Se-ma-thsian*, llamado *el Herodoto de la China*, que vivió en el II a. de J. C.

Hasta la dinastía de los Thang (del VII al IX siglo de nuestra era), no alcanza la Literatura china otro período de brillantez. Entonces aparecen muchos y muy importantes poetas.

La poesía lírica china se distingue por el acicalamiento y la parsimonia; suele buscar sus asuntos en los placeres de la mesa, en el amor, la amistad, la naturaleza, pero con verdadera originalidad. El teatro, que tiene mucha importancia, comenzó por danzas y pantomimas; después se representaron alegorías mitológicas inspiradas en los *King*, análogas á nuestros *misterios;* y, últimamente, aparecieron obras de todo género, unas históricas y maravillosas, otras inspiradas en crímenes célebres, otras de costumbres, de intriga ó de carácter, etc.

La novela es también género muy cultivado en China. Las hay de diversas épocas, anónimas en su mayoría, de argumento sencillo y no exentas de interés, aunque un tanto pesadas por la minuciosidad en los detalles.

En la actualidad ofrece la China cierto movimiento literario. La Academia de los Han-lin, que subsiste desde el siglo VI, ha editado cuidadosamente las más famosas obras clásicas.

Literatura india.—Libros sagrados.—En la India se desarrolló una Literatura notable por diversos conceptos. Los monumentos primitivos de ella son los *Vedas*, libros sagrados cuya antigüedad, según algunos orientalistas, va más allá del siglo XV. a. de J. C. Están escritos en una lengua que no es todavía el sanscrito propiamente dicho; á su formación contribuyeron más de trescientos poetas, aunque se dicen compilados por Vyasa, y son cuatro: el *Rig-Veda*, el *Sama-Veda*, el *Yadjur-Veda* y el *Atharva-Veda*.

Colección de himnos, máximas y fórmulas rituales, en estos libros está contenida la religión primitiva de la India. De los Vedas se hicieron ciertos comentarios filosóficos llamados *bramhanas y sutras*.

Muy posteriores á los *Vedas* y á las epopeyas de que ahora hablaremos, son los *Puranas* y el *Código de Manú ó Manava-Darmha-Sastra*, escritos ya en puro sanscrito. Los *Puranas*, es decir, *antigüedades*, son una especie de poemas cosmogónicos destinados á las castas inferiores, á quienes la lectura de los *Vedas* estaba prohibida, y se refieren especialmente al culto y encarnaciones de Vichnú y Siva. El *Manava-Darmha-Sastra* es una colección de leyes y doctrinas filosóficas.

Las epopeyas indias.—La India tiene dos poemas verdaderamente epopéyicos: el *Ramayana* y el *Mahâbhârata*. El primero, que según algunos es un poema *cíclico*, formado por agregaciones de diversas épocas y autores, se dice compuesto en su forma actual por Valmiki, hacia el siglo XV antes de nuestra era, antigüedad tal vez exagerada. En él se refieren los hechos de Rama, hijo del rey de Ayodhya, que desterrado de la corte por su padre, se retira á los bosques con su esposa la bella Sita; Rávana, rey de los *raxasas* ó malos genios, gigante de las diez cabezas y de los veinte brazos, roba á ésta y la conduce en un carro

aéreo á su ciudad de Lanka, en Ceilán, donde la pone bajo la guarda de varios monstruos; hasta que Rama, auxiliado por Sugriva, rey de los monos, tiende un puente sobre el mar, llega á Lanka, da muerte á Rávana, y en unión de su mujer regresa á Ayodhya, para hacerse cargo del reino.

El *Mahâbhârata* se dice escrito por Vyasa, pero este nombre es muy vago, pues sólo significa *el Compilador*. Tiene carácter más humano que el *Ramayana*, y no guarda tanta unidad en el plan, pues abunda en leyendas y tradiciones diversas. Su asunto es la lucha entre dos familias reales: la de los *coravas*, representada por los cien hijos de Dhritrarachtra, y la de los *pandavas*, á que pertenecían los cinco de Pandu, su hermano. Estos últimos, perseguidos por sus primos, se ven obligados á vivir en la soledad; consiguen participación en el reino, gracias á uno de ellos, vencedor en el torneo que el rey de Pantchala organiza para conceder la mano de su hija Draupadi, pero nuevamente tienen que desterrarse, por haber jugado el mayor sus posesiones á los dados; con el auxilio del rey Virata logran más tarde vencer y matar á los cien coravas; y después de alcanzar la soberanía y de renunciarla, mueren en un viaje al Himalaya, subiendo al cielo del dios Indra y disfrutando de él en unión de sus rivales.

La poesía.—Los indios tuvieron también poesía lírica, de asuntos amorosos y lascivos casi siempre; y en cuanto á la dramática, llegó á alcanzar cierta perfección. Famoso es el nombre del poeta Kalidasa, que vivió hacia el año 50 a. de J. C. y de quien se conocen, á más de diversas composiciones líricas muy sentidas, dos obras teatrales: el *Urvasi*, notable por sus bellas descripciones de la naturaleza, y el *Sakúntala*, en que la protagonista, víctima de una maldición, es

al fin reconocida por el rey, gracias á su anillo, que se encuentra en el cuerpo de un pez.

El apólogo.—Abundaron en la India producciones didácticas, de Gramática, Astronomía, Medicina, etcétera; no faltó el género novelesco, como lo demuestra, entre otras, una colección llamada *Vrihatkatha;* y, sobre todo, alcanzó desusada brillantez el apólogo, con obras como el *Pantschatantra*, atribuída á Vichnú-Sarma, más conocido por el nombre de *Pilpai* ó *Bidpai*. Esta obra, que luego se refundió en el *Hitopadesa*, es una colección de apólogos ó fábulas contadas por animales, que extendidas por Europa durante la Edad Media, llegaron á popularizarse, como lo demuestra la muy conocida de *La Lechera*, que allí tiene su origen.

Literatura persa.—Los más antiguos monumentos de esta literatura son los libros *Zendos* ó *Zend-Avesta*, escritos en idioma zendo, en que se contiene la doctrina religiosa de Zoroastro, llamada *mazdeismo* ó *magismo*. Sólo uno de estos libros, titulado *Vendidad*, se conserva entero; otro, llamado *Bundahesh*, en lengua pehlvi, es de época posterior.

Los árabes, al invadir la Persia en el siglo VII de nuestra era, destruyeron otras obras literarias de la antigüedad; por lo cual, para encontrar nuevas producciones, es preciso venir hasta el siglo X, en que ambas literaturas aparecen ya confundidas. En esta misma centuria florece Firdusi (916-1020), el más famoso de los poetas persas, autor del poema titulado *Shah-Nameh*, interesante relato de los sucesos ocurridos hasta la caida de los Sasánidas. En los tiempos sucesivos, hasta la actualidad, no han faltado los escritores de todo género.

Los persas cultivan con preferencia el cuento y la novela; también tienen composiciones dramáticas que

recuerdan á nuestros antiguos *misterios* religiosos y alegóricos. Las obras históricas, notables por cierto sentido crítico, revisten proporciones desmesuradas.

Literatura caldea.—El pueblo turanio que primitivamente habitó la Caldeo-Asiria, parece que tuvo tan sólo una literatura de obras de magia. Consérvanse, grabados en caracteres cuneiformes sobre tablillas de arcilla, importantes fragmentos de una de estas obras, dividida en tres libros; de ellos, uno se llamaba *Los malos espíritus*, y estaba lleno de conjuros para ahuyentar á los seres malignos. A la llamada «dinastía caldea» corresponde el *Código de Hammurabí*, notable libro legislativo escrito hacia el año 2000 a. de J. C.

Los babilonios tuvieron ya más adelantada civilización, y de su época se conocen los restos de varios poemas cosmogónicos.

Como después de la destrucción de Jerusalén Babilonia fué el principal refugio de los hebreos, más de una vez emplearon éstos en sus obras la lengua caldaica, según luego veremos.

CAPÍTULO II

BREVES INDICACIONES SOBRE LAS LITERATURAS HEBREA Y ÁRABE

Literatura hebrea.—Los hebreos, que hablaron una lengua de la familia semítica, tienen abundantes monumentos literarios, uno de los cuales, la *Biblia*, ofrece además para nosotros el interés de encerrar los fundamentos de la religión católica.

Las primitivas tradiciones israelitas, relativas especialmente á la biografía anecdótica de los Patriarcas, se consignaron en un libro anterior á la Biblia; también se escribieron narraciones de carácter heroico, como el *Libro de las Guerras de Iahveh* y el *Libro de Iasar*. Pero la verdadera Literatura hebrea nace en la época de David y Salomón (1070-975 a. de J. C.)

La Literatura hebrea tiene, pues, dos manifestaciones: 1.° La Biblia. 2.° Obras rabínicas.

La Biblia se compone á su vez de dos partes, llamadas *Antiguo* y *Nuevo Testamento;* y aunque este último no está escrito en hebreo, sino casi totalmente en griego, por razón de método hemos de hablar aquí de él.

ANTIGUO TESTAMENTO.—La redacción del Antiguo Testamento, tal como hoy se conoce, refiérese al siglo VIII a. de J. C., si bien casi todos sus libros estaban escritos desde tiempo muy anterior. Es, literariamente considerado, un conjunto de bellezas; su poesía alcan-

za los más finos matices de la sublimidad y la delicadeza. La versificación de los hebreos era el *paralelismo*, que se reducía á presentar los pensamientos simétricamente unidos.

Todos esos libros, según su asunto, pueden dividirse en cuatro grupos: 1.° Libros históricos. 2.° Libros poéticos. 3.° Libros filosófico-morales. 4.° Libros proféticos.

De los libros históricos, el *Pentateuco* constituye la base de la narración bíblica, y fué escrito, salvo pequeños fragmentos. por Moisés, en lengua hebrea con algunas palabras egipcias. Consta de cinco libros: el *Génesis*, en que se cuenta la creación del mundo y estado del hombre antes y después del pecado de Adán, el diluvio y distribución de la tierra, episodio de la torre de Babel y sucesión de los patriarcas hasta la muerte de José; el *Exodo*, relativo á la vida de Moisés, declaración que Dios le hace en la cima del monte Horeb, paso del mar Rojo y marcha de los israelitas á través del desierto; el *Levítico*, que contiene la descripción de sacrificios y ceremonias, así como numerosas leyes referentes á los matrimonios, á la observancia del sábado y á otros asuntos muy variados; el de los *Números*, que refiere el recuento de los israelitas, su llegada á la tierra de Canaán, la muerte de los rebeldes en el desierto, las luchas con Sehon, con Og y con los madianitas, y últimamente el reparto de la tierra prometida; y el *Deuteronomio* ó *Segunda ley*, que es una recapitulación de los anteriores, y en el cual se expone también la convocatoria que hace Moisés al pueblo hebreo para resignar el mando en Josué, la presentación de ambos en el Tabernáculo, y el cántico que Moisés escribe por orden de Dios. Estos son los cinco libros del Pentateuco y lo más saliente de su contenido.

Hay, además de estos libros, otros varios de carácter histórico. Tales son el libro de *Josué*, en que se continúa la historia del pueblo de Dios hasta dominar en toda la tierra de Canaán; el de los *Jueces*, que habla de esta institución teocrática y comprende desde la muerte de Josué hasta los últimos tiempos de Sansón; los cuatro de los *Reyes*, que encierran la historia de la monarquía hebrea; los dos *Paralipómemos*, atribuídos á Esdras, y de menos valor literario que los anteriores; los dos de *Esdras*, uno de ellos escrito por este autor y referente al regreso de los judíos á Jerusalén en tiempo de Ciro, con los sucesos subsiguientes, titulado el otro de Nehemias por haberle redactado cierto personaje de este nombre; y, por último, otros puramente biográficos, como el de *Tobías*, que sólo se conoce por una traducción y contiene en ameno relato la historia del viejo Tobías y de su hijo, el de *Judit*, que encierra el conocido episodio de la muerte de Holofernes, y el de *Ester*, comprensivo de los hechos acaecidos en tiempo de Asuero. A estos hay que añadir los dos de los Macabeos, escrito uno en lengua siriaca y otro en griego, sobre las persecuciones sufridas por el pueblo hebreo y hazañas guerreras de los sucesores de Matatías.

Entre los *libros poéticos*, que por su belleza é inspiración merecen este calificativo, los hay muy notables. El libro de *Ruth*, atribuído á Jeremías, es una verdadera narración bucólica de encanto indecible: cuenta cómo Ruth, nuera de Noemi, anduvo por los campos de Belén, recogiendo espigas, y se casó con Booz. El *Salterio* ó *Libro de los Salmos*, dechado de inspiración y sentimiento, reconoce por principal autor á David. si bien no es suyo en totalidad; los *salmos* que le constituyen son composiciones delicadísimas, por lo general de tinte elegiaco, en que resplandece un estilo sublime y un ferviente entusiasmo religioso. *El Cantar de los Cantares*, atribuído á Salomón, es obra tan hermosa, que en opinión de algunos no tiene rival en ninguna literatura como expresión de una pasión pura y elevada. Bajo forma simbólica representa los amores de un pastor y de una joven sulamita, que, según las interpretaciones, son

representación de Jesucristo y la Iglesia. Bellísimo es también el libro de los *Trenos* ó *Lamentaciones* de JEREMÍAS, colección de elegías que el poeta dictó á su discípulo Baruch, plañendo lastimeramente la soledad de Sión.

Los libros *filosofico-morales* del Antiguo Testamento se caracterizan por su alteza de ideas. El *Libro de Job*, que aunque se llama así no fué escrito por el varón cuyo nombre lleva, se remonta á una época antiquísima; refiere cómo Job, sometido á toda clase de pruebas, pobre y miserable, privado de sus hijos, abandonado de su mujer y de sus amigos, soporta con paciencia esta situación, hasta que Dios, apareciéndose en una nube, le devuelve sus hijos, su salud y sus riquezas. A Salomón se deben también dos libros de este género, el de los *Proverbios* y el *Eclesiastés*, que contienen exhortaciones para someterse á la ley de Dios y seguir el camino de la virtud. Muy posterior es el libro de la *Sabiduría*, escrito en griego, que encarece las ventajas de la sabiduría, incluyendo en ella el amor á Dios. Otro libro hay, el *Eclesiástico*, escrito en hebreo por JESÚS, HIJO DE SIRACH, y traducido después al griego.

Libros proféticos son los compuestos por los Profetas, tanto por los cuatro llamados *mayores* (ISAÍAS, JEREMÍAS, EZEQUEL Y DANIEL), como por los doce *menores*. Contienen, no sólo los vaticinios, sino fragmentos filosóficos, históricos y morales. Nada más admirable que los vehementes discursos de Isaías, ó las sublimes visiones de Daniel, ó la elegante dicción de Joel y Amós, ó los valientes apóstrofes de Habacuc.

NUEVO TESTAMENTO.—Pasemos ahora á hablar del Nuevo Testamento, que se halla compuesto por las siguientes obras: los *Evangelios*, los *Hechos* y las *Cartas de los Apóstoles* y el *Apocalipsis*. Estas obras

fueron escritas en griego, con la sola excepción del Evangelio de San Mateo, que redactado primitivamente en siro-caldaico, se tradujo después á la lengua griega; pero por formar parte de la Literatura bíblica, nos parece conveniente hablar de ellas en este lugar.

Los Evangelios son cuatro: el de SAN MATEO, el de SAN MARCOS, el de SAN LUCAS y el de SAN JUAN.

El Evangelio de San Mateo, escrito en estilo muy conciso y con abundancia de la parte anecdótica, se dirige á probar que Cristo es el verdadero Mesías. El de San Marcos es un extracto del anterior, y se distingue por lo pintoresco de la narración. El de San Lucas es más minucioso é histórico, y de composición más artística. El de San Juan es cronológicamente el último, y el más elocuente y grandioso. Su tono propende más al misticismo, y parece que su autor, iluminado del resplandor divino, quiere desarrollar la persuasión de un apologista.

Los *Hechos de los Apóstoles*, escritos por San Lucas, se refieren al asunto expresado en su título, y en especial á la vida de San Pablo. Las *Cartas de los Apóstoles* son de un lado las escritas por San Pablo explicando á las *gentes* la doctrina de Cristo, y de otro las compuestas por Santiago el Menor, San Pedro, San Juan y San Judas Tadeo, que forman el libro llamado *Apóstolon*.

El último libro del Nuevo Testamento es el *Apocalipsis*, maravillosa muestra de inspiración y de elocuencia que se atribuye á San Juan, y en que, bajo forma alegórica, se predice la difusión del cristianismo y se refiere lo que debe ocurrir en la consumación de los siglos.

OBRAS RABÍNICAS.—Todas las obras estudiadas hasta ahora constituyen lo que propiamente se llama *literatura sagrada*. Disuelta la nacionalidad del pueblo hebreo, sus descendientes continuaron cultivando

las letras en los siglos sucesivos, y al conjunto de obras que produjeron se denomina *literatura rabínica*, por contener la interpretación que de la Sagrada Escritura hicieron los *rabinos* ó maestros hebreos.

Estas interpretaciones y comentarios dieron origen al *Thargum* y al *Talmud*. El *Thargum*, ó, en plural, *Thargumin*, comprende la serie de paráfrasis al Antiguo Testamento que en lengua caldaica se hicieron hasta el siglo V de nuestra era; el *Thargum* más antiguo es el de Onkelos. El *Talmud*, palabra que significa *enseñanza*, es una colección de tradiciones judaicas y de comentarios sobre las leyes civiles y religiosas de aquel pueblo. Hay el Talmud de Jerusalén y el Talmud de Babilonia, divididos en dos partes llamadas *Mischna* y *Ghemara*, y escritos en idioma caldeo con escasa brillantez literaria. Por esta época se escribieron también las obras *cabalísticas* ó *cábala*, por las que se quería encontrar el sentido secreto de las palabras.

Desde el siglo VI hasta el X se coleccionaron multitud de observaciones críticas para conservar la pureza del Antiguo Testamento, formando el llamado *Massorá*. Los autores del Massorá ó *massoretas*, si bien descendieron á pesados é inútiles detalles, no dejaron de aportar importantes noticias sobre los libros sagrados.

Con la dominación de los árabes en Oriente, desaparecieron las escuelas judaicas de Babilonia, y muchos judíos se establecieron en otros países, principalmente en España, produciendo una literatura que se ha extendido hasta nuestros días. Prescindiendo de los escritores hebreos en España nacidos, de que hablaremos al tratar de la Literatura patria, baste citar algunos nombres. Al siglo XV corresponden Isaac Abarbanel y David ben Selamoh, nacidos en Lisboa, comentaristas notables de libros sagrados; al siglo XVI, Abraham Husque y David ben Joseph ben Jachila, también portugueses, jurista y teólogo el primero y poeta el segundo muy celebrado; al XVII, Menasch ben Israel, portugués, retórico y lingüista, y Benjamin Mussaphia, alemán, médico, químico y gramático; al XVIII Mendelssohn y Werely, nacidos igualmente en Alemania.

Literatura árabe.—Mucho más tarde que las ya citadas se desarrolla la Literatura árabe, que com-

prende dos épocas: antes y después de Mahoma. Los más antiguos monumentos de esta Literatura son los siete poemas llamados *Moallakât*, pertenecientes al siglo VI de nuestra era. Todos los años en la feria de Okazh, se celebraba un concurso entre los poetas, y á continuación sus composiciones, copiadas en letras de oro sobre trozos de seda, se suspendían debajo de la entrada principal del templo de la Meca, de donde se llamaron Moallakât *(suspendido)*. Se conocen los nombres de sus autores, y en ellos se cantaba el amor, la gloria, las luchas sangrientas entre las tribus, las hazañas de los guerreros, describiendo minuciosamente sus caballos y armas, etc. Hubo, además de estos poetas, otros anteriores á Mahoma, como Nábiga, autor de un *diván* ó colección de versos muy notable; y, últimamente, se conservan algunos poemas anónimos.

A la venida de Mahoma (569-632) decae la poesía de este pueblo, porque toda su literatura se reconcentra en el *Korán*, el libro sagrado de los árabes, escrito en lenguaje tan puro como conciso; pero después sobreviene nuevo florecimiento, que se extiende hasta el siglo XIII. Así lo demuestran entre otros muchos, los nombres de El Bohtori (820-897), autor de una colección de poesías titulada *Cadenas de oro*, de El Motenebbi (905-965), que se distingue por su tono profético, y de El-Hariri (1054-1122), que en su *Mekâmat* ofrece un modelo de poesía moral, si bien bastante pesado por la forma.

Al mismo tiempo se desarrolla la didáctica, con obras de astronomía, filosofía, medicina, etc. En este punto se distinguen Alfarabí, gran matemático y médico del siglo X, Avicena (980-1037), que por su talento enciclopédico ejerció gran influencia en la Edad Media, y Algacel (1058-1111), profundo filósofo y teólogo.

El género novelesco se cultivó en obras que recuerdan á nuestros libros de caballerías, como el *Abu-Zeyd*, el *Antar*, etc., y especialmente en cuentos como los famosos de *Las mil y una noches*, que según las más autorizadas opiniones, fueron traducidas del persa. LOKMAN escribió unas fábulas muy popularizadas, aunque su mérito no sea grande.

Cuando los mogoles, en el siglo XIII, destruyeron la dinastía de los Abasidas, sobrevino nueva decadencia en la poesía; en cambio comenzó la época de los buenos historiadores. Tales son, entre otros, IBN-EL ATHIR († 1252), autor de la *Gran Crónica;* IBN JALDÚN (1332-1406), nacido en Túnez de padres españoles, que escribió, según frase del Sr. Ribera, «la más grande creación histórica del Islamismo»; AL-MAKRISI († 1442), conocedor de todas las ciencias de su tiempo; y AL-MAKKARI († 1621), que compuso la única historia de los reyes y califas de España.

En España nacieron ilustres escritores y poetas árabes, de los cuales hablaremos en otro lugar. De los nacidos en Sicilia, merecen citarse los poetas IBN-HAMDIS é IBN-TUBI, notables por sus composiciones eróticas, así como el gramático IBN-TAZI y el historiador IBN-KATTA, que también fueron poetas.

LITERATURAS CLÁSICAS

CAPÍTULO III

Literatura griega

ÉPOCA ANTECLÁSICA.—HIMNOS PRIMITIVOS.—HOMERO Y HESIODO

División.—Las Literaturas desarrolladas en Grecia y Roma cuando estas naciones ejercieron la dominación sucesiva del mundo antiguo, se conocen bajo la denominación de clásicas. Conviene advertir, sin embargo, que en este punto suele ampliarse la materia de estudio, abarcando, no sólo los tiempos y obras que rigurosamente pueden llamarse clásicos, sino sus derivaciones inmediatas.

La Literatura griega es una de las más importantes del mundo. El pueblo griego, artista por naturaleza, poseedor de un idioma hermoso y parecido al sanscrito, produjo obras que se inmortalizaron. Y merece observarse que mientras los pueblos orientales se pierden en un simbolismo velado y abstruso, las concepciones griegas son eminentemente humanas, hasta el punto de que los mismos dioses figura y pensamientos de hombres tienen. Esto es lo que se ha llamado *antropomorfismo*.

La división que nos parece más acertada para estudiar la Literatura griega, como todas las demás, es la que comprende tres épocas: *anteclásica*, *clásica* y *postclásica*. En todas las literaturas del mundo hubo primero un tiempo de formación y perfeccionamiento; se siguió otro de brillantez, en que los géneros literarios llegaron á su apogeo; y, últimamente, tras éste

vino inevitablemente el tercero, de decadencia en los primeros momentos, tal vez de reacción algo más tarde.

Orígenes.—Poetas primitivos.—La primera época, *anteclásica*, comprende desde los primeros tiempos de la cultura griega hasta la batalla de Salamina (480 a. de J. C.)

Las primitivas manifestaciones de la poesía griega corresponden á un período fabuloso. Hubo por entonces ciertos himnos religiosos, como el *lino*, que se cantaba al terminar la primavera, en señal de duelo; el *peán*, que servía, por el contrario, para celebrar la llegada de la estación florida; el *himeneo*, canto de bodas; el *treno*, que se entonaba en los funerales á manera de lamentación.

Los poetas de estos tiempos míticos se llamaban *aedas* y *rapsodas*. Los primeros cantaban sus poesías acompañándose de la *cítara*, la *forminge* y la *lira*. La tradición señala como aedas á Orfeo, á Museo, á Oleno, á Tamiris, á Femio, á Demodoco y varios más. Los *rapsodas* se limitaban, por lo general, á recoger y ordenar los cantos populares, recitándolos después públicamente.

Período heroico.—Homero.—En el período heroico que á continuación sigue, encontramos el nombre más famoso de la Literatura griega: Homero. La existencia de Homero ha sido puesta en duda por algunos críticos, como Wolf y sns discípulos, quienes afirman que los dos grandiosos poemas que se le atribuyen no son obra de un solo autor, sino elaboración sucesiva de distintas personas. La tradición, en cambio, señala á Homero una existencia real y efectiva. Siete ciudades griegas se disputaban la gloria de haber sido su cuna, aunque la cuestión reducíase realmente á Chíos y Smirna, y de éstas, la última ofrece más pro-

babilidades. Según esa tradición, Homero vivió hacia el siglo X a. de J. C.; tuvo por maestro á Femio y viajó por Egipto, Libia, España, Itaca y las costas del Peloponeso; regresó á su patria, donde, por haber perdido la vista, se le llamó *Homero*, que significa *ciego;* abrió más tarde una escuela de poetas en Chíos, y cuando se disponía á recorrer la Grecia para recitar sus poemas, murió en la isla de los.

Homero

A Homero se atribuyen las dos grandes epopeyas griegas: la *Iliada* y la *Odisea*.

El asunto de la *Iliada*, en muy pocas palabras, es el siguiente: Griegos y troyanos se encuentran en lucha suscitada porque el príncipe Paris, hijo del rey de Troya, había huído con Elena, esposa de Menelao, hermano del rey Agamenón, refugiándose en aquella ciudad. Al empezar el poema, el héroe griego Aquiles, enojado con Agamenón por el rapto de su cautiva Briseida, retira su concurso. Desde entonces los troyanos, mandados por Héctor, consiguen la mejor parte, persiguiendo á sus enemigos hasta las trincheras é incendiando un buque. Aquiles, aun no aplacado, consiente en que su amigo Patroclo vaya á pelear en su lugar, y para ello le presta sus propias armas; pero Patroclo es muerto por Héctor. Entonces el héroe, lleno de dolor y de ira, cíñese otras armas que forja Vulcano, marcha á la lucha, y después de una mor-

tandad espantosa, el mismo Héctor cae bajo la mano de Aquiles. Príamo, padre de Héctor, va á la tienda de Aquiles para rescatar el cadáver de su hijo, y conseguido su deseo, no sin mediación de los dioses, conduce los restos á Troya, donde se celebran solemnes exequias.

Los caracteres de la *Iliada* son admirables. Aquiles, valiente y esforzado, pero noble, patriota y sensible á la amistad, es un personaje semidivino; Ayax Telamón es la representación de la fuerza física, que sólo ante las intimaciones de Júpiter retrocede; Ulises, el rey de Itaca, protagonista después de la *Odisea*, se caracteriza por la prudencia y la astucia; Héctor, jefe de los troyanos, por la decisión y talento militar; Príamo, por el cariño paternal; Paris, por su elegancia y atildamiento, aun en los momentos más graves. Y junto á estos caracteres, vigorosamente trazados, hay otros que son modelo de delicadeza, como el de Elena, rodeada de cierta simpatía, no obstante su liviandad, y el de Andrómaca, la mujer de Héctor, prototipo de esposas amantes y resignadas.

El desarrollo de la acción es tan detallado como majestuoso. La intervención de los dioses, ayudando unos á los griegos y otros á los troyanos, despierta singular interés.

La *Odisea* no es, desde luego, obra tan grandiosa como la *Iliada*, pero sí más apacible, más sentida. En ella se refiere cómo Ulises, muchos años después de tomada Troya, se esfuerza en vano por llegar á Itaca su patria, mientras su mujer Penélope se ve asediada de pretendientes, y su hijo Telémaco sale en su busca. En la isla Ogigia permanece Ulises siete años, retenido por la ninfa Calipso; huye de allí en una balsa por él fabricada, y después de naufragar, arriba á la isla de los feacios. El rey Alcínoo le recibe benignamente y entonces Ulises le cuenta sus maravillosas aventuras. Dícele, pues, que había estado en el país de los cicones, de los lotófagos y de los cíclopes, donde el gigante Polifemo le tuvo cautivo; que de allí pasó al palacio de Eolo, á la región de los lestrigones, gigan-

tes antropófagos, y á la isla en que la encantadora Circe convertía á los hombres en cerdos; que fué luego al país de las tinieblas, y después de evitar varios obstáculos, la tempestad estrelló su nave y la arrojó á las costas de Ogigia. Compadecido Alcínoo de tantas desgracias, le proporciona un barco con el cual regresa á Itaca, cuando Penélope, no sabiendo cómo librarse de sus perseguidores, había prometido su mano á quien con el arco de Ulises venciera en un torneo á todos los demás. Pero, aunque lo intentan, ninguno puede tender el arco de Ulises. Llega éste disfrazado de mendigo, dispara el arma sin esfuerzo, y da en el blanco. En seguida castiga la osadía de sus rivales, quienes más tarde le suscitan una lucha que termina por intervención de los dioses.

Para formar el mérito de la *Odisea*, bastaran las figuras de Ulises, vencedor del destino con su abnegación y su prudencia; de Penélope, que en amor á su esposo imagina los más curiosos ardides, y de Telémaco, hijo cariñoso y obediente. Hasta en los personajes y episodios secundarios, ofrece el poema detalles de mano maestra.

Además de la *Iliada* y la *Odisea*, se han atribuído a Homero varios himnos, llamados por esta razón *homéricos*, como los dedicados á Apolo Delio, Apolo Pitio, Mercurio, Venus, Ceres y Baco, en que se invoca y celebra á cada uno de estos dioses. La atribución parece infundada.

El ciclo poético.—La *Iliada* y la *Odisea* fueron seguidas de otros poemas sobre las tradiciones heroicas de los griegos, constituyendo lo que se llama el *ciclo poético*. Aretino de Mileto continuó la *Iliada* en un poema titulado *Etiópida;* Lesques de Lesbos escribió la *Pequeña Iliada;* Eugamón compuso la *Telegonia*, como complemento de la *Odisea*, etc.

Hesiodo.—Si Homero fué un poeta heroico en el total sentido de la palabra, Hesiodo debe considerarse como poeta épico didáctico. Según la tradición, Hesiodo vivió algunos años después que el cantor de Aquiles; nació probablemente en Ascra, en la Beocia; sostuvo

querellas con su hermano Persés, acerca de su patrimonio, y murió de edad muy avanzada.

Los escritos que de Hesiodo se conocen son dos: *Las obras y los días* y la *Teogonía*.

Las obras y los días es un poema dirigido á su hermano Persés. Después de dos pequeños pasajes épicos sobre la fábula de Prometeo y la degeneración de la raza humana, se distinguen en el poema tres trozos didácticos: uno moral, inculcando el amor á la virtud y el trabajo; otro sobre el modo de enriquecerse con la agricultura y la industria; el tercero señalando los días fastos y nefastos para los negocios. El poema de *Las obras y los días*, si bien no tiene la grandeza de los de Homero, por sus tendencias y briosa sencillez del lenguaje debe considerarse como uno de los más importantes modelos de la poesía naturalista.

La *Teogonía* es un poema religioso, en que Hesiodo presenta la genealogía de los dioses, empezando por el Caos y la Tierra, en cuyas profundidades pone al Tártaro, y acabando por las numerosas divinidades mitológicas. En ocasiones, más que una creación poética, es un árido catálogo de nombres. Tiene trozos muy bellos, como la descripción de la batalla sostenida entre Júpiter y los Titanes.

Hacia el final de la *Teogonía* hay un fragmento en que se canta á las madres de los personajes heroicos, y que se conoce con el nombre de *Las grandes Eeas*. También se atribuye á Hesiodo, por la sola razón de ir unido al anterior, otro fragmento en que se describe el *Escudo de Hércules*.

La lírica.—La elegía.—Pasado el período heroico de la Literatura griega, sigue otro de mayor fijeza histórica, en que los gustos se van depurando.

La poesía lírica, que entonces predomina, ofrece sus primeras manifestaciones en la elegía. Pero es de advertir que esta palabra no tenía entre los griegos el

sentido que ahora le damos; toda composición poética en que el verso pentámetro alternaba con el exámetro, cualquiera que fuesen su asunto y dimensiones, se llamaba *elegía*.

Entre los más antiguos poetas elegiacos conocidos, figura Calino de Efeso (siglo VII a. de J. C.), que con sus versos reanimó á sus paisanos los efesios en la guerra contra los treros y cimerianos, y, como más famoso, Tirteo. La tradición afirma que Tirteo era maestro de escuela y cojo; lo probable es que con el primer calificativo se quisiera expresar tan sólo que era maestro en el estilo, y con el segundo se designase el carácter especial de su versificación en versos de desigual medida. Lo cierto es que de él se conservan tres notabilísimas composiciones en que, exaltando el valor militar, expresa con bellos colores lo glorioso que es para el guerrero morir en la batalla, y el deshonor de un vergonzosa huída.

Después toma la elegía diferentes tendencias. En unos poetas como Mimnermo de Colofón, es erótica; en otros, como Arquiloco de Paros, á quien se supone inventor del yambo, satírica; en otros, como Teognis de Megara, Focilides y los *Siete sabios de Grecia*, especialmente Solón, reviste un carácter moral y se manifiesta en sentencias y máximas, constituyendo lo que se llama *poesía gnómica*.

Poesía coliámbica.—Mucha importancia tiene también la poesía *coliámbica*, así llamada por la clase de sus versos y que se manifiesta en la *parodia*, ó sea lo que hoy llamamos poema *heroicómico*, y en el *apólogo*.

Célebre es el poema heroicómico titulado *La Batracomiomaquia*, parodia de la *Iliada*, en que se cuenta cómo por la muerte de la rata Robamigas comienza una lucha entre los ratones y las ranas, en la cual estas últimas, no obstante la intervención de los dioses, están á punto de ser exterminadas, hasta que otros feroces

guerreros, los cangrejos, acuden en su ayuda y hacen huir al enemigo.

El apólogo se cultivó mucho en Grecia. Los poetas fabulistas fueron numerosos, pero todos ellos se personificaron en Esopo, esclavo frigio que vivió en el siglo VI, y á quien los griegos reputaban como autor de cuantos apólogos corrían por el mundo. Lo probable es que Esopo no hiciera otra cosa que recitarlos. Sea como quiera, las llamadas *fábulas de Esopo* fueron copiadas é imitadas por el latino Fedro y por los fabulistas de todas las épocas.

Poetas eólicos, dóricos y jónicos.—Sucesivamente florecieron notables poetas líricos, que por el lugar de su nacimiento y dialecto en que escribieron, eran *eólicos, dóricos ó jónicos*. Los principales poetas eólicos son Terpandro, que se dice inventó la lira de siete cuerdas, Alceo, autor de bellísimas odas políticas, eróticas y religiosas, y la poetisa Safo, que sobresalió en los epitalamios ó cantos de himeneo. Según la tradición, probablemente falsa, enamorada Safo de cierto Faón, y despreciada por él, se suicidó arrojándose al mar desde el promontorio de Léucade.

Entre los poetas dóricos sobresalen Alcmán, cuyas poesías se destinaban en su mayor parte á cantarse en coros de doncellas, y Estesicoro, que compuso también coros de asunto heroico y mitológico.

Los grandes poetas jónicos son Anacreonte, Simónides de Ceos y Píndaro, que vivieron en el siglo VI a. de J. C. Anacreonte nació en Teos; estuvo algún tiempo en Samos, protegido por Polícrates, y después de vivir en Atenas y en la Tesalia, se retiró á su ciudad natal, donde probablemente murió. Anacreonte es considerado como el creador de un género de poesía ligera, alegre, dedicada á cantar los placeres del amor, del vino y de la mesa. No todas las composiciones de

este estilo que en Grecia se escribieron son debidas á Anacreonte; pero es lo cierto que, imitada en épocas posteriores, vino á tener gran importancia la poesía anacreóntica.

Simónides de Ceos forma con Anacreonte un marcado contraste. Sus escritos se caracterizan por la gravedad y la reflexión; es ante todo un poeta filósofo. Sus poesías más preciadas eran los *trenos* ó cantos de dolor; el que se titula *Las quejas de Dánae* es un prodigio de delicadeza y sentimiento. Escribió también epigramas, tal como estas composiciones se entendían entre los griegos, de tonos serios y carácter de inscripciones; escribió himnos, cantos de victoria, etc.

Pero el príncipe de los poetas griegos es Píndaro. Nació Píndaro en Cinoscéfalos, cerca de Tebas, y su prolongada vida—murió á los ochenta años,—fué un triunfo continuo. Protegiéronle los hombres más ilustres y poderosos, toda la Grecia le aclamó con entusiasmo, y al morir se erigieron monumentos en su memoria.

Píndaro escribió poesías de distintos géneros, á las que alude Horacio; pero las que han inmortalizado su nombre son las *odas triunfales*, compuestas en honor de los vencedores en los concursos públicos ó *agones*. Se celebraban éstos en Olimpia, en Delfos, en el Istmo de Poseidón y en Nemea, por lo cual tiene Píndaro odas *olímpicas*, *píticas*, *ístmicas* y *nemeas*. Estas odas se distinguen por la grandeza y el entusiasmo; la abundancia de metáforas y expresiones brillantes, hace que sean el modelo por excelencia del *lenguaje lírico*, con tanto abuso empleado más tarde.

CAPÍTULO IV

Época clásica de la Literatura griega.—El Teatro

El segundo período que admitimos en la Literatura griega, comprende desde la batalla de Salamina hasta la muerte de Alejandro (480-323 a. de J. C.)

En este período, llamado *siglo de Pericles*, aparece el genio griego en toda su grandeza. En poesía, el género dramático se sobrepuso á todos, con obras de fama imperecedera. La prosa adquiere toda la consistencia y galanura necesarias, con variadas manifestaciones.

El Teatro.—Orígenes.—El origen del teatro griego es confuso, pero indudablemente se relaciona con las fiestas religiosas. En ciertas épocas del año era costumbre rendir culto al dios Baco ó Dionisos danzando en derredor de su altar y entonando un canto que se llamó *tragodia*, bien porque se inmolase un macho cabrío (de *tragos*, macho cabrío, y *ode*, canto), bien porque los coristas se disfrazasen de sátiros, con piernas y barbas de cabra. Parece que Tespis dió más movimiento escénico á estas danzas, haciendo que con ellas alternase la representación, por medio de varios personajes que declamaban uno á uno, y tomando por asunto episodios particulares de la leyenda de Baco y de la tradición heroica. Este primer impulso dado por Tespis, fué continuado por otros como Frínico, Pratinas y Querilo, de quienes ninguna obra se conserva. Poco á poco la primitiva tragedia se fué perfeccionando, y á ello contribuyeron especialmente los certámenes públicos, que, al igual de los que existían

para las composiciones líricas, se establecieron para las dramáticas.

Los poetas debían presentar cada uno tres tragedias y un drama satírico, á lo cual se llamó *tetralogía;* si las tragedias versaban sobre el mismo asunto, y eran continuación una de otra, se denominaban *trilogía.* El arconte epónimo elegía las tres mejores tetralogías, que se representaban públicamente, y á la terminación, el público mismo en los primeros tiempos, un jurado de cinco jueces más tarde, dictaban el fallo.

Los primeros teatros en Grecia eran de madera y de una capacidad inmensa; en tiempos de Pericles ss construyeron de piedra. No tenían techo, y las representaciones se verificaban de día. La decoración puede decirse que era siempre la misma; solía representar la fachada de un palacio ó de un templo, viéndose á lo lejos las torres de alguna ciudad, ó una campiña, ó el mar.

Las tragedias griegas llegaron á tener una distribución en partes invariables. Su acción era sencilla, los personajes héroes ó semidioses. El coro tenía una singular importancia; vino a ser un personaje colectivo, personificando la conciencia pública. Al frente de los *coreutas* estaba el *corifeo*, que en ocasiones llevaba solo la palabra. Desde los primeros tiempos del arte dramático usaron los actores la *máscara*, con la que representaban al héroe ó dios correspondiente y robustecían la voz, y el *coturno*, especie de borceguí de suelas muy gruesas que servía para levantar la estatura del personaje y darle cierto aire de majestad.

Esquilo.—El primer autor trágico propiamente tal, es Esquilo. Nacido en Eleusis, pequeña aldea del Atica, en 525 a. de J. C., siendo joven luchó en Maratón, Salamina y Platea contra los persas. Con sus tragedias obtuvo numerosos premios en los certámenes. Por causas no bien determinadas pasó de Atenas á Sicilia, y allí murió, rodeado de la admiración general, cuando contaba sesenta y nueve años.

Escribió Esquilo más de sesenta obras dramáticas, pero sólo se conservan siete tragedias: *Los suplicantes*, *Los persas*, *Los siete contra Tebas*, *Prometeo encadenado*, y la trilogía que se titula *La Orestiada*, compuesta del *Agamenón*, *Las Coéforas* y *Las*

Euménides. Esta trilogia es considerada como la obra maestra de Esquilo. Su asunto es la infidelidad de Clitemnestra y muerte que da á su marido Agamenón; la venganza que toma Oreste, hijo de ambos, matando á su madre y al adúltero Egisto; y, últimamente, los remordimientos del parricida, perseguido por las Furias, y su perdón por intervención de la diosa Minerva.

La nota distintiva del teatro de Esquilo es la sencillez, pero una sencillez sublime, que produce inevitablemente el terror. Impelidos del resorte que mueve toda la acción, *la fatalidad*, los personajes de Esquilo muestran una grandeza que espanta, lo mismo si realizan terribles venganzas que si soportan sufrimientos atroces.

Sófocles.—Sófocles, nacido en Colona hacia el año 497 a. de J. C., continuó y modificó la obra de Esquilo. Vencedor en diversos certámenes, su tranquila y reposada vida se vió amargada en la ancianidad por un hijo ingrato, Iofón, que le acusó de demencia para obtener la libre administración de sus bienes. Cuéntase que Sófocles, para demostrar su capacidad. recitó ante los jueces algunos pasajes del *Edipo en Colona*, que acababa de componer, y fué absuelto.

Más de cien tragedias se atribuyen á Sófocles, pero sólo existen siete: *Edipo rey*, *Edipo en Colona*, *Antígona*, *Filoctetes*, *Ayax*, *Electra* y las *Traquinianas*.

Sófocles no tiene la imponente grandeza de Esquilo, pero en cambio pone más en juego las pasiones para lograr los efectos de lo trágico. Excita más la compasión que el terror. Sus personajes, sin dejar de ser héroes, no son titánicos ni gigantescos, ni están sometidos de modo inexorable á la fatalidad. El coro, si bien tiene mucha importancia, no es ya el personaje principal, y en la parte que le está encomendada suele predominar lo patético. En suma: Sófocles coloca la tragedia en su terreno propio, de grandeza, sí, pero más humana que sobrenatural.

Recientemente se ha descubierto una pieza satírica de Sófocles ,titulada *Los rastreadores*.

Eurípides.—Otro de los grandes trágicos griegos es Eurípides. Nació en Salamina, al decir de los biógrafos, el mismo día de la famosa batalla. Fué primero atleta, después estudió filosofía, y últimamente se decidió por la poesía dramática. De las diez y ocho tragedias que de Eurípides nos quedan, las más famosas son: *Alcestes*, en que la esposa de Admeto consiente en morir por su esposo y es salvada por Hércules; *Medea*, basada en los celos y desesperación de la mujer de Jasón, que hace perecer á su rival y mata á sus propios hijos; *Hipólito*, en la cual el protagonista resiste al amor de su madrastra Fedra, y muere víctima de las imprecaciones de su padre; *Ifigenia en Tauris* cuyo asunto es la presentación de Píades y Orestes, para ser sacrificados, á la sacerdotisa de Diana, Ifigenia, quien al reconocerlos como su hermano y un amigo, huye en su compañía.

Eurípides.

Eurípides convierte la tragedia en verdadero drama. Su principal recurso es el estudio de las pasiones, hasta el punto de que nadie como él ha profundizado en el corazón humano. Por eso en sus obras los dioses no obran directamente sobre los personajes, sino imbuyendo en su alma los sentimientos más opuestos; por eso el coro, que era un obstáculo para esa lucha moral, tiene un papel puramente decorativo.

Pero encaminada la tragedia griega por rumbos

que la alejaban de su origen, perdido el brío y el nervio que la fortalecían, entra ya en la decadencia. Después de Eurípides, sólo hubo algunos trágicos sin importancia.

La Comedía.—El origen de la comedia griega es parecido al de la tragedia. Ya naciera de los cantos entonados en los banquetes (de *comos*, festín), ya de las rondas de los campesinos (de *come*, aldea), las primitivas canciones groseras y licenciosas fueron perfeccionándose hasta formar un nuevo género dramático. Parece que Susarión de Megara llevó á sus actores en carros de pueblo en pueblo, cosa que Horacio atribuye á Tespis; Epicarmo de Cos, al decir de los antiguos, fué el primero que escribió comedias con verdaderos argumentos, mientras que Sofrón de Siracusa compuso ciertas obras llamadas *mimos*, semejantes á nuestros sainetes.

Aristófanes.—Pero éstos sólo hubieron de ser ensayos, más ó menos perfectos. El gran autor cómico de Grecia es Aristófanes, nacido en Atenas ó en Egina hacia el 440 y muerto hacia el 386. Cincuenta y cuatro comedias de Arístófanes se representaron, de las cuales sólo conocemos once; y todas ellas son inimitables piezas satíricas, en que se ridiculizan las costumbres, las instituciones y los hombres de la época. Entre estas comedias, unas hay de sátira política, encaminadas á defender la paz, contra los que sostenían la campaña del Peloponeso: tales son *Los Acarnienses*, en que se burla de los partidarios de la guerra; *Los Caballeros*, que es un durísimo ataque contra el agitador Cleón, por lo cual nadie se atrevió á representar el papel correspondiente, y tuvo que encargarse de ello el propio Aristófanes; *La paz*, de carácter alegórico, y *Lisistrata*, en que las mujeres de Grecia se conjuran para rechazar á sus maridos mien-

tras la paz no se haga. Otras comedias son de sátira social, como *Las Nubes*, contra los sofistas; *Las Avispas*, contra los jueces de Atenas; *La junta de mujeres* y el *Pluto*, en que satiriza la utopia comunista. Otras, por último, son de sátira literaria, como *Las fiestas de Demeter* y *Las Ranas*, donde zahiere á Eurípides y su escuela, y *Las Aves*, caprichosa burla de diversas clases sociales y hasta de los dioses mitológicos.

Otros autores.—Hasta Aristófanes alcanzó la llamada en Grecia *Comedia antigua*, que se caracteriza, como ha podido observarse, por su índole fuertemente satírica, que degeneraba frecuentemente en diatriba personal. Una ley de los Treinta Tiranos prohibió que los poetas cómicos designasen por su nombre á ningún personaje efectivo, y esta ley, que alcanzó en parte á Aristófanes, vino á iniciar la *Comedia media*. Antífanes y Alejo, apenas conocidos por insignificantes fragmentos, fueron los principales representantes de la Comedia media, que buscó asuntos cómicos en las escuelas filosóficas y literarias, y quitó al coro su antigua importancia. Finalmente, en el último tercio del siglo IV aparece la *Comedia nueva*, que inspirándose en los definitivos y más exactos caracteres del género, busca sus asuntos en los lances y peripecias de la vida humana, suprimiendo á la vez de un modo absoluto la intervención del coro. El más notable de sus poetas fué Menandro (342-290), de cuyas obras sólo se conservan algunos títulos y escasos fragmentos; pero por ellos y por las imitaciones que el poeta latino Terencio hizo de Menandro, se deduce que éste poseyó excelentes dotes de observación y notable *vis* cómica.

CAPÍTULO V

La prosa en la época clásica de la Literatura griega.—La Historia.—La Filosofía.—La Oratoria.

La prosa.—Orígenes.—La prosa se desarrolla en Grecia más tardíamente que la poesía. Hasta el siglo V. a. de J. C. se hace de ella en literatura uso muy escaso.

Los legisladores primitivos escribieron algunas obras que no se conservan; de modo que las primeras muestras de la prosa griega son los fragmentos de varios filósofos como Anaximandro y Heráclito, y los de ciertas narraciones en que algún *logógrafo*, como Hecateo de Mileto, reunía noticias medio históricas, medio fabulosas.

Historiadores.—Pero bien pronto, en las obras históricas, aparece la prosa plenamente desarrollada. Los historiadores de esta época con más justicia celebrados, son Herodoto, Tucídides y Jenofonte.

Herodoto nació en Halicarnaso hacia el año 480 a. de J. C. y murió hacia el 406. Viajó mucho, visitando, entre otros países, Egipto, Libia, Fenicia y Babilonia; pasó sus últimos años en la ciudad de Turies.

Se ha llamado con razón á Herodoto *el padre de la Historia*, por ser autor de la primera obra ordenada con cierto método histórico. Esta obra se encuentra dividida en nueve libros, á los cuales los antiguos dieron el nombre de las nueve musas; según la tradición, Herodoto la leyó públicamente en los Juegos

Olímpicos, produciendo vivísimo entusiasmo en el auditorio, que le concedió la corona de los vencedores. Comprende esta obra todo el mundo entonces conocido, pero el asunto principal, en derredor del cual se agrupan todos los demás, es la guerra del Asia con la Grecia. Admite Herodoto, como no podía menos, todo género de tradiciones fabulosas, pero sólo aquello que ha visto lo afirma de modo terminante. La narración, hecha en un lenguaje ingenuo y sencillo, lleno de gracia y vivacidad, no decae nunca en interés: nada de mayor atractivo que sus gráficas descripciones ó sus amenos relatos, como el de los tesoros de Creso, el del anillo de Polícrates, etc.

Herodoto.

Tucídides, contemporáneo de Herodoto, nació en Halimunta, demo ó barrio de Atenas. Cuentan los antiguos que cuando tenía quince años oyó leer á Herodoto su Historia, y esto determinó su vocación. En la guerra del Peloponeso desempeñó cargos importantes; pero siendo poco afortunado en la defensa de Anfípolis, se le desterró de su patria. Durante los veinte años que vivió en el destierro, se consagró á escribir la *Historia de la guerra del Peloponeso*.

La *Historia* de Tucídides, que hoy conocemos dividida en ocho libros, es una sencilla narración cronológica en que los sucesos se cuentan por veranos é inviernos. Tucídides revela cierto espíritu crítico; á diferencia de Herodoto, descarta las ficciones para dar sólo cabida á la verdad. Maestro en la pintura de

caracteres, uno de los recursos que utiliza para ello es el de poner en boca de los personajes *arengas* ó discursos que han sido imitados muchas veces. Militar entendido, da frecuentes muestras de conocer la estrategia. Y en cuanto al lenguaje, que es el ático puro, abunda en hipérbaton y en giros poéticos, que imprimen en él un sello de elegancia y energía.

Jenofonte no sólo es historiador; es un polígrafo. Nació en Arquia, aldea del Atica; fué discípulo de Sócrates y viajó mucho; púsose al servicio de Ciro el Joven y después de la batalla de Cunaxa dirigió la famosa *retirada de los diez mil*, evitando su destrucción; desterrado de Atenas por su inclinación á los de Esparta, se trasladó á este país y murió en Corinto de edad muy avanzada, al mediar el siglo IV a. de J. C.

Sus obras históricas más salientes son: la *Anabasis*, relativa á la campaña de Ciro el Joven en Asia y retirada de los diez mil; las *Helénicas*, en que continuó la historia de Tucídides, y la *Ciropedia*, especie de novela moral y política sobre la educación de Ciro. De las demás obras, unas son filosóficas, como los *Memorables* y la *Apología de Sócrates*, en que defiende la doctrina y memoria de su maestro; otras son políticas y económicas, como el *Gobierno de Esparta*, en que da preferencia á ésta sobre Atenas, y la *Economía*, que es el primer libro escrito sobre la administración familiar; otras, en fin, son militares, como el *Hiparco*, la *Equitación* y la *Caza*.

Todas estas obras están escritas en forma tan elegante, tan delicada, que los antiguos llamaron á Jenofonte la *Abeja ática*. Cicerón decía que su estilo era más dulce que la miel, y que las Musas habían hablado por su boca.

La Filosofía.—La literatura filosófica, después de sus primeros ensayos, toma un impulso extraordinario.

A mediados del siglo V cayeron sobre Atenas, procedentes de toda la Grecia, los llamados *sofistas*, que se jactaban de poseer la ciencia universal, y discutían capciosamente sobre las cuestiones más opuestas. Un hombre insigne, Sócrates, se encargó de rebatir á los sofistas, demostrando lo falso de sus doctrinas con los principios de una filosofía sólida y fundamentada. Pero como Sócrates no consignó sus teorías por escrito, serían desconocidas á no haberlas conservado alguno de sus discípulos, como Jenofonte, y sobre todo Platón.

Platón (429-347 a. de J. C.) nació en Atenas. Dícese que primero llevó el nombre de Aristocles, pero luego se le dió el de Platón, que significa *ancho*, por su robusta complexión. Fué discípulo de Sócrates, y por hacer su defensa al verle perseguido y condenado, tuvo que salir de Atenas; viajó mucho, y en Siracusa le mandó vender como esclavo Dionisio el Viejo; regresó á su patria, y en los jardines de Academo fundó una escuela que por esto se llamó *Academia*, á la que asistieron numerosos discípulos.

Platón.

Platón escribió casi todas sus obras en forma de diálogo. A treinta próximamente ascienden los *Diálogos* de Platón, y en ellos está contenido todo un sistema filosófico y artístico. Hay unos *metafísicos*, como el *Teetetes*, que trata de la ciencia en general, y el *Timeo*, sobre el origen y naturaleza de los

hombres y del mundo; otros *morales* y *políticos*, como la *República* y las *Leyes*, referentes á la organización del Estado; otros *estéticos*, como el *Banquete*, sobre el amor, el *Fedro*, sobre la belleza, el *Ion*, sobre la poesía, etc., etc.

El lenguaje y estilo de los diálogos platónicos son tan variados como su asunto, y siempre bellos y elocuentes. Tanto participan de la elegancia como de la sublimidad; no en vano Platón ha sido llamado *el Divino*.

Si las de Platón son teorías esencialmente idealistas, las de su discípulo ARISTÓTELES conceden gran parte al análisis y la experiencia, sin que por eso exista en el fondo de unas y otras la radical separación que generalmente se cree. Aristóteles (384-322 a. de J. C.) nació en Estagira, en la Macedonia. Discípulo de Platón, vivió largo tiempo en la corte de Filipo, encargado de la educación de Alejandro; pasó luego á Atenas, donde abrió una escuela de filosofía, llamada *Liceo* por el lugar en que estaba situada, y *peripatética* porque los discípulos oían las explicaciones al tiempo que paseaban: y, últimamente, acusado de impiedad, hubo de huir á Calcis, y allí murió.

Aristóteles realizó una labor enciclopédica que durante mucho tiempo fijó el límite del saber humano. Entre sus obras figuran la *Lógica* ú *Organon*, colección de distintos tratados; la *Metafísica* ó Filosofía fundamental; la *Poética*, que sirvió de norma á los clasicistas, y la *Retórica*, dividida en tres partes sobre el orador y la oratoria; los libros de *Física*, en que, entendiendo esta palabra en sentido diferente al que hoy tiene, como «estudio de los fenómenos del Universo», se trataba de la naturaleza y movimiento de los animales, del alma y de otros asuntos; varios *Diálogos* á la manera de Platón, alguna poesía, etc.

Nadie ha ejercido la influencia que Aristóteles en la cultura humana. En Grecia y Roma, como en el mundo de la Edad Media, sus obras tuvieron inapelable autoridad; los mismos filósofos modernos le han concedido sus elogios. Y en cuanto á las condiciones literarias, los libros de Aristóteles son un modelo de lenguaje didáctico, claro y conveniente.

Otros didácticos.—Otros dos escritores didácticos merecen citarse. Uno de ellos es Hipócrates de Cos (n. 460 a. de J. C.), el más célebre médico de la antigüedad, autor de varias obras de Medicina é Historia Natural y de los famosos *Aforismos*, que contienen los más esenciales principios de higiene y patología. El otro es Teofrasto, á quien se dió este nombre, que significa *parlador divino*, por su elocuente palabra, pues el suyo propio era Tirtamo. Se conservan de Teofrasto dos tratados sobre *las Plantas*, varios fragmentos sobre ciencias naturales, y una colección de bocetos morales que se conoce con el título de *Los Caracteres*, y es su producción más notable.

La oratoria.—Orígenes.—«La elocuencia—dice un autor—es tan antigua como la Grecia misma. Existía ya en los consejos que nos describe Homero, donde los jefes reunidos discutían grandes intereses políticos ó militares.» Sin remontarse á tiempos tan lejanos, es positivo que los grandes capitanes griegos, Temístocles, Arístides y Pericles, fueron excelentes oradores; pero sólo puede juzgarse de ellos por los discursos, poco merecedores de crédito, que los historiadores ponen en su boca.

Los sofistas, á que antes hemos aludido, practicaron una oratoria falsa y de apariencia, encaminada sólo á probar sus engañosas teorías. Regida Atenas por un gobierno democrático, existiendo amplia libertad para discutir todo género de opiniones, bien pronto hicieron uso, y aun abuso, de la oratoria, cuantos hombres de alguna importancia intervenían directamente en la gestión pública; y como ésta revestía un caracter de lucha constante, y originaba frecuentes acusaciones, todos ellos hubieron de ser oradores entre políticos y forenses. Baste citar los nombres de Antifón, que tiene algunos discursos divididos en *tetralogías* ó series de cuatro; de Andócides, hombre des-

preciable, pero orador elocuentísimo; de Lisias, que escribió más de doscientos discursos en puro estilo ático; de Isócrates, cuyo *Panegírico de Atenas*, aunque notable, es un tanto afectado; y de Iseo, á quien se tiene por maestro de Demóstenes.

Demóstenes.—Las dos grandes figuras de la oratoria griega son Demóstenes y Esquines.

Demóstenes nació en Peania, demo del Atica, hacia el año 384 a. de J. C. Siendo niño perdió á su padre, que era un rico armero, y los tutores malversaron su hacienda; al llegar á su mayor edad pleiteó contra ellos, pronunciando cinco notables alegatos, y consiguió que los condenaran. Luego quiso dos veces hablar desde la tribuna pública, pero el auditorio le rechazó por su difícil pronunciación y poca soltura. Lejos de desalentarse por este fracaso, practicó en la soledad repetidos ejercicios, copiando varias veces á Tucídides, y cuando nuevamente se presentó en la tribuna para hablar contra la ley de Leptino, obtuvo un triunfo completo. Se dedicó desde entonces Demóstenes á combatir la política de Filipo, que quería incorporar el pueblo ateniense á Macedonia, su patria. Contra él peleó en la batalla de Queronea, donde parece que no fué tan buen soldado como orador. Muerto Filipo, Demóstenes intentó levantar la Grecia contra Alejandro, su sucesor; pero sometido á un proceso, fué encerrado en la cárcel. Logró fugarse de ella, y pasó varios años en un destierro. De nuevo volvió á su patria al morir Alejandro, con ánimo de promover la rebelión; pero Antípater, apoderándose de Atenas, condenó á muerte á Demóstenes y demás jefes del partido democrático. Huyó el gran orador á la isla de Calauria, y se refugió en el templo de Neptuno; alcanzado por los soldados que le perseguían, tomó un veneno y cayó muerto ante el altar del dios.

Entre los discursos más célebres de Demóstenes

figuran las *Filípicas*, que se llaman así por haber sido pronunciados en contra de Filipo, y las *Olintianas*, en que el insigne orador defendió á los habitantes de Olinto, ciudad sitiada por aquel rey. También es famoso el *Discurso de la corona*, que pronunció contra su constante rival Esquines sobre un asunto que directamente le afectaba. Un ciudadano llamado Ctesifón propuso que se confiriera á Demóstenes, en recompensa á sus servicios, una corona de oro; opúsose Esquines en una enérgica acusación, y entonces Demóstenes contestó con el aludido *Discurso de la corona*, que, según frase de Cicerón, es «el tipo más perfecto de la elocuencia humana.» Esquines no consiguió su propósito de que fuese condenado Ctesifón, porque sólo obtuvo la quinta parte de los votos, y se retiró de Atenas avergonzado.

Demóstenes es el orador más grande de Grecia. Sin conceder gran parte al elemento poético del discurso, camina derechamente á la persuasión, con abundante copia de argumentos. Su palabra recorre todos los tonos; unas veces hace uso de la más fina é intencionada ironía, otras veces se eleva hasta tocar en la sublimidad.

Esquines.—El rival que tuvo siempre Demóstenes en la oratoria y en la política, fué Esquines. Nacido en Cotocia (Atica) en el año 393, hijo de un maestro de escuela y de una tocadora de tímpano, comenzó siendo atleta y acabó por ocupar cargos importantes en Atenas. Después de regresar Esquines de una embajada cerca de Filipo, quiso Demóstenes, auxiliado por un ciudadano llamado Timarco, acusarle de estar vendido al rey de Macedonia; pero Esquines se adelantó, y en el violentísimo discurso *contra Timarco* acusó á éste de infamación, y consiguió que le condenaran. Poco después se reprodujo la cuestión. Demós-

tenes le culpó de prevaricaciones políticas y pidió contra él la pena de muerte, originándose el llamado *proceso de la Embajada*. Esquines probó lo infundado de la impugnación, en un discurso, si no tan vehemente como el de su adversario, razonado, metódico y sumamente hábil. Después de esto sobrevino el proceso de la Corona, en que Esquines fué derrotado. Retiróse á Rodas, donde abrió una escuela de Retórica, y murió el año 314 en Samos.

Esquines no publicó más que los tres discursos que hoy conocemos, llamados por los antiguos *las tres Gracias*, y son los ya aludidos *contra Timarco*, sobre *la Embajada* y contra *Ctesifón*. «Esquines—ha dicho un autor—es un artista y un hombre de imaginación, mucho más que un lógico poderoso. Dispone muy hábilmente el plan general de un discurso; más no sabe trabar estrechamente las partes, ni condensar los argumentos, ni producir aquella unidad de impresión que es el triunfo de la elocuencia. Dista mucho de ser un orador perfecto; pero es de los más perfectos que ha habido en el mundo.»

CAPÍTULO VI

Época postclásica de la Literatura griega.—Sus tres períodos

División.—Período alejandrino.—La época postclásica de la literatura griega abraza tres períodos: el *alejandrino*, el *romano* y el *bizantino*. En estos dos últimos puede decirse en rigor que no hay literatura griega, porque Grecia había perdido su nacionalidad; pero esto no impidió que el lenguaje del que fué poderoso pueblo, tuviese cultivadores.

El período alejandrino comprende desde la muerte de Alejandro al imperio de Augusto (323-28 a. de J. C.), y se llama así porque Alejandría, en Egipto, fué el centro de la cultura literaria. Los caracteres de la literatura alejandrina son la frialdad y languidez, así como cierto espíritu reflexivo y afectadamente erudito. Las letras griegas, en suma, entraban en plena decadencia.

La poesía épica.—Esto se observa sobre todo en la poesía, cuyos representantes son pocos y de escasa valía. Apolonio de Rodas (s. III a. de J. C.), es autor de un poema, tal vez el mejor del período alejandrino, sobre *Los Argonautas;* Arato (s. III a. de J. C.), compuso otro titulado *Los Fenómenos*, que es más bien un manual científico; Licofrón (s. II a. de J. C.), escribió la *Alejandra*, obra conceptuosa y enigmática, que lo mismo puede ser tragedia que poema épico; Nicandro dió á luz otros dos, titulados *Triacas* y

Alexifármacas, que se refieren á los venenos, y, según frase de un historiador, son medicina versificada y no poesía.

La lírica. — Algo más brilló la poesía lírica con las elegías y epigramas de Calímaco (s. III a. de J. C.), y sobre todo con los poetas de la escuela siciliana. Teócrito (s. III a. de J. C.), natural de Siracusa, es el verdadero creador de la poesía bucólica, y el que ha sabido expresarla con mayor verdad y belleza. De los treinta idilios que bajo su nombre se conservan, sólo diez pertenecen propiamente al género pastoril; pero bastan y sobran como modelos de gracia, ligereza y gallardía. De los demás idilios, unos tienen cierto carácter dramático, como *Los Pescadores* y *las Siracusanas;* otros son mitológicos, como el *Polifemo* y el *Epitalamio de Elena;* otros revisten la forma de epístolas, como *La rueca*.

A la literatura siciliana pertenecen igualmente Bion y Mosco (s. III a. de J. C.), cuyas obras, aunque llamadas también idilios, nada tienen que ver con la poesía bucólica. Entre las composiciones de Bión se distinguen una elegía á Adonis, notable por la expresión del sentimiento, y la que se titula *El niño cazador*. Entre las de Mosco, son notables otra elegía á la muerte de Bión, y la titulada *El amor fugitivo*.

La Didáctica.—La prosa no deja de tener cierto desarrollo. Hay algún orador, como Demetrio Falereo (s. IV-III a. de J. C.), de verdadero mérito, al decir de Cicerón; pero con más ahinco se cultiva la didáctica.

En los comienzos del período continúan en auge los sistemas filosóficos; pero ni de Zenón, fundador de la escuela *estoica*, ni de Pirrón, que predicó la *escéptica*, se conserva ningún escrito. Sólo de Epicuro (341-270), iniciador de la *epicúrea ó sensualista*, existen cuatro cartas científicas y varios fragmentos de un tratado sobre la *Naturaleza*.

Las ciencias matemáticas y físicas tuvieron cultivadores tan

ilustres como Euclides, que á fines del siglo IV escribió sus famosos *Elementos de Matemáticas*, y el siracusano Arquímedes (287-212), cuyas obras, en parte, están escritas en dialecto dórico.

De gramática y crítica hubo también escritores. Aristarco (s. II a. de J. C.), natural de Samotracia, revisor del texto de Homero, es considerado como el crítico más recto y concienzudo de la antigüedad, en oposición al envidioso Zoilo, que en sus escritos, hoy perdidos, atacó las reputaciones mejor cimentadas. Apolodoro (s. II a. de J. C.), discípulo de Aristarco, produjo numerosas obras, pero sólo se conoce la *Biblioteca*, colección de noticias y anécdotas sobre la mitología.

La Historia.—Hay un historiador, Polibio (205-122), nacido en Megalópolis, que goza de renombre, por haber dado á la historia cierto carácter crítico. Escribió varias obras, pero sólo se conservan cinco libros de los cuarenta en que estuvo dividida una de ellas, que tituló *Pragmática*, para designar con este título que el historiador no debe ser tan sólo un narrador verídico, sino que necesita deducir de los hechos un tratado de política y moral. Era esta obra una historia universal, escrita por cierto en lenguaje afectado y poco clásico.

Diógenes Laercio (s. III a. de J. C.), escribió las *Vidas y opiniones de los más ilustres filósofos*, que han suministrado importantes noticias.

Período romano.—El período *romano*, segundo de la época postclásica, comprende desde el reinado de Augusto (28 a. de J. C.) al de Justiniano (565 d. de J. C.) Llámase *romano* porque Grecia, perdida su independencia, era ya tan sólo una provincia de Roma. En este período continúa la decadencia; sólo cuando la literatura, siguiendo la marcha de los acontecimientos, deja de ser pagana, experimenta un nuevo impulso por parte de los escritores cristianos.

La Poesía.—La poesía reviste tan poca importancia, que desde Meleagro, que en el siglo anterior á nuestra era escribe sus graciosas composiciones eróticas y descriptivas, hasta la aparición de otros poetas algo notorios, pasan largos años de esterilidad. Opiano, que vivió en la segunda mitad del siglo II, escribió un poema sobre la caza (las *Cinegéticas*), y otro sobre la pesca (las *Haliéuticas)*, floridos y exuberantes, tal vez con exceso. Babrio, de época no bien determinada, hízose famoso por sus fábulas, á la manera de las de Esopo.

La Historia.—La época de Augusto y de sus sucesores inmediatos, es fecunda en historiadores. Desenvuelto el espíritu de curiosidad é investigación, aparecen, entre otras, las obras de Dionisio de Halicarnaso, Diodoro de Sicilia y Flavio Josefo, á todos los cuales aventaja Plutarco. Nacido en Queronea hacia el año 50 de J. C., estuvo varias veces en Roma dando lecciones de filosofía, literatura y erudición, á las cuales asistieron los personajes más ilustres. Aparte de los *Morales*, colección de tratados de buena y saludable enseñanza, Plutarco escribió una obra que le ha inmortalizado: las *Vidas paralelas*. En ella, con una verdad de tintas inimitable, con un profundo conocimiento del corazón humano, presenta rasgos biográficos de veintidós ilustres personajes griegos, en comparación con los de otros tantos romanos.

Otros didácticos.—De otras ciencias hay muy apreciables muestras. Estrabón (66-24) escribió una magnífica *Geografía* dividida en diecisiete libros, en los cuales, con un estilo casi siempre sencillo, claro y ameno, se estudian las regiones de la tierra habitada. Ptolomeo, en el siglo II, compuso varias obras de Astronomía, entre otras la *Composición matemática*, más conocida por el nombre de *Almagesto*, que contiene el *sistema de Ptolomeo*. Galeno, médico del mismo siglo II, se hizo famoso con varios escritos, entre ellos la *Terapeútica*.

Entre los filósofos merecen citarse Epicteto (s. I.) y el emperador Marco Aurelio (121-180), pertenecientes á la escuela estoica, así como Plotino (s. III), que en las *Enéadas* expone como en una enciclopedia el platonismo amplificado, y Longino (s. III), autor del excelente tratado sobre *lo Sublime*, muy comentado en tiempos modernos.

La Novela.—En este período puede decirse que nace un género literario: la novela. Ya desde tiempos,

anteriores el gusto por lo maravilloso se manifiesta en obras históricas y de otros géneros; y Arístides de Mileto, á quien muchos consideran como el inventor de la novela, compone en el siglo II a. de J. C. las llamadas *Fábulas milesias*, divididas en seis libros de carácter licencioso. Pero durante la época romana menudean ya las obras con apariencia verdadera de novela. Tales son la *Eubea*, en que Dion Crisóstomo (s. I.) pinta las delicias de la vida campestre, y *El asno*, atribuído á Lucio de Patras (s. II), donde se cuenta la ficción del hombre convertido en burro por una maga. Figura de más cuenta en este punto es la de Luciano de Samosata, que vivió por los años 120-200 de nuestra era, y á quien se mira como el primer *humorista* en literatura. Luciano se burló de las preocupaciones de su siglo con gracia irónica incomparable. Los *Diálogos de los muertos*, así como los dirigidos contra la mitología y los filósofos; la *Historia verdadera*, que tiene todos los caracteres de una novela satírica; el *Elogio de la mosca*, y, en suma, todas las numerosas obras de Luciano, son deliciosas muestras de un risueño escepticismo.

Los ensayos de novela continúan en los siglos sucesivos. Jámblico el Sirio (s. II?) en las *Babilónicas*, Jenofonte de Éfeso (s. II?) en las *Efesiacas*, Aquiles Tacio (s. III) en los *Amores de Leucipe y Clitofonte*, y sobre todo Heliodoro (s. IV) y Longo (s. VI), en la *Historia de Teágenes y Clariquea* y en *Dafnis y Cloe*, respectivamente, sientan las bases del nuevo género, con sus episodios de aventuras y amores, no exentos muchas veces de obscenidad.

Padres de la Iglesia griega.—La oratoria, que en los comienzos del período cuenta con algún cultivador como el citado Dion Crisóstomo, se eleva sobremanera con la predicación del cristianismo. Llámanse

Padres de la Iglesia los varones cristianos que desde el siglo II hasta el VI, ó, según otras opiniones, hasta época posterior, defendieron la nueva fe contra el paganismo, ó desenvolvieron sus doctrinas. Según esta doble misión que desempeñaron, se dividen en *apologistas* y *dogmáticos;* y de acuerdo con las dos grandes divisiones del imperio romano y el idioma que hablaron, hay *Padres de la Iglesia griega* y *Padres de la Iglesia latina*.

Entre los Padres de la Iglesia griega son los principales apologistas San Justino (103-168), San Clemente de Alejandría (n. hacia 160) y Orígenes (n. hacia 168). Como dogmáticos se distinguieron: San Basilio (329-379), que en sus *Homilias* desplegó un estilo puro y elegante; San Gregorio Nacianceno (328-389), orador y poeta; San Gregorio Niceno (n. hacia 321), conocedor como nadie de la filosofía antigua, y San Juan Crisóstomo, llamado de este modo, es decir, *boca de oro*, por su elocuencia.

Período bizantino. —El período *bizantino*, tercero de la época postclásica, comprende desde el reinado de Justiniano hasta la toma de Constantinopla. Es este período, más que de decadencia, de agonía. Puede decirse que toda la literatura se reduce á las obras anecdóticas de varios cronistas, á los estudios de bastantes gramáticos, y á los comentarios é interpretaciones de no pocos investigadores. Los griegos modernos han logrado notable reacción en su literatura; pero terreno es éste á donde no puede llegar nuestro elemental estudio.

CAPÍTULO VII

Literatura latina.

ÉPOCA ANTECLÁSICA.—ANTIGUOS MONUMENTOS.—LA POESÍA. LA PROSA.

División.—La literatura latina comprende todas las obras escritas en latín durante la dominación romana. La belleza de la lengua latina, procedente del sanscrito, unida á la considerable extensión que alcanzaron los dominios de Roma, explican la gran importancia de esta literatura. En ella hay también *época anteclásica*, *clásica* y *postclásica*.

ORÍGENES.—ANTIGUOS MONUMENTOS.—La época anteclásica comprende desde los orígenes hasta la muerte de Sila (78 a. de J. C.) Los más antiguos monumentos que se conservan son cantos é himnos religiosos, escritos en una lengua todavía ruda y grosera. Tales son el himno de los *hermanos Arvales*, que este colegio de sacerdotes cantaba todos los años para que los dioses fertilizasen los campos, y el de los *Salios*, que en el mes de Marzo iban por las calles saltando y danzando, al compás de los golpes que daban con una vara sobre el *ancile* caído del cielo.

Por escasos fragmentos se conocen algunos tratados del tiempo de los primeros reyes, así como la llamada *Ley de las Doce Tablas*, promulgada por los decemviros hacia el 450 a. de J. C. Existen igualmente varias inscripciones lapidarias, como la grabada en la

columna rostrata por el Cónsul C. Duilio, en memoria de su triunfo sobre los cartagineses.

Primeras representaciones.—Hubo en la antigua Roma ciertos cantos satíricos y obscenos, llamados *fescenninos*, de Fescennia, ciudad de Etruria, que en las fiestas siguientes á la cosecha, en las bodas y en los triunfos guerreros, entonaban campesinos y soldados. Ellos dieron sin duda origen á las representaciones dramáticas, que, al decir de Tito Livio, tuvieron dos especies: una importada de Etruria, consistente en bailes y cánticos, cuyos actores recibían el nombre de *ludiones* ó *histriones*, que los declaraba infames; otra que observaba mayor regularidad y que sólo podían desempeñar los jóvenes nobles de Roma, con el nombre de *farsas atelanas*.

Poetas.—Después de la primera guerra púnica pudieron dejar los romanos por algún tiempo las fatigas de la guerra; estrecharon sus relaciones con los griegos, y la influencia de la cultura helénica les permitió dar mayor impulso á la suya.

No logra la poesía romper sus ataduras, pero al cabo hay quien la cultive en el siglo III a. de J. C. Livio Andrónico, griego de origen, hecho esclavo en la toma de Tarento, traduce en forma ruda la *Odisea* y algunas tragedias griegas; Cneo Nevio adapta al gusto romano la antigua comedia de los griegos; Quinto Ennio, á quien se ha llamado el *príncipe de los poetas antiguos de Roma*, escribe tragedias, comedias, sátiras, epigramas y otras obras, entre las cuales la más nombrada es cierto poema en exámetros sobre los *Anales Romanos*.

Pero ni estos poetas habían desechado la primitiva tosquedad del idioma, ni de ellos se conocen más que fragmentos. Entonces surgen dos autores cómicos de primera fila: Plauto y Terencio.

PLAUTO.—M. ACCIO PLAUTO nació en Sarsinia, ciudad de la Umbría, hacia el año 224 a. de J. C. En Roma, con una compañía de cómicos, ganó algún dinero; pero, habiéndole perdido, hubo de ser entregado como esclavo á sus acreedores. Murió en 184.

Parece que Plauto escribió numerosas comedias; de las veinte que se conservan, citaremos las más notorias. En *Anfitrión*, refiere burlescamente las aventuras que Júpiter, bajo la figura de Anfitrión, Príncipe de Tebas, emprende en compañía de Mercurio. En *La Aulularia* presenta el tipo del avaro, personificado en el viejo Euclión, que ha encontrado una ollita *(aulularia)* llena de oro, y no sabe dónde guardarla. *Los Cautivos* se basa en el reconocimiento que de dos hijos perdidos hace su padre. *El Soldado fanfarrón* (*Miles gloriosus*), ofrece ya el tipo caricaturesco que pasó luego á otros teatros, especialmente al italiano. *Mostellaria* es una comedia de aparecidos.

Aunque Plauto se inspiró en la comedia griega, no hay que ver en él un imitador servil. Sus caracteres, su lenguaje ligero y festivo, sus chistes, son enteramente romanos. Se le acusa de exagerar la pintura y degenerar en lo chocarrero y grotesco; pero, si se deja á un lado la inmoralidad en que abundan sus obras, precisamente son esas circunstancias las que dan un sello típico á su teatro.

TERENCIO.—PUBLIO TERENCIO AFER nació en Cartago hacia el año 194 a. de J. C. Robado de niño por unos piratas, según se dice, fué en Roma esclavo del senador Terencio, que le dió la libertad y el nombre. Estuvo en Atenas, y cuando se disponía á regresar á Roma murió en la Arcadia.

Seis comedias se conservan de Terencio: *Andria*, *Heautontimorumenos*, *Eunuco*, los *Adelfos*, el *Formión* y la *Hecyra*. Los críticos consideran como más

notables la *Andria* y los *Adelfos*. La pimera tiene por asunto el amor del ateniense Pánfilo hacia Gliceria, joven venida de Andros á Atenas, y los incidentes á que dan lugar sus relaciones. En los *Adelfos* se presentan los dos extremos de la educación paternal: Demea niega á su hijo Ctesifón cuanto pide, mientras que Mición concede todos los gustos á su sobrino Esquines.

El arte de Terencio es muy diferente al de Plauto. Este lo fía todo al chiste y no repara en medios para provocar la risa en la plebe. Terencio es un escritor más fino, más cortesano; busca el interés en la complicación de los asuntos.

Otros autores. — Otros autores cómicos hubo por esta época, como Cecilio, Afranio, Turpilio y Atta, no faltando tampoco quien escribiera tragedias, como Pacuvio y Accio; pero de ellos se conserva, cuando más, alguno que otro fragmento. Cultivaron la sátira algunos de los autores citados, y más que ellos, Cayo Lucilio, elogiado por Cicerón y por Quintiliano.

La prosa. - Escasos son los prosistas de esta época. La principal figura es Marco Porcio Catón, orador sobrio y enérgico, hábil didáctico en un tratado agrícola *De re rustica*, autor de un libro histórico, *Los Orígenes*, sobre la historia romana, y de otras obras perdidas. Precedióle en el género histórico Q. Fabio Pictor, y le siguieron otros varios, alguno de los cuales escribió *autobiografías*. En filosofía y gramática puede decirse que los romanos, durante esta época, se contentaron con imitar á los griegos.

La oratoria cuenta con figuras como Publio Cornelio Escipión (185-129), los hermanos Gracos (163-121), Marco Antonio (143-87), Lucio Licinio Craso (140-91) y otros que cita Cicerón en su libro *Bruto ó de los ilustres oradores*. El que más, sólo es conocido por escasos fragmentos.

CAPÍTULO VIII

Época clásica de la Literatura latina.—La Poesía

Poesía.—La época clásica de la Literatura latina comprende desde la muerte de Sila (78 a. de J. C.) hasta la de Augusto (14 d. de J. C.) Esta época es de suma brillantez, merced, en primer término, á la creciente influencia de las letras griegas sobre las romanas.

Prescindiendo de varios poetas de segunda fila, hablemos de los más importantes, insignes algunos, que florecieron en Roma por este tiempo.

Lucrecio.—Tito Lucrecio Caro (95-51), poeta didáctico de talla, nació en Roma. Hay pocas noticias de su vida; dícese que estudió en Atenas la filosofía epicúrea, y lo que parece indudable es que padecía frecuentes raptos de furor. Se suicidó á los 44 años.

Escribió Lucrecio un poema titulado *De rerum natura* (De la naturaleza de las cosas), que tiene por asunto la explicación del origen y formación del mundo, así como de los fenómenos que en él ocurren, según las doctrinas de Epicuro. Dice cómo los átomos, que son eternos, dan la vida á los seres; habla de la tierra y del cielo, explica de qué modo obran las fuerzas de la naturaleza, y burlándose de los dioses mitológicos, viene á proclamar el triunfo de la razón.

Poco nos importa el sistema filosófico que Lucrecio defendía; lo indudable es que su poema, no obstante las dificultades del

asunto, ofrece un modelo de lenguaje didáctico, y contiene fragmentos tan notables como la invocación á Venus, las descripciones de la vida campestre y del amor, y sobre todo la de la peste, al fin del libro VI.

Algo posteriores á Lucrecio son los dos grandes poetas latinos: Virgilio y Horacio.

VIRGILIO.—PUBLIO VIRGILIO MARÓN nació en Andes, cerca de Mantua, el día 15 de Octubre del año 70 a. de J. C. Educado con esmero, se trasladó á Roma y obtuvo la protección de Mecenas y de Augusto; vivió también en la Campania, cerca de Nápoles. En sus últimos años hizo un viaje á Grecia, y cuando se disponía á regresar, murió en Brindisi, el 22 de Septiembre del 19 a. de J. C.

Virgilio escribió tres obras inmortales: las *Bucólicas*, las *Geórgicas* y la *Eneida*. Son las *Bucólicas* diez composiciones de asunto pastoril y campestre, en que Virgilio imitó al griego Teócrito. Cinco de ellas están escritas en diálogo, en que intervienen pastores como Títiro y Melibeo, Mopso y Menalcas, etc.; las otras cinco tienen forma enunciativa. Estas composiciones, que también se conocen con la denominación de *églogas*, no encierran tanta verdad como los idilios de Teócrito, porque sus pastores, más que tales, son personas de otra clase cualquiera; pero esto no obsta para que sean grandes su mérito y belleza.

Las *Geórgicas* son un hermoso poema didáctico, en el cual Virgilio, imitando al griego Hesiodo, canta la tranquilidad y placeres de los trabajos agrícolas. Está dividido en cuatro libros, que tratan: 1.°, de las tierras; 2.°, de los árboles; 3.°, de los ganados; 4.°, de las abejas. Virgilio tenía las *Geórgicas* como su obra maestra, y ciertamente nadie ha pintado con tanta brillantez el noble trabajo del hombre en contacto con la naturaleza.

La obra más famosa de Virgilio es la *Eneida*, poema épico relativo á los orígenes de Roma. Está dividido en doce libros. Cuéntase en ellos cómo Eneas, después de la guerra de Troya, sale de Sicilia, y víctima de los odios de Juno, naufraga y arriba con algunos compañeros á las costas de Africa; acógelos benignamente la reina Dido, á quien Eneas refiere la destrucción de Troya, su huída de esta ciudad, y aventuras que le sucedieron después; Dido, enamorada de Eneas, le ruega que no se marche, pero él, para cumplir el destino, parte en dirección á Italia, y la desesperada reina se suicida; penetra Eneas en la cueva de la Sibila, y visita luego el Infierno y los Campos Elíseos; llega á la embocadura del Tíber; el rey Latino ofrécele la mano de su hija Lavinia, sin contar con que la reina Amata la tenía prometida á Turno, rey de los rútulos; surge la guerra, y después de varios encuentros, en que los dioses intervienen, la reina Amata se ahorca y Turno muere á manos de Eneas. Los seis primeros cantos recuerdan á la *Odisea;* los otros seis á la *Iliada*. Por su conjunto, por sus episodios, por su versificación, es la *Eneida* una de las obras maestras de la Literatura.

Horacio.

Horacio.—Quinto Horacio Flaco nació en Venusia el 8 de Diciembre del año 65 antes de J. C. Estudió en Atenas, tomó parte en la bata-

lla de Filipos, obtuvo la protección de Mecenas, que le proporcionó una rica hacienda en el país de los Sabinos, y, últimamente, murió el día 27 de Noviembre del año 8 a. de J. C.

Las obras que positivamente pertenecen á Horacio, son las siguientes: las *Sátiras*, las *Odas*, los *Epodos*, las *Epístolas* y el *Carmen seculare*.

Las sátiras, que en número de dieciocho compuso Horacio en su juventud, tienen los menores elementos satíricos posibles. Rara vez son personales; atacan más al hombre en general que á los individuos, y se dirigen más á censurar las ridiculeces que los vicios. Horacio las llamó *sermones*, así como á las *Epístolas*, porque más que nada son conversaciones en tono familiar y sencillo.

Las *Odas* y los *Epodos* se colocan tradicionalmente juntos, formando cinco libros, cuatro de las primeras y uno de los últimos. En las *Odas*, que son 123, aparece de lleno la personalidad de Horacio como poeta. Las hay heroicas, morales, eróticas, sentimentales, satíricas, y, en suma, de género muy variado. Ya imitando á los griegos, ya dejándose llevar en su originalidad, expresa Horacio los afectos con verdad y eficacia singulares, más todavía los delicados y morales que los heroicos y elevados. Parecidas á las odas son los *Épodos*, si bien predomina en ellos el carácter satírico, en forma más enérgica que en las propias sátiras.

Las *Epístolas*, escritas por Horacio en sus últimos años, forman dos libros, conteniendo el primero veinte y el segundo tres. Distínguelas su carácter reflexivo y tranquilo. Por sus numerosas confidencias íntimas, encierran el retrato físico y moral de Horacio, así como curiosas noticias sobre las costumbres romanas. En el segundo libro figura la famosa *Epístola ad Pisones*,

conocida generalmente por *Arte Poética*, que tanta influencia ha ejercido en la Preceptiva literaria.

El *Carmen seculare* ó *canto secular*, es un himno que por encargo de Augusto compuso Horacio para unas fiestas solemnes en honor de Febo y Diana.

Las obras de Horacio encierran una filosofía que proclama, en último término, la unión inseparable del bien y la virtud. En cuanto á la forma externa, nadie como Horacio comunicó á la versificación latina delicadeza, flexibilidad y armonía.

Poetas eróticos. – La poesía amorosa y elegíaca tiene en este período notables representantes.

Cayo Valerio Catulo, nacido en Verona el año 87 a. de J. C., cultivó diversos géneros de poesía. De las ciento y tantas composiciones que de él se conservan, unas, como *El pájaro de Lesbia*, son verdaderos madrigales amorosos; otras, como *La cabellera de Berenice*, sentidas elegías; otras, como el epitalamio *A las bodas de Tetis y Peleo*, parecen cantos épicos; la mayor parte, en fin, son epigramas, ya en el sentido que griegos y romanos dieron á este género, ya en el que actualmente tiene. Y no dejó Catulo de esgrimir valientemente la sátira, aun contra personas como el mismo César.

Albio Tibulo nació en Roma hacia el año 54 a. de J. C. Se conservan de Tibulo cuatro libros de elegías —tal como sabemos que se entendía esta palabra en la poesia clásica—, aunque la autenticidad del tercero ha sido muy discutida. En ellas canta el amor de varias mujeres, especialmente el de Delia, con una ternura y un sentimiento difíciles de igualar. De diferente género es el *Panegírico de Mesala*, escrito en elogio de este protector suyo é incluído en el libro cuarto.

Sexto Aurelio Propercio, nacido en la Umbría

hacia el año 51 a. de J. C. compuso otros cuatro libros de elegías, de los cuales los tres primeros están dedicados casi en totalidad á cantar su amor á Cintia, y el último se refiere en gran parte á las leyendas é historia de Roma. Aparte de la obscenidad, que se observa en éste como en todos los poetas eróticos romanos, Propercio no muestra, ni mucho menos, la naturalidad que Tibulo, por su exagerada imitación de los griegos.

Ovidio.—Superior á los citados poetas eróticos es Publio Ovidio Nasón, que á la circustancia de tal, unió la suficiente flexibilidad de aptitudes para acomodarse á otros géneros. Nacido en Sulmona, de familia ilustre, el año 43 a. de J. C., vivió en Roma durante largo tiempo, hasta que, inesperadamente, un edicto imperial le desterró al Ponto Euxino, donde murió nueve años más tarde, en el 18 d. de J. C. El pretexto del destierro fué la libertad licenciosa de su obra *Ars Amandi;* pero parece que había algún motivo oculto.

Las obras de Ovidio, sin incluir algunas poco importantes y otras de dudosa autenticidad, se suelen dividir en tres grupos: Poemas épico-didácticos, poemas amorosos y elegías.

Son poemas épico-didácticos las *Metamórfosis* y los *Fastos*. En las *Metamórfosis* refiere, por el estilo de Hesiodo, la genealogía y hechos de los dioses mitológicos, desde el Caos á las primitivas tradiciones de Roma. Cada fábula termina con una transformación ó metamórfosis, y en todas ellas resplandece, con la brillantez de estilo, la exuberancia de imaginación. Más árido y monótono, por la índole del asunto, es el poema titulado *Los Fastos*, resumen en verso de las tradiciones y fiestas religiosas.

Entre los pemas amorosos se cuentan *Los amores*, en que canta su pasión hacia Corina; el *Arte de amar*,

que en sus tres libros comprende lo relativo á la elección de la persona amada, á los recursos para conservar ese amor y al modo cómo las mujeres han de servirse de sus atractivos; los *Remedios de amor*, que encierra también observaciones muy curiosas sobre el corazón humano, y, últimamente, las *Heroidas*, que son epístolas en que personajes de la antigüedad heroica, como Penélope, Fedra, Elena, Safo, etc., expresan sus sentimientos de amor. Ovidio es por excelencia el poeta amatorio.

En las *Elegías*, esto es, en las poesías de sentimiento y lamentación (porque también las composiciones amorosas están escritas en *verso elegíaco)*, se incluyen los *Tristes* y las denominadas *Desde el Ponto*. Unas y otras tienen por objeto expresar la pena que le aquejaba por verse en el destierro. Son, sin duda alguna, las obras de menor mérito que escribió Ovidio, porque el exagerado decaimiento de ánimo le llevaba á los más lamentables extravíos, y aun la versificación se resentía.

Ovidio tuvo una facilidad extraordinaria para versificar, como él mismo lo dijo en un famoso verso:

Et quod tentabam dicere versus erat.

Esta misma facilidad le perjudicó, porque con frecuencia se perdía en prolijas digresiones; pero poseyó imaginación fecunda, sensibilidad exquisita y profunda erudición, no menos que un perfecto dominio del lenguaje.

El teatro.- La poesía dramática, lejos de adelantar en este período, parece que experimenta un retroceso. Se citan algunas tragedias; pero más en boga estuvieron las *pantomimas*, que se reducían á gestos y bailes, y los *mimos*, en que siempre figuraba un personaje principal representando soezmente algún tipo tomado de las clases bajas. Como autores de mimos sobresalieron Decimo Laberio y Publio Siro.

CAPÍTULO IX

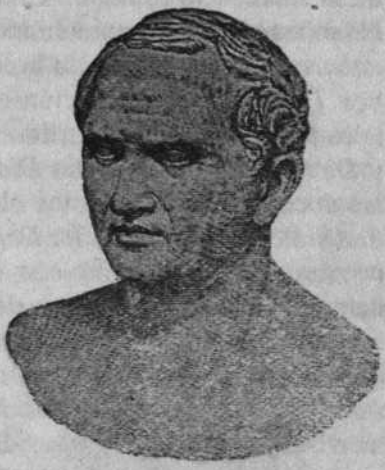
La oratoria y la didáctica en la época clásica de la literatura latina

La prosa.—La oratoria.—La prosa latina, en manos de oradores y didácticos de nota, llega también á su perfección durante el período clásico.

La oratoria, á medida que se enardecen las pasiones políticas y aumentan los asuntos judiciales, ensancha considerablemente su esfera de acción. Como antecesor de Cicerón debe citarse á Hortensio (114-50), que durante largo tiempo ocupó el puesto preminente en la tribuna. Cicerón oscureció su gloria y le tuvo muchas veces de adversario, pero, no obstante, elogia su estilo oratorio, que pertenecía al llamado *asiático*.

Cicerón.—Tan ilustre orador como escritor didáctico, Marco Tulio Cicerón es una de las primeras figuras de la Literatura latina. Nacido en Arpino el día 3 de Enero del año 106 a. de J. C., recibió en Roma esmerada educación. En su juventud escribió poesías y estuvo en la guerra contra los marsos; viajó por Grecia, y, de regreso en Roma, dedicóse de lleno al foro; ejerció, sucesivamente, la cuestura en Sicilia, la pretura y el consulado, desde donde destruyó la conjuración de Catilina; desterrado arbitrariamente, volvió al poco tiempo lleno de aplausos; después fué nombrado augur y procónsul en Cilicia. En la guerra entre César y Pompeyo, mostróse partidario de este último; mas después de la batalla de Farsalia, en que

venció César, reconcilióse con él y se retiró á Brindisi. Muerto César, Cicerón se puso al lado de Octavio, atacando á Marco Antonio en los discursos que, á imitación de Demóstenes, llamó *Filípicas*. La formación del segundo triunviriato, constituído por Marco Antonio, Octavio y Lépido, puso fin á las rivalidades de los dos primeros, y el gran orador fué condenado á muerte y degollado el día 7 de Diciembre del año 43. Su cabeza, puesta entre las dos manos, se colocó en la tribuna pública por orden de Antonio.



Cicerón.

Grande es la fama de Cicerón como orador, aunque no la merezca más pequeña como escritor didáctico. La oratoria de Cicerón fué menos concisa que la de Demóstenes, pero más elegante, más profusa en adornos. Son sus discursos, según el asunto, políticos y forenses, si bien ambos conceptos se mezclaban frecuentemente en Roma, como en Grecia; entre ellos se distinguen los que pronunció en favor de Milón, de Ligario, de Arquias y para defender la ley Manilia, así como las *verrinas*, oraciones contra Verres, y las *filípicas*, especialmente la segunda.

Los tratados didácticos de Cicerón, libres por lo general de la magnificencia oratoria, revelan su sagacidad, su recto y concienzudo juicio y su vasta ilustración. Entre las obras retóricas, citaremos los

diálogos *Del Orador*, donde Mucio Scevola, Craso, Marco Antonio, César y otros conversan sobre las cualidades de la oratoria, y el *Bruto ó de los ilustres oradores*, que es también un diálogo entre Cicerón, Atico y Bruto, en que traza magistralmente la historia de la elocuencia romana. Entre las numerosas obras filosóficas, deben mencionarse las tituladas *De los deberes*, tratado sobre lo honesto y lo útil; *Cuestiones Tusculanas*, exposición de los más trascendentales puntos de psicología, de acuerdo con el estoicismo, y *De la naturaleza de los Dioses*, en que se rechazan las doctrinas ateístas. A las obras políticas pertenecen dos diálogos, titulados *La República* y *Las Leyes*. El primero, conocido sólo por fragmentos, se dirige á determinar la mejor forma de gobierno; el segundo trata de la justicia y organismo de la legislación. A las obras retóricas, filosóficas y políticas de Cicerón, es preciso añadir una interesante colección de cartas y varias poesías.

César.

La Historia.—El género histórico ofrece en esta época varios nombres, gloria de las letras latinas. El primero es el del propio Julio César (100-44 antes de J. C.), el gran dictador que fué dueño de los destinos del mundo. Los *Comentarios* de César son siete libros *de las guerras de las Galias*, referentes á su campaña en esta comarca, y

tres *de la guerra civil*, en que relata sus luchas con Pompeyo. Los *Comentarios* fueron añadidos por Hircio y Oppio.

Los *Comentarios* de César, que bajo el aspecto militar han sido muy elogiados, aunque tienen algunas inexactitudes geográficas, se distinguen literariamente por su enérgica concisión. Su imparcialidad no es tan grande como se ha dicho, pues siempre procura narrar los hechos en favor suyo.

Cierto mérito tiene Cornelio Nepote, contemporáneo de Julio César, en su obra *De los hombres ilustres*, que contiene veinte biografías de otros tantos generales griegos, más las de los cartagineses Amílcar y Aníbal y de los romanos Catón y Atico; pero es mayor la importancia de Cayo Salustio Crispo (86-34), que nacido en familia plebeya, fué amigo de César y reunió grandes riquezas, no muy bien adquiridas. Se conservan de Salustio dos obras de poca extensión—la *Conjuración de Catilina* y la *Guerra de Yugurta*—y varios fragmentos de la *Historia de Roma*. Fué él quien antes que nadie dió en su nación á la historia carácter artístico, pues en medio de una vigorosa sobriedad, presenta un cuadro animado é interesante de la sociedad romana, con sus personajes, sus luchas y sus pasiones.

El mejor historiador latino es Tito Livio (59 a. de J. C.-17 de J. C.), que nació probablemente en Padua y fué protegido de Augusto. Escribió varias obras, pero sólo existen fragmentos de la *Historia romana*, conocida también con el nombre de *Décadas* por estar dividida la narración en períodos de diez en diez años. La claridad y elocuencia de Tito Livio son admirables; sus famosas *arengas* se han imitado hasta el abuso. Cierto es que el célebre *Patavino*, crédulo y bondadoso, se hace eco de tradiciones fabulosas y

exagera los elogios á los buenos, mientras omite las censuras á los malos; pero estos defectos, pequeños para su época, pueden perdonarse en gracia á la belleza de la narración.

Otros didácticos.—Entre los escritores didácticos no hay que olvidar á Marco Terencio Varrón (114-26), notorio por sus conocimientos enciclopédicos. Además de las sátiras, que, por imitar á Menipo, cínico griego, llamó *menipeas*, escribió obras de filosofía, de gramática, de agricultura, de historia, de astrología, de matemáticas, de náutica, etc. Sólo se conserva completo el tratado *De re rustica*. Su obra más elogiada es la que comprende las *Antigüedades humanas y divinas*, conocida sólo por fragmentos.

No estará de más citar á Vitruvio, autor de un precioso tratado *De Arquitectura*, y al médico Celso, que escribió muy acertadamente sobre su ciencia.

CAPÍTULO X

Epoca postclásica de la literatura latina.—Sus dos períodos

División.—Primer período.—La época postclásica de la Literatura latina comprende desde la muerte de Augusto (14 de J. C.) hasta la destrucción del imperio romano de Occidente (476). Puede dividirse en dos etapas, separadas por la muerte de Trajano (117).

En esta época las letras, como todo el poderío de Roma, decaen marcadamente. Sin embargo, en la primera etapa no faltan escritores de nota, como vamos á ver por un ligero examen.

La Poesía.—Fedro.—La poesía ofrece ante todo un nombre famoso en los anales de la fábula: Fedro. Nació Fedro en el monte Pierio; fué esclavo y liberto por Augusto. No todas las fábulas que bajo su nombre corren le pertenecen, ni en otras hizo más que dar forma á las de Esopo y á diversos cuentos orientales; pero es lo cierto que sus cualidades de fabulista han sido pocas veces igualadas.

Los Sénecas.—Una ilustre familia de españoles florece en este tiempo, que llega á producir un gran poeta: la familia de los Sénecas. Marco Anneo Séneca, llamado *Séneca el Retórico*, nació en Córdoba, y después de ser profesor en Roma, murió el año 33 de J. C. Se conocen de él dos colecciones retóricas,

las *Controversias* y las *Suasorias*. Hijo del anterior fué Lucio Anneo Séneca (3-65), nacido igualmente en Córdoba, y á quien se llama *Séneca el Filósofo* y también el *Trágico*. Trasladado á Roma, fué preceptor de Nerón y obtuvo grandes riquezas; acusado luego por el emperador de haber intervenido en la conjuración de Pisón, y condenado á morir en la forma que quisiera, optó por ser desangrado en un baño.

De las diez tragedias que se le atribuyen, las tituladas *Medea* é *Hipólito* reúnen más probabilidades de autenticidad. Se distinguen por el lenguaje hiperbólico y fastuoso, que algunos señalan como iniciación de la decadencia y que parece haber sido patrimonio de los poetas cordobeses en distintas épocas. Las obras filosóficas que de él se conservan, muestran un espíritu elevadísimo que sólo en la moral y en el bien cifraba la norma de conducta. En este sentido, es un antecesor de los Padres de la Iglesia.

Lucano.—El poeta de la familia fué Marco Anneo Lucano, nieto de Séneca el Retórico y sobrino de Séneca el filósofo. Nació en Córdoba el año 39 de J. C., y llevado de niño á Roma cerca de su tío, obtuvo honores y distinciones. Ofendido Nerón porque en las lecturas públicas los versos de Lucano alcanzaran más aplausos que los suyos, le demostró su disgusto; entonces el poeta cordobés tomó parte en la fracasada conjuración de Pisón, y como consecuencia fué condenado á muerte, que soportó con gran valor á los 27 años, recitando en los últimos momentos algunos versos de su *Farsalia*.

Este poema, la *Farsalia*, que tiene por asunto la guerra civil entre César y Pompeyo, es la obra que de Lucano se conserva. No obstante lo limitado del asunto y el tono un tanto declamatorio del lenguaje, encierra la *Farsalia* grandes bellezas. Algunos ca-

racteres, como el de César y el de Pompeyo, y sobre todo el Catón, están pintados de mano maestra; no pocos episodios, entre ellos el de Anteo y el de la maga tésala Ericto, son por todo extremo interesantes.

Otros épicos.—Otros tres épicos hay que, sin llegar á la categoría de grandes poetas, son dignos de estima. Uno de ellos es Valerio Flaco, autor del poema *Los Argonautas*, en que imitando á Apolonio de Rodas, refiere la expedición de Jasón y los suyos en busca del vellocino de oro; otro es Silio Itálico, que en un poema sobre *La segunda guerra púnica*, relató la lucha de romanos y cartagineses; otro, últimamente, es Estacio, que escribió *La Tebaida*, referente á la guerra entre los hijos de Edipo.

Poetas satíricos.—La poesía satírica alcanzó gran brillantez con Persio, Marcial y Juvenal. Aulo Persio Flaco (34-62), nació en Volaterra, y estudió la filosofía estoica: murió á los 28 años. Quedan de él seis sátiras, en que austera y gravemente condena los vicios de sus contemporáneos.

Marco Valerio Marcial fué español; nació en Calatayud el año 41 de J. C. De joven pasó á Roma, donde obtuvo fama como poeta, pero sin conseguir crearse una posición independiente. De vuelta en su patria y casado con una mujer rica llamada Marcela, pasó allí los últimos años de su vida. Se conocen de Marcial quince libros de *Epigramas*, en que con mucha gracia, pródiga en obscenidades, busca el punto flaco de las figuras y costumbres romanas.

Décimo Junio Juvenal (47-130) nació en Aquino. Las dieciséis sátiras que de Juvenal se conservan—una de ellas, sobre la *milicia*, incompleta,—rebosan indignación y energía; pero el mismo cuidado que se observa en todos los detalles, la estudiada perfección del conjunto, hacen creer á veces que se trata, más

que de la ingenua protesta de un hombre austero, de la obra meditada de un artista.

La Historia.—En esta primera etapa de la decadencia, aún conserva la prosa latina mucho de su vigor y hermosura, gracias, sobre todo, á los historiadores.

Prescindiendo de otros menos importantes, citaremos en primer lugar á Cayo Cornelio Tácito, nacido en Interamna hacia el año 55, el cual sobrepuja á todos los demás. De sus numerosas obras históricas sólo ha llegado hasta nosotros lo siguiente: *La vida de Agrícola*, en que traza la vida de este ilustre personaje romano, que fué su suegro; *De los costumbres de los germanos*, en que se ve el propósito de poner en parangón los usos nobles y virtuosos de este pueblo con la corrupción de Roma; varios libros de las *Historias* y algunos más de los *Anales*, referentes todos á la historia romana.

En Tácito se ve al historiador moralista y filósofo, que investiga las causas y las consecuencias de los hechos. Con un estilo sumamente conciso y pintoresco, envuelto en cierta gravedad melancólica, sabe penetrar aun en las ocultas intenciones de los personajes históricos.

Quinto Curcio, de quien se conservan muy escasas noticias, es conocido por su *Historia de Alejandro Magno*, que despierta interés, pero que por su lenguaje declamatorio y artificioso, por sus errores geográficos é históricos, no puede compararse con los grandes monumentos de la historia romana.

Cayo Suetonio, nacido hacia el año 70, es un historiador ingenuo que en sus *Vidas de los doce Césares* cuenta hasta la vida íntima de los primeros emperadores en un lenguaje apacible y natural, acreditándose de maestro en la pintura de caracteres.

Otros didácticos.—Entre los varios nombres de retóricos que aparecen por esta época, á más de Sé-

neca, debe darse preferencia á MARCO FABIO QUINTILIANO. Fué español, de Calahorra, donde nació el año 42. Llevado á Roma por Galva, alcanzó con la protección de los emperadores toda clase de distinciones, y fué el primer profesor oficial de Retórica. Murió en tiempo de Adriano.

La fama de Quintiliano se debe á su obra *De institutione oratoria*, tratado de Retórica en que, si bien utiliza ideas de escritores anteriores, lo hace con verdadera originalidad, y sobre todo con un criterio y un orden inmejorables. Para ello toma al orador desde niño, desde que está en brazos de la nodriza, hasta que llega á ser perfecto en su arte. Poco importa que las *Instituciones* se resientan algo en su lenguaje de los defectos de la época, si han pasado á ser obra clásica en la historia de la Preceptiva literaria.

Entre los escritores de otras ciencias es preciso mencionar algunos. CAYO PLINIO, llamado *el Naturalista* ó *el Mayor*, muerto el año 79 en la erupción del Vesubio, víctima de su curiosidad científica, escribió varias obras, entre ellas una *Historia Natural* muy amena, aunque abundante en los errores propios de la época. COLUMELA, español, natural de Cádiz, es autor de un notable libro de agricultura titulado *De re rustica*. Otro español, POMPONIO MELA, nacido también cerca de Cádiz, compuso un tratado de Geografía llamado *De la situación del mundo*. Y, de los restantes, contentémonos con citar á PLINIO EL JOVEN, autor de una colección de cartas muy interesantes, por las noticias que contienen, y del *Panegírico de Trajano*, discurso bastante hinchado y artificioso.

Segundo período.—En la segunda etapa de la decadencia, se precipita la literatura romana hacia su ruina. Los críticos convienen en que, á partir del emperador Adriano, se extingue el buen gusto, y sólo á impulso de los escritores cristianos se observa cierta reacción pasajera. De los numerosos autores de esta

época, será preciso citar únicamente, y con toda rapidez, á los más distinguidos.

Poetas.—Entre los poetas será bastante recordar á Ausonio, nacido en Burdeos el año 309, y autor de notables elegías, idilios y epigramas; á San Ambrosio (340-397) que escribió himnos inspiradísimos, y á dos españoles: Juvenco y Prudencio (s. IV). El primero escribió varios poemas, entre ellos la *Historia Evangélica*, donde refiere la vida de Cristo en versos rudos y enérgicos. El segundo es celebrado ante todo por sus *himnos*, muestras valientes de inspiración religiosa.

La novela.—Es preciso notar que por esta época se encuentran en la literatura latina dos obras con carácter de novelas. Una de ellas, titulada el *Satyricon*, y debida á Petronio, es acaso anterior, pues debió de escribirse en el primer siglo del Imperio; de los fragmentos que se conservan puede deducirse toda la desvergonzada obscenidad de sus páginas. La otra, escrita por Apuleyo hacia mediados del siglo II, se titula *El Asno de Oro*, y está basada en otra novela griega ya citada, conteniendo la ficción del hombre que, convertido en jumento mediante un unto mágico, recobra la forma humana después de muchas cuitas. Ambas están escritas en forma autobiográfica.

La Historia.—El género histórico cuenta con numerosos cultivadores. Llámase *escritores de la historia augusta* á los historiadores—seis en total—que escribieron las biografías de los Augustos, emperadores ó Césares, importantes como documentos históricos por los pormenores que contienen, pero sin valor alguno desde el punto de vista literario.

Hay además historiadores independientes, tanto gentiles como cristianos. Baste citar, de estos últimos, á San Sulpicio Severo (s. IV), natural de Aquitania, autor de una *Historia*

Sagrada y de otras obras, y á Paulo Orosio (s. V), nacido en Braga ó en Tarragona, que además del *Apologético contra Pelagio*, escribió las *Historias*, para favorecer á los cristianos.

Otros didácticos.—Hubo también escritores de gramática, de agricultura, de arte militar, etc.; pero donde se alcanzó mayor brillantez fué en la ciencia del Derecho, con juriconsultos como Gayo, Papiniano, Ulpiano, Modestino y otros.

Padres de la Iglesia latina.—Desde fines del siglo II aparecen los Padres de la Iglesia latina, que son, como los de la griega, apologistas y dogmáticos. Entre los primeros figuran Tertuliano, escritor de grande ingenio y vehemencia, nacido en Cartago hacia el año 160, San Cipriano (200-258), probablemente también cartaginés y muy erudito en los textos sagrados, y Lactancio (s. III), profesor de Retórica en Nicomedia, elocuentísimo en sus escritos. Todos ellos atacan con energía las doctrinas paganas y defienden el cristianismo.

Entre los dogmáticos, uno de los más antiguos es San Ambrosio (340-397), nacido en Tréveris, cuyas obras son de cinco clases: exposiciones de la Escritura; obras morales y teológicas; oraciones fúnebres; cartas; poesías. Más que teólogo y hombre de ciencia, San Ambrosio es un moralista; su lenguaje es diáfano y sencillo.

San Jerónimo (342-420) nació en Estridonia, en la Dalmacia; viajó por Oriente y vivió durante varios años en la soledad, entregado á la meditación y el estudio. Las obras teológicas de San Jerónimo son de dos clases: interpretaciones de la Escritura y polémicas. Mayor interés ofrecen las primeras, pues en ellas restituyó el texto bíblico traduciéndole al latín, versión que forma en gran parte el texto de la *Biblia Vulgata*, única usada en la liturgia católica. También tiene San Jerónimo notables *cartas* dirigidas á varias ma-

tronas romanas, en que pinta con vivos colores la sociedad de su época.

San Agustín (354-430) nació en Tagaste, ciudad del Africa, donde su padre Patricio, que se hizo cristiano al morir, y su madre Santa Mónica, gozaban de regular fortuna. Pasó una juventud borrascosa, pero bautizado por San Ambrosio, llegó á ser obispo de Hipona, haciendo una vida de caridad y penitencia.

Las obras de San Agustín ascienden á un número considerable, por lo cual bastará con citar las principales, que son las siguientes: *La Ciudad de Dios*, libro escrito para demostrar que la toma de Roma por Alarico no era efecto de la cólera de los dioses irritados por el triunfo del cristianismo; las *Confesiones*, en que refiere la historia de su juventud y sobre todo la lucha que sostuvo antes de abandonar el maniqueismo por la religión cristiana; las *Retractaciones*, que contienen un examen de sus propias obras y motivos que le indujeron á escribirlas; los *Sermones*, por lo general muy cortos y en tono familiar; y las *Cartas*, que arrojan mucha luz sobre el carácter de su autor.

Es San Agustín uno de los escritores de comprensión más vasta. Sus conocimientos, no menores que su elocuencia, abarcan las materias más opuestas.

LITERATURAS MODERNAS

CAPÍTULO XI

Literatura española

ESCRITORES HISPANO-LATINOS.—PERÍODOS VISIGODO, MUSULMÁN Y DE LA RECONQUISTA

Tiempos primitivos.—En España, al comenzar la dominación romana, se hablaba un idioma nacional formado probablemente sobre la base del ibérico y el celta—predominando tal vez este último—y de que dan testimonio los autores latinos. Los pueblos primitivos que habitaron nuestro suelo tuvieron seguramente una literatura, sobre la cual se han hecho conjeturas diversas. Algo se ha rastreado la cultura literaria de los celtas, con ciertas suposiciones sobre las primitivas epopeyas turdetanas, pero cuanto de su época se conserva no pasa de algunas inscripciones y de las referencias de escritores antiguos. El terreno conjetural, en esta materia, es muy expuesto y resbaladizo.

La época histórica de nuestra Literatura comienza con la invasión romana. Parece que cántabros y astures, como protesta á los invasores, tuvieron sus cantos de independencia; pero el *Leloaren Cantua* (canto de Lelo), texto vascuence que algunos consideraron

coetáneo de Augusto, hoy no se cree anterior al siglo XVI.

Escritores hispano-latinos.—Con la dominación romana el latín triunfó, no sin trabajo, sobre la lengua indígena, y aunque el pueblo no habló el latín puro y hermoso de los literatos, sino el *sermo plebeius* ó *sermo rusticus*, ya hemos visto que en España nacieron también ilustres escritores latinos, como los Sénecas, Lucano, Marcial, Quintiliano, Yuvenco, Prudencio, Orosio, etc.

Después de la caída del imperio romano, al lenguaje latino, como dice Vives, sucedió otro mixto de latín y bárbaro; pero no por eso faltó quien, durante largos años, cultivase las letras latinas, según lo demostrarán algunos nombres.

Periodo visigodo.—En el período visigodo hay, entre otras, tres figuras salientes: Leandro de Sevilla, Juan de Biclara y San Isidoro de Sevilla, prelados los tres de nuestra iglesia. Los dos primeros combatieron con todas sus fuerzas el arrianismo; Juan de Biclara refirió además en un *Cronicón* los sucesos acaecidos desde el año 567 hasta la muerte de Recaredo. San Isidoro (570-636) es considerado como el hombre más sabio de la Edad Media. De sus obras históricas, exegéticas y científicas, la más notable es la titulada *Las Etimologías* ó los *Orígenes*, verdadera enciclopedia donde se estudian las siete disciplinas liberales que formaban el *trivium* y el *quadrivium*, y además otras varias ciencias. Se le atribuye un fragmento poético titulado *De fabrica Mundi*. Por esta época aparecen numerosos himnos y otras manifestaciones de la poesía religiosa, en que se distinguen San Eugenio, San Ildefonso y San Julián, que también cultivaron otros géneros.

Período musulmán y de la Reconquista.—En el período de la dominación musulmana y primeros años de la Reconquista, son muchos los escritores hispano-latinos. Conviene entresacar, de los que trataron asuntos religiosos, al Abad Esperaindeo, que escribió un elocuentísimo *Apologético contra Mahoma*, á San Eulogio, que además de obras doctrinales compuso exámetros y pentámetros, y á San Alvaro, cuyo *Indículo luminoso* es una enérgica impugnación del korán. Un poeta hay de gran talla, Teodulfo, obispo de Orleans, cuyo himno *Gloria, laus et honor* aún se canta en la festividad del Domingo de Ramos; pero desde el siglo VIII hasta bien entrado el XI, la poesía latina es casi nula en los reinos cristianos de España. Después de esta fecha aparecen muestras muy notables, como el cantar del Cid *Campidoctor*, escrito en sáficos adónicos, y que es la más antigua composición poética conocida en loor del héroe castellano; un fragmento sobre la conquista de Almería, inserto en la crónica latina del Emperador Alfonso VII, y el poema didáctico de Pedro Compostelano, *De Consolatione Rationis*, imitado de Boecio.

La historia cuenta con varias crónicas. Tales son la *Chronica Albendense* y el *Chronicon* de Sebastián de Salamanca, correspondientes al reinado de Alfonso III el Magno; la *Crónica* de Sampiro, obispo de Astorga, escrita en el siglo XI; y, compuestas al comenzar el XII, las de Pelayo de Oviedo y de cierto Monje de Silos, cuyo nombre se desconoce. Todas ellas se refieren á los primeros monarcas de la Reconquista, y están escritas, por lo general, en un latín rudo y defectuoso.

Más interés ofrecen otras tres crónicas del siglo XII: la *Gesta Roderici Campidocti*, la *Historia compostelana* y la *Chronica Adephonsi Imperatoris*. La primera es el libro más antiguo que trata del Cid, y en él se descubren ya los gérmenes poéticos que había de utilizar la musa legendaria de Castilla. La segunda fué escrita á instancias de D. Diego Gelmírez, arzobispo de Santiago, por los canónigos Munio Alfonso,

Hugo y Giraldo, y es un continuo panegírico de aquel prelado. La última refiere detalladamente los hechos de Alfonso VII, y en ella se contiene el *Poema de Almería* antes aludido.

Es necesario hacer mención especial de un notable escritor: el judío de Huesca Moseh Sephardi, que después de convertido se llamó Pedro Alfonso. No son sus obras de filosofía y religión las que le hacen acreedor á ello, sino la titulada *Disciplina Clericalis*, por la cual se le considera como introductor del apólogo oriental. Es, en efecto, una serie de fábulas y cuentos con enseñanza moral, inspirados en las colecciones indias del *Pantschatantra* y del *Hitopadesa*, que los árabes habían transmitido á Occidente. Su influencia en la literatura fué por esto muy grande.

El género histórico alcanza mejor suerte en el siglo XIII con las obras del arzopispo de Toledo D. Rodrigo Ximenez de Rada (1170-1247) y D. Lucas de Tuy. El primero compuso varias obras históricas en latín, de las cuales la más notable es la *Historia Gothica*, que comprende desde la invasión goda hasta su tiempo. El segundo, inferior en mérito, escribió el *Chronicon Mundi* y la *Vida de San Isidoro*, no muy depuradas en cuanto á los datos.

CAPÍTULO XII

EPOCA ANTECLÁSICA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA. ORIGEN Y PRIMEROS MONUMENTOS DE LA LENGUA CASTELLANA.—CANTARES DE GESTA.—POEMA DEL CID. EL RODRIGO.

La lengua romance.—El latín, que había encontrado en España cierta resistencia, que nunca llegó á hablarse en nuestra península con absoluta pureza, sufrió sucesivas y no interrumpidas transformaciones. En contacto con el habla indígena é influído también por el idioma gótico, perteneciente á la familia teutónica, se modificó poco á poco, no sólo en su pureza, sino en su estructura. Este fué el origen del castellano; éste, ó muy parecido, fué el origen de las demás lenguas derivadas del latín, que se llamaron *neo-latinas* ó *romances*.

El cuerpo principal del castellano se formó, pues, con la lengua latina, agregándose otros elementos aportados por los demás pobladores de España, en mayor ó menor cantidad. Con posterioridad, apropióse también algún elemento árabe, más los que inevitablemente se incorporaron de las demás lenguas neolatinas, en su relación estrecha.

Desde luego se comprende que el castellano no nació repentinamente, en un momento dado, sino que se formó lenta y gradualmente. En los documentos del

siglo VIII, pueden verse ya algunas palabras romances, que menudean más en los de tiempos posteriores. Al siglo XI, próximamente, pertenece un códice del Museo Británico, procedente del monasterio de Silos, en que se contienen unas cuatrocientas palabras latinas traducidas á la lengua vulgar. En el siglo XII el castellano aparece ya formado, si bien le falta mucho para llegar á su perfeccionamiento.

Aunque toda división tiene mucho de convencional, de nuestra literatura la estableceremos en la forma siguiente: *Epoca anteclásica*, desde los primitivos monumentos hasta el florecimiento de Garcilaso (1530). *Epoca clásica*, desde esta fecha hasta la muerte de Calderón (1681). *Epoca postclásica*, que comienza en esta fecha y abarca la decadencia del siglo XVIII y el renacimiento del XIX.

Comenzaremos aquí á hablar de la primera.

Cantares de gesta.—Al nacer la Literatura castellana se inspiró, como todas, en asuntos nacionales y heroicos. La épica absorbe toda la actividad literaria, y aparecen los *cantares de gesta*, narraciones poéticas relativas á los héroes populares.

Hubo en España distintos cantares de esta especie; pero casi todos se han perdido, y sólo hay noticias de su existencia por conservarse restos prosificados en obras posteriores, especialmente en la *Crónica general* de don Alfonso X el Sabio. He aquí los cantares de gesta de cuya existencia hay pruebas indudables:

Bernardo del Carpio.—Acerca de Bernardo del Carpio hubo, no sólo uno, sino varios cantares de gesta, según lo testifica la *Crónica general*. Este personaje tiene tal vez su representación histórica en un hijo de Ramón, conde de Ribagorza y de Pallars, pero luego se convirtió en un héroe leonés, nacido del

secreto matrimonio del conde don Sancho con doña Ximena, hermana de Alfonso II el Casto. No es posible deslindar el contenido de estas gestas, tal como se cantaban en el siglo XIII, porque de ellas sólo puede juzgarse por los extractos que hicieron don Lucas de Tuy, don Rodrigo Jiménez de Rada y la *Crónica General;* pero lo más importante había de referirse á la famosa batalla de Roncesvalles, en que se supone que Bernardo del Carpio venció á Carlo Magno y murieron los Doce Pares.

Fernán González.—Las hazañas de este ilustre conde de Castilla fueron también celebradas en uno ó varios cantares de gesta, de los que apenas se conserva noticia, porque los hicieron caer en el olvido otros poemas posteriores sobre el mismo asunto. Es de suponer que contuvieran las tradiciones más salientes acerca del conde castellano, como sus victorias sobre el Rey de Navarra y el Conde de Tolosa; su rebelión contra el monarca leonés; el trato que con don Sancho hace sobre la venta de un caballo y un azor, cuyo precio é intereses crecen hasta el punto de obtener en pago la independencia de Castilla; las dos prisiones del Conde, en la segunda de las cuales le liberta su mujer, disfrazada de romera de Santiago; el juramento de los castellanos, que llevan al frente del ejército la estatua de su señor cautivo, etcétera, etc.

También debieron de existir cantares de gesta relativos á las tradiciones poéticas de otros Condes de Castilla, tradiciones de carácter trágico en su mayor parte. Tales son la de Garci Fernández, en que éste, burlado por su mujer, da muerte á los adúlteros y se casa con la hija de su rival; la de Sancho García, de argumento más noble y elevado; y la de don García, asesinado en León por los Velas cuando iba á celebrar sus desposorios con doña Sancha, hija del rey don Bermudo.

Los Infantes de Lara.—Los Infantes de Lara tuvieron también varios cantares de gesta, el primero de los cuales era ya bastante antiguo en la segunda mitad del siglo XIII.

Comenzaba, según se deduce de la *Crónica General*, por las bodas de Roy Blásquez, señor de Vilviestre, con doña Lambra, que se celebran en Burgos, y á las que asisten la hermana de aquél, doña Sancha, mujer de Gonzalo Gustios, y sus siete hijos, llamados los Infantes de Salas. En las fiestas que se celebran, el menor de los Infantes, Gonzalo González, entabla disputa con el sobrino de doña Lambra, Albar Sanchez, y le mata de una puñada en el rostro. Promuévese gran alboroto con este motivo, pero se llega á una reconciliación, y poco después los Infantes se trasladan á Barbadillo para acompañar á doña Lambra. Esta, que les guardaba vivo rencor, hace que un criado suyo afrente á Gonzalo arrojándole al pecho un cohombro, y entonces los Infantes persiguen al osado sirviente y le dan muerte, no obstante haberse refugiado bajo el manto de su señora. Roy Blásquez, instigado por doña Lambra, prepara una infame venganza. Envía al padre, Gonzalo Gustios, á Córdoba, con una carta escrita en arábigo para Almanzor, encargándole que descabece al mensajero y salga á matar á los Infantes, que á tierra de moros se dirigían. Compadecido Almanzor, se contenta con encerrar á Gustios en una prisión, dándole para su servicio una *mora fijadalgo*, de la cual se enamora y tiene un hijo que fué más tarde el vengador Mudarra González. En tanto los Infantes, conducidos con engaño por su infame tío, son muertos por los moros en Almenar, después de heroica resistencia; Roy Blásquez envía sus cabezas á Almanzor, quien las enseña al desdichado padre. Puesto en libertad por Almanzor, Gonzalo Gustios regresa á Salas, no sin dejar á la mora medio anillo para que le entregue á su hijo cuando sea mayor, como medio de reconocimiento. Llega á ser Mudarra González un apuesto y valiente joven, se traslada á Castilla, donde su padre le reconoce por la señal de la media sortija; desafía y da muerte á Roy Blásquez, así como á treinta caballeros que le acompañaban, y, últimamente, hace quemar viva á doña Lambra.

Aunque en esta tradición hay mucha parte de pura invención, tiene sin duda fundamento histórico, más que por la prueba, poco convincente, de haberse encontrado en la iglesia mayor de

Santa María de Salas ocho cabezas que se dijo ser las de los siete Infantes y su ayo, por la existencia probada de don Gonzalo Gustios y por otras lógicas deducciones.

Alvar Fáñez de Minaya.—Es éste uno de los personajes más importantes que intervienen en el *Poema del Cid*, de que luego hablaremos; pero parece indudable que además tuvo su correspondiente cantar de gesta, en que se contaría cómo Alvar Fáñez fué enviado por don Sancho II de Castilla á desafiar en Santarém á su hermano don García, rey de Galicia; cómo se alabó en burlas de haber jugado las armas y el caballo, y cómo libró al rey de manos de seis caballeros enemigos que de él se habían apoderado.

Maynete.—Esta tradición poética es del ciclo carolingio, es decir, de asunto francés, pero hubo de tener en nuestra patria un cantar de gesta que sólo en el fondo del argumento coincidía con los franceses, y que se contaminó tal vez de las tradiciones sobre Alfonso VI. Referíase á la venida de Carlo Magno á Toledo, bajo el nombre de *Maynete;* sus amores con Galiana, hija del Rey Galafre; su victoria sobre el moro Bramante, á quien mata con las espadas *Durendarte y Joyosa*, y su regreso á Francia y boda con Galiana.

Don Sancho II de Castilla.—Debía de comenzar en la división que del reino hizo don Fernando el Magno, y refería principalmente las luchas de don Sancho con sus hermanos y su muerte á manos de Bellido Dolfos.

Además de estos cantares de gesta, debió de haber otros referentes al alcaide de Toledo Munio Alfonso, al Abad Juan de Montemayor, á don Fernando par de Emperador, etc., etc.

Poema del Cid.—Como de estos cantares de gesta sólo hay fragmentos prosificados, realmente el más antiguo monumento que se conserva de la poesía castellana, es el llamado *Poema del Cid* ó *Mio Cid*, referente á las hazañas del famoso héroe Ruy Diaz de Vivar, sobre el cual se había compuesto con anterioridad otro cantar latino.

Mucho se ha discutido sobre la fecha en que el *Poema del Cid* se escribió, y aunque es imposible precisarlo con exactitud, las opiniones se inclinan á creer que pertenece á mediados del siglo XII, pues así

parece indicarlo el lenguaje, comparado con el de las obras inmediatamente posteriores. El cariño con que en el poema se alude á Alfonso VII y el verso que dice:

Hoy los Reyes de España sus parientes son,

condición que entonces se cumplía, llevan á colocarle en la época de aquel monarca.

Se desconoce en absoluto el autor. El único códice que se conserva de este poema, copiado en el siglo XIV según todas las probabilidades, termina así:

Quien escribio este libro
del dios paraíso.
Per Abbat le escrivio en el mes de mayo,
en era de mil e C. C *x* L. v. años.

Han querido algunos, en vista de estas palabras, que *Per Abbat* fuese el autor del poema; pero fué sólo un simple copista, que en muchas ocasiones alteró el texto y destruyó las asonancias (1).

En las primeras páginas del poema, el Cid, desterrado por Don Alfonso VI, abandona su casa solariega, lastimosamente saqueada, y se dirige acompañado de sesenta *pendones* á Burgos, cuyos habitantes le reciben asomados á las ventanas y llorando. Sin embargo, temerosos de incurrir en el enojo del rey, le cierran sus puertas, y sólo su sobrino Martín Antolinez se une á él en la *glera* ó arenal del Arlanzón y le proporciona dinero por medio de los judíos Rachel y Vidas, valiéndose de una estratagema. Dirígese después el héroe á San Pedro de Cardeña, donde se despide, en un tiernísimo pasaje, de su esposa doña Jimena y de sus hijas, y emprende sus conquistas por tierra de moros. Obtiene sobre ellos varias victorias, entre ellas la de Alcocer, en que

(1) No obstante la indicación de haberse escrito en «era de mill e C. C x L.v. años», hay dudas sobre el particular, pues entre la segunda C y la x existe un hueco en el que algunos suponen que había una tercera C. De ello depende que la era indicada fuese la de 1245, ó la de 1345, es decir, los años de Cristo de 1207 ó 1307. Los reactivos no acusanv estigio de tinta en el hueco aludido; pero el señor Menéndez y Pelayo opina que el códice es del siglo XIV.

Trezientas lanças son, todas tienen pendones,
Seños moros mataron, todos de seños colpes;

y por medio de su primo Alvar Fáñez de Minaya envía al rey un presente de treinta caballos. Continuando sus correrías, derrota y hace prisionero á Don Ramón Berenguer de Barcelona, dándole libertad con gallarda nobleza; llega después á Valencia, pone sitio á la plaza y consigue tomarla, no sin resistencia por parte de los moros. Entonces, para congraciarse con el rey, le manda nuevo presente por Alvar Fáñez, solicitando permiso para conducir á Valencia á su esposa doña Jimena y sus hijas doña Elvira y doña Sol; petición á que accede Alfonso, restituyéndole á la vez en sus bienes. A poco de haber entrado la familia del Cid, con gran solemnidad, en Valencia, se entabla lucha con el rey de Marruecos Yuçef, que es derrotado y encuentra su salvación en la fuga. Los infantes de Carrión, Don Diego y Don Fernando, codiciosos de las riquezas del Cid, solicitan la mano de sus hijas, que el héroe les concede por intervención del rey, y no con mucho agrado de su parte. No en vano tenía esta prevención. Dos años después de las bodas, los infantes revelan su cobardía huyendo ante un león cautivo que tenía el Cid, y que por acaso había roto sus cadenas; demostrando nuevamente su poquedad de ánimo con las lamentaciones que les arranca el asedio de la ciudad por Búcar, rey de Marruecos, y su fuga ante el peligro. Los paladines del Cid hacen burla de su medrosidad. Avergonzados, pero queriendo vengarse de la afrenta, los infantes solicitan y obtienen permiso del Cid para trasladarse á Carrión con sus esposas. Al llegar á las soledades de Robledo de Corpes, despojan de sus trajes á doña Elvira y doña Sol, y después de golpearlas villanamente con las cinchas de los caballos, las abandonan ensangrentadas y exánimes, en cuyo estado las encuentra Félez Muñoz, sobrino del Cid. Éste, al tener conocimiento de la infamia, pide justicia al rey; reúnense con este objeto Cortes en Toledo, en las cuales Ruy Díaz consigue la devolución de las espadas *Colada y Tizona*, que había entregado á sus yernos, y después de discusión vehemente se acuerda la celebración del *juicio de Dios*. En éste, que se verifica tres semanas después, llevan la representación del Cid, Pero Bermúdez, Minaya y Munio Gustios, y la de los condes ellos mismos y Asur González. Entablada la lucha, caen vencidos Fernando y Asur González, y Don Diego sale del palenque despavorido. Los vencedores son recibidos en Valencia con grandes regoci-

jos; celébranse los matrimonios de doña Sol y doña Elvira con los infantes de Aragón y Navarra, y termina el poema.

El *Poema del Cid* es la verdadera epopeya nacional. Su protagonista, el Cid, personaje histórico, aunque la tradición haya poetizado sus hazañas, ofrece toda la grandeza, todo el interés que cuadra á la importancia de su misión. Alvar Fáñez de Minaya, que es el Diomedes de la Iliada castellana, según frase de Menéndez y Pelayo; los sobrinos del héroe, Martín Antolínez, el *burgalés de pro*, Pero Bermúdez, de genio áspero é independiente, y Félez Muñoz, sagaz y astuto; Munio Gustios, noble, valiente y de acendrados sentimientos religiosos; el obispo Don Gerónimo, defensor heroico de la religión cristiana; el rey Don Alfonso, indignado primero contra el Cid, pero orgulloso después de tener tan noble y valeroso vasallo; doña Jimena, modelo de esposas leales y sumisas; doña Elvira y doña Sol, víctimas infelices de la codicia de sus maridos; los mismos infantes de Carrión, prototipo de cobardes y villanos; todos los personajes del poema, en fin, ofrecen esos rasgos vigorosos y característicos que sólo en la poesía popular pueden observarse.

Por lo que hace á la forma, es, sí, ruda y primitiva, pero precisamente en ello está su atractivo, sobre que no carece de la soltura suficiente para adaptarse á las necesidades de la narración.

El Rodrigo.—Consérvase otro cantar de gesta al que se ha llamado *el Rodrigo, Poema de las mocedades del Cid* y *Crónica rimada*. Debió de escribirse en un pueblo del obispado de Palencia á lo menos un siglo después que el *Mío Cid;* pero tal como hoy se conoce, en un códice de la Biblioteca Nacional de París, hubo de ser retocado y añadido por mano torpe en los comienzos del XV.

Después de un prólogo prosificado, en que se cuentan algunos hechos de la historia patria, á partir de D. Pelayo, comienza el poema. Cuéntanse en él las ofensas del conde de Gormaz á Diego Laínez, padre del Cid, y la venganza que éste, todavía muchacho, toma en el ofensor, dándole muerte; el sentimiento de las tres hijas de Gormaz, y la reparación que una de

ellas, doña Jimena, pide al rey por parte del Cid; el matrimonio del héroe con doña Jimena, su peregrinación á Santiago, la guerra con los franceses en que el Cid derrota al conde de Saboya, el reto que lanza en París á los Doce Pares, su entrevista con el Papa y otros sucesos.

El mérito del *Rodrigo* es inferior al del *Poema del Cid*, pero de él se han sacado la mayor parte de los romances y obras sobre las hazañas del héroe castellano.

Cantar de Roncesvalles.—Recientemente se han descubierto cien versos de un poema sobre Roncesvalles, de filiación carolingia é independiente de los de Bernardo del Carpio. Debió de ser un poema muy extenso, compuesto en el primer tercio del siglo XIII. El fragmento hoy existente se refiere al episodio en que el Emperador Carlo Magno y el Duque Aimón buscan en el campo de batalla los cadáveres de los paladines.

Originalidad de las gestas.—Se ha querido negar á los cantares de gesta españoles toda originalidad, suponiendo que sólo fueron una imitación servil de los franceses. Cierto es que las gestas de Francia, centro de la vida literaria en la Edad Media, ejercieron general influencia y se harían familiares á los españoles; pero, si nuestra épica tomó de la francesa algún asunto é imitó pasajes sueltos, la inspiración, así como el verso, son indígenas.

El metro de nuestros poemas épicos es irregular, tendiendo en el *Poema del Cid* y en el *Roncesvalles* al verso de catorce sílabas con dos hemistiquios, y en el *Rodrigo* al de dieciséis sílabas, también dividido en dos de ocho, con asonancias de grupos monorrimos variables. En los restos de *Los Infantes de Lara* y de otras gestas, predomina también el octosílabo.

CAPÍTULO XIII

POEMAS VARIOS.—POESÍA POPULAR.—MESTER DE CLERECÍA.—GONZALO DE BERCEO.—OTROS POEMAS DEL MISTER DE CLERECÍA

Poemas varios.—De época algo posterior al *Poema del Cid* se conservan varios poemas de menos interés, porque no son más que traducciones ó arreglos de otros extranjeros. Hablaremos de ellos brevemente.

La *Vida de Santa María Egipciaca*—contenida, juntamente con el *Libre dels tres Reys d'Orient* y el *Libro de Apollonio*, en un códice del Escorial,—encierra la historia de aquella santa, nacida en Egipto, primero pecadora y después arrepentida; sus aventuras en Alejandría, maldecida de sus padres; su viaje á Jerusalén y la aparición de los ángeles que la convierten; su purificación en el Jordán y vida en el desierto durante cuarenta y siete años, sin contemplar figura humana; su muerte ejemplar y el entierro que de su cuerpo hace don Gozimás, ayudado por un león que abre la huesa, por lo que exclama aquel santo varón:

> Agora creyo en mi creyençia
> que sancta cosa es penitençia.

El *Libro de los tres Reys d'Orient* sólo en los comienzos trata el asunto que su título indica, pues en su mayor parte está destinado á referir la huída á Egipto de la Sagrada Familia, sorprendida en el camino por dos bandoleros. Uno de ellos, cruel y malvado,

quiere maltratar á José y María y despedazar al Niño, pero el otro, más caritativo, los conduce á su casa, donde la Virgen cura á un hijo, leproso, del bandido. Este niño fué luego Dimas *el buen ladrón*, mientras que el hijo del otro bandido fué Gestas *el mal ladrón*.

Este poema y el anterior son versiones de dos leyendas francesas, como se revela hasta en los versos de nueve sílabas que en ellos predominan.

Traducción de un poema anglonormando atribuído erróneamente á Walter Map, es también el fragmento de la *Disputación del alma* y *del cuerpo*, tema favorito de la Edad Media, en que el alma y el cuerpo de un difunto contienden sobre quién tiene la culpa de los pecados. Cosa parecida es el *Debate entre el agua y el vino*, descubierto y publicado por Morel-Fatio.

En el mismo códice que contiene este *Debate*, hállase la *Razón feita d'amor é bien rimada*, digna de particular atención por ser la primera muestra de poesía lírica que en castellano se conoce. En su último verso dice: *Lupus me feçit de Moros*, por lo cual se ha querido que el autor sea Lope de Moros; pero parece que, al igual de lo que ocurre en el *Poema del Cid*, sólo se trata del copista. Sea como quiera, el autor declara ser un *escolar* que

> ovo cryança
> En Alemania y en Fra [n] çia,
> Moró mucho en Lombardía
> Por aprender cortesía;

y refiere en forma pintoresca cierta aventura amorosa, demostrando que le eran familiares los poetas provenzales.

Al último tercio del siglo XIII debe de pertenecer la *Disputa de Elena y María*, escrita en pareados, y en que las interlocutoras sostienen polémica acerca de qué amores sean más convenientes, los de un abad ó los

de un caballero. Es este un asunto también muy repetido en la Edad Media.

Auto de los Reyes Magos. — No menos importante, por ser la más antigua obra de carácter dramático en nuestra lengua, es el *Auto de los Reyes Magos*. Procede este auto de los *misterios* latinos representados en las catedrales francesas; pero es más perfecto y complicado, y desde luego uno de los más antiguos que en lengua vulgar existen. En él aparecen sucesivamente Gaspar, Melchor y Baltasar. Uno de ellos descubre la estrella que le anuncia el nacimiento del Mesías, y exclama:

Dios criador, qual marauila
No se qual es achesta strela.

Júntanse luego los tres y se dirigen á Belén. Les sale al encuentro Herodes, que al saber la causa del viaje de los Magos, se entrega á la desesperación y llama á los sabios de la corte para que expongan su parecer. Cuando los sabios consultan los sagrados libros sobre

las prophesias
Las que nos dixo Jeremias,

termina el manuscrito, que está incompleto.

Poesía popular.—La poesía popular, cada vez más cultivada en Castilla, tuvo su principal medio de propagación durante los siglos XII y XIII en ciertos poetámbulos que, al igual de los *aedas* y *rapsodas* de Grecia, componían y recitaban los poemas. Dióseles la denominación de *juglares*, y el primero, cuyo nombre se conoce, es un cierto *Pallea*, perteneciente al reinado de don Alfonso VII.

Si bien parece que hubo ciertos juglares de corte algún tanto considerados, los que se dedicaban á divertir á la plebe con bufonadas y farsas fueron mirados como personas infamadas.

Hubo, no se sabe desde qué epoca, *juglares de boca y juglares de péñola*, que eran respectivamente, según lo más probable, los que recitaban y los que escribían. Según su ocupación se llamaron también *cazurros, omes de atambor, saltadores y tromperos;* y no faltaron juglaresas, con los nombres de *troteras, danzaderas, cantaderas y entenderas.*

El mester de clerecía.—Ciertos poetas eruditos, desdeñando á los juglares y al arte juglaresco, compusieron sus obras con más altas aspiraciones. Esta tendencia se llamó por sus propios cultivadores *mester de clerecía*, y alardeaba de mayor nobleza y perfección, como se dice en el *Libro de Alexandre:*

> Mester trago fermoso non es de ioglaria,
> Mester es sen peccado, ca es de clerecia,
> Fablar curso rimado per la cuaderna via,
> A sillauas cuntadas ca es grant maestria.

Gonzalo de Berceo.—A esta escuela pertenece, aun cuando él se jactase de inspiración popular, y en efecto se aproximara todavía al pueblo, el primer poeta español de nombre conocido: Gonzalo de Berceo.

Gonzalo de Berceo nació en el lugar de su nombre, diócesis de Calahorra, en la Rioja, hacia los últimos años del siglo XII. En 1220 era diácono, y su nombre figura en varias escrituras de fecha posterior; murió, de edad avanzada, por los años de 1268.

Las obras de Berceo, son: *La Vida de Santo Domingo de Silos; La Vida de San Millán de la Cogolla; La Vida de Santa Oria;* el *Martirio de San Lorenzo; Los Loores de Nuestra Señora; Miraclos de Nuestra Señora; Duelo de la Virgen el día de la pasión de su Hijo; El Sacrificio de la Misa*; *De los signos que aparescerán ante del Juicio;* tres himnos (*Veni Creator, Ave Sancta Maria y Tu Christe*).

Berceo no aspira á otro título que el de poeta popular. En la *Vida de Santo Domingo de Silos*, rela-

tiva á este *confesor santo*, manifiesta su deseo de expresarse en lenguaje vulgar y corriente,

En qual suele el pueblo fablar á su vecino.

Sin embargo, debe considerársele como poeta docto y erudito, perteneciente al *mester de clerecía*.

Berceo es ante todo un poeta legendario. Inspirándose en asuntos religiosos, se vale de fuentes como San Jerónimo, Prudencio, el Abad Grimaldo, San Braulio y el monje Munio, y muestra siempre cierto respeto á los textos hagiográficos, por lo cual incurre alguna vez en prosaísmos; pero tampoco le falta con frecuencia el más íntimo sentimiento poético. Díganlo la visión de las tres coronas, en la *Vida de Santo Domingo;* la descripción de la batalla de Simancas, en la *Vida de San Millán;* la elegíaca narración del *Duelo de la Virgen*, con sus versos del *eya velar;* la introducción de los *Milagros de la Virgen*, con algunos pasajes del mismo poema; y, en fin, la descripción de las visiones que en la *Vida de Santa Oria* (ó Aurea), tiene esta virtuosa monja de San Millán:

Todas estas tres virgines que avedes oidas,
Todas eran iguales de un color vestidas;
Semeyaba que eran en un dia nacidas,
Lucian como estrellas, tanto eran de bellidas...

Particular atención han merecido siempre los *Milagros de la Virgen*, por ser la obra más extensa, y en cierto sentido la más interesante, entre las de Berceo. En forma agradable, demasiado realista y pagana en ocasiones, refiere veinticinco hechos milagrosos, como el del ladrón que se salva de ser ahorcado porque la Virgen interpone sus manos entre su cuello y la soga; el del vicario Teófilo, que consigue romper su pacto con el diablo; el del desposado á quien la Virgen aparta de su mujer la misma noche de bodas; el de las cinco rosas que florecen en la boca de un monje devoto de Nuestra Señora; el del Crucifijo que sirve de testigo en un pleito, asunto parecido al que utilizó Zorrilla en su leyenda *A buen juez mejor testigo*, y otros no menos interesantes.

Críticos extranjeros opinan que el modelo de Berceo para esta obra fué el poeta francés Gautier de Coincy, pues diez y ocho de las leyendas coinciden con otras tantas que éste incluye en los *Miracles de la Sainte Vierge*. Pero conviene notar que los mismos asuntos estaban ya repetidos en otras colecciones latinas y vulgares, y que Berceo es muy superior á Coincy en la gracia del estilo y soltura de la narración.

Más prosaicos son el *Sacrificio de la Misa y* los *Loores de Nuestra Señora*, y ofrecen cierto atractivo las prodigiosas anécdotas de la *Vida de San Lorenzo* y el fervor religioso de los tres himnos; pero obra más original y curiosa es la llamada *Signos que aparescerán ante del Juicio*, donde cuenta lo que ocurrirá en aquel momento, devorándose los animales unos á otros.

El metro de Gonzalo de Berceo, como, en general, el de todos los poetas de la clerecía, es el alejandrino, exceptuando el cantarcillo de los judíos inserto en el *Duelo de la Virgen*. La derivación de este metro debe buscarse, no en la poesía francesa, como se pretende, sino en la latino-eclesiástica de la Edad Media. Los versos aparecen siempre agrupados en estrofas de á cuatro con el mismo consonante, manera de versificar á que se llamó *por la cuaderna vía:*

La una destas ambas tan onrradas personas
Tenia enna su mano dos preciosas coronas,
De oro bien obradas: omne no vió tan bonas,
Nin un omne á otro non dió tan ricas donas.

Otros poemas del mester de clerecía.—Otros cuatro poemas, de autores anónimos, existen pertenecientes al mester de clerecía: el *Libro de Apollonio*, el *Libro de Alexandre*, el *Poema de Fernán González* y el *Poema de Yúçuf*.

El *Libro de Apollonio* está basado en una leyenda originaria de Oriente, traducida al griego y al latín, y extendida por toda Europa. Es, según dice el autor,

hun romançe de nueva maestria
Del buen rey Apollonio e de su cortesia.

Refiere, pues, cómo Apollonio, rey de Tiro, descifra el enigma que como condición para otorgar la mano de su hija proponía Antioco. Este, irritado, quiere quitarle la vida; Apollonio huye por mar, naufraga y arriba á los dominios del rey Architrastes, que le da á su hija Luciana en matrimonio. Embarcados ambos esposos, Luciana, después de dar á luz una niña, queda en apariencias de muerta, por lo cual se acuerda arrojarla al mar. Pero, vuelta en sí, se salva, é ingresa en un monasterio, consagrado á Diana. Entretanto Apollonio llega á la ciudad de Tarso, donde deja á su hija Tarsiana para que se eduque; unos piratas la roban y la venden á Antinágora, señor de Mitalena; llega Apollonio á esta ciudad; Antinágora le acoge benignamente y hace que una juglaresa, para su diversión, cante, baile y acierte adivinanzas, hasta que el rey de Tiro, cansado de ella, descarga en su rostro una bofetada. Entonces descubre que la juglaresa es su hija Tarsiana, de lo que tiene gran alegría; cásala con Antinágora, y luego, sabiendo por un aviso sobrenatural que su mujer Luciana vive, camina en su busca. Ultimamente, Apollonio

Finó como buen rey en buena fin complida.

El *Libro de Alexandre*, de mucha extensión, está inspirado en fuentes extranjeras, pero por su versificación es la obra de más alcances poéticos de la época. Su asunto es la historia de Alejandro el Grande, siguiendo en el fondo los textos antiguos, pero con multitud de anacronismos sumamente curiosos. El héroe, antes de partir á su expedición de Oriente, es armado caballero y recibe una espada forjada por Vulcano, un cinto labrado por doña Filosofía, y una camisa que fabrican dos hadas del mar; al acercarse á Jerusalén, sale á esperarle el obispo de esta ciudad; en Babilonia, Alejandro regresa á su posada con un *Te Deum laudamos*... Y cuando éste, en un largo episodio tomado de Guido de Columna, refiere la guerra de Troya, llega á suponer que don Aquiles se oculta en un convento de monjas, disfrazado de mujer.

El libro de Alexandre se ha atribuído durante mucho tiempo á Juan Lorenzo de Astorga, opinión en que hoy se afirman

competentes críticos; otros, en cambio, creen que su autor fué el propio Gonzalo de Berceo. No es de este lugar el exponer las razones en que unos y otros se apoyan.

El *Poema de Fernán González*, escrito por un monje de Arlanza por los años de 1250, encierra la historia del héroe castellano con arreglo á las gestas; pero no por eso deja el autor de hacer frecuentes alardes de su erudición bíblica y de su adhesión al mester de clerecía. Es muy importante para el estudio de la épica castellana, porque de él puede deducirse lo que serían las gestas sobre Fernán González.

El *Poema de José* ó *Alhadits de Yúçuf*, pertenece á las obras llamadas *aljamiadas* ó de *aljamía*, por estar escrito en castellano con letras arábigas. En él se refiere la historia de José, hijo de Jacob, no con arreglo al relato de la Biblia, sino tal como aparece en una de las *suras* del korán; la venta que de José hacen sus envidiosos hermanos; los episodios de Zuleska ó Zalija, que corresponde á la mujer de Putifar del relato bíblico; los sueños del monarca, que significaban siete años de hambre y otros tantos de abundancia; el viaje de los hijos de Jacob á Egipto y su reconocimiento por José, etc. Este poema, que fué escrito probablemente por un *mudéjar* de Aragón, recuerda por su estilo al de *Apollonio*, y es uno de los mejores del mester de clerecía.

A fines del siglo XIII ó principios del XIV pertenecen otros dos poemas de la *cuaderna vía*. Uno de ellos se titula *Proverbios en rimo*, es original de cierto Pero Gómez—acaso un traductor del *Libro del Tesoro*, que luego mencionaremos,—y se compone de cincuenta y seis estrofas que apoyándose en las *palabras que dixo Salomón*, con cierto color satírico, tienden á corregir los vicios y defectos de la época. El otro—*Vida de Sanct Ildefonso*,—es una mediana imitación de Berceo; su autor, que se dice Beneficiado de Ubeda, escribió alguna otra obra hoy perdida.

CAPÍTULO XIV

Primeros monumentos en prosa.—Alfonso X.—Sus sucesores

Primeros monumentos.—La prosa castellana se desarrolla paralelamente con el verso; pero ni sus obras primitivas ofrecen tanta belleza, ni de algunas de ellas se puede determinar la fecha.

Unida íntimamente la poesía popular á la Historia, es lógico que de este género fuesen las primeras manifestaciones de la prosa. Tal se comprueba por los *Santorales*, *Cartularios* y *Necrologios* de catedrales y monasterios, en que manos diferentes anotaban los hechos que iban sucediendo, en forma ruda y grosera. Cierto monje navarro escribió á principios del siglo XIII un tratado sobre *Los diez mandamientos*.

A la primera mitad del siglo XIII pertenecen también los *Anales Toledanos*, en que se expresan los sucesos acaecidos hasta el año 1219. El autor fué testigo presencial, y así, hablando de 1215, dice que «no cogiemos pan ninguno». Continuación de éstos son los llamados *Anales Toledanos segundos*, que se escribieron desde 1244 á 1250; y hay también los *Anales Toledanos terceros*, posteriores. Alguna otra obra coetánea se conoce del género *Anales*, y, últimamente, se citan varias historias parciales sobre cuya autenticidad hay que guardar alguna reserva.

En tiempo de D. Fernando III el Santo se tradujo al caste-

llano el *Fuero Juzgo*, colección de leyes visigodas y romanas; y este ensayo de nuestra lengua es ya un modelo de concisión y energía, considerada por la Academia Española como uno de los «que más contribuyeron á formar el nuevo romance y á darle pulidez y hermosura». De otras obras atribuídas á la época de San Fernando, el *Libro de los doce sabios*, especie de catecismo político-moral, aunque se dice dirigido por el mismo monarca, ofrece todavía ciertas dudas; las *Flores de Philosophia* compilación igualmente de máximas morales, religiosas y políticas, distribuídas en treinta y ocho capítulos, más bien parecen corresponder al reinado de D. Sancho el Bravo; y la *Estoria de los Godos*, que se ha tomado por un arreglo de la *Historia Gothica* de D. Rodrigo Ximenez de Rada, hecho por él mismo, no es sino una traducción abreviada, de época posterior.

Alfonso X el Sabio.—Sucesor de San Fernando en el trono castellano es su hijo D. Alfonso X el Sabio, que como rey podrá merecer el juicio que se quiera, pero que en el orden literario representa una de las más grandes figuras de nuestra nación. D. Alfonso escribió sólo algunas obras poéticas en lengua gallega; pero las que en castellano se compusieron por su mandato, señalan el mayor impulso dado á nuestro idioma.

Obras poéticas.—De las poesías gallegas del Rey Sabio, unas están contenidas en el Cancionero de la Vaticana y en el de Colocci Brancuti; otras son las tituladas *Cantigas de Santa Maria*. En las primeras sigue los rumbos de todos los trovadores; ya increpa enérgicamente á un desertor desconocido, ya compone coplas amorosas ó satíricas. Las *Cantigas de Santa Maria* constituyen, como con razón se ha dicho, el cancionero sagrado de D. Alfonso, en que resplandece siempre la más pura devoción, y muy á menudo el verdadero entusiasmo poético.

Son cuatrocientas diecisiete composiciones relativas á leyendas piadosas, inspiradas en diversos autores, como Vicente

de Beauvais, Pothon, Gautier de Coincy, Berceo, etc., y escritas en metros distintos, donde se mezclan consonancias y asonancias. Podrían clasificarse, dice el Marqués de Valmar, en tradicionales, históricas, fantásticas, íntimas y familiares; y encierran por su mayor parte asuntos sobremanera interesantes. Tales son el milagro de la monja, devota de María, seducida y prófuga del convento, al cual vuelve depués y es acogida benévolamente por la Virgen; el del caballero de Santisteban de Gormaz, cuya figura pelea contra los sarracenos, mientras él está orando ante el altar de la Inmaculada; el del salteador á quien, por su religiosidad, libra la Virgen de la horca, sosteniéndole de los pies; el del cambista impío, que se convierte al ver que un ligero papel, que representa el perdón divino, pesa más en una balanza que todo el oro de sus cofres, etc., etc. Con varios de estos asuntos escribieron modernamente obras Tomás Moore, Schiller, Longfellow, Próspero Mérimée, Heine y otros autores extranjeros, asi como algunos españoles, especialmente Zorrilla.

No todas las *Cantigas* de esta colección fueron escritas por D. Alfonso.

Se ha discutido acerca de la causa por que escribió don Alfonso las *Cantigas* en gallego y no en castellano. La discusión es superflua. Las escribió sencillamente porque el monarca castellano, que tal vez se educó en Galicia y conocía aquella lengua, deseó ejercitarse en el género.

Dos obras apócrifas se han atribuído á Don Alfonso el Sabio: el llamado *Libro de las Querellas* y un romance que comienza:

Yo salí de la mi tierra—para ir á Dios servir.

El primero es una superchería, imaginada probablemente por Don José Pellicer, escritor del siglo XVII; el segundo no alcanza una fecha anterior al siglo XV.

Obras jurídicas.—Por orden de D. Alfonso se escribieron en castellano diferentes obras de carácter didáctico, ya legislativas, ya científicas, ya históricas, ya morales y de recreación. Con ellas se propuso dar impulso á la cultura de su patria.

Entre las obras jurídicas del Rey Sabio—una de ellas, el *Espéculo*, tenida por apócrifa,—la que coloca su nombre á considerable altura es el código de las *Siete Partidas*.

En la redacción de este código, llamado así porque está dividido en siete partes, intervinieron probablemente los jurisconsultos Maestre Jacobo de las Leyes, Fernando Martínez de Zamora, Maestre Roldán y otros, inspirándose en el Código de Justiniano, el Digesto, las Decretales, el Decreto de Graciano y aun el mismo Fuero Juzgo. Como obra jurídica no reconoce rival en la Edad Media, no obstante algunas disposiciones que, si tenían explicación en la época, hoy nos parecerían pueriles, como las que mandan «que ningún Religioso non puede aprender Física nin Leyes», que «el Rey se deue guardar, que non diga palabras desconuenientes», que «los fijos de los Reyes deuen ser mesurados en beuer vino», y otras parecidas, que revelan, por otra parte, alto sentido moral. Desde el punto de vista literario, las *Partidas* constituyen un monumento inapreciable, en que la prosa castellana aparece en toda su virilidad y robustez, hasta el punto de haberse dicho que «es superior en gracia y energía á todo lo que se publicó después hasta mediados del siglo XV».

Obras científicas.—Numerosos tratados científicos se escribieron por orden de Don Alfonso. Tales son el *Lapidario*, traducido del árabe por Rabí Jehudah Mosca, ayudado por Garci Pérez, y en que se contiene la enumeración y virtudes de las piedras preciosas, de acuerdo con la astrología judiciaria; las *Tablas Alfonsíes ó astronómicas*, formadas en 1252 por el mismo Rabí Mosca y el judío de Toledo Rabbí Zag, divididas en cincuenta y cuatro capítulos en que, después de concertar la era y el año *alfonsí* ó de Alfonso con las eras y años hebreos, árabes, persas y latinos, se exponen las ecuaciones del sol, de la luna y de los planetas, los eclipses, etc., etc.; y últimamente, los diversos libros comprendidos bajo la denominación común de *Libros del saber de Astrología*, escritos por los hombres más ilustrados de la época, como Rabbí Samuel Ha-Levi, Maestre Bernaldo el Arábigo, Maestre Johan d'Aspa, Maestre Fernando de Toledo, etc., y corregidos por el mismo Don Alfonso X, que los puso «en castellano derecho».

Libro curioso es el *Septenario*, llamado así porque trata de los *siete saberes* ó artes liberales que formaban el *trivium* (gramática, lógica y retórica), y el *quadrivium* (música, astrología, física y metafísica). A más de esto contiene nociones de aritmética y geometría, así como ciertas cuestiones sobre la institución, número y gracia de los sacramentos.

En cambio no puede atribuirse á Don Alfonso cierto libro de alquimia llamado del *Tesoro* ó del *Candado*, que tiene por asunto la transmutación de los metales; aunque crédulo como su tiempo, el ilustre monarca no fué afecto á los alquimistas, según lo demuestran las *Partidas*. De dos libros del *Tesoro* que se conocen, uno, en prosa, es traducción de Brunetto Latini, hecha por Alfonso de Paredes y Pedro Gómez, físico y secretario, respectivamente, de Don Sancho el Bravo; el otro, en verso, parece una superchería imaginada en el siglo XV.

Obras históricas.—Dos obras históricas tiene don Alfonso el Sabio: la *Grande et general Estoria* y la *Estoria de Espanna*, conocida ordinariamente por *Crónica General*. En la primera se propone narrar «las grandes cosas que acaesçieron por el mundo desde que fué començado fastal su tiempo»; es, por tanto, una Historia universal, que reconoce por cimiento los libros sagrados, si bien no faltan en ella apólogos de procedencia india. Tal como se conoce sólo alcanza hasta la época de la propagación del cristianismo.

Más importancia ofrece, para el estudio de la Literatura española, la *Crónica general*, por inspirarse con mucha frecuencia en la poesía popular. Esta obra comenzó á escribirse en tiempo de D. Alfonso, y se continuó bajo Sancho IV el Bravo, pero luego se incorporó á otras crónicas y sufrió varias modificaciones y añadiduras, apareciendo con marcadas diferencias en diversos códices que se han conocido común-

mente bajo el título de *Crónica General*. Basándose en uno de ellos, defectuoso, el canónigo zamorano Florián de Ocampo la imprimió en 1541. Recientemente (1906), el Sr. Menéndez Pidal ha publicado el texto primitivo, valiéndose de varios códices.

Según esta edición definitiva, la *Crónica general* consta de dos partes. La primera comienza por la división que hicieron los sabios de todas las tierras y descripción de Europa, y entrando en la historia de España, habla sucesivamente del señorío de los griegos, de los almuiuces (fenicios), de los de Africa (cartagineses), de los romanos y de los godos. La segunda parte comprende desde Don Pelayo hasta la muerte de Don Fernando el Santo, y en ella están los vestigios de casi todos los cantares de gesta (Maynete, Bernardo del Carpio, Fernán González, Infantes, Cid, etc.)

Obras recreativas y morales—Como, al decir de Don Juan Manuel, ilustre sobrino de D. Alfonso el Sabio, éste mandó escribir libros «del caçar, como del uenar, como del pescar», le atribuyen algunos el *Libro de la Montería*, que otros han adjudicado á Don Alfonso XI. Obra suya de recreación, compuesta por puro pasatiempo, es el libro de los *Juegos de Alçedrez, dados et tablas*, en que atribuye á la India la invención de estos entretenimientos, y donde describe ciertas maneras de ajedrez que se jugaban por astronomía.

Pero en punto á obras recreativas y morales, señálase el Rey Sabio por haber contribuído como nadie á divulgar los libros orientales de apólogos, que durante la Edad Media ejercen gran influencia, iniciada en España por la *Disciplina clericalis*, de Pero Alfonso. Para ello hizo traducir algunos libros de este género, como el de *Calila y Dimna*.

Procedente de la India, donde se refundió en el *Pantschatantra* y se imitó en el *Hitopadesa*, tomó este libro su nombre de dos chacales ó lobos cervales,

llamados *Calila* y *Dimna*, que en él figuran, y es una serie de apólogos morales y filosóficos muy interesantes, puestos en boca de animales, y alguno de ellos tan popularizado después como el de *La Lechera*. La versión española se tomó, no de la obra original, sino del traslado que al árabe hizo Abdalá-ben-Almocaffa en el siglo VIII.

Extendida la afición por el apólogo oriental, hiciéronse otras traducciones y arreglos. Tales son el *Libro de los engannos et de los asayamientos de las mujeres*, traducido de la colección india nombrada *Sendebar* por orden del Infante Don Fadrique, hermano de Alfonso el Sabio; el llamado *Bonium* ó *Bocados de oro*, y el que se titula *Poridat de Poridades*, que pertenecen aproximadamente á la misma época. El libro griego de *Barlaam* y *Josafat*—transformación cristiana de la leyenda de Buda,—circulaba por entonces en traducciones abreviadas.

Sancho IV el Bravo.—Sancho IV el Bravo, hijo y sucesor de D. Alfonso, sin tener la cultura que su ilustre padre, prestó alguna atención á la literatura. A su iniciativa se deben probablemente las siguientes obras:

El *Libro del Tesoro*.—Mandó traducir este libro de Brunetto Latini, como ya se ha indicado, «á Maestre Alfonso de Paredes, físico del infante D. Fernando, et á Pero Gomez, so escribano.» Es obra de divulgación científica.

El *Lucidario*.—Vasta enciclopedia, inspirada, según parece, en el *Speculum naturale*, de Vicente de Veauvais, y conteniendo las más opuestas cuestiones de religión, teología, moral, historia natural, etc., en forma de preguntas y respuestas.

La *Gran Conquista de Ultramar*.—Esta extraña obra, que algunos suponen comenzada en tiempo de Alfonso X y terminada en el de Alfonso XI, es una historia fabulosa de las Cruzadas, arreglada de otras

varias francesas, en la cual se da cabida á varias ficciones caballerescas, como la del *Caballero del Cisne*, la de *Corbalán* y de su madre la profetisa *Halabra*, la de *Baldovín* y *la sierpe*, etc.

Atribuíase á este monarca un *Libro de los castigos é documentos del Rey D. Sancho á su fijo;* pero últimamente se ha demostrado que semejante libro es en gran parte un traslado del *Regimiento de los príncipes*, que con la traducción del titulado *De regimine principum*, de Egidio Colonna, y otras numerosas disertaciones, compuso en 1345 Fray Juan García de Castrogeriz.

Otros prosistas.—Entre los prosistas de la época de don Sancho, Maestre Pedro Gómez Barroso, que llegó á ser obispo de Cartagena, cultiva el género didáctico en el *Libro de los Conseios et Conseieros*, inspirado en el alto pensamiento de mejorar las costumbres. Sobre asuntos religiosos escriben dos notables personajes: Fray Pedro Nicolás Pascual y Alfonso de Valladolid. El primero, natural de Valencia, compuso diferentes obras para la propaganda y defensa de la religión católica, entre las cuales es la más importante la *Impunaçion de la Seta de Mahomah*, encaminada, como su título lo indica, á combatir los errores del mahometismo. Alfonso de Valladolid nació en el judaísmo, y se llamaba *Rabbí Amer* ó *Abner de Burgos;* pero convertido en virtud de un hecho prodigioso, escribió ensalzando su nueva fe obras como el *Libro de las batallas de Dios*, el de *Las Tres gracias* y el *Monstrador de justiçia*.

Cierto carácter histórico tiene el libro de los *Miráculos de Sancto Domingo*, escrito en lenguaje no muy perfecto por Fray Pedro Marín, monje de Silos. Maestre Jofré de Loaisa, arcediano de Toledo, escribió una *Crónica* que se ha perdido; sólo se conserva la versión latina que de ella hiciera Arnaldo de Cremona, y que ha sido traducida al francés.

CAPÍTULO XV

La poesía castellana en el siglo XIV.—El Arcipreste de Hita.—Otros poetas.—Los Cancioneros

La Poesía.—El Arcipreste de Hita.—En el siglo XIV, la lengua castellana continúa su obra de formación. Al hablar de los poetas, es preciso mencionar en primer término á Juan Ruiz, Arcipreste de Hita. Nacido probablemente en Alcalá de Henares en el último tercio del siglo XIII, hay de su vida escasas noticias. Fué de genio alegre y aventurero, hábil tañedor de toda clase de instrumentos; estuvo largos años preso en una cárcel, y parece que murió antes del año 1351.

El Arcipreste de Hita es autor del *Libro de buen amor*, poema compuesto por su mayor parte en coplas de la *quaderna via*, pero teniendo intercalados versos de toda medida. Escrito en forma autobiográfica. cuenta el Arcipreste sus aventuras amorosas, realizadas con el auxilio de una mujer á quien llama *Trotaconventos*. Como en las primeras fracasa, Don Amor le da consejos muy convenientes, y en lo sucesivo sale bien de sus empresas. Con este motivo intercala un episodio, paráfrasis de una comedia latina de cierto *Pamphilus*, muy extendida en la Edad Media, refiriendo los amores de Don Melón y Doña Endrina. Después de viajar por los montes de Segovia, recibe orden de Doña Cuaresma para desafiar á Don Carnal. Entáblase la lucha, en que intervienen personajes como Don Tocino y Doña Cecina, y don Carnal es derrotado y preso; pero al llegar el Domingo de Ra-

mos, huye burlando la vigilancia de Don Ayuno, y por medio de sus partidarios Don Almuerzo y Doña Merienda envía un reto á Doña Cuaresma. Esta, considerando segura la derrota, apela á la fuga, y entonces entran solemnemente en Toledo Don Carnal y Don Amor. Reanuda sus aventuras amorosas el Arcipreste, hasta que muere su compañera Trotaconventos.

Mézclanse á todo esto en el poema interesantes *enxemplos*, procedentes de las colecciones esópicas, sentidas composiciones religiosas y morales, sátiras llenas de intención, admirables poesías campestres que titula *cánticas de serrana*, y, en suma, una variedad infinita de asuntos y de versificación, que dan al *Libro de buen amor* singular atractivo.

El poema del Arcipreste, superior á todos los de su época, tiene como notas características la poderosa fuerza descriptiva, que ofrece cuadros de verdad incomparable, la ironía humorística, que es como el elemento subjetivo de la obra, y la exuberancia de estilo, no obstante su desnuda ingenuidad. La versificación del Arcipreste, por la medida de los versos y clases de estrofas, recorre una escala variadísima.

Poema de Alfonso XI.—Después del *Libro de buen amor*, la obra poética más importante en la primera mitad del siglo XIV es el llamado *Poema de Alfonso XI* ó *Crónica rimada*. Escribió este poema, según en él se indica, Rodrigo ó Ruy Yannes:

La profesia conté
E torne en desir llano.
Yo Ruy Yannes la noté
En lenguaje castellano.

En esta clase de coplas está escrita toda la *Crónica*. Como el autor fué sin duda un soldado, testigo presencial de los sucesos que cuenta, la exactitud his-

tórica es rigurosa; pero no por esto cae la narración en el prosaísmo. Se discute si este poema es ó no traducido del gallego.

Don Sem Tob.—El judío Rabí Don Sem Tob ó Don Santo de Carrión realiza otra transformación métrica, componiendo en cuartetas de versos heptasilábicos sus *Proverbios Morales*. Son éstos una serie de preceptos y sentencias morales dirigidas al rey Don Pedro, á quien dice el autor:

Señor noble muy alto,
oid este sermon
que vos dice don Santo
Judio de Carrión.

No obstante el asunto de los *Proverbios*, primera muestra de la poesía gnómica en España, tiene Don Sem Tob la habilidad suficiente para encerrar las enseñanzas en forma amena y por todo extremo concisa.

También es poema que debe citarse el *Rimado de Palacio*, escrito por el Canciller Pero López de Ayala, más renombrado como historiador, y de quien se hablará en otro lugar.

Como se ve, la poesía reviste durante este período un carácter moral y didáctico. Así como en el siglo anterior celebraba la vida de los santos y de los héroes, ahora tendía á corregir las costumbres. Las formas métricas se enriquecen considerablemente.

Otros poetas.—A fines del siglo XIV ó principios del XV pertenecen otros tres poemas: la *Doctrina Christiana*, que es un catecismo en verso escrito por Pedro de Beragüe; la *Revelación de un hermitanno*, que es una nueva forma de la *Disputación del alma y del cuerpo*, ya citada; y la *Danza de la Muerte*, en que se repite el tema, tan generalizado en la Edad Media, del llamamiento que hace la Muerte á los hom-

bres de todas clases y condiciones, desde el Papa hasta el santero.

Empiezan á figurar desde esta época numerosos poetas líricos, cuyas composiciones aparecen reunidas en las coleciones llamadas *Cancioneros*. El más antiguo es el *Cancionero de Juan Alfonso de Baena*, compilado por el poeta de este nombre en tiempo de D. Juan II, pero que contiene poesías de fines del siglo XIV y principios del XV.

De las poesías contenidas en este *Cancionero*, unas son imitadas de los trovadores galaico-portugueses, ligeras en el asunto y en el metro; otras son un reflejo del arte alegórico del Dante.

Como no es posible, en un libro como el presente, hablar de todos los poetas incluídos en el *Cancionero*, nos contentaremos con citar á tres ó cuatro de los principales.

Pero Ferrús ó Ferrandes merece sólo notarse por ser acaso el más antiguo de los poetas del *Cancionero;* sus versos están llenos de erudición indigesta.

Alfonso Alvarez de Villasandino, hombre de vida depravada, demuestra una facilidad portentosa para versificar. Su musa recorría los géneros más opuestos; al lado de sátiras políticas y de insolentes procacidades, tiene delicadas cantigas á la Virgen.

También figura en el *Cancionero*, con cinco cantigas, Macías el *Enamorado*, más que por sus versos famoso por sus amores y trágica muerte, que hicieron de él un prototipo de personajes románticos.

Micer Francisco Imperial, italiano, residente en Sevilla, es el más antiguo imitador del Dante en España, y quien introdujo el endecasílabo en nuestra rima. Su mejor obra es el *Desir de las siete Virtudes*, compuesto en forma alegórica, como la *Divina Comedia*.

Ultimamente, Juan Alfonso de Baena, el compilador del *Cancionero*, también figura en él con poesías que revelan su mordacidad y talento para las justas poéticas.

CAPÍTULO XVI

LA PROSA CASTELLANA EN EL SIGLO XIV.—DON JUAN MANUEL.—OTROS PROSISTAS.—CRÓNICAS.—EL CANCILLER AYALA.—LIBROS DE CABALLERÍAS.

La prosa.—DON JUAN MANUEL.—Entre los prosistas del siglo XIV ocupa lugar preferente un prócer ilustre, DON JUAN MANUEL, señor de Peñafiel, sobrino de Don Alfonso X, por ser hijo del infante Don Manuel, hermano del Rey Sabio. Nacido en Escalona el 5 de Mayo de 1282, á los 12 años era adelantado mayor de la frontera de Murcia; mezclado durante toda su vida en los asuntos de la corte, intervino en la revuelta tutoría de don Alfonso XI, y al ocupar éste el trono promovió una sublevación, transigiendo sólo ante la promesa de que el monarca casaría con su hija doña Constanza; faltó Don Alfonso á su palabra, y nuevamente se alzó en armas el belicoso señor de Peñafiel, que últimamente se avino á una concordia, no sin casar á su hija con el infante Don Pedro, presunto heredero del reino de Portugal.

Una vida tan agitada todavía dejó tiempo á Don Juan Manuel para escribir varias y sabrosas obras. Algunas se han perdido, entre ellas un *Libro de Cantares* que serviría para conocerle como poeta; pero las que se conservan revelan ya el talento literario de Don Juan Manuel. En el *Libro del caballero et del escudero*, inspirado en el *Libre del orde de cavayleria*, de Raimundo Lulio, cierto mancebo, aconsejado de un ermitaño que le instruye en las leyes de caballería, en la dialéctica, en astronomía, etc., llega á obte-

ner honores y distinciones. En el *Libro de los Estados*, presenta alegóricamente la educación de Johás, hijo del pagano Morabán, en los cuales algún erudito ve respectivamente al propio Don Juan Manuel y á su padre. En el *Libro infinido* da consejos á su hijo, niño de nueve años. Pero más famoso que los anteriores, y que otros aquí no citados, es el *Libro de Patronio*, llamado también *del Conde Lucanor* y de *los enxemplos*.

El *Libro de Patronio* contiene una serie de historietas, anécdotas y apólogos enlazados bajo una ficción general, como en los libros orientales. El conde Lucanor es un magnate á quien se le ocurren dudas sobre diversos asuntos, y su consejero ó ayo Patronio se las aclara por medio de *enxemplos*. Cada uno de ellos termina con un dístico ó pareado, en que se resume la enseñanza ó moraleja. De estos *enxemplos*, unos proceden de la *Disciplina clericalis*, de Pero Alonso; otros se basan en fábulas esópicas y orientales; otros son sencillas parábolas y cuentos de diversas tendencias; otros, en fin, episodios de la historia patria. Pero el gran mérito del *Libro de Patronio*, que es acaso el primer libro original de cuentos escrito en Europa, está en el estilo. Don Juan Manuel, como dice Menéndez y Pelayo, «imprime un sello tan personal en sus narraciones, ahonda tanto en sus asuntos, tiene tan continuas y felices invenciones de detalle, tan viva y pintoresca manera de decir, que convierte en propia la materia común, interpretándola con su peculiar psicología, con su ética práctica, con su humorismo entre grave y zumbón».

Otros prosistas.—Parecidos al libro de Don Juan Manuel son el *Espéculo de los legos*, obra de moral ascética, el *Libro de los gatos*, en que predomina la índole satírica, y el *Libro de los enxemplos*, compi-

lado por CLEMENTE SÁNCHEZ DE VERCIAL, arcediano de Valderas. Los dos primeros son de origen inglés. El último parece más bien pertenecer al siglo XV.

Otras obras hay de asunto didáctico, como el *Viridario*, de FRAY JACOBO DE BENAVENTE, y el *Regimiento de los Príncipes*, de FRAY JUAN GARCIA—traducida esta última de Egidio Colonna, con varias disertaciones añadidas,—que son sendos tratados de moral cristiana. Parecida finalidad tienen el *Libro de la justiçia de la vida espiritual*, escrito por DON PEDRO GÓMEZ DE ALBORNOZ, arzobispo de Sevilla, y las *Consolaciones de la vida humana*, del famoso antipapa DON PEDRO DE LUNA (Benedicto XIII).

CRÓNICAS.—El género histórico experimenta también un sensible adelanto. A las obras del Rey Sabio siguió la traducción de la *Crónica del Moro Rasis* (Ar-Razi), que es una narración fabulosa de la dominación musulmana y se incorporó íntegra á la *Crónica General* de 1344. Vienen después la *Crónica navarro-aragonesa* y la *Crónica de veinte reyes*, que algunos atribuyen á uno de los colaboradores de Alfonso X y otros á Jofré de Loaysa, aunque más probablemente es un extracto de la primera Crónica general. Algo posterior es la *Crónica de los Reyes de Castilla*, que comienza en Fernando I, y de la que se sacó la crónica particular del Cid.

Alfonso XI es el verdadero creador de las crónicas en el sentido que vinieron á tener en España, como relato histórico de los reinados hecho por escritores contemporáneos. Nacieron entonces los *cronistas*, acusados, por quien no repara en épocas, de carecer de espíritu crítico y de faltar con frecuencia á la imparcialidad; pero que prestaron servicios inapreciables á la historia patria, y no menores á la literatura.

Fué, pues, Alfonso XI quien mandó componer las tres *Crónicas* de Alfonso X, Sancho IV y Fernando IV, á las que hay que agregar la del propio Alfonso XI, escrita probablemente por la misma mano. Sin fundamento alguno, pues realmente se desconoce el

autor, hay quien atribuye estas crónicas á Juan de Villazán, al paso que otros las han adjudicado á Fernán Sánchez de Tovar ó de Valladolid. Es lo cierto que en ellas campea la sobriedad de estilo y cierta tendencia á la rectitud de juicio.

Si las anteriores crónicas son anónimas, no faltan otras de autores conocidos. En Castilla, JOHAN DE ALFARO refiere el reinado de D. Juan I hasta el desastre de Aljubarrota, y JUAN RODRÍGUEZ DE CUENCA, despensero de doña Leonor, esposa del mismo rey, escribe concisamente el *Sumario de los Reyes de España*, que comprende desde D. Pelayo hasta la muerte de Enrique III. PEDRO DE CORRAL es autor de la *Crónica sarracina*, donde convierte la historia del rey D. Rodrigo en un libro de caballerías. En Aragón, el caballero D. JUAN FERNÁNDEZ DE HEREDIA compone tres obras, mezclando lo cierto con lo fabuloso. En Navarra, FRAY GARCÍA DE EUGUÍ, en la *Cronica de los fechos subçedidos en España*, traza también la historia de nuestra patria hasta su época, sin rechazar las consejas maravillosas.

EL CANCILLER AYALA.—Pero el primer escritor que da á la historia un carácter razonador y una adecuada forma literaria, es el ilustre canciller PERO LÓPEZ DE AYALA. Nacido en Vitoria el año 1332, su larga vida le permitió conocer cinco reyes. Partidario en un principio de D. Pedro el Cruel, pasó luego al servicio de Don Enrique de Trastamara, que le colmó de mercedes; reinando D. Juan I fué preso en la batalla de Aljubarrota por los portugueses, que le tuvieron por más de un año encerrado en una jaula de hierro, hasta que, mediante crecido rescate, obtuvo la libertad; Enrique III le nombró Canciller Mayor de Castilla, y años después, en 1407, murió casi repentinamente.

Escribió Ayala las crónicas de D. Pedro I, D. Enrique II, D. Juan I y D. Enrique III, en forma que ningún historiador de la época, ni español ni extranjero, puede comparársele. Más atento al fondo de las cosas que á su aspecto exterior, sin aparentarlo hace de sus

personajes un estudio psicológico; y aunque se le ha acusado de recargar las tintas en la pintura de Don Pedro el Cruel, es lo cierto que se conforma con referir friamente los hechos, sin comentario alguno.

También tradujo Ayala tres *Décadas* de Tito Livio y otros libros de erudición, contribuyendo como nadie al movimiento intelectual de España en su época. Ultimamente, escribió un *Libro de Cetrería*, en que hace curioso y total estudio de las aves y de la caza, y un poema didáctico, á que antes se hizo ya alusión. Este poema, último de los del *mester de clerecía*, es el que se llama *Rimado de Palacio*.

No muy notable poéticamente, el *Rimado de Palacio* es, como dijo un autor, el *espejo de la sociedad del siglo XIV;* cuadro satírico admirable en que se fustigan austera y severamente los vicios de varias profesiones y clases sociales. Hay en el poema abundante parte lírica en estrofas graciosas y ligeras, al estilo galaico-portugués; pero tal vez el retazo más inspirado es el *Deitado sobre el cisma de Occidente*, compuesto en versos dodecasílabos.

Libros de caballerías.—Por esta época comienzan á ejercer desusada influencia *los libros de caballerías*, género novelesco cuyo asunto eran las hazañas sorprendentes de caballeros nobles y esforzados. Los personajes de estos libros recorrían países imaginarios, realizaban proezas increíbles, sufrían encantamientos y mataban á gigantes y vestiglos en aras de los ideales caballerescos, que prescribían la humillación de los soberbios, el socorro á los desvalidos y la fidelidad en el amor.

Aunque la poesía heroica clásica y algunos libros orientales, con sus aventuras maravillosas, pudieron aportar elementos á la literatura caballeresca, ésta nació, como dice Menéndez y Pelayo, de las entrañas de la Edad Media, y no fue más que una prolon-

gación ó degeneración de la poesía épica. Si bien por sus orígenes era unas veces germánica y otras céltica, tuvo su principal foco en la Francia del Norte, desde donde se difundió á otras naciones.

España no tardó en adoptar el nuevo género. El *Libro de Apollonio* y el poema de *Alexandre* tienen todo el aspecto de libros de caballerías versificados; pero, aparte de esto, abundaron los propiamente tales.

Como las ficciones caballerescas formaron series, inspiradas cada una de ellas en la misma materia, se distinguen tres principales *ciclos:* el *ciclo clásico,* referente sobre todo á la guerra de Troya y á las de Alejandro Magno; el *ciclo carolingio,* que contiene las hazañas de Carlo Magno y de los Doce Pares, con sus derivaciones; y el *ciclo bretón,* relativo al rey Artús ó Arturo y caballeros de la Tabla Redonda, con las leyendas de Tristán, de Lanzarote, de Merlín, del Santo Grial, etc. Estos tres ciclos tuvieron representación en nuestra patria.

El ciclo clásico tiene, por lo menos, como muestra en el siglo XIV la *Crónica troyana,* que traducida en 1350 del *Roman de Troie,* escrito en verso por Benito de Sainte-More, vino á ser un verdadero libro de caballerías, en que se narraba la guerra de griegos y troyanos con graciosos anacronismos y modificaciones. A fines del mismo siglo se hizo otra versión anónima. Es posible que por entonces estuviese traducida la novela de *Flores y Blancaflor,* de origen greco-oriental.

Algo hay también del ciclo carolingio en este siglo. Precisamente la famosa *Crónica* latina de Turpin, que es el primer libro de caballerías en prosa, parece que fué escrita en Santiago de Compostela, hacia el siglo XII, por dos monjes franceses, que la atribuyeron al obispo Turpin, muerto siglos antes. Aparte de esto y de las leyendas del ciclo carolingio contenidas en la *Crónica general* y en la *Gran conquista de Ultramar* (Maynete, Pipino y Berta, etc.), al siglo XIV pertenece sin duda la *Historia de Enrique, fi de Oliva,* citada ya por el poeta Villasandino, y en la cual el protagonista conquista á Jerusalén y Da-

masco, y se casa con la infanta Mergelina. Por la misma época se escribió el *Noble cuento del Emperador Carles Maynes de Rroma é de la buena Emperatriz Sevilla su mujer*, contenido en un códice de la Biblioteca Escurialense.

Las ficciones del ciclo bretón, procedentes de Inglaterra y que tuvieron por principal divulgador al obispo Jofre de Monmouth, alcanzaron en España excelente acogida. Las alusiones que á ellas hacen los escritores del siglo XIV son muchas. López de Ayala, entre otros, dice:

> Plogome otrosí oyr muchas vegadas
> Libros de deuaneos é mentiras probadas;
> Amadis, Lanzalote é burlas assacadas.
> En que perdí mi tiempo á muy malas jornadas.

Nos es conocido un *Tristán de Leonís*, últimamente reimpreso, y que parece compuesto á fines del siglo XIII ó principios del XIV. Es un arreglo ó refundición de otro *Tristán* francés, con no pocas variaciones.

Al llamado *ciclo de la Cruzadas* corresponden varias leyendas incluídas, según se ha dicho, en la *Gran conquista de Ultramar*, como la del *caballero del Cisne*, referente á las hazañas del paladín á quien acompañaba siempre su hermano, encantado bajo la forma de cisne por la venganza de su madrastra.

Hay también varias novelas que se pueden llamar *sporádicas* ó independientes, como la *Estoria del rey Guillerme de Inglaterra*. el *Cuento muy fermoso del Emperador Ottas et de la infanta Florencia su fija et del buen caballero Esmere*, el *Fermoso cuento de una sancta emperatriz que ovo en Roma et de su castidat* y la *Estoria del caballero Plácidas, que fué después cristiano é ovo nombre de Eustacio*.

Aparecen, por último, los libros de caballerías indígenas, es decir, nacidos en España. Cítase generalmente como más antiguo entre estos libros el *Amadís de Gaula;* y, en efecto, á él hacen referencias el canciller Ayala, en versos antes citados, y otros poetas, llegando á decir Pero Ferrús que

> Sus proezas fallaredes
> En tres libros, é diredes
> Que le de Dios santo poso.

Pero como no consta en qué lengua estaban narradas estas *proezas*, y la versión castellana más antigua que se conoce es la de Garci Ordóñez de Montalvo, de que hablaremos en lugar oportuno, debe considerarse como el más antiguo libro de caballerías en nuestro idioma *El Caballero Cifar*, que pertenece sin disputa á la primera mitad del siglo XIV.

En este libro se relatan las aventuras asombrosas de Cifar, que después de muchas contrariedades llega á obtener un reino, y las no menos admirables de sus hijos Garfín y Roboan. Contiene *El Caballero Cifar*, en medio de su abigarramiento, pasajes tan interesantes como el de *la dama del lago*.

CAPÍTULO XVII

LITERATURAS CULTIVADAS EN ESPAÑA DURANTE LA EDAD MEDIA, DISTINTAS DE LA CASTELLANA.—ESCRITORES CATALANES Y GALLEGOS.—ESCRITORES HEBREOS Y ÁRABES.

Literaturas.—El territorio de nuestra península, durante la Edad Media, no sólo vió cultivar la Literatura en idioma castellano, sino en otros muy diferentes. En España florecieron no pocos trovadores provenzales y produjo la lengua catalana muy notables obras; en España germinó, lleno de ternura y sentimiento, el arte de los poetas gallegos; en España fomentaron sus letras respectivas la raza judía y la raza árabe. Y aunque este estudio traspasa los límites que aquí debemos guardar, sería imperdonable no dar noticia, á lo menos, de puntos tan capitales en nuestra historia literaria.

ESCRITORES CATALANES.—Mucho antes del año 1100 estaba ya formada la lengua *provenzal*, una de las neolatinas, llamada también lengua *de oc* por tener como adverbio afirmativo la partícula *oc*, y lengua *lemosina*, por la ciudad de Limoges. Esta lengua no sólo se habló en la Provenza y mediodía de Francia, sino también, con mas ó menos variantes, en gran parte de Italia, y en Cataluña, Mallorca y otras comarcas del reino de Aragón. La literatura provenzal tuvo una importancia grande con los *trovadores*, que desde el siglo XII cultivaron una poesía brillante, de corte musical y complicada variedad métrica, pero artifi-

ciosa y no muy profunda por sus asuntos, donde se unían el sensualismo á la adoración platónica, y los rasgos satíricos á las invectivas procaces.

En las comarcas españolas que hablaban esta lengua, nacieron numerosos poetas y escritores, que en un principio siguen las huellas de los provenzales y con ellos se confunden; pero que bien pronto, rompiendo esta tutela, vienen á sentar las bases de la literatura catalana.

Haremos sucinta enumeración de algunos.

Desde la época de Ramón Berenguer IV á la de Pedro III menudean los poetas. Guillermo de Bergadan y Guiraldo de Cabrera componen versos satíricos; Ramón de Pratz y Hugo de Mataplana celebran los hechos de armas; Guillermo de Tudela cuenta la expedición de Pedro II en socorro de los albigenses; Arnaldo el Catalán y Oliver el Templario escriben *tensones* en tiempo de Don Jaime I; Serverí de Gerona se distingue algo después por su profundidad y tendencias morales. Los monarcas mismos cultivaban la poesía con entusiasmo. Y en cuanto á la prosa, digamos á lo menos que Ramón Vidal de Besalú compuso un famoso tratado de métrica, y que el rey Jaime I, también poeta, refirió en una *Crónica* ó *Comentari* los sucesos de su reinado, y escribió—ó así al menos lo hacen creer los indicios—el *Llibre de la Sabiesa*, de índole filosófico-moral.

Con Pedro III, protector de ciencias y artes, autor de versos valientes, comienza una época brillante en la literatura catalana. Refugiados los poetas provenzales en Cataluña después de la cruzada de los albigenses, allí se reconcentra toda la cultura lemosina. Mencionaremos en primer término á Bernardo Desclot y Ramón Muntaner, autores de sendas crónicas, y al gran mallorquín Raimundo Lulio, el Doctor Iluminado, que además de sus obras filosóficas en latín, escribió poesías en lengua lemosina, como la titulada *Desconort* (Desconsuelo), y varias obras con carácter de novelas didácticas, como el *Libro del Gentil* y el *Blanquerna*.

Cuando en el siglo XIV, para reanimar la poesía provenzal, se organizaron los Juegos Florales por la *Gaya Compania dels Trovadors de Tholosa*, el ejemplo fué seguido bien pronto en

Barcelona. El arte provenzal por esta época acaba de ceder totalmente el paso en nuestra patria á la genuína literatura catalana. Entre los muchos escritores de todo género que florecen en este siglo, mencionaremos á Fray Francisco Eximenis, obispo de Elna, autor del *Crestiá*, del *Libro de las donas* y de otros.

El siglo XV ofrece el brillante período de Don Alfonso V de Aragón, que en su corte de Nápoles protegió á los escritores de toda procedencia. Entre los poetas lemosines de este siglo citaremos á Mosen Jaime Roig, muy hábil satírico, á Jordi de San Jordi, autor de sentidas poesías amorosas, á Andreu Febrer, traductor de la *Divina Comedia*, á Rocaberti, autor de una *visión* simbólica, á Mosen Pere Torrellas, que en su composición castellana sobre *las calidades de las donas* dirigió terribles vituperios á las mujeres, y, sobresaliendo entre todos, al ilustre Ausias March, nacido probablemente en Valencia, y que en sus rimas amatorias y elegíacas iguala á los mejores poetas. Otros muchos están incluídos en el *Cançoner d'Amor* de la *Biblioteca Nacional* de París, y en el de la Biblioteca de Zaragoza.

Al siglo XV corresponden también dos libros de caballerías catalanes: el *Tirant lo Blanch*, que es uno de los más notables en su género y fué escrito por Mosen Juan Martorell y Mosen Juan de Galva, y el *Curial* y *Guelfa*, que más bien parece una novela erótico-sentimental.

Fray Anselmo de Turmeda, mallorquín, poeta y astrólogo, hombre de vida muy azarosa, escribe unos *Consejos* métricos y una curiosísima *Disputa del asno*, que contiene cuentos de género muy diverso. Esta obra, sin embargo, está tomada de otra árabe.

Escritores gallegos.—Desde fines del siglo XI y principios del XII, hasta el XIV, realízase un notable movimiento poético en lengua gallega. Trovadores gallegos y portugueses se valen entonces de la misma lengua, porque la separación dialectal no se verifica hasta más tarde.

La poesía de los trovadores galaico-portugueses está casi totalmente comprendida en cuatro cancioneros: las *Cantigas de Santa María*, de Don Alfonso el

Sabio; el *Cancionero do Collegio dos Nobres ó da Ajuda;* el *Cancionero de la Biblioteca Vaticana*, y el *Cancionero de Colocci Brancuti*. Esta poesía tomó mucho de la provenzal, especialmente en los trovadores eruditos; pero el lirismo gallego tiene manifestaciones propias y populares, distinguibles generalmente por su tinte sentimental y melancólico, y por su forma musical y aun bailable. Esta lírica, según las mejores opiniones, pasó de Galicia á Portugal. Nuño Fernández Torneol, notable en cierta especie de rondas ó baladas; Martín Codax, que se inspiró en las bellezas del mar de Vigo; Pero Meogo, de singular delicadeza, y otros muchos trovadores, figuran en estos cancioneros.

Escritores hebreos.—Los judíos españoles tuvieron una cultura muy adelantada. Algunos de ellos escribieron en castellano, pero no faltó quien cultivara las letras hebreas, y abundaron las obras de poesía, filosofía, retórica, gramática, etc. Citaremos algunos nombres salientes.

En el siglo XI, Cophni comentó el Pentateuco. De más talla es Salomón ben Gabirol, conocido por Avicebrón, nacido en Málaga y á quien como poeta se ha llamado el *maestro de los cánticos*. Su obra filosófica, *La fuente de la vida*, inspirada en libros griegos, se discutió mucho durante la Edad Media. Moseh Aben Hezra escribió obras poéticas de mucha estima, dirigidas todas al engrandecimiento del pueblo judaico.

En el siglo XII sobresale Moseh Ben Mayemon, conocido por Maimónides. Escribió numerosas obras sobre todos los ramos de la ciencia, la mayor parte en árabe, algunas en hebreo. La titulada *Guía de los descarriados* es un tratado de teología y filosofía en que se interpreta la Biblia, y que originó varias discusiones entre los judíos. Notable poeta fué Rabbí Jeudah

HA LEVÍ, que, además de otras obras, escribió en arábigo el famoso *Libro del Cuzary*, traducido más tarde al hebreo y al castellano. ABEN HEZRA, natural de Toledo, no sólo escribió varias obras científicas, sino también otras en verso, como el poema sobre el *Juego del Ajedrez*.

Al siglo XIV pertenece RABBÍ MOSEH DE ZARAGUA, judío catalán que floreció en Castilla, escribiendo un poema titulado *Delicias del Rey*. Desde esta fecha los judíos españoles escriben con mayor frecuencia en castellano; pero no falta quien cultiva la lengua hebrea, como el converso ALONSO DE ZAMORA, ISAHAK ABOAB, etcétera.

Escritores árabes.—Los árabes españoles tuvieron una civilización floreciente. Abderramán, fundador del califato de Córdoba, y sus sucesores, fomentaron las ciencias y las artes; y seguido este ejemplo por los reyes de Taifas y por los almohades, el movimiento intelectual de la raza árabe en España se sostuvo hasta su expulsión. Aquí, como en todo este libro, nos vemos obligados á citar sólo á unas cuantos autores notorios.

La poesía árabe ofrece en España los caracteres que tenía desde su origen. Igual abundancia de palabras rebuscadas y altisonantes; igual amontonamiento de retruécanos y conceptos alambicados; igual artificiosidad, en fin, de combinacioncs que pueden resultar armoniosas al oído, pero cuya rima se repite monótonamente.

De acuerdo con la división que establece Schack para la poesía arábigo-española, apuntaremos algunos nombres.

En los cantos de amor, ABEN-HAZM, que expresó con sentimiento sus amores juveniles, y ABEN-ZAIDÚN (1003-1070), llamamado por Dozy *Tibulo de Alandalus*, que dirigió notables versos á Walada, hija de un califa, de la cual estuvo enamorado.

Debe citarse también á la misma Walada, que contestó á su amante en versos apasionados, y á otra poetisa, la granadina Hafsa, que sostuvo correspondencia poética con Abuchafar.

En los *cantos de guerra*, Abu-Omar, autor de un himno á la guerra santa.

En la poesía *báquica* y *descriptiva*, Aben-Said, que durante su permanencia en Egipto dedicó una bella composición á Sevilla, su patria.

En la poesía *encomiástica* ó de alabanza, Aben-Darradcsh, que dirigió á Almanzor elogios llenos de imágenes; y en la *satírica*, Aben-Ammar, que se burla irónicamente del rey Al-Motamid.

En la *elegía*, el propio Abderraman I, fundador del califato de Córdoba, que se inspiró para melancólicos versos en una palmera del palacio de Ruzafa; el rey Almotamid de Sevilla, y Abul-Beka, de Ronda, autor de una tierna composición en que deplora la inminente caída del Islam en España.

En la *poesía religiosa*, Aben-Al-Faradhí, que compuso una plegaria estando cautivo. Hay, por último, otros autores de epigramas, poesía didáctica, etc.

Había también poetas populares, que en calles y palacios cantaban sus versos al compás de un instrumento. De estas canciones populares formaron *divanes* ó colecciones los poetas Mahamed-ben-Abdel-Melic-ben-Cuzmán, cordobés, y Almansur, residente en Valencia.

El género histórico parece que empezó á cultivarse entre los árabes españoles por los tiempos de Abderramán I, pero hasta la mitad del siglo IX no aparece la primera crónica, que es la de Aben-Habib. Muchos de los historiadores arábigo-españoles son también geógrafos; ostentan gran erudición, pero falta en ellos el juicio histórico y se hacen eco de supersticiones y de fábulas. Beben en toda clase de fuentes, sin distinguir su pureza, y unidos muchas veces por vínculos estrechos á los príncipes reinantes, se hacen sospechosos en la veracidad. Son, sin embargo, amenos, y no deja de haber algunos con cierto espíritu crítico.

He aquí los principales:

Aben Al-faradhí nació en Córdoba á fines del siglo XI. Además de ser poeta, escribió la *Historia de los Sabios de España*, libro de biografías; y es considerado, dice Codera, como el príncipe de este género histórico.

Aben Hazam y Aben Hayyam superaron á todos sus predecesores, y no tuvieron rival entre los historiadores que los siguieron. El primero nació en Córdoba (894), procedente de familia celto-romana ó gótica, y por sus opiniones cismáticas, ó tal vez por la envidia que su talento superior despertó entre los faquíes, fué desterrado de los estados árabes. Escribió dos obras históricas sobre los imanes y califas de España, y muchas más de diverso género, pues se dice que todas ellas bastaban para cargar un camello. El segundo--Aben Hayyam,--se distingue por la exactitud en la narración y la sonoridad de lenguaje. Su más interesante obra es la *Historia de Andalucía*.

Aben Pascual (1100-1182) logró justa fama como biógrafo. Más importante es Aben Alabbar, nacido en Valencia, y que como poeta obtuvo un señalado triunfo solicitando en una *casida* ó poema el auxilio de Abu Zakarya, príncipe de Túnez, contra las armas cristianas. La protección que le prestaron se trocó luego en persecución, y murió degollado. Su obra más notable es *La túnica recamada de oro*, colección de biografías de príncipes y personajes notables de España.

Aben Aljatib nació en Loja. Ocupó elevados puestos, pero luego se vió perseguido y preso; sus enemigos penetraron en el calabozo y le estrangularon, en 1374. La más notable de sus producciones es *El círculo sobre la historia de Granada*, léxicon biográfico de las personas distinguidas que nacieron en Granada ó la visitaron. Aben Aljatib, dice Simonet, es el Salustio del reino de Granada, mereciendo el título de príncipe de la literatura arábigo-granadina.

No es seguro que fuera español, antes bien parece que nació en Ceuta, El Idrisí, autor del *Libro Rogeriano*, y á quien muchos consideran como el primer geógrafo de la Edad Media.

En la didáctica, los árabes prestaron principalmente el notable servicio de transmitir á España la ciencia griega, más ó menos bastardeada. La filosofía era mal vista por los teólogos y por el vulgo, que la tenían como ocupación herética, pero aun así encontró

cultivadores excelentes. Abubequer Mohamet ben Yhaia, conocido por AVEMPACE, nacido en Zaragoza á fines del siglo XI, escribió libros de diversas ciencias, entre los cuales el más importante es el *Régimen del solitario*. Es éste un tratado de filosofía platónica, en que se expone la teoría de la ciudad ideal y perfecta.

Abubequer Mohamet ben Abdelmelic, conocido por TOFÁIL, nacido en Guadix en el primer tercio del siglo XII, escribió, entre obras de ciencia, una muy curiosa titulada *El Filósofo autodidacto*. En ella presenta á un joven llamado Hay Benyocdan, que nace y vive solo en una isla, adquiriendo con la luz de su razón varios conocimientos, que puede luego comparar con los de otros hombres por la llegada de cierto teólogo llamado Asal.

Más famoso que todos los filósofos árabes es Mohamed aben Rasch, conocido por AVERROES (1126-1199). Nacido en Córdoba, sufrió persecuciones y destierros, y murió en Marruecos. Escribió numerosos tratados filosóficos, en su mayor parte traducciones y comentarios de Aristóteles, llegando á formar una escuela que se llamó *averroísmo*.

De otros escritores didácticos, baste citar al médico Abo-Meruán-Abd-elmaleq-Ben-Ab-l-ola-Ben-Zohr, conocido por AVENZOAR, que murió hacia 1162 después de escribir muy notables tratados sobre su ciencia, y al fecundísimo ABEN SAÍD EL MAGREBÍ (1214-1286), nacido en Alcalá la Real, y cuya mejor obra es el *Libro de la esfera de la literatura*.

CAPÍTULO XVIII

La poesía castellana en el siglo XV.—Escuelas poéticas.—El Marqués de Santillana.—Fernán Pérez de Guzmán.—Juan de Mena.—Jorge Manrique y otros.—La sátira política.—Los romances.

La poesía.—Representa la literatura española del siglo XV una brillante preparación á la Edad de Oro. Don Juan II de Castilla convirtió su corte en un centro de ilustración y cultura, cosa que por la misma época hacía tambien en Nápoles Don Alfonso V de Aragón. El tumultuoso reinado de Don Enrique IV ofrece muy notables literatos y, últimamente, los Reyes Católicos dieron mayor impulso á las letras fomentando los estudios clásicos y trayendo de Italia á tan ilustres humanistas como Pedro Mártir de Angleria y Lucio Marineo Sículo.

Con el *Renacimiento* se despertó en toda Europa el gusto por los autores clásicos, que fueron imitados y hondamente estudiados. Las *humanidades* (que comprendían principalmente el estudio de las lenguas griega y latina, gramática, poesía y retórica), adquirieron singular desarrollo.

La poesía castellana, al comenzar el siglo XV, mostraba tres tendencias perfectamente marcadas: la *provenzal*, que imitaba á los trovadores provenzales y galaico-portugueses con sus versos musicales y ligeros, sus discreteos amorosos y sus contiendas poé-

ticas; la *italiana* ó *alegórica*, que seguía las huellas trazadas por el Dante en su *Divina Comedia*, agotando las personificaciones y simbolismos; y la *didáctica*, cuyo fondo era filosófico-moral. Verdad es que los poetas cultivaban las tres indistintamente, y, cuando más, mostraban preferencia por alguna de ellas.

Casi todos los poetas de este siglo están incluídos en los *Cancioneros*, que llegan á alcanzar un número considerable. Entre estos cancioneros los hay *particulares* ó de un solo autor, como los de Antón de Montoro, Juan Alvarez Gato, Fray Iñigo de Mendoza, Fray Ambrosio de Montesino, Urrea, etc. Otros, la mayoría, son *generales*, es decir, contienen poesías de diversos autores, como el mencionado de Baena, el de Ixar, el llamado *de Gallardo*, el de Hernando del Castillo, el de Nicolás de Herberay, el llamado de *Salvá*, el de Stúñiga, el de Castañeda, el de Ramón de Llavia, los de Palacio, etc. Las poesías de estos cancioneros son por lo general de amor metafórico y frío, ó religiosas, dedicadas casi siempre á la Virgen, ó festivas, desde la burla ingeniosa hasta el insulto grosero, ó, por último, de asunto alegórico á la manera dantesca.

Entre la muchedumbre de autores que, con poesías de monótona uniformidad, figura en esos cancioneros, están Antón de Montoro, llamado el Ropero por ser alfayate ó sastre, que en sus sátiras, con frecuencia soeces, demuestra mucho ingenio; Juan Poeta ó de Valladolid, que fué hijo, según parece, de un verdugo, y se defendió valientemente de los ataques que le dirigieron Montoro, Baena y otros; Martín Tañedor y su hermano Diego, muy delicados en la poesía erótica; Juan de Dueñas, que en Nápoles, donde estuvo con Alfonso V, escribió la *Nao de amor*, y muchos más que no es preciso nombrar.

Por ser de más cuenta en el campo literario, debemos considerar aparte otras figuras.

El Marqués de Santillana.—Comenzando por el

reinado de Don Juan II, citaremos en primer término á Don Iñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana (1398-1458). Nacido en Carrión de los Condes, intervino activamente en los negocios públicos; en la batalla de Olmedo luchó de parte del monarca, lo que le valió los títulos de Marqués de Santillana y Conde del Real de Manzanares.

Entre las poesías del Marqués de Santillana, las más notables son, sin duda alguna, las eróticas ó amorosas. De ellas, algunas son bastantes extensas, como el *Sueño* y *El Infierno de los Enamorados*, imitaciones alegóricas del Dante, con el consabido extravío del poeta en una selva y el indispensable guía que de allí le saca. Otras son *canciones* y *decires*, en que suele intercalar cantarcillos populares. Pero donde el Marqués de Santillana no reconoce rival es en las famosas *serranillas*, de las cuales, como dice gráficamente Menéndez Pelayo, «unas parece que exhalan el aroma de tomillo de los campos de la Alcarria, mientras otras, más agrestes y montaraces, orean nuestra frente con la brisa sutil del Moncayo ó nos transportan á las tajadas hoces lebaniegas». Conocidas de todos son la *Vaquera de la Finojosa*, ó la *Mozuela de Bores*, ó la de *Lozoyuela*.

De las varias obras en que el Marqués de Santillana siguió el género alegórico, la más importante es la *Comedieta de Ponza*, inspirada en la batalla naval de la isla de Ponza, donde los genoveses hicieron prisioneros al rey Alfonso V de Aragón y á sus hermanos el Rey de Navarra Don Juan y el Infante Don Enrique. Tiene cierto aspecto dramático este poema, en que hablan las esposas de los príncipes cautivos y el italiano Boccaccio, con motivo de su obra *Caídas de los Príncipes*.

Son obras didácticas el *Diálogo de Bías contra*

Fortuna, en que ésta conversa con el filósofo de aquel nombre, el *Doctrinal de privados*, que tiene por asunto la caída y muerte de Don Alvaro de Luna, y los *Proverbios*, compuestos para la educación del príncipe Don Enrique. Ultimamente, el Marqués de Santillana compuso 42 sonetos *fechos al itálico modo*. Es el primer ensayo que se hizo en este género, y aunque los endecasílabos tienen aún cierta dureza, no carecen de mérito.

Entre las obras en prosa de Santillana, conviene citar el *Prohemio* ó carta al condestable de Portugal, de gran curiosidad por las noticias que proporciona sobre los orígenes de nuestra poesía, y los *Refranes que dicen las viejas tras el fuego*, la más antigua colección paremiológica en español.

Fernán Pérez de Guzmán.—No sólo poeta, sino también historiador y didáctico, fué Fernán Pérez de Guzmán, señor de Batres (¿1376-1460?). Sobrino del canciller Ayala y tío del Marqués de Santillana, contrariedades y desengaños le hicieron retirar á su señorío de Batres, donde murió.

No merecería Fernán Pérez de Gumán especial mención como poeta, si no fuese principal representante de aquella escuela moralista que tanta boga adquirió. Su mejor composición poética es la titulada *Loores de los claros varones de España*, cuyo objeto, como se comprende, es ensalzar á los hijos ilustres de nuestra patria. Revela cierta habilidad poética, y aun en el concepto histórico ofrece interés. Mucho mayor es el mérito de Fernán Pérez de Guzmán como prosista, según lo demuestra su *Mar de historias*. De las tres partes en que se divide esta obra, las dos primeras son una traducción ó arreglo; la última, que se llama *Generaciones, semblanzas y obras*, es original, y la que ha dado á su autor más justa fama. Es

una serie de retratos históricos de hombres ilustres castellanos pertenecientes á los siglos XIV y XV, presentados de mano maestra en cuatro pinceladas. Pocos escritores hay, ni antiguos ni modernos, que igualen en este género á Fernán Pérez de Guzmán.

A éste pertenece una colección de sentencias morales titulada *Floresta de los Filósofos*, en que aparecen extractados pensamientos de Séneca y de otros autores.

Es incierto que pertenezca á Fernán Pérez de Guzmán, según se ha dicho, alguna parte de la *Crónica de Don Juan II* ni su redacción definitiva.

Juan de Mena.—Uno de los poetas que más fama han alcanzado en nuestra patria, fué Juan de Mena. Nacido en Córdoba en 1411, estudió en Salamanca, permaneció algún tiempo en Roma, y después de brillar en la corte de Don Juan II protegido por este monarca, murió en Torrelaguna.

Dejando á un lado el *Debate de la razón contra la voluntad* y otras composiciones insertas en los cancioneros, los poemas que más nombre han dado á Juan de Mena son *El Laberinto y La Coronación*.

El Laberinto se llama también *Las trescientas*, por el número de sus coplas ó estancias. No obstante esto, y aunque se dice que el rey manifestó al poeta deseos de que aumentara las coplas hasta igualar á los días del año, parece que las compuestas por Mena son solamente 297, debiéndose á otra mano las que luego se adicionaron. *El Laberinto* es un poema de imitación dantesca. Extraviado el poeta, se le aparece *la Providencia*, en forma de hermosa doncella, que se presta á ser su guía y entra con él en un gran palacio. Allí ve tres ruedas, las del *pasado*, del *presente* y del *porvenir*, divididas en siete *orbes setenios*, en los cuales se descubren diferentes personajes antiguos

y modernos. En la *Luna* están los amantes y esposos fieles, como Doña María Coronel; en *Febo* los hombres de ciencia y poetas, como Don Enrique de Villena; en *Marte* los héroes y guerreros, como el conde de Niebla y Lorenzo Dávalos, etc., etc. Cuando el poeta va á examinar la rueda del *porvenir*, se lo impide la Providencia, desapareciendo de su lado.

Juan de Mena contribuyó como nadie, con *El Laberinto*, á la creación de un lenguaje poético. No siempre acertó en las innovaciones de hipérbaton, pero al formar voces nuevas tuvo tal fortuna, que muchas de ellas se incorporaron á nuestro idioma, como *ofuscar, confluír, diáfano, nítido*, etc. En cuanto á la versificación, vino á dar mayor impulso á los versos dodecasílabos, en las estrofas que por ello se llamaron de *Juan de Mena*.

La Coronación es un poema en quintillas octosilábicas dobles, ó coplas reales, escrito en honor del marqués de Santillana, á quien supone coronado solemnemente por las Musas.

Los tres trabajos en prosa que se conocen de Juan de Mena, entre ellos un compendio de la *Iliada* en romance, se distinguen por la hinchazón de la frase y conceptuosidad de los pensamientos. En prosa y en verso, es el poeta cordobés un predecesor de los culteranos.

Corte de Alfonso V de Aragón.—En el *Cancionero de Stúñiga* están contenidos los poetas de la corte de Alfonso V de Aragón, que simultáneamente con D. Juan II, protegía las letras en su reino de Nápoles. Hállanse entre ellos Carvajal ó Carvajales, Lope de Stúñiga, que da nombre al cancionero, Pedro de Santafé, etc.

Corte de Enrique IV.—La corte de D. Enrique IV es también fecunda en poetas. Merecen recordarse Juan Alvarez Gato (m. 1496?), madrileño, que con fácil versificación compuso muchas coplas de amor y religiosas; Pero Guillén de Segovia (n. 1413), sevillano, que escribió numerosas poesías morales y el más antiguo diccionario de rimas que hay en castellano; y Gómez Manrique (1412-1490), que fué poeta

dramático en dos *misterios* (del Nacimiento y de la Pasión), lírico y didáctico en multitud de notables composiciones, como los *Consejos* á Diego Arias de Avila y las llamadas *Coplas al mal gobierno de Toledo*, y últimamente, orador político en su discurso *á los cibdadanos de Toledo*, reproducido por Hernando del Pulgar en su *Crónica de los Reyes Católicos*.

Jorge Manrique.—Todos ellos fueron obscurecidos por el sobrino de este último, Jorge Manrique. Hijo del gran maestre D. Rodrigo, nació probablemente en Paredes de Nava por los años de 1440. Partidario primero del intruso D. Alonso, en tiempo de la Reina Católica luchó denodadamente por ésta, hasta caer muerto en un encuentro, cerca del castillo de Garci-Muñoz, en 1478. No se inmortalizó Jorge Manrique por sus versos alegóricos, amorosos y aun festivos, sino por las *Coplas* á la muerte de su padre. El altísimo sentido moral que en las *Coplas* domina, su tono austero, grave y resignado, su lenguaje puro y fluído, hasta su versificación armoniosa y expresiva, han hecho imperecedera esta obra, que, según frase de Lope de Vega, merece estar escrita en letras de oro.

Reyes Católicos.—Gran número de poetas del tiempo de los Reyes Católicos figura en el *Cancionero general* de Hernando del Castillo, impreso por primera vez en 1511. De ellos se puede entresacar al ecijano Garci-Sánchez de Badajoz (1450-1511), famoso por su vida novelesca, autor de varias irreligiosas *Liciones de Job apropiadas á las pasiones de amor* y de otras poesías amorosas, versificadas todas con mucha soltura; al Comendador Escrivá, valenciano, que en cierta canción tiene una famosa redondilla, citada así por Cervantes:

> Ven, muerte, tan escondida
> que no te sienta venir,
> porque el placer del morir
> no me torne á dar la vida;

y á Diego de San Pedro, regidor de Valladolid, que después de escribir una novela titulada *Cárcel de amor* y muchos versos

profanos, compuso, arrepentido, el *Desprecio de la Fortuna*, poema moral de los más notables en su tiempo.

Poetas religiosos. – Conviene citar aparte á tres poetas religiosos: Fr. Iñigo de Mendoza, Fr. Ambrosio Montesino y D Juan de Padilla.

Los dos primeros tienen sus cancioneros particulares; pero mayor fama alcanzó el último, nacido en Sevilla, y á quien se llamó *el Cartujano*, por ser monje profeso en la Cartuja de Santa María de las Cuevas. Se conocen de él dos poemas, compuestos en estancias de arte mayor como las de Juan de Mena, y en que imita con más decisión que nadie el género alegórico del Dante: el *Retablo de la vida de Cristo*, tomado de los cuatro Evangelios, y *Los doce triunfos de los doce Apóstoles*, superior á aquél en mérito, y en que desarrolla su asunto colocando á cada apóstol en uno de los signos del Zodiaco.

La sátira política.—La sátira política ofrece en el siglo XV curiosas obras anónimas. Las coplas de *¡Ay, panadera!*, atribuídas sin gran fundamento á Juan de Mena, son una sátira contra los caballeros que tomaron parte en la batalla de Olmedo. Mucho más violentas son las *Coplas del Provincial*, serie groserísima de insultos dirigidos á los hombres más ilustres de Castilla en tiempo de Enrique IV. Mayor mérito literario que unas y otras encierran las *Coplas de Mingo Revulgo*, diálogo entre dos pastores, uno de los cuales, *Mingo Revulgo*, representa al pueblo, y el otro, *Gil Arribato*, á la nobleza. Estas coplas, que contienen frecuentes alusiones á la conducta del monarca y de los gobernantes, fueron comentadas por Hernando del Pulgar, entre otros.

Los romances.—En tanto que los poetas cortesanos seguían las corrientes que se ha visto, la poesía popular formábase lozana y robusta con los *roman-*

ces. El nombre *romance*, que se aplicó al castellano y demás lenguas neolatinas en su formación, vino por último á designar el género particular de poesía más característico en nuestra patria; el primer documento en que se emplea la palabra en esta acepción, es el *Prohemio* del Marqués de Santillana. En los romances encerró el pueblo todo aquello que más impresionó su imaginación: ficciones caballerescas, episodios de la historia patria y asuntos novelescos ó simplemente líricos.

Los romances fueron indudablemente la derivación ó hijuela directa de los cantares de gesta. Aquellos versos rudos y defectuosos, que unas veces tendían á las catorce sílabas y otras á las dieciséis, cristalizaron al fin en esta última forma cuando el oído poético estuvo educado, marcándose perfectamente los dos hemistiquios en que se dividían. Primitivamente, pues, los romances se consideraban formados por versos de dieciséis sílabas, con rima final en todos ellos:

¡Oh sobrino Valdovinos, mi buen sobrino carnal!
¿Quién vos trató de tal suerte? ¿Quién vos trajo á tal lugar?

Obra de trovadores y poetas eruditos fué el escribir los romances dividiendo cada verso en dos de ocho, en forma que, naturalmente, sólo rimaban los versos pares; y ellos también proscribieron la mezcla de consonantes y asonantes que en un principio se observa, empleando exclusivamente estos últimos.

Los romances, por su origen, se dividen en *romances viejos*, *romances vulgares* y *romances eruditos*.

Los romances viejos pertenecen al siglo XV y anteriores, cosa en ocasiones difícil de determinar. Su forma suele ser narrativa; su rima más frecuente en *ia*, en *ado* y en *a* aguda, á la cual se añadía, tal vez para el canto, una *e* paragógica, mezclándose por ello asonantes en *ae*.

Los romances vulgares y los eruditos son de época posterior. Aquéllos se distinguen por sus asuntos poco artísticos y su versificación torpe y defectuosa; éstos, que no tienen la espontaneidad de los *viejos*, ofrecen

una versificación y lenguaje más perfectos, como compuestos por buenos poetas.

Los romances viejos —únicos que ahora nos interesan, —pueden dividirse por su asunto en la siguiente forma:

1.° *Romances históricos.*—Refiérense al rey Don Rodrigo, á Bernardo del Carpio, al Conde Fernán González, á los Infantes de Lara, al Cid, al rey Don Pedro, á las guerras entre cristianos y moros (llamados *fronterizos)* y á otros varios asuntos históricos. Raro es el romance de este género anterior al siglo XV.

2.° *Romances caballerescos.*—a) *Del ciclo carolingio.* Relativos al Marqués de Mantua, Valdovinos, Gaiferos, etc., etc. En su forma actual tampoco son anteriores al siglo XV.—b) *Del ciclo bretón.* Los escasos romances viejos de este ciclo, referentes á Lanzarote y Tristán, ascienden á principios del siglo XV. Hay algunos romances eruditos basados en los libros de caballerías indígenas.

3.° *Romances novelescos y caballerescos sueltos.*—Se basan en leyendas históricas ó mitológicas y en anécdotas de varia procedencia. Aquí pueden incluirse los *romances líricos*, que son poco abundantes.

Estos romances se recogieron y conservaron principalmente en las colecciones llamadas *Romanceros*, de los cuales son los más antiguos el *Cancionero de Romances*, en sus dos ediciones de Amberes, y las tres partes de la *Silva de varios romances*, impresa en Zaragoza por Esteban García de Nájera en los años 1550 y 1551. A estos romanceros siguieron otros varios, como el de Sepúlveda, el de Fuentes, el de Torres, etc.

Además de estos romances, se han conservado otros muchos, ya en manuscritos, pliegos y obras antiguas, ya en comedias diversas, especialmente de Lope, ya mediante la tradición oral. En Cataluña, en Asturias, en Andalucía, en Castilla, en Galicia, en Marruecos, en las Repúblicas sur-americanas, entre los judíos de Levante que proceden de España, se ha recogido multitud de curiosos romances que de boca en boca han venido transmitiéndose hasta nuestros días.

CAPÍTULO XIX

La prosa castellana en el siglo XV. La novela.—Libros de caballerías.—La Historia. Prosistas varios.

La novela.—Novela sentimental.—Con no menor abundancia y flexibilidad que el verso, se cultiva la prosa en el siglo XV. Todas las manifestaciones literarias encuentran muy hábiles aficionados.

La novela ofrece dos notables muestras del género llamado sentimental: *El siervo libre de amor*, de Juan Rodriguez del Padrón, y la *Cárcel de amor*, de Diego de San Pedro. El primero de estos escritores, llamado también Juan Rodríguez de la Camara, nació en Galicia, y por sus amores con una ilustre dama, que, según algunos, ceñía corona real, fué desterrado y se hizo fraile. Escribió algunas poesías insertas en los cancioneros, entre ellas la famosa canción:

Vive leda, si podrás;

pero más interesantes son sus libros en prosa, especialmente la citada novela, en que á la parte autobiográfica se agrega la *Estoria de los dos amadores Ardanlier é Liesa*.

Diego de San Pedro, regidor de Valladolid, escribió primero los *Amores de Arnalte y Lucenda*, que parece un esbozo de la *Cárcel de amor*. Esta novela, escrita en excelente prosa, es una mezcla de elemen-

tos muy diversos, y tiene por asunto los amores de Leriano y Laureola, que terminan por el suicidio del protagonista.

Libros de caballerías.—Los libros de caballerías continuaron en auge durante el siglo XV. Aparecieron obras de los diferentes ciclos, pero la que obtuvo más popularidad fué el *Amadís de Gaula*, que escribió poco después de 1492 el regidor de Medina del Campo Garci Ordóñez de Montalvo. Ya en el siglo XIV se conocía, según hemos indicado, un *Amadís* dividido en tres libros. Montalvo confiesa, por otra parte, que no hacía sino corregir y enmendar los antiguos originales, «que estaban corruptos é compuestos en antiguo estilo». Mucho se ha discutido sobre el autor del primitivo *Amadís*. Háse atribuído por muchos al portugués Vasco de Lobeira; pero este personaje es muy posterior á la época en que el *Amadís* circulaba. Parece lo cierto que desde tiempos de Don Alfonso el Sabio existían varias versiones portuguesas y castellanas, y que un trovador portugués de la corte de Don Dionís, llamado, no Vasco, sino Juan de Lobeira, hizo una refundición al comenzar el siglo XIV. Montalvo, para su versión corregida, debió de conocer á lo menos tres originales.

Refiérese en este famoso libro cómo Amadís, hijo ilegítimo del rey Perión y de la princesa Elisena, se enamora de Oriana y consigue casarse con ella después de llevar á feliz término, en compañía de su hermano Galaor, asombrosas y espantables aventuras. Montalvo agregó un cuarto libro y una continuación titulada *Las Sergas de Esplandián*, todo ello en un estilo muy correcto.

Digamos de una vez, para no volver sobre el asunto, que los libros de caballerías continuaron su marcha triunfal á través de todo el siglo XVI. Los caballeros descendientes de Amadís for-

maron una familia, en libros como el *Amadís de Grecia* y los de *Don Florisel de Niquea*, originales éstos—y acaso también aquél—de Feliciano de Silva; formóse otra familia, la de los Palmerines, con *Palmerín de Oliva, Primaleón, Palmerín de Inglaterra*, etc.; apareció otra multitud de libros independientes, como el *Don Cristalián de España*, escrito por la dama vallisoletana Doña Beatriz Bernal, el *Florambel de Lucea*, el *Don Clarisel de las Flores*, etc., etc.; y, últimamente, se escribieron libros de caballerías *á lo divino*, como la *Caballería celestial*, en que Jesucristo era el *caballero del León*, San Juan el *caballero del Desierto*, Lucifer el *caballero de la Serpiente*, y por este estilo otras cosas muy dadas á profanaciones. La protesta de los teólogos y de otros escritores de buen gusto, determinó la decadencia y desaparición de los libros de caballerías.

Crónicas.—La Historia continúa en esta época su avance progresivo, y conviene citar en primer término las crónicas reales.

La *Crónica de Don Juan II*, de autores anónimos, pero en que probablemente intervino Alvar García de Santamaría y con toda seguridad Juan de Mena, se distingue por lo documentada y fidedigna, y por la diafanidad de su estilo, imitado de los clásicos.

Enrique IV cuenta con una artificiosa *Crónica*, llena de arengas y reflexiones morales, escrita por su capellán Diego Enriquez del Castillo († 1480), y con otra atribuída sin gran fundamento á Alfonso de Palencia (1443-92), quien indisputablemente es autor de unas *Décadas latinas*—traducidas últimamente al castellano por el Sr. Paz y Melia,—de una *Batalla campal entre los lobos y los perros*, y de un tratado sobre la *Perfección del triunfo militar*.

Otros dos cronistas tiene el reinado de los Reyes Católicos. Uno de ellos es Andreas Bernáldez, cura de Los Palacios († 1513), notable por su llaneza de dicción y espíritu patriótico. El otro, de más talla literaria, pero menos natural por sus resabios clásicos,

es Hernando del Pulgar (n. 1435), cuya *Crónica* está muy bien ordenada en tres partes. Escribió además Pulgar un libro de retratos históricos, parecido al de Fernán Pérez de Guzmán, con el título de *Claros varones de Castilla*, una relación de los *Reyes moros de Granada*, y unas *Letras* ó cartas muy curiosas.

Otros historiadores.—Hubo, á más de los cronistas, otros muchos historiadores, correspondiendo al tiempo de Don Juan II algunas obras por todo extremo dignas de estima. El judío converso Don Pablo de Santa María, obispo de Burgos, escribió la *Suma de crónicas*, que peca de crédula y comprende desde la antigua división del mundo hasta el año 1412. El famoso Arcipreste de Talavera Alfonso Martinez de Toledo (n. 1398), capellán del Rey, compuso su *Atalaya de Crónicas*, que se distingue por su concisión y sobriedad. Más curiosidad ofrecen ciertas crónicas particulares de la misma época. Tales son la *Crónica del Condestable Don Alvaro de Luna*, escrita por un parcial de éste para justificar los actos del desdichado favorito; el *Victorial de Caballeros* ó *Crónica de Don Pedro Niño, conde de Buelna*, libro caballeresco que contiene las hazañas de este aventurero personaje, contadas por Gutierre Diez de Games; el *Seguro de Tordesillas*, en que Don Pedro Fernández de Velasco, conde de Haro, refiere las capitulaciones celebradas entre Don Juan II y la nobleza; y el *Paso honroso de Suero de Quiñones*, donde Pero Rodriguez de Lena relata la arriesgada empresa de aquel caballero, que acompañado de nueve campeones, rompió lanzas en el puente del Orbigo con cuantos quisieron presentarse, para libertarse del juramento que había hecho á su dama, de llevar al cuello todos los jueves una cadena de hierro. A estos libros hay que añadir otros dos muy curiosos de viajes: la *Historia del Gran Tamorlán*, relación del viaje hecho á Persia por Ruy Gonzalez de Clavijo, y las *Andanzas é viajes de* Pero Tafur *por diversas partes del mundo avidos*, que encierra muy interesantes noticias.

De tiempo de Enrique IV merece citarse la anónima *Crónica* del Condestable Miguel Lucas de Iranzo. En el de los Reyes Católicos hay abundancia de historiadores, contándose entre ellos Diego Rodriguez de Almela, que escribió, entre otras obras de este género, el *Valerio de las Historias*, y Mosen Die-

GO DE VALERA (1412-1492), hombre de vida novelesca, que alcanzó los tres reinados del siglo XV, viajó por toda Europa y sostuvo en Dijon el paso de armas del *árbol de Carlomagno*, terminando, ya en edad avanzada, su obra histórica *Crónica abreviada de España*, á la que había precedido el *Memorial de diversas hazañas*. Escribió también Valera varios tratados de materia didáctica, como el de *los rieptos y desafíos*.

Didácticos.—DON ENRIQUE DE VILLENA.—Fuera de los historiadores, hay otros escritores didácticos de nota. No por su mérito, sino por la celebridad que alcanzó, debe citarse en primer término á DON ENRIQUE DE VILLENA, indebidamente llamado *Marqués de Villena*, puesto que nunca poseyó ese título. Nació Don Enrique en 1384; más dado á la vida sosegada que á la guerra, entregóse al estudio de las ciencias, de la alquimia y de la astrología judiciaria, cosa que le valió cierta fama de brujo, extendida hasta nuestros días; murió en Madrid en el año 1434. Sus obras están escritas en un lenguaje lleno de latinismos, con un hipérbaton violento, y son las siguientes, prescindiendo de algunas poco importantes: el *Arte de trovar*, que no se conserva íntegra, y es un tratado de poética á la manera provenzal; los *Doce trabajos de Hércules*, libro simbólico que tiende, con asuntos de la mitología, á promulgar preceptos morales; el *Tratado de la lepra*, que demuestra gran estudio de los médicos más famosos hasta su época; el *Arte cisoria ó del cortar del cuchillo*, donde dice qué condiciones ha de reunir el encargado de trinchar las viandas en la mesa real, el cual debe llevar la barba raída, las manos llenas de sortijas, etc.; el *Libro del Aojamiento ó fascinología*, destinado á la curación del mal de ojo por tres procedimientos; y las traducciones de la *Eneida* y la *Divina Comedia*. Don Enrique fué también poeta, pero no se conocen sus versos. Las *Fazañas de*

Ercoles, que se le han atribuído, son una superchería, debida probablemente á Don José Pellicer.

Otros.—Los violentos ataques dirigidos á las mujeres en *Il Corbaccio*, del italiano Boccaccio, y en los versos de Torrellas y de otros muchos, dieron origen á diversos libros, ya en pro, ya en contra del bello sexo. De los libros que con este propósito aparecieron, nombraremos sólo el *Corvacho* ó *Reprobación del amor mundano*, escrito en prosa muy amena por el Arcipreste de Talavera, ya citado; el *Triunfo de las donas*, de otro autor que ya conocemos, Juan Rodríguez del Padrón, y el *Libro de las claras é virtuosas mujeres*, original del infortunado condestable Don Alvaro de Luna.

De otros escritores didácticos, como Fray Lope de Barrientos y Alfonso de Madrigal, el Tostado († 1450), obispos de Cuenca y Avila, respectivamente; como Juan de Lucena, autor de una interesante *Vida beata;* como Fray Alonso de San Cristobal, consumado teólogo; como Doña Teresa de Cartagena, que escribió la *Arboleda de enfermos*, libro místico de mérito; como Fray Hernando de Talavera (1428-1507), el ilustre confesor de la Reina Católica, y como muchos más que en el siglo XV florecieron, apenas es posible hacer mención en un libro de esta clase. No debemos olvidar á un jurisconsulto de talla, el doctor Alonso Díaz de Montalvo, que dió gran impulso al derecho patrio, ni al primer humanista español, el maestro Antonio de Nebrija (1444-1522), que compuso en lengua vulgar una gramática castellana, y en latín otras varias obras de grandes alcances.

Género oratorio y epistolar.—En la oratoria, baste recordar los nombres de San Vicente Ferrer (1357-1417), Fr. Alfonso de Espina y Fr. Alfonso de Oropesa, que pronunciaron sermones muy celebrados; á Don Alonso de Cartagena (m. 1456), que en el Concilio de Basilea sostuvo la preeminencia del rey de Castilla sobre el de Inglaterra; al citado Gómez

Manrique y á Don Pedro Gonzalez de Mendoza, Gran Cardenal de España, que se distinguió por su enérgica palabra.

El género epistolar se cultivó bastante, como lo demuestran las cartas de Mosén Diego de Valera, de Hernando del Pulgar, de Gonzalo de Ayora (m. 1511) y de la misma Isabel la Católica. Durante mucho tiempo se ha tenido como de la época de Juan II una colección de cartas llamada *Centón epistolario*, que se atribuía á cierto bachiller Fernán Gómez de Cibdarreal; hoy es cosa aceptada que sólo se trata de una falsificación, fraguada probablemente en el siglo XVII por el conde de la Roca para halagar la vanidad de su familia.

CAPÍTULO XX

El Teatro Español.--Orígenes.--La Celestina.--Juan del Encina.--Lucas Fernández, Naharro y otros.

El teatro.—Orígenes.—La formación del teatro español es lenta y paulatina. Ciertos espectáculos romanos, como los mimos y las farsas atelanas, arraigaron en nuestra patria; en cambio el teatro clásico latino, el de Plauto y Terencio, no llegó nunca á popularizarse.

De antiguo se representaron en nuestras iglesias y conventos dramas religiosos, relativos al Nacimiento de Dios, á la adoración de los Reyes Magos, al Corpus, etc. Aparte del *Auto de los Reyes Magos*, las primeras obras que se conocen de este género son dos de Gómez Manrique: una sobre el *Nacimiento*, representada en el monasterio de Calabazanos, y otra sobre la *Pasión*, de trama muy sencilla.

A la vez que estos dramas litúrgicos, contribuían á la formación de nuestro teatro otros espectáculos de índole profana, como ciertos diálogos y alegorías representados en las coronaciones reales, en las bodas, bautizos, etc., así como las obras de mayor complicación dramática que se mencionan con frecuencia en nuestras crónicas y colecciones legislativas. Tales son los *juegos de escarnio*, los *entremeses* y *momos*, muy frecuentes en el siglo XV, y en los cuales predominaban el baile y los cantos coreados.

No son realmente obras dramáticas, aunque afecten forma de tales, algunas poesías insertas en los

Cancioneros, ni la *Danza de la Muerte*, el *Diálogo de Bías contra Fortuna*, del Marqués de Santillana, el *Diálogo entre el Amor y un viejo*, de Rodrigo de Cota, las *Coplas de Mingo Revulgo*, etc., etc.

La Celestina.—Ni siquiera hay conformidad de opiniones respecto á una obra maestra de nuestra literatura: *La Celestina, tragicomedia de Calisto y Melibea*. Hay quien la considera, no como obra dramática, sino como novela; pero la verdad es que entonces tampoco serían obras dramáticas las obras de Plauto y Terencio, en las cuales tiene su filiación directa, ni lo sería *La Mandrágora*, de Maquiavelo, ni otras muchas por el estilo.

La Celestina se imprimió por primera vez, según parece, en 1499. El autor, Fernando de Rojas (m. 1541), de origen judío, nacido en la Puebla de Montalván y residente en Talavera, confiesa que se encontró con el acto primero, escrito por Juan de Mena, según unos, y por Rodrigo de Cota, según otros, y que completó la obra hasta veintiún actos. Autorizados eruditos opinan que fué el mismo Fernando de Rojas quien escribió el primer acto; pero no hay motivo para que no le demos crédito, siquiera se equivocase en su atribución á Cota ó Mena.

En la más antigua edición conocida, *La Celestina* aparece sólo con 16 actos; luego se interpolaron otros cinco, á más de varios aumentos parciales. Parece lo más probable que todos ellos fueran de la misma mano. No falta, sin embargo, quien suponga que hasta la carta de *El autor á un su amigo* fué escrita por otra persona.

El asunto de *La Celestina* es muy interesante. Calisto, joven rico, se enamora de Melibea, y por medio de una tercera llamada Celestina, consigue ponerse en comunicación con ella. Sempronio y Pármeno, criados de Calisto, reclaman á Celestina parte de la remune-

ración de su amo, y como ella se niega á entregarla, la dan muerte; la justicia los detiene y mueren degollados en la plaza pública. Cuando Calisto está hablando con su amada, llegan unos criados traidores para vengar la muerte de Celestina; el joven, oyendo ruido, quiere acudir presuroso, y al descolgarse por la escala cae y se mata. Melibea sube á una torre, y viéndose deshonrada y sin su amante, se arroja desde lo alto. Sus desdichados padres, Pleberio y Alisa, contemplan el cadáver entre lamentaciones.

La prosa de *La Celestina* es de una transparencia, de un encanto admirables. En cuanto á su interés dramático, no puede darse pintura más exacta de las pasiones y de los caracteres humanos, siquiera este realismo, por lo licencioso que es en ocasiones, justifique los dos conocidos versos de Cervantes respecto á *La Celestina:*

Libro en mi opinión divino
Si encubriera más lo humano

Juan del Encina.—Por la misma época que Fernando de Rojas vivió Juan del Encina (1469-1529), autor de obras dramáticas muy diferentes á *La Celestina*. Nació probablemente en la Encina, aldea próxima á Salamanca; estudió en la Universidad de esta ciudad, donde entró al servicio del Duque de Alba; estuvo varias veces en Roma y fué en peregrinación á Jerusalén, donde cantó su primera misa; fué arcediano de Málaga y prior de la iglesia de León.

Fué Juan del Encina muy notable compositor musical, como lo demuestra la música que puso á sus villancicos, publicada por el señor Barbieri; fué hábil y fecundísimo poeta lírico, y escribió de preceptiva literaria en su *Arte de la poesía castellana;* pero mayor fama ha logrado en el concepto de dramático.

De las obras dramáticas de Encina, que él llamó

églogas por su admiración hacia Virgilio, unas son religiosas y otras pastoriles ó amorosas. Entre las primeras figuran dos de la Natividad, otra de la Pasión, otra de la Resurreción, etc.; entre las segundas, el *Auto del Repelón* que presenta las burlas de que son objeto unos pastores por parte de los estudiantes; la de *Fileno, Zambardo y Cardonio,* en que el primero de éstos, abandonado de su amada, se suicida; la de *Cristino y Febea,* donde el Amor se vale de una tentación para atraer á cierto pastor metido á ermitaño; la de *Plácida y Victoriano,* también de asunto amoroso, y alguna otra. En todas ellas la complicación dramática es escasa; la versificación suelta y el diálogo muy animado.

Otros dramáticos.—Otros contemporáneos de Juan del Encina le ayudan en la tarea de fundar nuestro teatro. Lucas Fernández, nacido en Salamanca, escribió *farsas* y *églogas* muy parecidas á las de su paisano, de argumento sencillísimo y de indiscutible viveza en el lenguaje. Más contribuyó al progreso dramático el portugués Gil Vicente, que escribió con igual facilidad en su lengua nativa que en castellano. Algunas obras, como el *Auto de la sibila Casandra,* las comedias de *Rubena* y del *Viudo,* las tragicomedias de *Amadís de Gaula* y del *Triumpho de Inverno,* la farsa *O clérigo de Beira,* intencionada sátira contra el poeta Sáa de Miranda, encierran ya un hábil estudio de caracteres y cierto movimiento escénico.

Torres Naharro.—Pero es de mayor mérito que los anteriores Bartolomé de Torres Naharro. Nacido en la Torre de Miguel Sexmero, cerca de Badajoz, tuvo una juventud muy agitada; estuvo cautivo en Argel, vivió en Italia al servicio del cardenal Fabrico de Colonna, y vuelto á España en fecha ignorada, murió poco después de 1530.

Las comedias de Torres Naharro están contenidas en un libro titulado *La Propaladia* (primeros dones de Palas), y precedidas de un prólogo muy interesante, por las ideas que encierra sobre la preceptiva del género dramático. Los títulos de las comedias son: *Soldadesca*, *Tinelaria*, *Calamita*, *Trofea*, *Jacinta*, *Aquilana*, *Himenea* y *Serafina*. En *Soldadesca* se presenta el modo de reclutar gente en Roma para el servicio del Papa; *Tinelaria* ofrece un cuadro muy curioso de las orgías y murmuraciones de los criados en su comedor ó *tinelo;* refiérese en *Calamita* la historia de una joven educada con un fiel servidor de sus padres; *Trofea* contiene un elogio del rey de Portugal *Don Manuel el Afortunado*. Las cuatro restantes son de asunto amoroso, sobresaliendo entre todas la titulada *Himenea*, en la que un caballero llamado Himeneo se enamora de cierta dama de nombre Febea, á la cual su hermano el Marqués, enterado de los amores, quiere dar muerte, si bien el asunto se arregla y termina en boda. Las comedias de Naharro, divididas, según el precepto de Horacio, en cinco actos que él llamó *jornadas*, se representaron en Italia. Están escritas, por lo general, en octosílabos con pie quebrado, y en ellas aparece ya el tipo de *gracioso*, tal como había de ser en nuestro teatro posterior.

Otros autores dramáticos hubo por esta época. Tales fueron el Bachiller Bartolomé Palau, autor de una tragedia de *Santa Orosia;* Hernán López de Yanguas, que escribió el primer auto sacramental castellano; Pedro de Altamira ó Altamirando, de quien es un *Auto de la Aparición de Cristo;* y otros que escribieron *farsas* de asunto religioso. A la vez se hacían traducciones de los teatros griego y latino. El doctor Francisco López de Villalobos tradujo libremente el *Anfitrión*, de Plauto, y Hernán Pérez de Oliva, rector de la Universidad salmantina, puso en castellano, con no menos libertad, esta misma comedia y además la *Hécuba* de Eurípides y la *Electra* de Sófocles.

CAPÍTULO XXI

Siglo de Oro de la Literatura Española.—Poesía. La lírica.—Influencia italiana.—Antipetrarquistas. Poetas varios.

La lírica.—La época clásica de nuestra literatura abarca desde el año 1530, en que floreció Garcilaso, hasta 1681, en que murió Calderón.

El impulso dado por los Reyes Católicos á la cultura española, dejó preparado el terreno para el Siglo de Oro de nuestras letras. Al venir la casa de Austria iníciase el florecimiento literario con una larga y brillante serie de ingenios que cultivan felizmente todos los géneros. Entrando á hablar de la poesía, comenzaremos por la lírica, que puede estudiarse en dos períodos: antes y después de Góngora.

Es costumbre, al llegar á este punto, dividir la lírica del Siglo de Oro en *escuelas* como las llamadas *italiana*, *sevillana* y *salmantina*. Es innegable que la primera de estas tendencias existe, representada por los poetas que introdujeron y defendieron los endecasílabos á la manera italiana; en cuanto á las otras dos, lo que puede afirmarse es que en Sevilla y demás ciudades andaluzas hubo un numeroso grupo de poetas que seguían tendencias muy distintas, cosa que también hacían los de Castilla, sin que sea fácil, por esta razón, encajonarlos en los límites de una escuela.

Influencia italiana.—Ya hemos visto que algunos

poetas del siglo XV, como Micer Francisco Imperial y el Marqués de Santillana, habían usado el endecasílabo italiano; pero el primero que los empleó con decisión y entusiasmo, para naturalizarlos en su patria, fué el caballero catalán Juan Boscán de Almogáver. Este es nada más su mérito, porque en sus sonetos y canciones, en su fábula de *Hero y Leandro*, en todas sus poesías, finalmente, demuestra escasa inspiración.

El verdadero triunfo del endecasílabo se debe al insigne Garcilaso de la Vega. Nacido en Toledo en 1503, de familia ilustre, luchó con los ejércitos del Emperador en Viena, en la Goleta y en Túnez. Cuando, en la campaña de Provenza, pretendía tomar el fuerte de Muy, cerca de Frejus, una piedra arrojada por los enemigos le causó la muerte. Contaba entonces 33 años de edad.

Las obras de Garcilaso fueron publicadas después de su muerte por la viuda de Boscán, unidas á las de éste. Redúcense á una epístola, dos elegías, tres églogas, cinco canciones, treinta y siete sonetos y algunas poesías sueltas. Las más celebradas son las églogas, especialmente la de *Salicio y Nemoroso*, en que imita á Virgilio con gran acierto; pero en nada desmerecen la canción *A la Flor de Gnido* y los sonetos, delicadísimos muchos de ellos.

Garcilaso es el poeta de más sentimiento lírico entre los de su época. Aun en las composiciones más abocadas al amaneramiento palpita la intimidad del poeta, nunca extraviado en el laberinto de la poesía artificiosa.

Entre los que siguieron las huellas de Garcilaso, ocupan lugar preferente dos poetas de Valladolid, donde el género hizo fortuna. Uno de ellos, tenido hasta hace poco por madrileño, es Don Hernando de Acuña, que á más de escribir poesías originales, tra-

dujo *El Caballero determinado*, de Oliverio de la Marca. El otro es Jerónimo de Lomas Cantoral, que escribió muy tiernas elegías y églogas, sonetos intachables y la traducción de las *Piscatorias* de Tansilo.

La fama hizo también á Don Luis de Haro y Don Diego Hurtado de Mendoza (1503-1575) representantes de la nueva escuela; pero es lo cierto que este último escribió tanto en endecasílabos como en las combinaciones tradicionales. Si han recibido elogios sus tercetos, sus canciones, su fábula de *Adonis, Hipómenes y Atalanta*, no menores los merecen sus redondillas y quintillas.

Desde aquí no hay por qué establecer ya ramificaciones ni escuelas de ningún género. Las formas métricas italianas adquieren carta de naturaleza en nuestra rima y comparten el dominio con los octosílabos, mezclándose, en cuanto al fondo, lo que había de indígena con la imitación de clásicos y de italianos. Si alguna innovación se observa, es sólo en el lenguaje poético, sin tocar á la esencia. Poetas de todas las comarcas españolas siguen, sin exclusivismos, las diversas tendencias según sus gustos y aptitudes; no obstante lo cual, no hay inconveniente en citar de un lado á los castellanos y de otro á los andaluces, por seguir la costumbre y por facilitar el estudio.

Antipetrarquistas.—Es preciso advertir que cierto número de poetas, que pudieran llamarse *tradicionales*, protestaron contra la innovación hecha por Boscán, Garcilaso y los suyos. Al frente de ellos estaba Cristóbal de Castillejo (1490?-1550), que nació en Ciudad Rodrigo, fué monje del Císter y luego, dejando el convento, entró al servicio de Don Fernando, hermano de Carlos V. Castillejo tiene una facilidad extraordinaria para el manejo del octosílabo, cosa que á veces le perjudica, pues le hace caer en el prosaísmo. Aunque no dejó de escribir composiciones religiosas y morales, su ingenio le llevaba naturalmente á la

poesía festiva. Por eso son notables el *Sermón de amores*, en que hace ver jocosamente los efectos de esta pasión; el *Diálogo entre el autor y su pluma*, en que aquél y éstas se dirigen mutuas acusaciones, el *Diálogo que habla de las condiciones de las mujeres*, sostenido por Aletio, que dice mal de las mujeres, y Fileno, que las defiende, y la misma sátira *contra los petrarquistas*, ó sea contra los poetas al modo italiano.

A más de Castillejo, escribieron en los tradicionales metros castellanos Antonio de Villegas († 1551), Luis Gálvez de Montalvo, Jorge de Montemayor († 1561), etc., aunque todos á la postre dieron su aceptación á los endecasílabos.

Poetas de Castilla.—Reconciliadas ambas tendencias, en todas las regiones de España surgen poetas que ponen su contribución al Siglo de Oro. Comenzando por Castilla, es forzoso citar en primer término á Fr. Luis de León.

Nacido en Belmonte, en la Mancha, el año 1527, estudió en Salamanca, donde tomó el hábito de agustino; obtuvo una cátedra en aquella Universidad, y por sus opiniones sobre la *Vulgata* y haber traducido el *Cantar de los Cantares*, fué procesado é injustamente recluído en las cárceles de la Inquisición; absuelto más tarde, se encargó nuevamente de su cátedra. Murió en 1591, siendo Provincial de su orden.

Las obras poéticas de Fr. Luis de León están divididas por él mismo en tres partes: la primera comprende las poesías originales; la segunda y tercera las poesías traducidas, ya de autores religiosos, como David y Job, ya de autores profanos, como Virgilio, Horacio, Tibulo, Petrarca, etc. Sobradamente conocidas son sus odas *A la vida del campo*, *A Felipe Ruiz*, *Noche serena*, *Profecía del Tajo*, *A la Ascensión*,

etc., etc., para que haga falta encarecer su mérito. En ellas corren parejas la ingenuidad del sentimiento con la pureza y hermosura del lenguaje y versificación.

Bueno será ya decir que el maestro León tiene obras en prosa, que le dan puesto preferente entre los escritores místicos y ascéticos, de que luego hablaremos. Tales son *Los nombres de Cristo*, diálogo de sin igual belleza; *La perfecta casada*, obra aun en nuestros días muy leída, y la *Exposición del libro de Job*, comentario tan sentido como razonado.

Francisco de la Torre, nacido probablemente en Torrelaguna, escribió poesías que, según frase de Quintana, «son de los frutos más exquisitos que dió entonces nuestro Parnaso». Justamente celebradas son sus canciones *A una tórtola* y *A la cierva*. Francisco de Figueroa, llamado *el divino* con evidente exageración, nació en Alcalá, y con igual facilidad escribía en su lengua que en italiano. La versificación de sus églogas es suave y fluida. Burgaleses fueron el abad Don Antonio de Maluenda y el Sacristán de Vieja Rua. Las poesías del primero son en su mayor parte amorosas, cosa extraña, como nota el señor García de Quevedo, tratándose de un eclesiástico. El segundo las tiene de todos los géneros, aunque tal vez las más notables pertenecen al festivo.

Poetas sevillanos.—Sevilla, ciudad siempre culta y entusiasta de las artes, vió florecer un brillante núcleo de poetas nacidos en su suelo. Como no todos siguieron el mismo rumbo, no formaron una escuela; pero esto no disminuye su mérito, antes bien le acrecienta.

Parece que en la academia ó tertulia del maestro Juan de Mal-Lara, escritor más notable en prosa que en verso, se reunían diversos ingenios, entre ellos Fernando de Herrera, á quien todos llaman fundador de la escuela sevillana. Nacido Herrera en Sevilla hacia 1534, fué clérigo de órdenes menores y se dis-

tinguió siempre por su vida austera y grave. Su amor platónico hacia la condesa de Gelves, le sumió en constante melancolía. Murió en 1597.

Contra la opinión corriente, nosotros no consideramos á Herrera como el mejor de los poetas sevillanos. La fastuosidad de sus conocidas odas, en que muchos quieren cifrar los rasgos típicos de la escuela sevillana, es una afectada agregación de frases ampulosas y de reminiscencias clásicas. Con razón ha dicho un ilustre escritor que no es en las odas ó canciones *A Don Juan de Austria, A la pérdida del rey Don Sebastián* y *A la victoria de Lepanto* donde hay que buscar las mayores bellezas de Herrera, sino en sus tiernas poesías amorosas. Muchos de sus sonetos son admirables, no menos que algunas composiciones en tercetos. Descartando los elogios hiperbólicos, nadie negará que Herrera es un excelente poeta.

Sevillanos fueron igualmente Gutierre de Cetina († 1557), que se inmortalizó por un bellísimo madrigal y tiene muy sentidas canciones; Baltasar del Alcázar (1530-1606), á quien su clásica *Cena jocosa* y otras muchas composiciones colocan en la estirpe de los más fáciles poetas españoles, sin igual, á nuestro parecer, en el género festivo; Don Juan de Arguijo (m. 1623), maestro en los sonetos, y Don Francisco de Medrano, habilísimo imitador de Horacio.

Poetas aragoneses.—Aragón y Valencia tenían también sus correspondientes poetas, de los cuales son los más célebres los hermanos Lupercio (1559-1613) y Bartolomé Leonardo de Argensola (1562-1631), nacidos en Barbastro. Las poesías de los hermanos Argensola, que parecen cortadas por un patrón, son ciertamente pulcras y correctas, pero desprovistas casi siempre de animación lírica. Revelan más inspiración las canciones y sonetos de Lupercio que las

epístolas y sátiras de Bartolomé. Este merece también el título de historiador, por su *Conquista de las islas Molucas*.

Valenciano fué Andrés Rey de Artieda, menos considerado de lo que se merece, porque á más de ser un buen dramático, sus poesías líricas demuestran exquisito gusto y gran facilidad para la versificación.

Más que á nada, los poetas valencianos demostraron afición á la dramática; pero ni la cultivaron de modo exclusivo, ni faltó algún lírico como Gaspar Gil Polo († 1591), notable en la poesía bucólica.

CAPÍTULO XXII

La lírica en el Siglo de Oro (continuación) Góngora.—El culteranismo.—Otros poetas. La épica.—La dramática.—Lope de Rueda y otros autores.

Góngora.—El culteranismo.—Los líricos ya citados y otros muchos, engrandecían nuestra poesía —dejamos á un lado á Lope y Quevedo, que ocuparán lugar especial,—cuando, á principios del siglo XVII, el ilustre cordobés Don Luis de Góngora y Argote vino á señalarse con una ruidosa innovación. Había nacido Góngora en 1561, de noble familia; después de estudiar en Salamanca, ordenóse de clérigo y obtuvo un beneficio en Córdoba; fué siguiendo á la corte á Madrid y Valladolid, en solicitud de un destino; tiempos después una enfermedad le hizo restituir á su ciudad natal, donde murió en 1627.

Góngora

Góngora tiene cierto número de poesías que le

colocan, juntamente con Lope y Quevedo, á la cabeza de los poetas españoles de su tiempo. Sus canciones y sonetos son realmente hermosos; sus letrillas, modelo de gracia y flexibilidad; sus romances, nunca bastantemente elogiados, no tienen igual en castellano.

Otras composiciones poéticas de Góngora, las *Soledades*, el *Polifemo*, la fábula de *Píramo y Tisbe*, etcétera, le dan otro aspecto, como creador del llamado *culteranismo*, que consiste en el uso de palabras rebuscadas y altisonantes, de un hipérbaton violento imitado del latino, de complicados tropos y elegancias y de extravagantes giros, que hacen el pensamiento ininteligible. No hay que achacar estos desvaríos de Góngora á su enfermedad, pues algunas poesías de sus últimos años revelan gusto exquisito, ni es preciso ver mutua influencia entre el *culteranismo* español, el *marinismo* de Italia, el *eufuismo* de Inglaterra y el *preciosismo* de Francia. En todas partes venía ya preparándose la afectación y conceptuosidad del lenguaje, como lo demuestran en España Juan de Mena, Villena y otros muchos; sólo fué preciso que algún escritor de suficiente mérito para ello, como Marini en Italia, Lilly en Inglaterra, Góngora en España ó Voiture en Francia, diese algún relieve á la innovación. Claro está que, careciendo la reforma de base sólida, de nada serviría el talento de sus sostenedores, y más ó menos tarde había de reconocerse su falsedad.

Góngora tuvo imitadores que no pudieron llegar á la grandeza del modelo. Tales fueron el desdichado Conde de Villamediana (1580-1622), muy notable, por otra parte, en la poesía satírica; Fr. Hortensio Félix Paravicino (1580-1633), predicador del Rey, que llevó el culteranismo á la oratoria; Francisco de Trillo y Figueroa, Don Gabriel de Bocángel y Unzueta, etc. Otros entre tanto, buscaban la originalidad en los

pensamientos alambicados, en las alegorías ocultas, en los equívocos y retruécanos, incurriendo en la obscuridad y extravagancia de lo que se ha llamado *conceptismo*. Aunque realmente el culteranismo y el conceptismo suelen ir unidos, este último fué vicio más general en el Siglo de Oro, llevándole algunos á la exageración, como el segoviano ALONSO DE LEDESMA (1552-1623), que escribió enrevesadas poesías *á lo divino*, y su imitador ALONSO BONILLA.

La innovacion de Góngora levantó muchas protestas. Combatiéronla Pedro de Valencia, Juan de Jáuregui, Cascales, Lope, Quevedo y otros. En cambio, en los extravíos conceptistas incurrieron todos, cuál más, cuál menos.

POETAS POSTERIORES Á GONGORA.—Cuidáronse, sin embargo, de conservar el buen gusto, notables poetas posteriores á Góngora. Uno de los que gozan más merecida fama es DON ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS (1589-1669), que no supo librarse totalmente del contagio, pero cuyas versiones de Horacio, cantilenas y anacreónticas (ya traducidas de Anacreonte, ya imitadas), son modelo de gracia y soltura.

El madrileño DON FRANCISCO DE BORJA, PRÍNCIPE DE ESQUILACHE (1581-1658), escribió letrillas, romancillos y sonetos sumamente agradables. El vallisoletano DON GABRIEL DE CORRAL (1588-1646), como autor de epigramas sólo admite comparación con Alcázar. DON LUIS DE ULLOA PEREIRA (1584-1676), nacido en Toro, demostró ser un buen poeta en églogas y otras composiciones. Otros muchos hay que aquí no es posible mencionar.

SEVILLANOS.—El parnaso sevillano de esta segunda etapa ofrece dos grandes poetas. Uno de ellos es RODRIGO CARO (1573-1647), que además de distinguirse como arqueólogo escribió buenas poesías, una de ellas, la canción *A las ruinas de Itálica*, de fama imperecedera. Otro es el autor anónimo (probablemente el capitán ANDRÉS FERNÁNDEZ DE ANDRADA), de la

Epístola moral á Fabio, admirable obra filosófico-moral, que ha bastado para inmortalizarle. Para toda persona de buen gusto, cada uno de estos poetas vale por unos cuantos Herreras.

Las dos citadas poesías maestras de ambos autores, se han atribuído durante mucho tiempo á Francisco de Rioja († 1659), que aun despojado de ellas es versificador de mérito, por sus sonetos y sus silvas *A la rosa*, *Al clavel*, etc. Sevillanos fueron también Don Juan de Jáuregui (1583-1641), delicadísimo traductor de *La Farsalia* de Lucano y del *Aminta* del Tasso, autor de buenas poesías; Pedro de Quirós, sobresaliente en madrigales y sonetos, etc.

La épica.—En ambas etapas del Siglo de Oro se escriben muchos poemas épicos, pero pocos de ellos pasan de la mediocridad.

Ercilla.

Entre los heroicos puede entresacarse alguno como el *Carlo famoso* de Luis Zapata, y *La Austriada* de Juan Rufo, Jurado de Córdoba, referentes ambos á las hazañas del Emperador Carlos V. Pero más celebrados, y con justicia, son otros dos: *La Araucana* y el *Bernardo*.

† Autor de *La Araucana* fué Don Alonso de Ercilla y Zúñiga (1533-1594), caballero oriundo de Vizcaya, pero nacido en Madrid, que acompañó á Felipe II en el viaje

que hizo á Inglaterra para casarse con María Tudor, y luego pasó al valle de Arauco, en Chile, con el ejército español. En *La Araucana* refiere los hechos más salientes de la guerra sostenida con los indios de aquel territorio, donde escribió parte de su poema. Aunque no escasee en defectos, en *La Araucana* se amalgaman con habilidad el elemento rigurosamente histórico y la parte poética al modo de Ariosto, sin que falte la clásica intervención de los dioses paganos, como Marte y Belona. Tiene octavas muy sueltas y vigorosas, y descripciones animadísimas. Se ha acusado á Ercilla de realzar menos en su poema á los españoles que á sus enemigos, y, en efecto, con mayor amor que otras están cuidadas las figuras de los caudillos araucanos, como Lautaro, Caupolicán, Colocolo, etc.; pero esto no es ningún defecto, ya que el propósito de Ercilla sería otro que el de escribir una epopeya española.

De *El Bernardo* fué autor Don Bernardo de Balbuena (1568-1627), que nació en Valdepeñas, siguió la carrera eclesiástica y llegó á ser obispo de Puerto Rico, donde murió. El poema tiene por asunto las hazañas de Bernardo del Carpio; pero Balbuena, lejos de inspirarse en las gestas y romances, quiso imitar ciegamente á Ariosto, y presentó al héroe de Roncesvalles educándose bajo la dirección del mago Orontes, y metido entre gigantes y encantamientos. La extensión exagerada del poema, por acumulación de episodios, descripciones y detalles, hacen pesada su lectura, aunque no carezca de rasgos muy felices.

Existen también algunos poemas religiosos de que es preciso hacer mérito. El más importante es *La Cristiada*, debido al sevillano Fray Diego de Ojeda, religioso dominico que regentó los estudios de predicadores de Lima, donde murió en el año 1675. *La Cris-*

tiada tiene por argumento la pasión de Jesucristo comenzando por la última cena que éste tuvo con los apóstoles y terminando con la crucifixión y sepultura del Señor. Tiene este poema muchas bellezas de detalle, tanto en la versificación, que ofrece octavas esculturales, como en algunos episodios.

Muy notable es el poema *Creación del mundo*, del doctor Alonso de Acevedo. Acaso esté inspirado en otro del poeta francés Guillaume Salluste, pero no es traducción literal, ni mucho menos; y, en todo caso, nadie disputará á Acevedo el mérito de versificar con verdadera brillantez.

Poema religioso es también el del capitán Cristóbal de Virués, que se titula *Monserrate*, no muy notable poéticamente, pero interesante por su asunto, basado en la antigua leyenda del ermitaño de Monserrat, Juan Garín.

Entre los poemas didácticos, el más notable es el titulado *Arte de la Pintura*. Su autor fué el artista cordobés Pablo de Céspedes (1538-1608), y abunda en gráficas descripciones, de que sólo se conservan fragmentos.

Últimamente, como poema épico-burlesco debe citarse, á más de la *Gatomaquia*, de Lope de Vega, *La Mosquea*, del arcediano de Palencia D. José de Villaviciosa (1589-1658), en que con mucha gracia se refiere la lucha entre las moscas y las hormigas.

La dramática.—El teatro, entretanto, continuaba su natural desarrollo, ofreciendo un contingente muy numeroso de autores.

Entre los que siguen á Torres Naharro, conviene citar á Diego Sánchez de Badajoz, de quien conocemos 28 farsas, en su mayor parte religiosas; á Miguel de Carvajal, autor de una notabilísima *Tragedia Josefina* y de una parte de *Las cortes de la Muerte*, célebre obra dramática terminada por Luis Hurtado de Toledo, quien asimismo escribió otras muy curiosas; á Luis de Miranda, autor de la interesante *Comedia Pródiga;* y á los autores, anónimos casi en totalidad, contenidos en el Códice de autos viejos que ha publicado Mr. Leo Rouanet.

Interesantísima para la historia de nuestro teatro es la figura de Lope de Rueda. Nació este celebrado ingenio en Sevilla, siendo su padre Juan de Rueda. Su primer oficio fué el de batihoja ó batidor de oro, que abandonó para dedicarse al teatro; fué á la vez autor y actor, representando sus propias comedias por los pueblos, al frente de otros cómicos. Bien que entonces, como dice Cervantes, todos los aparatos de un representante «se encerraban en un costal y se cifraban en cuatro pellicos blancos guarnecidos de guadamecí dorado y cuatro barbas ó cabelleras y cuatro cayados, poco más ó menos», y el teatro se formaba con «cuatro bancos en cuadro y cuatro ó seis tablas encima», adornándole con «una manta vieja, tirada con dos cordeles de una parte á otra». Desde 1551 hasta 1559 Lope de Rueda residió en Valladolid; representó después en varias poblaciones, y vino á morir en Córdoba, siendo enterrado en la catedral.

Lope de Rueda

Aparte del *Auto de Naval y Abigail* y de tres *coloquios* pastoriles, Lope de Rueda escribió cinco comedias y varios *pasos*. Las comedias se titulan *Eufemia*, *Armelina*, *Medora*, *Comedia de los engañados* y *Discordia y question de Amor*, y están todas, al parecer, tomadas del italiano, aunque arregladas á los usos españoles. Donde aparece todo el ingenio, toda

la gracia, toda la *vis cómica* de Lope de Rueda, es en los *pasos*, cuyos personajes, de la gente baja y vulgar, hablando su lenguaje propio con admirable vivacidad, inducen necesariamente á la risa. Tales son *La Carátula*, *La Tierra de Jauja*, *Pagar y no pagar*, *Las Aceitunas* y otros. El tipo de *bobo*, que en Lope de Rueda constituye una especialidad, está reproducido en casi todos ellos.

Sucesores.—A Lope de Rueda siguieron otros autores dramáticos, como Juan de Timoneda, que además de traducir obras clásicas arregló otras italianas y compuso *pasos* muy graciosos; Juan de la Cueva, que tomó rumbos muy diferentes, escribiendo tragedias y comedias dramáticas; Cristobal de Virues, autor también de varias tragedias; Andrés Rey de Artieda, cuya mejor obra es *Los Amantes*, basada en la conocida historia turolense, etc. De este modo se preparaba el advenimiento del gran Lope de Vega.

CAPÍTULO XXII

El teatro del Siglo de Oro.—Lope de Vega.—Dramáticos de su tiempo.

Lope de Vega.—Lope Félix de Vega Carpio nació en Madrid el día 25 de Noviembre de 1562. Su padre, Felices de Vega, bordador «insigne», según frase de Suárez de Figueroa, y su madre Francisca Fernández, eran naturales del valle de Carriedo. Lope, dotado de una gran precocidad, á los cinco años leía en castellano y en latín, á los diez ingresaba en la Universidad de Alcalá, y á los doce sabía esgrima y componía versos. Deseando ver mundo, huyó de su casa con un compañero llamado Hernando Muñoz, y después de llegar hasta Astorga, fué restituído á sus padres. Poco después entró al servicio de Don Jerónimo Manrique, obispo de Avila.

Lope de Vega

La juventud de Lope fué borrascosa. Procesado por ciertos versos satíricos que escribió contra Elena Osorio, hija de un comediante, fué desterrado á Va-

lencia, pero antes de partir raptó á Doña Isabel de Urbina ó de Alderete, con quien casó poco después por poderes que dió á su íntimo amigo Luis Rosiquel. Desde Valencia pasó á Lisboa y embarcó en la *Invencible* con otro amigo suyo, Claudio Conde; regresó á Valencia, y dos años más tarde, como secretario del quinto duque de Alba, vivió en Toledo y en Alba de Tormes.

Muerta su esposa, continuó Lope en su agitada vida, mientras servía sucesivamente al marqués de Malpica, al de Sarria y al duque de Sesa. En 1598 casó en segundas nupcias con Doña Juana de Guardo, de quien tuvo dos hijos, Carlos Félix y Feliciana. La muerte del primero, acaecida á los siete años, y la de su esposa, le hicieron abrazar el estado eclesiástico.

El día 27 de Agosto de 1635, rodeado de la general admiración, murió Lope de Vega, uno de los más grandes genios que ha tenido la literatura universal.

Obras épicas.—Lope de Vega cultivó todos los géneros literarios, con una fecundidad asombrosa. De ello podrá formarse idea con una somera indicación de sus obras.

No es su fuerte el género épico, pero tiene de él muy estimables muestras. Poemas épico-heroicos son *La Dragontea*, escrito para condenar las hazañas del pirata escocés Francisco Drake; la *Hermosura de Angélica*, donde se propuso continuar el *Orlando* de Ariosto, suponiendo que Angélica y Medoro obtienen el trono prometido por un rey de Andalucía al hombre ó mujer más hermosos; la *Jerusalén conquistada*, donde, deseando competir con el Tasso, describe la frustrada empresa de Ricardo Corazón de León, suponiendo que los españoles van á Palestina mandados por Don Alonso VIII; la *Corona trágica*, que trata del desdichado fin de María Estuardo, reina de Escocia;

La Circe, *La Andrómeda* y *La Filomena*, con asuntos tomados de los poemas clásicos; y, finalmente, *El Siglo de Oro*, escrito en sus últimos días.

Poema épico-religioso es el *San Isidro Labrador*, escrito en quintillas, y en que, con verdadera familiaridad, refiere la vida del Patrono de Madrid y de su esposa Santa María de la Cabeza.

Poemas épico-didácticos son el *Arte nuevo de hacer comedias*, donde explica de qué modo entendía él la preceptiva del arte dramático, y *El Laurel de Apolo*, enumeración en silvas de los poetas más famosos de su época.

Poemas descriptivos son *La Tapada*, descripción en octavas de una quinta del duque de Braganza; la *Mañana de San Juan*, pintura de la clásica fiesta popular; la *Rosa Blanca*, etc. Ya se ha citado también el poema heroi-cómico *La Gatomaquia*.

Obras líricas.—Como poeta lírico, Lope ocupa, con Góngora y Quevedo, la primera línea en nuestro Siglo de Oro. Sus libros de *Rimas sacras*, *Triunfos divinos*, *Rimas humanas y divinas de Tomé Burguillos*, etc., así como las poesías insertas en varias novelas, le dan esa consideración. Es inútil mencionar ninguna de sus poesías, porque son muchas las de mérito sobresaliente; baste decir que en las de asunto religioso no tiene igual, y que en las profanas, sean amorosas, morales, elegíacas ó festivas, su musa alcanza tonos admirables. En los romances y sonetos logra el más alto grado de inspiración.

Novelas.—Como novelista, Lope de Vega tiene varias obras. *La Arcadia* es una novela pastoril, en que figura como protagonista el duque de Alba, bajo la forma de un pastor. *El peregrino en su patria* contiene la historia de dos amantes, que después de hacer diferentes viajes y de sufrir cautividad de los moros,

se casan en Toledo. *Los pastores de Belén* es una verdadera novela pastoril, con asunto de la historia sagrada y teniendo largos versos intercalados. La *Dorotea* es tanto una novela dialogada como una obra dramática, por el estilo de *La Celestina*. La investigación moderna ha visto en Fernando, el protagonista de esta obra, al propio Lope de Vega; en Dorotea, á su amada Elena Osorio; y en Don Bela, á su rival Don Tomás Perrenot de Granvela. Últimamente, escribió Lope algunas novelitas cortas, como *Las fortunas de Diana*, *La más prudente venganza*, etcétera.

Tiene también Lope una muestra de prosa histórica en su *Triunfo de la fe en el Japón;* y hasta ofrecen interés las cartas que de él se conocen, dirigidas casi en totalidad al duque de Sesa.

Obras dramáticas.—Pero donde está la mayor gloria de Lope de Vega es en sus producciones dramáticas. En este punto su fecundidad es prodigiosa. Confiesa él mismo que muchas de sus obras

> en horas veinticuatro
> pasaron de las musas al teatro;

y en una de ellas, *La moza de cántaro*, dice que

> mil y quinientas ha escrito;
> bien es que perdón merezca.

Las obras dramáticas de Lope de Vega pueden clasificarse en tres grupos: *comedias*, *autos* y *entremeses*, si bien la autenticidad de estos últimos es muy dudosa.

Las comedias tienen muy diverso carácter, pues en nuestro teatro clásico se conocían con ese nombre no sólo las obras cómicas, sino verdaderos dramas y tragedias. Las de Lope pueden subdividirse en tres clases: Comedias *de asunto histórico;* comedias *de*

asunto ficticio (novelescas, de costumbres, mitológicas y pastoriles); y comedias *de asunto religioso*. Ya se comprenderá que las indicaciones que aquí podemos hacer sobre ellas, han de ser rapidísimas.

Las comedias históricas y legendarias de Lope son desde luego las mejores. Entre las comedias de este numerosísimo grupo que más fama han alcanzado, figuran *La Estrella de Sevilla*, donde sobresale la noble figura de Sancho Ortiz de las Roelas, y *El mejor alcalde el Rey*, tomada de la *Crónica general*.

Algunas tienen asuntos de la historia extranjera, como *Roma abrasada*, que contiene episodios de la vida de Nerón, no poco desfigurados; como *El castigo sin venganza*, conmovedora tragedia cuyo protagonista es el hijo del duque de Ferrara, y que recuerda al *Hipólito* de Eurípides; como *La imperial de Otón*, historia del rey Ottokar de Bohemia. Las comedias referentes á la historia de España, numerosísimas, son admirables. Nadie como Lope supo asimilarse los episodios de la historia patria, buscando en las crónicas inagotable fuente de inspiración. Díganlo, por citar alguna, *La historia del rey Wamba*, donde presenta á este monarca con la aureola de gloria que siempre le ha rodeado; *La Judía de Toledo*, que se funda en los amores de Alfonso VIII con la famosa Raquel; *El Nuevo Mundo descubierto*, que abarca toda la vida de Colón, desarrollándose su acción en diferentes lugares. etc., etc. Lope encerró en sus obras toda nuestra historia legendaria, y aún le agregó no pocas circunstancias por él imaginadas. A todas estas comedias pueden sumarse las de asunto caballeresco (*Las mocedades de Roldán, Las proezas de Reinaldos*, etc.)

Mucho interés ofrecen las novelescas y de costumbres, inspiradas unas en novelas italianas ó españolas, otras de origen desconocido ó imaginadas por el mismo Lope. A este abundantísimo grupo pertenecen *El Acero de Madrid*, de donde tomó Molière su *Médico á palos; El perro del hortelano*, que encierra un hábil estudio del egoísmo; *La Moza de cántaro*, en que la protagonista, doña María de Guzmán, se

disfraza de criada y se casa con un noble caballero; *El premio del bien hablar*, en que cierto galán defiende con la espada á una dama desconocida de quien oye hablar mal, y acaba casándose con ella, etc., etc.

Las comedias mitológicas, como *Adonis y Venus*, *El premio de la hermosura*, y las pastoriles, como *El verdadero amante*, escrita por Lope á los catorce años, y *La pastoral de Jacinto*, compuesta dos ó tres años después, son las de menor importancia.

Para las comedias religiosas, unas veces acudió á la Sagrada Escritura y otras se inspiró en tradiciones devotas. A este grupo pertenecen, por ejemplo, *El Nacimiento de Cristo*, donde aparecen personificaciones como el Orgullo, la Muerte, el Pecado, etc; *La prenda redimida*, referente al día del juicio final; *El Cardenal de Belén*, cuyo protagonista es San Jerónimo; y otras muchas relativas á las vidas de San Francisco, Santo Tomás de Aquino, San Pedro Nolasco, Santa Teresa y otros santos, entre las cuales son tal vez las mejores las tres de San Isidro.

Más de cuatrocientos *autos sacramentales* escribió Lope, al decir de su panegirista Montalván. Entre ellos figuran *El puente del mundo*, donde el gigante Leviatán impide el paso á los que no confiesen su superioridad, hasta que le vence el caballero de la Cruz; *La siega*, tomado de la parábola de San Mateo sobre el campo sembrado de buena simiente y de cizaña; *El Pastor Lobo*, en que aparece al diablo disfrazándose de pastor para comerse al rebaño, etc. Ninguno de ellos es obra de subido mérito.

Se adjudican á Lope algunos entremeses como *Melisendra*, *El padre engañado y El indio*, pero la atribución no ofrece grandes seguridades.

Caracteres del teatro de Lope.--Lope de Vega es el verdadero creador del teatro nacional. Desde las *églogas* rudimentarias de Juan del Encina, desde las comedias sencillas de Torres Naharro, hasta los dramas de Lope, en que las pasiones juegan papel principalísimo, hay una distancia enorme. En la invención de sus obras, si bien utiliza elementos de toda proce-

dencia, sabe imprimir un sello propio y pone mucha parte de su cosecha.

Él fué también, sin duda alguna, quien creó en la escena española los caracteres dramáticos. Antes de Lope, el teatro se reducía por lo general á unos cuantos tipos comunes é invariables, como los pastores, el bobo, el rufián, etc., cortados siempre por un patrón; pero el Fénix de los Ingenios dió á sus personajes rasgos típicos y peculiares, formando con ellos una galería tan numerosa como variada. Él mismo se jacta de ello en su *Epístola* á Claudio Conde:

> Débenme á mí de su principio el arte...
> Pintar las iras del armado Aquiles,
> La furia del amante sin consejo,
> La hermosa dama, el sentencioso viejo...
> Describir el villano al fuego atento...

El tipo del *gracioso*, iniciado ya por Naharro, aparece en Lope perfeccionado, desempeñando en todas sus obras la insustituible misión de mitigar la tensión trágica.

En cuanto á la forma, Lope estableció definitivamente el uso del octosílabo en sus variadas combinaciones, especialmente en romances—sin que por esto dejase de emplear otras formas métricas,—y optó por la división de las obras en tres actos ó jornadas, que había de prevalecer.

Los cargos que se han hecho á Lope, son en gran parte infundados. Cierto que hizo caso omiso de las reglas clásicas; que él mismo confiesa encerrar «los preceptos con seis llaves»; pero esto, lejos de ser un defecto, vino á dar mayor variedad al teatro español. Es innegable, sin embargo, que en muchas de sus obras se echa de ver la precipitación de quien, como decía Rey de Artieda, «en seis horas compone una comedia».

Contemporáneos de Lope de Vega.—Contemporáneos de Lope de Vega hubo notables poetas dramáticos, cuyas obras fueron punto menos que obscurecidas por la prodigiosa fecundidad del Fénix de los Ingenios. Baste recordar á Miguel Sánchez, llamado *el Divino*, de cuyas numerosas obras sólo se conservan *La guarda cuidadosa* y *La isla bárbara*, ambas notabilísimas; á Don Antonio Mira de Amescua († 1644), en cuyas producciones predominan las tendencias líricas; á Luis Velez de Guevara (1578-1644), autor de muy buenos dramas históricos, pero que tiene otros un tanto absurdos; al panegirista de Lope Don Juan Pérez de Montalván (1602-38), que continuó la serie de obras sobre los amantes de Teruel; y al maestro José de Valdivielso (¿1560-1638), sobresaliente en los autos sacramentales.

Valencia produjo en esta época autores dramáticos muy distinguidos. Tales son el Canónico Tárrega († 1602), Gaspar de Aguilar (1561-1623), y sobre todos Don Guillén de Castro y Belvis (1569-1631), que se inmortalizó con su comedia *Las mocedades del Cid*. Inspirada en la poesía legendaria, contiene esta comedia la venganza que por la muerte de su padre toma el Cid matando al Conde Lozano, el amor que la hija de éste, Jimena, siente hacia el matador de su padre, las hazañas de Rodrigo en la guerra, con los episodios de Vellido Dolfos y otros varios, y últimamente, el matrimonio del héroe con Jimena. Ni la continuación que á esta obra puso Guillén de Castro en *Las hazañas del Cid*, ni otras obras muy meritorias que escribió, le dieron tanta fama como ella. El poeta francés Corneille aprovechó *Las mocedades* para su tragedia *El Cid*, quedando muy por bajo del dramático valenciano.

CAPÍTULO XXIV

El teatro español del Siglo de Oro (continuación). —Tirso de Molina.—Ruiz de Alarcón.—Moreto.—Calderón de la Barca.—Otros dramáticos.

Tirso de Molina.—Entre los que, con Lope de Vega, contribuyeron á engrandecer el teatro español del Siglo de Oro, figura en primer término el fraile mercenario Fray Gabriel Téllez, más conocido por su seudónimo de Tirso de Molina. Nació en Madrid, por Octubre de 1571; á los treinta años profesó en la Orden de la Merced; estuvo, con importantes cargos, en diversas poblaciones de España y aun de América; y siendo prior del convento de Soria y Comendador de esta provincia, murió en 12 de Marzo de 1648.

Tirso de Molina, como autor dramático, anda muy cerca de Lope, y aun no falta quien le considere superior. Su fecundidad fué también grande. En el estudio de caracteres, Tirso demuestra una gran perspicacia y un delicado conocimiento del corazón humano. Su *vis cómica* es admirable, y por eso sus *graciosos* se distinguen siempre por la sal y el gracejo de su charla. Y, lo que es de observar, no sólo maneja con singular soltura el elemento cómico, sino que su maestría no es menor en los conflictos trágicos. En el lenguaje, Tirso tiene una facilidad que tal vez nadie iguala.

La acusación que antes se hacía al ilustre mercenario de pintar á las mujeres demasiado livianas y

desenvueltas, hoy está ya desmentida. Tirso presentó sencillamente á las mujeres de su época tal y como eran, y si este realismo le llevó en ocasiones á ciertos atrevimientos, no puede afirmarse que sistemáticamente lo hiciera, porque se encargan de probar lo contrario las figuras de Doña María de Molina en *La prudencia en la mujer*, de la protagonista en *Mari-Hernández la Gallega*, de Doña Magdalena en *El Vergonzoso en Palacio*, y tantas otras.

Las comedias de amor y celos son las mejores en Tirso. Díganlo las que se titulan *El amor médico*, *Amar por arte mayor*, *La celosa de sí misma*, *Celos con celos se curan*, *Don Gil de las calzas verdes*, *La villana de Vallecas*, etc., donde hace un completo análisis de la pasión amorosa en sus varios matices. Entre las históricas y legendarias tiene algunas tan notables como *Los Quinas de Portugal*, *El rey Don Pedro en Madrid*, *El Caballero de Gracia*, y sobre todo dos que le han dado gran parte de su fama: *La prudencia en la mujer* y *El Burlador de Sevilla*. La primera tiene por asunto los disturbios acaecidos durante la minoridad de Fernando IV; la segunda se refiere á las aventuras de Don Juan Tenorio, y fué objeto de numerosas imitaciones, desde *El convidado de piedra*, de Villiers, y el *Don Juan*, de Molière, hasta el popular drama de nuestro Zorrilla, pasando por las obras de Zamora, Goldoni, Byron y muchos más.

Buenísimas son también las comedias de asuntos religiosos y devotos, como *La venganza de Tamar* y *La mejor espigadera*, basadas en curiosos episodios bíblicos, y *La reina de los Reyes*, cuyo asunto es un hecho milagroso de tiempo de Fernando é Isabel. No es seguro que pertenezca á Tirso, aunque las probabilidades parecen indicarlo así, *El condenado por desconfiado*, admirable producción filosófico-religio-

sa. En ella se presenta el problema del libre albedrío y de la salvación por la fe, pues el protagonista, el ermitaño Paulo, sabiendo por un aviso del demonio que correrá igual suerte que un hombre ladrón y vicioso llamado Enrico, cree que ya no puede salvarse y se lanza por la senda del crimen, á causa de lo cual se condena, mientras que Enrico, arrepentido á tiempo, alcanza el perdón divino.

A más de obras dramáticas, Tirso escribió novelas, poesías líricas, etc., insertas por su mayor parte en dos colecciones tituladas *Cigarrales de Toledo y Deleitar aprovechando*. Sus novelitas *Los tres maridos burlados* y *El Bandolero* son notables. Compuso también, en sus últimos años, una parte de la *Historia general de la Merced*.

Alarcón.—Como autor cómico en el recto sentido de la palabra, ocupa lugar preferente en nuestra literatura Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, que nació en Méjico hacia 1580, fué abogado y ejerció cargos de importancia, y murió en 1639. La deformidad de su cuerpo le hizo objeto de burlas por parte de los poetas contemporáneos. Tirso le llamaba

Don Cohombro de Alarcón,
Un poeta entre dos platos;

Góngora terminaba una décima diciendo:

Galápago siempre fuiste
Y galapago serás.

Alarcón es el prototipo del poeta cómico urbano y correcto. En sus obras buscó siempre el efecto por medios naturales, sin chocarrerías ni desplantes, poniendo exquisito cuidado en el plan y desenvolvimiento

de la acción, no menos que en la versificación, de intachable factura. Domina en ellas, por otra parte, un elevado sentido moral: en todas se guarda el mayor respeto á las buenas costumbres; en todas se intenta producir una enseñanza. Tal se observa en *La verdad sospechosa*, donde se condena la mentira, representada por el estudiante D. García; en *Ganar amigos*, dirigida á encarecer la generosidad y las buenas acciones; en *Las paredes oyen*, contra la maledicencia; en el *Examen de maridos*, donde indirectamente se hacen ver las cualidades del buen casado; en *El Tejedor de Segovia*, cuyo protagonista, Fernando Ramírez, sufre con abnegación injustas persecuciones sin abandonar su fidelidad al monarca; y, en suma, en las restantes comedias del autor mejicano. De *La Verdad sospechosa* tomó Corneille su *Menteur*.

Rojas.—Temperamento diferente es el del toledano D. Francisco de Rojas y Zorrilla (1607-1648). Sus obras revelan alguna vez cierto desorden y se resienten de los extravíos culteranos; pero ni carece de intensas facultades para lo cómico, ni, por extremo opuesto, deja de expresar cuando lo desea los más profundos sentimientos, hasta el punto de que casi todas sus producciones son dramas trágicos. Ascienden todas ellas á unas cincuenta, y prescindiendo de la mayor parte (*No hay amigo para amigo*, *Donde hay agravios no hay celos*, *Don Diego de noche*, *Los bandos de Verona*, etc., etc.), bastará hacer especial mención de las dos más famosas: una comedia, *Entre bobos anda el juego*, y un drama, *Del rey abajo ninguno ó el labrador más honrado, García del Castañar*. A la primera pertenece la grotesca figura de don Lucas del Cigarral y la del gracioso Cabellera, pintadas de mano maestra. En *García del Castañar* el protagonista, carácter nobilísimo, lucha entre los in-

fundados celos hacia Blanca, su esposa, y la lealtad debida al monarca, á quien, también sin razón, culpa de su desgracia; hasta que, enterado de que un cortesano llamado D. Mendo era quien había osado penetrar en el aposento de la inocente Blanca, le da muerte.

Moreto.—Dramático de primera fila fué también Don Agustín Moreto y Cabaña (1618-59), que nació en Madrid, abrazó la carrera eclesiástica, fué capellán del arzobispo de Toledo é hizo continuas obras de caridad.

La nota que distingue á Moreto es un perfecto dominio de los resortes teatrales. Sencilla y ordenadamente va desenvolviendo los planes de sus obras, en forma que el interés se ha de despertar por fuerza en los espectadores. Con igual facilidad que desarrolla la acción y mueve á los personajes, sabe sostener el diálogo, siendo su lenguaje y versificación de los más sueltos y naturales. Se le tacha de poco original, pero la verdad es que si él aprovechó los asuntos de otras obras anteriores, raro fué el autor dramático de su época que no hizo otro tanto; y, en todo caso, siempre se le reconocerá la originalidad de la forma y el mérito de haber superado á sus modelos.

Sus obras dramáticas pasan de ciento, y las mejores son comedias de costumbres. Como tal puede considerarse *El desdén con el desdén*, inspirada en *La vengadora de las mujeres*, de Lope. La *tesis* de dicha obra presenta á una mujer indiferente al amor y á los galanes (Diana, hija del conde de Barcelona), escarmentada y convertida con sus mismos procedimientos por un caballero (el conde de Urgel), que aparenta hacia ella el desdén más absoluto. Muy celebrada es también *El lindo Don Diego*, en que aparece, magistralmente trazada, la figura del señorito ó *lindo*, como entonces se decía, que se hace irresistible por su vanidad y presunción.

De sus comedias legendarias, es notable *El Rico hombre de Alcalá*, donde el rey don Pedro de Castilla ostenta la nobleza con que siempre le retrataron los dramáticos españoles. También tiene Moreto comedias religiosas, como *San Franco de Sena*, un poco extravagante, y es maestro en las de intriga ó enredo, según lo demuestran *Trampa adelante*, *Las travesuras de Pantoja*, *La confusión de un jardín*, etc.

Antes de hablar de Calderón, y ya que una concisión forzosa impida citar á otros dramáticos, será necesario por lo menos nombrar á algunos como Luis Quiñones de Benavente († 1679), autor de saladísimos entremeses, y Don Antonio Hurtado de Mendoza (¿1590-1644), poeta cortesano que no careció de cierta habilidad teatral.

Calderón.—Don Pedro Calderón de la Barca nació en Madrid el 17 de enero de 1600. Aunque oriundo, como Lope y Quevedo, de la Montaña, su padre Don Diego, secretario del Consejo de Hacienda, había nacido en Boadilla del Camino, en la actual provincia de Palencia. Su madre, doña Ana María de Henao y Riaño, pertenecía á ilustre familia. Estudió en Madrid con los jesuítas, y luego, según parece, en la universidad de Salamanca; sirvió en las guerras de Milán y Flandes durante varios años, aunque esindudable que hizo algún viaje á España, porque en 1629 aparece en la corte acuchillando

Calderón

al actor Pedro de Villegas, que había herido traidoramente á su hermano, y poco después figura en varios documentos otorgados también en Madrid; de regreso en su patria, desempeñó importantes comisiones militares y recibió la investidura de caballero de Santiago, asistiendo en tal concepto á la campaña contra los catalanes sublevados; ordenado de sacerdote en 1651, fué nombrado capellán de los Reyes de Toledo y años más tarde capellán de honor de Felipe IV; y murió en Madrid, el día 25 de mayo de 1681.

Caracteres de su teatro.—El teatro de Calderón, preciso es confesarlo, tiene mucho de falso y exagerado. Con razón se ha hecho notar que en sus obras principales llevó al último extremo dos sentimientos: el sentimiento monárquico y el sentimiento del honor. Lo primero no debe llamar la atención, porque ya antes que él Lope, Rojas y otros, habían presentado la obediencia al rey como superior á todos los deberes; pero en cuanto á lo segundo, ningún pretexto bastará para atenuar la teoría de que sólo la sospecha de haber recibido una ofensa en la honra, justifique los crímenes más atroces. Se ha dicho que, en este sentido, es un eco de las ideas de su tiempo; pero sobre no ser ellas tan exageradas, habría que saber quién ejerció más influencia, si la época en Calderón ó Calderón en la época.

Las obras calderonianas, notables por su invención, son con frecuencia desordenadas en el plan y desenvolvimiento. En cuanto á la forma externa, nada hay que reprochar, si no es algunos asomos de culteranismo; porque el diálogo presenta mucha soltura y variedad, y la versificación, abundante en rasgos líricos, rara vez decae en su belleza.

Con todos sus defectos, Calderón produjo obras damiradas por la posteridad, y ha tenido la gloria de

servir de fundamento al renacimiento romántico de los tiempos modernos, gracias sobre todo á unos cuantos preclaros críticos alemanes.

Autos sacramentales.—Género en que Calderón se distinguió sobremanera, fué el de los *autos sacramentales*. En ellos, mediante el simbolismo, están contenidas toda la teología y metafísica de la época, para lo cual el dramático madrileño creó una larguísima serie de personajes abstractos, desde el Amor divino y el Ateísmo, hasta el Olfato y la Sombra. Nadie como Calderón ha manejado el *teatro de ideas*. Entre sus mejores autos figuran *El divino Orfeo*. *Los misterios de la misa*, *A Dios por razón de Estado*, *La Serpiente de metal*, *La Nave del Mercader*, etc., etc.

Comedias.—Entre las demás comedias de Calderón, hay producciones de todo género. Tiene, en primer término, dramas religiosos de subido mérito. Tales son, entre otros, *La devoción de la Cruz*, donde aparece el tipo del *bandolero devoto*, que por ello logra salvarse; *El mágico prodigioso*, que es la historia de San Cipriano y Santa Justina, en forma muy parecida á la leyenda del Doctor Fausto; *El purgatorio de San Patricio*, donde cierto galán parecido á Don Juan Tenorio se convierte por la intervención de aquel santo; *Los dos amantes del cielo*, que se refiere al martirio de San Crisanto y Santa Daría; *La Virgen de la Almudena*, *La Sibila de Oriente*, etc.

Entre los dramas filosóficos no hay ninguno que iguale á *La vida es sueño*, que con razón se ha hecho inmortal. Esta obra, como todo el mundo sabe, refiere la historia de Segismundo, hijo del rey de Polonia, Basilio, que recluído desde niño en una prisión para evitar el cumplimiento del horóscopo, sólo á un sueño atribuye su estancia en la corte, á donde su padre le

llevó narcotizado. Las reflexiones que todo ello sugiere á Segismundo, hacen de *La vida es sueño* una admirable creación filosófica. Con razón se ha dicho que Segismundo es como un símbolo de la vida humana.

Algunas comedias de Calderón pertenecen al género trágico, como *La Cisma de Inglaterra*, referente á la muerte de Ana Bolena, y *Amar después de la muerte*, cuya acción sucede en el levantamiento de los moriscos. Otras cuatro tragedias, *El médico de su honra*, *El pintor de su deshonra*, *A secreto agravio secreta venganza* y *El mayor monstruo los celos*, están rodeadas de terribles circunstancias: en todas ellas un marido da muerte á su esposa, con mayor ó menor motivo. Superior á todas es *El Alcalde de Zalamea*, de fama universal, y en la cual el protagonista, Pedro Crespo, toma venganza del ultraje inferido á su hija, ahorcando al culpable, el capitán Don Alvaro de Ataide.

Muy entretenidas son las comedias de costumbres, como *Antes que todo es mi dama*, *Con quien vengo vengo*, *Los empeños de un acaso*, etc. Especial mención merecen las de intriga ó enredo, como *Casa con dos puertas...* y *La dama duende*, en que la complicación de sucesos está hábilmente desarrollada.

Tiene también Calderón comedias pastoriles, caballerescas y mitológicas; es el verdadero creador de la zarzuela, en obras como *El laurel de Apolo*, *Eco y Narciso*, *La púrpura de la rosa;* y últimamente, escribió algunos entremeses, mojigangas y jácaras.

Otros dramáticos.—Muchos autores dramáticos siguieron á Calderón, todos los cuales parecen uno solo, por la uniforme flojedad de inspiración. Nada malo se hará mencionando únicamente á Don Alvaro Cubillo de Aragón († 1664), Don Juan Bautista Diamante, (1625-1687), Don Juan de Mateos Fragoso (1608-1688), Don Atonio de Solís (1610-1686) y Don Juan de la Hoz y Mota. La decadencia del teatro español había comenzado.

CAPÍTULO XXV

La novela en el Siglo de Oro.—Novela sentimental, de aventuras é histórica.—Novela picaresca.—Novelistas varios.

La novela.—Novelas varias.—Los libros de caballerías continuaron en boga durante el siglo XVI; pero con ellos empezaron á compartir el gusto de los lectores otras novelas, y en aquella centuria y en la siguiente aparecieron numerosas de diverso género. Aquí, como en todo este libro, nos hemos de limitar á sucintas indicaciones.

La novela sentimental al estilo de Rodríguez del Padrón y de Diego de San Pedro, tuvo continuadores. Juan de Flores escribió, imitando á Boccaccio, la *Historia de Grisel y Mirabella* y la de *Grimalte* y *Gradissa*. La primera, que no deja de ser curiosa, termina con el suicidio de los dos amantes: Grisel se arroja á una hoguera y Mirabella se precipita por una ventana. Juan de Segura escribió el *Proceso de las cartas de amores*, de acción muy sencilla, y Hernando Díaz tradujo un libro italiano con el título de *Historia de los honestos amores de Peregrino* y *Ginebra*.

Las novelas griegas de Heliodoro y Aquiles Tacio, fecundas en aventuras, suscitaron en España imitaciones. Tales son la *Historia de los amores de Clareo y Florisea*, de Alonso Núñez de Reinoso, y la *Selva de aventuras*, de Jerónimo de Contreras. Al mismo género pertenecen *El Peregrino en su patria*, de Lope, y el *Persiles* y *Sigismunda*, de Cervantes. En todas ellas se refiere la historia de dos amantes, que después de fabulosas y arriesgadas aventuras por varios países, acaban por casarse, excepto en la *Selva de aventuras*, donde ambos se dedican á la vida ascética.

Novela histórica.—La novela histórica ofrece algunas manifestaciones. Cierto carácter de tal tiene el *Marco Aurelio* ó *Relox de Príncipes*, de Fr. Antonio de Guevara († 1545), pues es sólo una historia fabulosa de aquel emperador. Pero hay dos novelas históricas por todo extremo interesantes: la *Historia del Abencerraje y de la hermosa Jarifa*, de Antonio de Villegas († 1541), vecino de Medina del Campo, y las *Guerras civiles de Granada*, de Ginés Pérez de Hita, soldado natural de Murcia. La primera, que aunque inspirada en narraciones que ya corrían no puede asegurarse que sea un plagio, despierta vivo interés con las dos nobilísimas figuras de Rodrigo de Narváez, alcaide de Álora, y el moro Abindarráez. Más amplio es el plan de la segunda, narración novelesca de las discordias entre zegríes y abencerrajes y de la conquista de Granada. En ella hay intercalados bellos romances fronterizos.

Novela pastoril.—Imitada de Italia, se popularizó en nuestra patria en el siglo XVI una nueva manifestación de novela: la novela pastoril. Fué Jacobo Sannazaro, con su *Arcadia*, quien introdujo en la literatura italiana este género, con tan excelente éxito que bien pronto siguieron sus huellas los escritores de todas las naciones. El más antiguo y meritorio en España fué Jorge de Montemayor († 1561), autor de la *Diana enamorada*. La acción de esta novela acaece en las orillas del Esla, donde pululan, entre amorosos escarceos, diferentes pastoras y pastores, de los cuales el protagonista, Sireno, parece representar al propio Montemayor. La *Diana* de Montemayor tuvo dos continuaciones: una de escaso valor, escrita por Alonso Pérez, médico salmantino; otra del valenciano Gaspar Gil Polo (¿1516-1591), notable sobre todo por las lindísimas poesías que tiene intercaladas. No

faltó quien escribiera la tercera parte de la *Diana*, y menudearon otras novelas pastoriles, como *El pastor de Fílida*, de Luis Gálvez de Montalvo (1549-1591?), la *Galatea* de Cervantes, *El siglo de oro en las selvas de Erífile*, de D. Bernardo de Balbuena, la *Arcadia*, de Lope de Vega, *La Constante Amarilis*, de Cristóbal Suárez de Figueroa, *La Cintia de Aranjuez*, de D. Gabriel de Corral, etc., etc. Las novelas pastoriles, falsas y artificiosas siempre, estaban todas cortadas por un mismo patrón. En todas se encerraban episodios de amores, con cierto fondo histórico; en todas eran los personajes pastores, si bien detrás de ellos se encubrían por lo general algunos poetas conocidos ó personajes ilustres; en todas se insertaban abundantes poesías. Esta monotonía y afectación inició pronto su decadencia.

Novela picaresca.—Mayor interés ofrece otro género de novela típica y genuinamente español: la *novela picaresca*. Hase dado tal nombre á este género, por referir las hazañas y correrías de los *pícaros*, es decir, de aquellas gentes perdidas y llenas de malicia que se buscaban la vida al azar, hoy sirviendo á toda clase de amos, mañana dedicándose al hurto, otro día recorriendo comarcas diversas ó marchando á las Indias. La más antigua novela de esta clase es la *Vida del Lazarillo de Tormes*, que hasta hace poco tiempo se ha atribuído á D. Diego Hurtado de Mendoza, pero que debe considerarse anónima. En forma autobiográfica se cuentan en ella las *fortunas y adversidades* de Lázaro, nacido en una aceña del Tormes, que comienza por servir á un ciego y luego recorre numerosas ocupaciones. El *Lazarillo*, que ostenta una prosa amenísima, tuvo dos continuaciones de escaso mérito.

Al *Lazarillo* siguieron otras varias novelas picarescas de que no podemos dar aquí cuenta completa.

Las más notorias son las siguientes: *Vida del Pícaro Guzmán de Alfarache*, del sevillano Mateo Alemán (n. 1547), obra muy interesante y salpicada de disertaciones morales. *La Picara Justina*, publicada bajo el nombre de Francisco López de Úbeda, que se ha tenido como un seudónimo del dominico leonés Andrés Pérez; hoy se dice—sin que por eso creamos destruída aquella opinión,—que el autor fué un médico de Toledo, llamado, en efecto, Francisco López de Úbeda. *Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregón*, escrita por el excelente músico y poeta rondeño Vicente Espinel (¿1550-1624), que es desde luego de los mejores y encierra algunos episodios históricos del mismo autor. La *Vida del gran Tacaño ó del Buscón llamado Don Pablos*, de Quevedo. *El donado hablador ó Vida de Alonso, mozo de muchos amos*, del médico segoviano D. Jerónimo de Alcalá Yáñez (1563-1632).

Al mismo tiempo, con aspecto más ó menos picaresco, algunos autores novelaron sus propias vidas. Tales fueron, entre otros, el soldado Miguel de Castro, natural de Fuente Ampudia, en Palencia, que contó sus aventuras en Italia; Cristóbal de Villalón, nacido en un pueblo de Valladolid, y autor del *Viaje de Turquía* y de otras obras satíricas; el cordobés Don Juan Valladares de Valdelomar (n. 1553), que en el *Caballero venturoso* refiere sus correrías y amores; el poeta toresano Don Luis de Ulloa Pereira (1585-1674); el cómico madrileño Agustín de Rojas Villandrando, cuyo *Viaje entretenido* es inapreciable para conocer á la gente de teatro de su época; el autor de la *Vida y hechos de* Estebanillo González, etc., etc.

Otros novelistas.—De otros muchos que escribieron novelas, sólo nombraremos á los más conocidos.

Juan de Timoneda († 1583) compuso una colección de cuentos muy parecidos á los de Boccaccio, como que eran en gran parte de origen italiano, con el título de *El Patrañuelo*, y otras dos de anécdotas y chascarrillos. El madrileño Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo (1581-1635), muy intencionado y ame-

no, prosista correctísimo, compuso unas veinte novelas cortas. Gonzalo de Céspedes y Meneses († 1638) escribió *El español Gerardo y* una colección de seis novelas con el título de *Historias peregrinas*, demostrando gran imaginación para buscar asuntos. El tordesillano D. Alonso de Castillo Solórzano (n. 1584) escribió bastantes novelas, entre ellas dos picarescas muy notables, *La Garduña de Sevilla* y *La niña de los embustes*. Sumamente entretenidas, aunque un tanto licenciosas, son también las de Doña María de Zayas y Sotomayor (n. 1590).

Muy celebrada es la novelita de Luis Vélez de Guevar—ya citado como autor dramático,—que se titula *El diablo Cojuelo*, graciosa sátira en que un diablillo aprisionado en la redoma de cierto astrólogo, enseña á su libertador D. Cleofás los secretos de Madrid, levantando los tejados de las casas, y le lleva después por diversos puntos de España. Peca esta obra de exceso de ingeniosidad, por el abuso de conceptos alambicados y juegos de palabras que llegan en ocasiones hasta lo ininteligible.

CAPÍTULO XXVI

Miguel de Cervantes Saavedra

Cervantes.—De intento hemos omitido en el capítulo precedente, aun citando á novelistas posteriores, el nombre de Miguel de Cervantes Saavedra, para hablar por separado de la más alta gloria española. Nació Cervantes en Alcalá de Henares y fué bautizado el día 9 de Octubre de 1547. Su padre, Rodrigo de Cervantes, era cirujano; su madre se llamaba doña Leonor de Cortinas. Su abuelo paterno, el licenciado Juan de Cervantes, ejercía de abogado en Andalucía. Cuando Miguel tenía unos cinco años, se trasladó la familia de Alcalá á Valladolid; pasó luego á Madrid y de aquí á

Retrato que se dice de Cervantes

Sevilla, donde el futuro novelista estudió probablemente con los jesuítas. De regreso en la corte, cursó Miguel humanidades con el maestro Juan López de Hoyos; en fecha no bien determinada pasó á Italia, y por los años de 1570 se alistó como soldado en la compañía de Diego de Urbina. En la galera *Marquesa* asistió á la memorable batalla de Lepanto, y aunque estaba enfermo con calenturas tomó parte en la lucha, recibiendo tres heridas, una de las cuales le dejó inútil de la mano izquierda (no privado del brazo, como generalmente se cree). En el hospital de Mesina permaneció seis meses y, restablecido, volvió á la vida militar, luchando en Navarino, en Túnez y en la Goleta. Al regresar en 1575 á España, la galera *Sol* que le conducía fué apresada cerca de Marsella por el arraez turco Dalí Mamí, *el Cojo*, y Cervantes pasó á Argel como cautivo. Después de varios frustrados intentos de fuga, fué rescatado en 1580 por los frailes de la Merced. Permaneció algún tiempo en Portugal, desempeñó en Orán una misión secreta y, vuelto á Madrid, casó en 1584 con doña Catalina de Palacios, natural de Esquivias. Buscando medios de vida, fué primeramente comisario de flotas en Sevilla, después recaudador de alcabalas en el reino de Granada, y ambos cargos le dieron disgustos: en 1592 estuvo preso en la cárcel de Castro del Río; en 1597, y, según todas las probabilidades, en 1602, en la de Sevilla. Acaso en esta última prisión se engendró el gran libro de Cervantes, el *Quijote*. Pasó en 1603 á Valladolid, donde sufrió un nuevo contratiempo. El caballero navarro Don Gaspar de Ezpeleta, herido cierta noche por mano desconocida, se acogió moribundo á la puerta de Cervantes, y éste sufrió otra breve prisión mientras se esclarecía el hecho. Regresó luego á Madrid, donde murió en 23 de Abril de 1616, cuatro días después de haber escrito

para su protector el Conde de Lemos la dedicatoria de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*.

Cervantes poeta. – Aunque se ha querido negar á Cervantes el título de poeta, lo fué, y de mérito no vulgar. De lírico le acreditan bastantes composiciones sueltas, como las canciones al cardenal Espinosa y á la Armada Invencible, los sonetos al túmulo de Felipe II, la epístola á Mateo Vázquez, y las poesías líricas insertas en el *Quijote*, en la *Galatea*, en las *Novelas ejemplares* y en sus obras dramáticas.

Poema épico didáctico es el *Viaje del Parnaso*, por el estilo del *Laurel de Apolo*, de Lope, pero superior, en nuestra opinión. En correctísimos tercetos enumera á los poetas de su época, con cierto tono entre benévolo y desengañado.

Cervantes dramático.—Consta que escribió Cervantes veinte ó treinta comedias por lo menos, y hasta se conocen los títulos de algunas; pero sólo se conservan unas cuantas. Hay de él también una tragedia, la *Numancia*, y varios entremeses.

La *Numancia*, sin llegar á la perfección que algunos pretenden, es una tragedia interesante. Su asunto es el sitio y toma de Numancia por Escipión, con un episodio secundario, la historia de Morandro y Lira. Intervienen en esta obra diversos personajes abstractos, como España, el río Duero, la Fama, etc. La versificación es muy enérgica.

Entre las comedias, hay cuatro que están tomadas de su vida de cautivo, y tienen indudablemente parte histórica. Se titulan *El trato de Argel*, donde aparece el propio Cervantes; *Los baños de Argel*, de poco mérito; *El gallardo español*, cuyo protagonista se llama Saavedra, y *La gran Sultana doña Catalina de Oviedo*, historia de una cautiva española que llegó á ser esposa del Sultán, sin abandonar su religión. En

las restantes comedias hay de todo, bueno y malo. Son las mejores *Pedro de Urdemalas*, donde aparece deliciosamente pintado un aduar gitano, con la simpática figura de Belica; *El Rufián dichoso*, cuyo protagonista, criminal y asesino en un principio, se arrepiente después y es nombrado prior de un convento en Méjico, donde muere lleno de gloria; y *La Entretenida*, comedia de enredo con varios lances amorosos.

Las mejoras obras teatrales de Cervantes, para nuestro gusto, son los entremeses. Son seguramente suyos *La Cueva de Salamanca*, *El viejo celoso*, *El vizcaíno fingido*, *La guarda cuidadosa*, *El retablo de las maravillas*, *El rufián viudo*, *El juez de los divorcios* y *La elección de los alcaldes de Daganzo*, llenos todos de gracia y donaire. También parece pertenecerle el de *Los habladores*, algo pesado para públicos modernos. En cambio es casi seguro que no son suyos otros que se le atribuyen, entre ellos *La cárcel de Sevilla* y *El hospital de los podridos*.

Cervantes novelista.—Pero donde el genio de Cervantes tuvo su campo natural, fué en la novela. Su gran obra es *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

Más que superfluo, sería inoportuno referir aquí el asunto del *Quijote*. Para todos los españoles, grandes y chicos, es familiar la figura del hidalgo manchego, que después de correr desatinadas aventuras con Sancho, su escudero, llevado de su afición á los libros de caballerías, acaba por morir cristianamente en su lecho. Pero en el *Quijote* hay algo más que la entretenida ficción del asunto; hay algo más profundo, más inaccesible, que en vano han querido explicar interpretadores y hermeneutas buscando el sentido esotérico de ese libro inmortal, pues no es sino el misterioso poder que palpita siempre tras las creaciones

del genio. Cervantes sólo se propuso escribir una obra entretenida, y de paso «poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías», aunque no es difícil que en algunos personajes quisiera representar á personas efectivas.

La primorosa urdimbre del *Quijote*, en que á la fábula principal se unen episodios bellísimos; la interesante sucesión de personajes, desde el protagonista y su escudero hasta la variadísima serie donde forman el cura Pedro Pérez, el barbero Maese Nicolás, el bachiller Sansón Carrasco, la criada Maritornes, el ratero Ginés de Pasamonte, el Caballero del Verde Gabán, los Duques, el bandido Roque Guinart y tantos otros; el alto sentido filosófico que preside á toda la obra, y, en una palabra, todas sus múltiples excelencias, abrieron al preclaro alcalaíno las puertas de la inmortalidad. Los defectos que se achacan al *Quijote* son pueriles.

La primera parte del *Quijote* se publicó en 1605 y la segunda en 1615. En el intermedio (1614) apareció un apócrifo *Segundo tomo del ingenioso caballero Don Quijote de la Mancha*, firmado por un supuesto Alonso Fernández de Avellaneda, cuyo verdadero nombre no se ha podido aún averiguar, siquiera corran sobre el particular diversas opiniones. Este Avellaneda, que no contento con suplantar á Cervantes le insulta con poca nobleza, quiere defender á Lope de ciertas ofensas que supone inferidas en la primera parte del *Quijote*, y que deben buscarse en el capítulo donde el canónigo habla sobre las comedias. Innecesario es decir que el *Quijote* de Avellaneda, sin carecer de mérito, no puede compararse con el de Cervantes.

Labor delicada son también las *Novelas ejempla-*

res, que en número de doce publicó Cervantes en 1613, llamándolas así porque «no hay ninguna de quien no se pueda sacar algún ejemplo provechoso». *La Gitanilla* es la historia de una muchacha llamada *Preciosa*, rabada en su niñez por unos gitanos, y de quien se enamora un caballero que para casarse con ella se une á la tribu gitanesca como uno de tantos. *El amante liberal*, que como varias comedias citadas es un recuerdo de la vida de Cervantes en Argel, refiere las vicisitudes de dos amantes cautivos que al fin llegan á Trápana y se casan. *Rinconete y Cortadillo*, que es una verdadera novela picaresca, cuenta las aventuras de los muchachos Rincón y Cortado entre el hampa de Sevilla dirigida por Monipodio. *La española inglesa*, *La fuerza de la sangre*, *Las dos doncellas* y *La Señora Cornelia*, encierran interesantes episodios amorosos. *El Licenciado Vidriera* presenta á Tomás Rodaja que, hechizado con un membrillo, incurre en la locura de creer que es de vidrio, y el cual, loco y todo, dice muchas satíricas verdades, hasta que se cura. *El celoso extremeño*, hermana del entremés *El viejo celoso*, es ciertamente de las mejores, pero de las menos *ejemplares*. *La ilustre fregona*, cuyo asunto recuerda algo al de *La Gitanilla*, se desarrolla en gran parte en el *mesón del Sevillano*, de Toledo. *El casamiento engañoso* y el *Coloquio de los perros*, que parecen partes de un todo, son de índole grandemente satírica, tanto por la historia que cuenta el alférez Campuzano al salir del hospital de la Resurrección, de Valladolid, como por el diálogo que sostienen los perros Cipión y Berganza, encargados de cuidar el mismo establecimiento. A más de estas doce novelas ejemplares, adjudican algunos á Cervantes otra titulada *La tía fingida*, directamente inspirada en los *Razonamientos* del

Aretino; pero no hay fundamento para sostener tal atribución.

Las *Novelas ejemplares* constituyen un admirable modelo de lenguaje, de pintura de costumbres, de análisis psicológico.

Completan la figura de Cervantes novelista, una novela pastoril, *La Galatea*, y otra de aventuras, *Los trabajos de Persiles* y *Sigismunda*. La primera, escrita por Cervantes en su juventud, es de las mejores del género, sin carecer de la inevitable languidez y afectación. Entre los versos en ella intercalados se halla el *Canto de Caliope*, elogio de varios poetas, en octavas reales.

Aunque Cervantes prefería el *Persiles* al *Quijote*, y aunque modernamente se ha encomiado con exceso, es indudablemente la obra más floja del Príncipe de los Ingenios. La historia de Periandro y Auristela, viajando por distintos países y soportando numerosas contrariedades, representa un poderoso alarde de facultades imaginativas; pero se hace pesada por el injustificado amontonamiento de incidentes.

CAPÍTULO XXVII

La didáctica en el Siglo de Oro.—Humanistas.-Filósofos, moralistas y políticos.—Otros didácticos

La didáctica. —Si es difícil compendiar la historia de nuestra literatura en un libro elemental, esta dificultad se hace insuperable al llegar á los escritores didácticos del Siglo de Oro. Tantos y tan notables fueron.

Muchos de estos didácticos escribieron sus obras en lengua latina. En este numeroso y brillante grupo figuran filósofos y humanistas como Juan Luis Vives, Gómez Pereira, Sebastián Fox Morcillo, Luis de Molina, Francisco Suárez, Benito Arias Montano y Francisco Sánchez *Brocense;* jurisconsultos como D. Diego de Covarrubias, Fernando Vázquez de Menchaca y D. Antonio Agustín; médicos como Miguel Servet, Francisco Valles *el Divino* y Luis Mercado; matemáticos como Hugo de Homerique, etc., etc.

De todos ellos hay que prescindir aquí. A fe que aun respecto á los que escribieron en castellano, hemos de contentarnos con citar como en índice unos cuantos nombres notables.

Humanistas. —Los humanistas forman una brillante pléyade, de la que entresacaremos algunos nombres. Entre los primeros, cronológicamente, hállanse el Doctor Francisco López de Villalobos y el maestro Hernán Pérez de Oliva, ya citados en otro lugar como traductores del teatro griego y latino. El primero, médico de Don Fernando el Católico y de Carlos V, había ya impreso en 1498 un *Sumario de Me-*

dicina, en versos medianos; después, casi hasta los mediados del siglo XVI, continuó publicando obras de mayor mérito. Donosísimo es su tratado *de las tres grandes, á saber: de la gran parlería, de la gran porfía y de la gran risa*, donde estudia los caracteres y enmienda de tales vicios; é igualmente despierta interés su libro de *Los problemas*, en el cual hace numerosas preguntas en verso sobre los asuntos más heterogéneos, contestándolas luego en prosa. El maestro Oliva compuso en muy buen estilo un *Diálogo de la dignidad del hombre*.

Notable por muchos conceptos es Juan de Valdés († 1541), que hacia 1533 escribió el *Diálogo de la lengua*, donde, mediante la conversación que supone sostenida cerca de Nápoles entre dos españoles y dos italianos, se adelanta á su siglo con adivinaciones de orden filológico y estético. Escribió Valdés otros varios libros.

Pedro Simón Abril (n. 1530), además de traducciones y obras de otro género, compuso tratados de gramática griega, latina y castellana, cosa que hicieron también Bartolomé Ximenez Patón y Gonzalo Correas. En gran estima se tiene á Don Sebastián de Covarrubias, autor del *Tesoro de la lengua castellana ó española*, que es el primer diccionario de nuestro idioma, y á Bernardo de Aldrete, por su obra *Del origen y principio de la lengua castellana que hoy se usa en España*.

Entre los preceptistas literarios ocupa lugar preferente el médico de Valladolid Dr. Alonso Lopez Pinciano, autor de la *Filosofía Antigua Poética*, aunque con anterioridad habían escrito tratados de Retórica en romance Miguel de Salinas y algún otro. El Pinciano es, como dice Menéndez y Pelayo, «el único de nuestros autores de poéticas en la Edad de Oro, á quien puede concederse verdadero espíritu filosófico, es decir, investigación formal de los principios y razones de las cosas». Preceptistas de nota son también Baltasar de Céspedes, en dos obras muy curiosas, Francisco de Cascales, en sus *Tablas Poéticas*, el P. Jerónimo de S. José († 1654), en el *Genio de la*

Historia, Juan de Robles, en *El culto sevillano*, D. Jusepe Antonio González de Salas (1588-1651), ilustrador de Aristóteles, etc., etc. También hubo ilustres paremiólogos, que coleccionaron y comentaron los refranes castellanos, como Mosén Pedro Vallés, el Comendador Hernán Núñez, insigne helenista, Juan de Mal-Lara (1527-1571), apto en distintos géneros literarios, y Sebastián de Horozco, que escribió su refranero en verso.

También hubo tratadistas de otras artes, de que bastará mencionar algunos. Vincencio Carducho escribió unos *Diálogos de la Pintura*, que forman, según dice Ceán Bermúdez, «el mejor libro que tenemos de pintura en castellano». Francisco Pacheco (1535-1654), suegro de Velázquez, compuso también un libro titulado *Arte de Pintura*. Luis de Narváez y Fr. Juan Bermudo, entre otros, escribieron curiosos tratados de música, y al mismo género pertenece el *Arte de música theórica y prática*, del maestro de capilla Francisco de Montanos, que, según frase de Menéndez y Pelayo, hizo adelantar á la Estética musical un paso considerable. El gran artista Juan de Arfe Villafañe (1535-1603) trató con fácil palabra de orfebrería y platería.

Filósofos, moralistas y políticos.—La Filosofía cuenta con muchos autores en lengua vulgar. Entre otros, Alejo de Venegas escribió la *Diferencia de libros que hay en el Universo* (es á saber, libro original ó divino, libro natural, libro racional, y revelación); el Dr Juan Huarte de San Juan († 1590), en su *Examen de ingenios* sostiene atrevidas teorías, tanta filosóficas como fisiológicas; Miguel Sabuco, en libros atribuídos hasta hace poco á su hija doña Oliva, escribió de filosofía sensualista y de política. Otros muchos pudieran añadirse.

Las ciencias morales y políticas tuvieron muchos cultivadores en lengua castellana. En derecho sobresale el ilustre Gregorio López de Tovar, que comentó con mucho acierto las Siete Partidas. Los economistas y arbitristas menudearon tanto, que es preferible no citar ninguno. Conviene decir, sin embargo, que si se hubieran seguido las inspiraciones de algunos de ellos, otra sería la suerte de nuestra nación. No menos numerosos son los tratadistas de política y de ciencia de la guerra, entre los que figuran el Dr. Juan López de Palacios Rubios, Don Bernardino de Mendoza, Luis Valle de la Cerda, Fr. Juan Márquez, el licenciado Pedro Fernández de Navarrete, Juan de Medina, etc., etc.

Fray Antonio de Guevara († 1545), obispo de Guadix y Mondoñedo, escribió, entre otras obras, el *Relox de Príncipes* ó *Marco Aurelio*, el *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*, el *Aviso de privados*, la *Década de los diez Césares y Emperadores romanos* y las *Epístolas familiares*. Guevara fué un escritor muy ameno, hábil moralista, gran conocedor del corazón humano, pero incurrió en numerosos errores históricos que le fueron refutados por el Bachiller Pedro de Rua, en unas *Cartas censorias*.

Misceláneas como las de Guevara aparecieron en abundancia. El aragonés Pedro Ciruelo († 1580), además de cultivar en latín las matemáticas y otras ciencias, combatió las preocupaciones de su época en el *Tratado de las supersticiones y hechicerías*. Pedro Mexia (1500-1550), cronista del emperador Carlos V, consignó en su *Silva de varia lección* y en sus *Diálogos* curiosísimas noticias que merecieron la traducción á varios idiomas. Y, por el mismo estilo, otros muchos autores escribieron obras de muy apacible é instructiva lectura.

Antonio Pérez (1540-1611), secretario que fué de Felipe II, escribió, entre otras obras, las *Relaciones*, el *Memorial de su causa* y las *Cartas familiares*, poco sinceras en el orden moral y afectadamente eruditas, pero que revelan á un pensador.

Merecida fama alcanzaron las obras políticas de Quevedo y del P. Mariana, de que ya se hablará, así como las de Don Diego de Saavedra Fajardo (1584-1648), y las del P. Baltasar Gracián (1601-1658).

Saavedra Fajardo.—Saavedra Fajardo nació en Algezares (Murcia); fué presbítero y desempeñó muchas comisiones diplomáticas. La mejor de sus obras es la titulada *Empresas políticas*, donde mediante la explicación de dibujos simbólicos, se presentan las

cualidades que deben adornar á un príncipe perfecto. El estilo de esta obra tiene cierto atractivo, aunque adolece de afectación. Algo más naturales son otras obras de Saavedra Fajardo, como la *Corona gótica*, narración crítica de la monarquía visigoda, y sobre todo la *República literaria*, donde el autor supone, alegóricamente, que visita en un sueño la ciudad de las letras.

Gracián.—El P. Baltasar Gracián nació en Belmonte, cerca de Calatayud; perteneció á la Compañía de Jesús. Sus obras son: *El comulgatorio*, de asunto devoto y única que publicó con su nombre; *El Héroe*, *El Político Don Fernando el Católico*, la *Agudeza y Arte de Ingenio*, *El Discreto*, el *Oráculo Manual y Arte de Prudencia*, encaminadas todas á formar el tipo ideal del hombre perfecto, y *El Criticón*, que con justicia se considera como más notable. En ella presenta Gracián al salvaje Andrenio, que encontrado en una isla por el español Critilo, viaja con él por distintos lugares; y esto da lugar á una interesante alegoría de la vida humana. Gracián es un escritor de profundo sentido filosófico. Se le ha acusado de culterano, pero la obscuridad de sus escritos obedece principalmente á la sutileza de los conceptos y á una exagerada concisión.

Suárez de Figueroa.—Didáctico, novelista y poeta fué el doctor vallisoletano Cristóbal Suárez de Figueroa (¿1586-1650?), una de las más interesantes figuras literarias del Siglo de Oro. De las catorce obras que escribió, hay una curiosísima, *El Pasajero*, donde mediante el diálogo de cuatro personas que viajan juntas en dirección á Italia, se tratan multitud de cuestiones de toda índole, con marcada tendencia satírica. Por el estilo es la que se titula *Pusílipo*. En la *Plaza universal de todas ciencias y artes*, traducida en parte del italiano, da curiosos y eruditos detalles sobre ciencias, artes y oficios. Compuso también una de las mejores novelas pastoriles, *La constante Amarilis*, y tradujo al castellano *El pastor Fido*, de Guarini.

Otros didácticos.—Los tratadistas de ciencias varias as-

cienden á número considerable, y muchos de ellos, á la vez que mostraron su saber, enriquecieron el idioma y le dieron mayor flexibilidad. Aun tratándose de un género de conocimientos como las matemáticas, cosmografía y ciencias análogas, se publicaron obras notables técnica y literariamente. Así, por ejemplo, el bachiller MARTÍN FERNÁNDEZ DE ENCISO escribió una *Suma de Geografía* en que trataba especialmente de las Indias y hacía estudios cosmográficos; PEDRO DE MEDINA compuso un *Arte navegar* que se tradujo á varios idiomas; otro por el estilo, aunque superior, dió á la estampa MARTÍN CORTÉS, sentando una original teoría sobre el magnetismo; ANDRÉS GARCÍA DE CÉSPEDES, gran astrónomo, inventor de varios aparatos, fué muy fecundo en libros de ciencia.

Las ciencias naturales cuentan ante todo con dos monumentos literarios: la *Historia general natural de las Indias*, de GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO (1478-1557), y la *Historia natural y moral de las Indias*, del P. JOSÉ DE ACOSTA (1539-1600). El primero de estos libros está escrito en estilo elocuente sin afectación, aunque difuso alguna vez. Oviedo tiene otra obra muy curiosa, titulada *Las Quincuagenas*, donde se refieren varias anécdotas del tiempo de los Reyes Católicos y de Carlos V. La *Historia* de Acosta es el mejor modelo de lenguaje didáctico.

También debe citarse al DOCTOR NICOLÁS MONARDES (1512-1588), que á más de tres tratadítos muy amenos, escribió la *Historia medicinal*, donde estudiaba los productos de América empleados en la medicina. GABRIEL ALONSO DE HERRERA compuso una obra de *Agricultura*, que es clásica en nuestra lengua.

Médicos hubo con grandes aptitudes literarias. Entre otros, LUIS LOBERA DE AVILA escribió seis libros de Medicina en buena prosa. El *Libro de la anatomía del hombre*, de BERNARDINO MONTAÑA DE MONSERRAT, es muy estimable desde el punto de vista literario, y otro tanto puede decirse de la *Historia de la composición del cuerpo humano*, escrita por JUAN VALVERDE DE AMUSCO.

Los historiadores y los místicos requieren lugar aparte.

CAPÍTULO XXVIII

Escritores místicos del Siglo de oro. Historiadores

Místicos.—Los escritores místicos y ascéticos, esto es, dedicados á enaltecer la religión y la virtud, forman en el Siglo de Oro un grupo tan numeroso como brillante. Aunque alguna vez se observe en sus libros cierta artificiosidad de palabra y de concepto, siempre resplandece en ellos un vivo entusiasmo religioso.

Mencionaremos en primer término al Beato Juan de Avila (1500-1569), natural de Almodóvar del Campo, llamado el *Apóstol de Andalucía*. Predicó muchos sermones, que no se escribieron, y compuso varios tratados. Más notables que todos ellos son las *Cartas espirituales*, donde con admirable dulzura y apacibilidad refleja los sentimientos de su alma, en forma natural y sencilla, como la de los buenos epistológrafos.

Fray Luis de Granada.—Fray Luis de Granada (1504-1588) nació en la ciudad que indica este sobrenombre, pues su apellido era Sarriá. Protegido por el conde de Tendilla, profesó en la orden de dominicos y fué confesor de la reina de Portugal. Murió en Lisboa.

Numerosas son las obras de Fray Luis de Granada, y en todas ellas se vislumbra su acendrado fervor religioso y sus cualidades de teólogo y moralista, de

donde resulta una fuerza persuasiva sin igual. Algunos de sus sermones, como el de la Resurrección, el del Niño perdido y el de la Trinidad, se consideran como obras maestras de arte y de elocuencia. En la *Guía de pecadores*, su obra más famosa, dice cuál sea la vida ideal para alcanzar el cielo, propósitos que también persigue en la *Introducción al símbolo de la fe*, dechado de inspiración, en las *Meditaciones* y en otras. Escribió también una *Rhetórica eclesiástica*, muy estudiada durante largos años y que aún hoy pudiera ser útil, y las vidas de varios santos.

Fray Luis de Granada.

15 de Octubre

Santa Teresa.—Teresa de Cepeda y Ahumada, ó sea Santa Teresa de Jesús (1515-1582), nació en Avila; monja en 1534, dedicóse á la fundación de conventos, ayudada por San Juan de la Cruz. Estuvo presa en la Inquisición de Sevilla, y murió en Alba de Tormes.

Las obras principales de Santa Teresa, son: *El castillo interior* ó *Las moradas*, el *Camino de perfección*, los *Conceptos del amor de Dios* y las *Exclamaciones del alma á su Dios*. Es Santa Teresa, entre los místicos, quien más se remonta á las regiones de lo espiritual y suprasensible, con raptos de vehemente entusiasmo. De ahí la enérgica expresión

de su estilo, que si á veces revela cierto desaliño, es por tocar en los linderos de lo sublime. Las *Cartas* de Santa Teresa, muy interesantes, prueban la flexibilidad de sus aptitudes, que con igual soltura recorrían todos los asuntos. Escribió también Santa Teresa poesías religiosas, á modo de letrillas.

San Juan de la Cruz.—San Juan de la Cruz (1542-1591), carmelita nacido en Hontiveros, discípulo de Santa Teresa, parece entregado en sus escritos á continuos éxtasis celestiales. No en balde se le ha llamado el *Doctor Extático*. Es el más subjetivo de los místicos, y tal vez el más espontáneo. Se abandona libremente á la inspiración, y sin embargo es razonador sutil, y es poeta inimitable, y maneja con gallardía el lenguaje, pese á ciertas incorrecciones gramaticales. Sus obras más celebradas son las tituladas *Subida del Monte Carmelo*, *Noche obscura del alma* y *Llama de amor viva*. Poeta religioso San Juan de la Cruz, sus defectos desaparecen bajo el fuego de admirables arrebatos.

Otros—De Fray Luis de León ya se ha dicho en otro lugar que escribió obras del género que nos ocupa. Y en cuanto á otros místicos, aquí no podemos hacer otra cosa que mencionar al toledano P. Pedro de Rivadeneyra (1527-1611), que además del *Tratado de la tribulación* y alguna obra del mismo género, escribió biografías de santos; al aragonés Fray Pedro Malón de Chaide († 1596), cuya *Conversión de la Magdalena* es un verdadero monumento literario; al vallisoletano P. Luis de la Puente (1554-1624), muy celebrado por sus *Meditaciones*, por su *Guía espiritual* y por otros escritos; al madrileño P. Juan Eusebio Nieremberg (1595-1658), que no sólo fué escritor ascético, sino moralista, filósofo y político; y á la monja Sor María de Jesús Agreda (1602-1665), autora de la *Mística ciudad de Dios* y de curiosísimas cartas dirigidas á Felipe IV.

Historiadores.—Muchos son los historiadores que florecen en el Siglo de Oro. Sus escritos manifiestan

sensible y no interrumpido progreso sobre las crónicas, y algunos son clásicos en nuestra literatura.

Florián de Ocampo (1499-1555?), canónigo de Zamora, intentó recopilar todas las crónicas en la *Crónica general de España*. No obstante sus laudables deseos y meritoria labor, ni pudo realizar plan tan vasto, ni en lo que hizo le favoreció mucho la fortuna. Con mejor éxito continuó su obra Ambrosio de Morales (1513-1591), sobrino del maestro Fernán Pérez de Oliva. Fray Prudencio de Sandoval (1560-1620), prestó un gran servicio á la historia con la publicación de varias crónicas y con su *Historia de Carlos V*, algo difusa, pero muy documentada é interesante.

Otros varios autores, á guisa de cronistas, trataron la historia de la casa de Austria. Don Antonio de Herrera († 1625), escribió una *Historia general del mundo del tiempo del señor rey Don Felipe II* y otras varias referentes al mismo reinado, bastante parciales; obras suyas son también la *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Oceano*, más exacta y razonada, y una *Relación* de los festejos celebrados en Valladolid por el bautismo de Felipe IV, bien sea la que algunos han atribuído á Cervantes, bien otra desaparecida. Luis Cabrera de Córdoba († 1623), escribió también la *Historia de Felipe II;* Gonzalo de Céspedes, las de Felipe III y Felipe IV.

Entre los demás numerosos historiadores de esta época, mencionaremos á Esteban de Garibay (1525-1599), que escribió el *Compendio historial*, libro muy erudito y ordenado, y al insigne cronista aragonés Jerónimo de Zurita (1512-1580), autor de los *Anales de la corona de Aragón*, donde se cuenta la historia de este reino desde la invasión sarracena hasta el año 1516. Zurita, dotado de alto sentido crítico, documentó su obra concienzuda y minuciosamente. Su estilo, sin embargo, es poco ameno.

Mariana.—El más famoso de todos los tratadistas de historia general es el P. Juan de Mariana (1535-1624), que nació en Talavera de la Reina, entró de joven en la Compañía de Jesús, fué profesor en Roma y en París, y murió en Toledo de edad muy avanzada.

Apresurémonos á decir que tanto como en el género histórico, por lo menos, brilló el P. Mariana en el concepto de filósofo, moralista y político. Tal lo demuestran varios tratados en latín, dos de los cuales tradujo luego al castellano, con los títulos de *Tratado contra los juegos públicos* y *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*. La amplitud de ideas que en estas obras ostentó el P. Mariana, le acarreó no pocas persecuciones.

P. Mariana

Pero lo cierto es que la fama de Mariana se debe á su *Historia de España*, escrita primero en latín y traducida después por su propio autor á nuestra lengua. Esta obra podrá tacharse, desde el punto de vista histórico, de contener errores y tradiciones fabulosas, pero literariamente hay pocas en castellano que se encuentren á nivel suyo. La meditada imitación de Tito Livio y de Tácito, el lenguaje limpio, terso, hacen de la *Historia* del P. Mariana un inapreciable monumento clásico.

Sucesos particulares.—Algunos historiadores se

encargaron de referir sucesos particulares de la historia patria. Los más importantes son el ilustre repúblico Don Diego Hurtado de Mendoza, ya citado como poeta, que en su *Historia de la guerra contra los moriscos de Granada* supo hermanar la concisión sentenciosa con la gráfica y viva pintura de los hechos; Don Bernardino de Mendoza (1541-1604), que en los *Comentarios de lo sucedido en las guerras de los Países Bajos*, imitó á César con no poco acierto; el prócer valenciano Don Francisco de Moncada, conde de Osona (1586-1635), cuya *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos* es una admirable narración de los hechos de Roger de Flor y de los almogávares en el imperio bizantino; el militar alicantino Don Carlos Coloma (1567-1637), traductor de Tácito y autor de *Las Guerras de los Estados Bajos*, no exenta de defectos, pero interesante; y Don Francisco Manuel de Melo (1608-1666), soldado nacido en Lisboa, que además de versos y obras didácticas muy aceptables, escribió la *Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña*, refiriendo en lenguaje escogido el alzamiento de los catalanes en tiempo de Felipe IV.

Historia de Indias.—Los llamados *historiadores de Indias*, es decir, que trataron del descubrimiento y conquista de América, son tan numerosos, que hemos de contentarnos con mencionar á tres ó cuatro.

El conquistador de Méjico, Hernán Cortés (1485-1547), refirió, en unas *Cartas de relación*, los sucesos de su expedición famosa, con mucho colorido, sencillez é ingenuidad. No le imitó en esto su capellán Francisco López de Gómara (n. 1511), que en una obra histórica, dividida en dos partes, muy estimable literariamente, abultó los hechos á capricho.

Fray Bartolomé de las Casas (1474?-1566), obispo de Chiapa, escribió la *Historia general de las Indias* y la *Brevísima relación de la destruyción de las Indias*, haciendo una calurosa defensa de los indios y censurando á los españoles. A esto se debe su notoriedad, pues la verdad es que, como literato, no pasa de la medianía.

Don Antonio de Solís y Rivadeneira (1610-1686), nacido en Alcalá y autor dramático de algún mérito, escribió una *Historia de la conquista de Méjico*, notable sin disputa. Solís no abusó de la lima tanto como se ha dicho, y en último término, es lo cierto que consiguió la más exquisita elegancia de lenguaje.

Historia religiosa.—Entre los historiadores religiosos, hay dos que por su prosa bellísima pueden figurar al lado de nuestros clásicos más ilustres. Uno es Fray Pedro de Rivadeneira, que además de libros místicos escribió la *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra* y la vida de varios santos. El otro es Fray José de Sigüenza (1545?-1606), autor de la *Vida de San Jerónimo* y de la *Historia de la orden de San Jerónimo*.

Eruditos.—La arqueología y otras ciencias auxiliares de la historia, también tuvieron excelentes cultivadores. Díganlo, entre otros, Ambrosio de Morales, autor de *Las antigüedades de las ciudades de España;* Rodrigo Caro, el insigne poeta sevillano, que escribió sobre las antigüedades de su patria, y una obra titulada *Días geniales ó lúdicros*, sobre el origen de los juegos; Don Vicente Juan de Lastanosa (1607-1684), tratadista de numismática; el Marqués de Mondéjar (1628-1704), que á más de destruir numerosos errores históricos, exhumó en su *Cadiz Phenicia* muchas noticias de antiguos escritores, etc., etc.

No es posible olvidar al eximio bibliógrafo Don Nicolás Antonio (1617-1684), autor de la *Censura de historias fabulosas* y de una colección de cartas. Su obra maestra, formada por la *Bibliotheca Hispana Vetus* y *Bibliotheca Hispana Nova*, está escrita en latín.

CAPÍTULO XXIX

Don Francisco de Quevedo Villegas

Quevedo.—Don Francisco de Quevedo Villegas, oriundo del valle de Toranzo, nació en Madrid, en Septiembre de 1580. De corta edad perdió á sus padres, don Pedro Gómez de Quevedo y doña María de Santibáñez. Estudió latín y griego en la Universidad de Alcalá, y después en la de Valladolid filosofía, artes y teología. Con la corte pasó á Madrid, donde el día de Jueves Santo de 1611, hirió en desafío á cierto individuo que había osado abofetear á una dama en la iglesia de San Martín. Cerca del duque de Osuna, virrey de Sicilia primero y de Nápoles después, desempeñó delicadas comisiones diplomáticas, que le valieron el hábito de Santiago. En la conjura fraguada por los venecianos en 1618 contra los extranjeros, corrió gravísimo peligro, y se salvó disfrazado de mendigo haraposo.

Quevedo.

Al caer el duque de Osuna, Quevedo fué preso y desterrado. El conde-duque de Olivares le otorgó su favor, y tuvo acceso á palacio, acompañando al monarca en dos viajes á Andalucía y Aragón. Por ajena instancia contrajo matrimonio, cuando contaba cincuenta y dos años, con doña Esperanza de Aragón, señora de Cetina, de la misma edad que él, viuda y con hijos. El matrimonio tuvo grandes disgustos, estando separado casi los ocho años que vivió doña Esperanza.

El conde-duque tornóse luego su enemigo. Bajo pretexto de que Quevedo era el autor de una sátira que el rey encontró cierto día al ir á comer, en su servilleta, le apresó de noche violentamente y le hizo conducir al convento de San Marcos de León, donde, cargado de grillos, ocupó durante cuatro años un húmedo calabozo subterráneo. Al perder el de Olivares su privanza, Quevedo volvió á Madrid, pasó luego á su señorío de la Torre de Juan Abad, y últimamente á Villanueva de los Infantes, donde murió en 8 de Septiembre de 1645.

De Quevedo tiene el vulgo español, desdichadamente, una idea muy equivocada, tomándole por un bufón chocarrero que sólo sabía decir chistes burdos y desvergonzados. Nada más lejos de la verdad. Fué, sí, hombre de ingenio sorprendente, inimitable en el género satírico; pero fué también un erudito de primera fila, versado en las ciencias y en las letras, conocedor de varias lenguas y dotado de un alto espíritu filosófico.

Sus obras en verso y en prosa son muchas. Haremos mención de las principales.

Quevedo poeta.—Como poeta, ya se ha dicho antes de ahora que juntamente con Lope y Góngora forma la plana mayor de los de su época. Sus roman-

ces y sonetos, especialmente, son dechado de belleza, gracia y facilidad.

Las poesías forman una colección titulada *Las musas* ó *El Parnaso español*, por estar dividida en secciones correspondientes á las nueve musas. Las hay serias y jocosas. Las primeras revelan toda la profundidad de pensamiento que tuvo Quevedo, si bien á veces pecan de conceptuosas. Obras maestras son, entre otras que pudieran citarse, las poesías *á la Primavera*, *al Sueño* y á *Roma antigua* y *moderna*, el poema en octavas *A Cristo Crucificado* y muchos de los sonetos. Tradujo con igual acierto los versos gnómicos de Focílides y los elegíacos de Jeremías, que las alegres composiciones de Anacreonte.

Como poeta festivo, Quevedo no tiene igual en castellano. Sus sátiras, especialmente la que versa sobre los *Riesgos del matrimonio*, son modelos en el género. Sus letrillas sólo admiten comparación con las de Góngora, y algunas son tan populares como las de *Poderoso caballero es Don Dinero*, *Punto en boca*, etc. Otro tanto puede decirse de los romances, entre los cuales los llamados *jácaras* pintan de cuerpo entero á los rufianes y gente de presidio. En abundancia tiene los sonetos festivos, como los dedicados *A una nariz*, *Al mosquito de la trompetilla*, *Respuestas de mujer arisca*, etc., etc.

Escribió también Quevedo muy graciosos entremeses, como *Peralvillo en Madrid*, *La venta*, *La endemoniada fingida*, *La infanta Palancona* y otros.

Quevedo prosista.—Las obras en prosa de Quevedo, pertenecen á géneros muy diferentes.

Políticas tiene varias muy notables. Sirvan de ejemplo la *Política de Dios y Gobierno de Cristo*, en que deduce del Evangelio un cuerpo de filosofía política, y la *Vida de Marco Bruto*, donde discurre sobre

le mejor forma de gobernar y expone su opinión sobre la política contemporánea.

Las tiene ascéticas y morales, como *La cuna y la sepultura*, *Providencia de Dios*, etc. En ellas ostenta Quevedo una extensa erudición en los textos sagrados, igualando á los mejores ascéticos.

Las obras festivas y satíricas son admirables. Las más famosas son los *discursos* que tituló *Sueños*, sátiras deliciosas donde derrocha el ingenio á raudales. En el *Sueño de las calaveras* finge que llega el juicio final, zahiriendo con este motivo á varias profesiones. En *El alguacil alguacilado* pone la sátira en boca de un diablo que se encontraba en el cuerpo de cierto alguacil. En *Las zahurdas de Plutón* se dice trasladado al infierno, como el Dante, y pasando revista á los condenados, dirige graciosos ataques á todas las clases de la sociedad. En *El mundo por de dentro* presenta alegóricamente la gran población del mundo, poniendo de manifiesto la hipocresía y todo género de mentiras. En la *Visita de los chistes* desfilan personajes tradicionales, como *el Rey que rabió*, *Pero Grullo*, *Perico de los palotes*, *el bobo de Coria*, etc., y presenta con este pretexto un cuadro de la situación de España en su época. Los *Sueños* de Quevedo hacen considerarle como uno de los mayores humoristas del mundo.

No es seguro que pertenezca á Quevedo, antes bien se atribuye al escritor sevillano Antonio Ortiz Melgarejo, la *Casa de locos de amor*, donde se presentan los desvaríos á que esta pasión conduce, suponiendo que los que la padecen están encerrados en un manicomio.

Aparte de los *Sueños*, tiene Quevedo muy curiosas obras festivas y satíricas, de que mencionaremos algunas. En las *Cartas del caballero de la Tenaza* hay veintidós cartas de un avaro á su dama, «donde se hallan muchos y saludables consejos para guardar la mosca y gastar la prosa». En el *Libro de todas las co-*

sas y otras muchas más, destruye las supersticiones, atacando á los charlatanes y sabios de pega. Invención felicísima es la de *La hora de todos y la Fortuna con seso*. Júpiter, para concluir con las injusticias de la Fortuna, resuelve que durante el espacio de una hora todos los hombres ocupen la situación y puesto que merecen; pero como de ello no resulta ventaja alguna, sino, por el contrario, el desconcierto y la violencia, todo vuelve á su primitivo estado. Grande curiosidad ofrecen también las *Premáticas*, que son varias, y en que satiriza á muy diferentes personas, desde las *cofarreras* hasta los *poetas hueros*. De sátira literaria tiene también varias obras: tales son *La culta latiniparla*, donde se burla de las mujeres que hablan en culto, y *La perinola*, enderezada al doctor Juan Pérez de Montalván, que fué siempre su enemigo.

Tiene Quevedo una novela picaresca graciosísima, la *Historia de la vida del buscón llamado Don Pablos*, más conocida por *El gran tacaño*. El protagonista, natural de Segovia, comienza sirviendo á un joven de la nobleza, con quien habita en la casa del famoso licenciado Cabra y en Alcalá; y después de correr muy variadas aventuras, acaba por embarcarse para las Indias. En *El gran tacaño* el interés no decae ni un solo momento; los lectores van siguiendo con atención creciente la vida de Pablicos. Es un libro realista con exceso; en él se dice todo sin atenuaciones ni eufemismos.

Carácter literario.—Quevedo, en suma, es figura saliente en las letras españolas. Por sus obras serias, profundas y eruditas, no desmerece de los mejores didácticos. Por sus inimitables obras festivas se le considera como un gran humorista que derrama á manos llenas las sales de su sarcasmo. Son en él defectos innegables, aparte de un naturalismo muy crudo, los conceptuosos excesos de agudeza, traducidos en interminables equívocos, sentencias y sutilezas metafísicas.

CAPÍTULO XXX

Época postclásica de la Literatura española. La poesía en el siglo XVIII.—La lírica y la épica. Dramáticos.—Don Ramón de la Cruz. Moratín.

Carácter de esta época.—El siglo XVIII es, indudablemente, de decadencia para la literatura española, y en él se desarrolla la época *postclásica*. Pero esa decadencia se ha exagerado. Ni faltaron poetas de cierto mérito, ni dejó de haber algún género, como la didáctica, cultivado con brillantez. Tengamos en cuenta que los gustos cambian, y que es preciso juzgar á los escritores con arreglo á su época.

Al venir Felipe V á España, con los gustos y aficiones de su nación, bien pronto se dejó sentir la influencia francesa. Viendo algunos escritores la postración de las letras españolas en los últimos años del siglo XVII, y no acertando á comprender toda la belleza de nuestros grandes autores de la edad de oro, buscaron el remedio en la imitación de los franceses, y entonces comenzó el dominio de la escuela *clasicista*, que despóticamente imponía, con la fría y regulada corrección de forma, preceptos como el de las famosas unidades dramáticas. El principal representante de estos reformistas fué el aragonés Don Ignacio de Luzán (1702-54), poeta acicalado, pero sin inspiración ni brío, que sentó los cánones de la es-

cuela en un *Arte poética* tomada de cierto P. Lebossu y de los preceptistas italianos, con reminiscencias de Aristóteles, no exenta de valor literario. Pero como la poesía no se nutría de su savia propia, sólo pudo vegetar tristemente; y ni los que siguieron la nueva tendencia, ni los que acaso remedaron á nuestros clásicos, lograron remontarse á gran altura.

La lírica.—Entre los poetas que florecen en la primera mitad del siglo, sólo merece citarse alguno como Don Eugenio Gerardo Lobo (1679-1750), que en medio de su mal gusto tiene felicísimos rasgos de ingenio y una gran soltura para la versificación, ó Don Diego de Torres y Villarroel (1693-1770), personaje curiosísisimo, que lo mismo que escribía versos imitando á Quevedo, componía almanaques vaticinando el porvenir. Justa fama alcanzó una *Sátira* contra los malos escritores, compuesta en lenguaje y versificación bastante fáciles, por Don José Gerardo de Hervás, bajo el seudónimo de Jorge Pitillas († 1742).

Los caracteres de la poesía vienen á ser el prosaísmo, la flojedad, la sensiblería dulzona y artificiosa; y todos los poetas, siguiendo rumbos idénticos, ofrecen fisonomía muy parecida. Odas y poemas filosóficos y didácticos influídos por la preceptiva francesa y también por algunos poetas ingleses, fríos, enfáticos, verdaderas disertaciones rimadas; églogas y otras muestras de la poesía pastoril, puesta en boga en toda Europa por el suizo Gessner; anacreónticas, letrillas y romances imitados de Villegas, Esquilache, Góngora y otros poetas del Siglo de Oro: tales fueron los géneros preferidos. Como se ve, aun recibiendo nuestra poesía influencias extrañas, todavía quedó en ella algo—lo mejor, por cierto,—de abolengo español. Y no faltó quien aunase discretamente ambos elementos, como Don Nicolás Fernández de Moratín (1737-

1780), poeta digno de estima, pues si bien la perfección de sus obras se debe muy á menudo al trabajo de lima, tiene versos tan valientes y castizos como las quintillas de *La fiesta de toros en Madrid*. El salmantino Fray Diego González (1733-1794), imitó con entusiasmo á Fray Luis de León; pero tuvo mayor acierto en la poesía familiar y ligera.

Entonación muy parecida tuvieron tres poetas coetáneos; el coronel Don José Cadalso (1741-1782), el presbítero Don José Iglesias de la Casa (1748-1791) y el magistrado Don Juan Meléndez Valdés (1754-1817). Los tres escribieron con preferencia versos bucólicos y letrillas anacreónticas muy agradables, sin que en la poesía elevada lograsen nunca el fuego de la inspiración. De ellos, el que más vale es Meléndez Valdés, que sin mostrar la fibra y vehemencia de los poetas de empuje, se hace muy simpático por su apacibilidad, dulzura y talento descriptivo. Por eso encuentra su propio centro en la poesía campestre y amorosa, en versos heptasílabos y octosílabos, y, por el contrario, cuando entra en los dominios de la oda sólo consigue una entonación fría y aparatosa. En *Las bodas de Camacho* hizo una tentativa de comedia pastoril, no del todo desafortunada.

Amigo y consejero de Meléndez fué Don Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811), más que como poeta, ilustre como escritor enciclopédico. Sus versos revelan, más que el estro del poeta, la maestría del técnico; no obstante lo cual algunas de sus sátiras y epístolas ofrecen rasgos de mucho acierto.

La poesía declamatoria que se observa á veces en alguno de los poetas citados, y que había de continuarse en los principios del siglo XIX, aparece más marcada en Don Nicasio Alvarez de Cienfuegos (1764-1809). Poeta impetuoso y vehemente, Cienfuegos realiza el *bello desorden* tan decantado por los preceptistas, pero ello le hace incurrir en los mayores extravíos.

Reservando el hablar de Moratín hijo para cuando se trate de la dramática, en que principalmente brilló, y prescindiendo de otros poetas, mencionaremos á Don José Vargas Ponce (1760-1821), hombre de vasta cultura, que como poeta satírico adquirió justa nombradía por su *Proclama de un solterón.*

Fabulistas.—Dos fabulistas notables florecen en el siglo XVIII. Don Félix María Samaniego (1745-1801) y Don Tomás de Iriarte (1750-1791). Sus fábulas, de todos conocidas, los colocan entre los buenos cultivadores del género. Las de Iriarte son de sátira literaria más que otra cosa.

Don Tomás de Iriarte.

La épica.—La poesía épica en este siglo ofrece no pocas producciones. El Conde de Torrepalma (1706-1767) escribió un poema titulado *Deucalión*, imitando á Ovidio con bastante valentía, y el boceto de otro sobre *El juicio final La Caza y La Música*, poemas didácticos de Moratín padre y de Iriarte, respectivamente, son simple prosa rimada. Algunos cantos épicos aparecen, friamente correctos, como el de Nicolás Moratín *A las naves de Cortés destruídas*, y el de Meléndez Valdés *La caída de Luzbel*. No carece de gracia el poema burlesco *La Perromaquia*, de D. Francisco Nieto de Molina, ni los fragmentos que se conservan de *La Burromaquia*, por D. Gabriel Alvarez de Toledo (1662-1714).

La dramática.—La poesía dramática, al comenzar el siglo, imita mezquinamente á los autores del anterior, á Calderón sobre todo. Dos dramáticos son tan sólo los que en tan lastimosa decadencia hacen papel menos triste. Don Antonio de Zamora († 1728?)

en medio de muchas obras anodinas, tiene algunas que revelan ingenio, como *El hechizado por fuerza*, donde retrató, según algunos, al rey D. Carlos II, y *No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague*, inspirada en la leyenda del *convidado de piedra*. Inferior á Zamora es Don José de Cañizares (1676-1750), que tiene alguna comedia entretenida y nada más, como *El Dómine Lucas* y *El picarillo en España*.

Influencia francesa.—Luego se refleja en la poesía dramática, con más vehemencia que en otros géneros, la influencia francesa. Tradújose á los trágicos Racine y Corneille; Don Agustín de Montiano y Luyando (1697-1764), no contento con escribir dos tragedias, medianas por cierto, según la preceptiva francesa, hizo de ésta una defensa calurosa; y, últimamente, escritores como D. Nicolás Moratín, Cadalso, Cienfuegos y Jovellanos, compusieron tragedias del mismo corte, sin salir nunca de una abrumadora monotonía. Mejor suerte tenía la comedia. Aunque sosas é inocentes, *El señorito mimado* y *La señorita mal criada*, de Iriarte, son comedias agradables. También interesa, si se prescinde de su sensiblería, *El delincuente honrado*, de Jovellanos, que es realmente un drama.

Garcia de la Huerta.—El principal defensor de nuestro teatro nacional fué Don Vicente Garcia de la Huerta (1734-1787). Autor de buenos romances imitatados de Góngora, en las lanzas que rompió por el arte dramático español tuvo poco acierto; y precisate su obra maestra, *La Raquel*, tragedia de verdadero mérito, basada en los amores de Alfonso VIII con la famosa judía de Toledo, está adaptada á los preceptos franceses.

Los esfuerzos de unos y otros fueron inútiles. El teatro, lejos de mejorar, cayó en manos de escritorzuelos como Don Antonio Valladares y Don Luciano Francisco Comella (1716-1779), que

llevaron á la escena toda clase de disparates, falseando á capricho la historia y aun la lógica. Comella sobre todo es el prototipo de los autores malos.

Don Ramón de la Cruz.—Apareció entonces un autor de verdadero mérito, que supo hacerse aplaudir del pueblo: Don Ramón de la Cruz (1731-1794). Después de cultivar diversos géneros dramáticos, Don Ramón de la Cruz encontró su natural campo de acción en los *sainetes*, que le dieron la totalidad de su fama. En ellos hizo la exacta pintura de las clases populares de Madrid con un gracejo y colorido sin igual, ya que no con mucha brillantez de estilo—que no era realmente muy necesaria para reproducir el lenguaje de majas y chisperos.—*La Petra y la Juana*, *Manolo*, *El muñuelo*, *Las castañeras picadas*, *La maja majada* y otros muchos, son cuadros llenos de verdad que aseguraron un nombre al sainetero madrileño.

Moratín

Moratín hijo.—Quien, al fin, vino á regenerar el teatro del siglo XVIII, fué Don Leandro Fernández de Moratín (1760-1828), hijo de D. Nicolás. Moratín hijo, madrileño como su padre, clérigo muy culto, será siempre considerado como una figura eminente en nuestra historia literaria. Lo mismo que Meléndez Valdés, fué *afrancesado*, esto es, parti-

dario de los franceses en la invasión napoleónica; pero en sus obras literarias aprovechó sin distinción los elementos del arte francés y los propiamente nacionales. Como poeta lírico, carece de fantasía y de pasión; en cambio su dicción es pura, su versificación intachable. Como prosista, no deja de tener gracia en *La derrota de los pedantes*, y su estudio sobre los *Orígenes del teatro español*, contiene noticias de mucho interés.

Para el teatro, además de traducir *La escuela de los maridos* y *El médico á palos*, de Molière, y el *Hamlet*, de Shakespeare, compuso cinco comedias: dos de ellas medianas, *El viejo y la Niña* y *El Barón*, ambas en verso; otra un poco mejor, *La Mogigata*, también en verso, y con caracteres bien pintados, aunque calcados en Molière; otra excelente, *El sí de las niñas*, donde la figura de Paquita, la joven á quien su madre quiere casar contra su gusto, es tan interesante como la de D. Diego, el generoso anciano que renuncia al matrimonio para que aquélla elija al preferido de su corazón; y, últimamente, la que se tiene con justicia como obra maestra de Moratín, *La comedia nueva ó el Café*. El poeta D. Eleuterio Crispín de Andorra, trasunto de Comella, el locuaz camarero Pipí, el pedante D. Hermógenes, todos los personajes de *La comedia nueva*, en fin, son tipos sociales que, con pocas diferencias, existen siempre. El principal mérito de Moratín, en nuestra opinión, consiste en haber llevado el realismo á la comedia, desechando tanto la parsimoniosa y convencional tragedia clasicista, como las ficciones disparatadas y absurdas que tanto agradaban al vulgo.

CAPÍTULO XXXI

La prosa en el siglo XVIII.—La novela y la sátira.—La didáctica.—La historia.—Género oratorio y epistolar.

La novela y la sátira.—La prosa castellana en el siglo XVIII corre mejor suerte que el verso. Ocurre, sin embargo, que la novela apenas tiene otro cultivador de nota que el P. José Francisco de Isla (1703-1781), nacido en Vidanes (León). La obra más célebre del P. Isla es la *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas, alias Zotes*, novela donde satirizó con mucha gracia á los malos predicadores de su tiempo en la persona del protagonista, desenvuelto hijo de labradores que abraza el estado religioso y deja oir doquiera sermones conceptuosos y alambicados, como entonces se usaban. Tradujo también en lenguaje fluido el *Gil Blas de Santillana*, del francés Lesage, y escribió otras varias obras. Las cartas del P. Isla, dirigidas en su mayor parte á su hermana y su cuñado, son muy agradables por su simpática ingenuidad. El mérito principal de este escritor está en su tono chancero y zumbón, siquiera alguna vez tocase en la chocarrería.

Son bastantes las sátiras en prosa que por entonces se escribieron. Don Juan Pablo Forner (1756-1797), que como poeta lírico y dramático no tuvo gran mérito, escribió, entre otras obras de índole satírica, las *Exequias de la lengua castellana*,

ridiculizando sobre todo á los oradores forenses. Cadalso es autor de *Los eruditos á la violeta*, malicioso ataque contra los sabios de apariencia. Parecida finalidad tiene *La derrota de los pedantes*, de Moratín hijo.

La didáctica.—La didáctica es el género que en el siglo XVIII alcanza mayor brillantez. Y en este punto conviene citar en primer término á dos grandes polígrafos: Fray Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro (1676-1764), y D. Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811).

Feijóo.—Feijóo nació en Casdemiro, obispado de Orense; fué religioso de San Benito y profesor en el convento de Oviedo. Hombre que había leído mucho, tomó sobre sí la tarea de propagar los más esenciales conocimientos de cultura general. Sus obras, especialmente las tituladas *Teatro crítico universal* y *Cartas eruditas*, son una enciclopedia donde, en amena mezcolanza, discurre sobre ciencias diversas, combate las supersticiones, y vulgariza, en suma, cuestiones que eran privilegio de unos cuantos. Las obras del P. Feijóo, que suscitaron muchas polémicas, contienen errores, indudablemente; pero sirvieron para despertar el gusto por la investigación y el estudio. En esta empresa le ayudó su paisano y compañero de hábito Fray Martín Sarmiento (1695-1770), que escribió muchos trabajos de las materias más opuestas, desde la geología y la botánica hasta la bibliografía y la lingüística.

Jovellanos.—Mayor altura literaria y científica tienen las obras de Jovellanos, nacido en Gijón. Patricio integérrimo, soportó con resignación injustos destierros, y en la invasión francesa hizo noble alarde de su patriotismo ayudando eficazmente á la Junta Central y rechazando los ofrecimientos del rey intruso. Escritor

insigne, cultivó géneros muy diferentes, así en verso como en prosa.

Como poeta, Jovellanos se resiente de la artificiosidad de su época. No obstante, sus poesías líricas, correctas siempre, adquieren elevación alguna que otra vez, según ya hemos dicho en otro lugar. La tragedia *El Pelayo*, en verso, es una de tantas como se escribieron á la moda francesa. Su drama *El delincuente honrado*, imitado de la *alta comedia* de los franceses, aunque inocente y sentimental, despierta cierto interés.

Jovellanos

Pero el verdadero campo literario de Jovellanos está en la didáctica; que no en vano fué un erudito, un arqueólogo, un economista, un hombre de Estado. El *Informe sobre la ley agraria*, la *Memoria sobre las diversiones públicas* y otras obras del mismo carácter, tienen subido mérito, tanto por el fondo, trascendental y meditado, como por la forma, cuidadosa y pulcra. El lenguaje de la *Memoria del castillo de Bellver* es modelo en obras didácticas.

Preceptistas y críticos.—De preceptistas y críticos hay algunos nombres notables. Don Gregorio Mayans y Siscar (1699-1781) trabajó sin descanso por nuestra literatura, editando obras clásicas, formando la biografía de hombres como Cervantes y Don Nicolás Antonio, y escribiendo una *Retórica* muy aceptable para su tiempo, y unos diálogos de *El orador cristiano;* en los *Orígenes de la lengua española* recopiló varios monumentos del castellano. Don Juan Pablo Forner, ya citado antes, escribió, entre otras obras, una elocuente y patriótica *Oración*

apologética por la España y su mérito literario. Don Antonio Capmany y Mompalau (1742-1813) es autor del *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española*, libro muy metódico y razonado, y de la *Filosofía de la elocuencia*, tratado de Retórica al uso de la época. Don Tomás Antonio Sánchez (1725-1802), benemérito de nuestras letras, publicó las poesías castellanas anteriores al siglo XV, con observaciones muy luminosas.

Filólogo insigne fué el jesuíta Lorenzo Hervás y Panduro (1735-1809), autor del monumental *Catálogo de las lenguas.* Panduro es uno de los fundadores de la filología comparada, y el primero, como dice Max Müller, que acertó con una clasificación científica de las lenguas. Escribió también obras de filosofía y antropología, como la *Historia de la vida del hombre.*

Ciencias varias.—Otros varios autores cultivaron la filosofía, pues el siglo XVIII es de controversia entre los innovadores y los partidarios de la escuela tradicional. Aquí sólo mencionaremos al Doctor Don Andrés Piquer (1711-1772), tan ilustre médico como filósofo, y al cisterciense Padre Antonio José Rodríguez, que en su *Philoteo* combatió el enciclopedismo. El Padre Esteban de Arteaga (1747-1799), es el primer estético español por sus *Investigaciones filosóficas sobre la belleza ideal.*

Como también hubo notables tratadistas de ciencias morales y políticas, haremos mención de algunos. Don Juan Francisco de Castro (1721-1790), hizo en sus *Discursos críticos* concienzudos estudios de Derecho y Economía. Don Pedro Rodríguez Campomanes, conde de Campomanes (1723-1803), buscó en sus numerosas obras el mejoramiento del país, mediante el fomento de la industria, agricultura y ganadería, empleo útil de los gitanos, mendigos y vagos, etc., etc. Idéntico fin persiguió en sus obras Don José Antonio Moñino, conde de Floridablanca (1730-1808), proponiendo, entre otras cosas, la limitación de los derechos á la Mesta.

Abundante es la producción literaria en otras ciencias, desde las magistrales obras de astronomía, matemáticas y náutica que escribió Don Jorje Juan (1713-1773), hasta las que, en castellano y latín, compuso sobre botánica el insigne Don Antonio José Cavanilles (1745-1804). Ni podemos, por razones obvias, hacer este estudio, ni tampoco el de los numerosos eruditos é investigadores que florecen en el siglo XVIII, y entre los cuales figuran hombres tan ilustres como Don Francisco Pérez Bayer (1711-1794), gran arqueólogo y bibliófilo; Don Antonio Ponz (1725-1792), autor de una obra inapreciable sobre los monumentos

arquitectónicos de España; Don Juan Agustín Ceán Bermúdez (1749-1819), biógrafo de los artistas españoles, etc., etc.

La historia.—Pocas palabras bastarán para los historiadores. El Marqués de San Felipe (1669-1728) escribió la *Historia de la guerra de sucesión*, parcial y apasionada, pero de algún mérito literario. Obra monumental, históricamente considerada, es la *España Sagrada*, del ilustre agustino P. Enrique Flórez (1702-1773), pues contiene una colección abundantísima de documentos. Tiene además el maestro Flórez otras obras muy notables, como la *Clave historial*, las *Memorias de las Reinas Católicas*, etc., con todas las cuales vino á crear en España la historia científica á la moderna. Los PP. Risco, Merino (1745-1830) y La Canal (1768-1845) continuaron la *España Sagrada*.

P. Flórez.

El P. Andrés Marcos Burriel (1719-1762) fué uno de los eruditos enviados por Fernando VI para recoger documentos y memorias de la historia de España y el encargado de ordenar los trabajos. Es autor de las *Memorias de Fernando III el Santo*, de la *Paleografía española* y de otras obras de sólida doctrina. D. Luis José Velázquez, marqués de Valdeflores (1722-1772), escribió varios libros históricos muy amenos y eruditos. La *Historia crítica de España*, del P. Juan Francisco Masdeu (1744-1817), aunque de mucha erudición y paciencia, revela alguna precipitación en los juicios.

Género oratorio y epistolar.—La oratoria arrastra

en el siglo XVIII una vida lánguida. La sagrada, en manos de oradores *gerundianos*, apenas presenta nombres como los de Fray Diego José de Cádiz (1743-1801) y Fray Pedro de Calatayud (1698-1747), que desplegaron cierta elocuencia. La forense, censurada por Forner en las *Exequias de la lengua castellana*, contó con representantes de mérito, como Meléndez Valdés y Jovellanos. Este y Mayáns tienen buenos discursos académicos.

Hay, además del P. Isla, otros epistológrafos, si bien sus cartas, más que tales, son artículos sobre asuntos diversos. Tales son Cadalso, que en sus *Cartas marruecas* puso de manifiesto no pocos errores y vicios de su época; Feijóo, que escribió las *Cartas eruditas;* Jovellanos, que en las suyas trató materias muy diversas; y el Conde de Cabarrús (1752-1810), autor de *Cartas al Príncipe de la Paz*, sobre asuntos político-administrativos.

CAPÍTULO XXXII

SIGLO XIX.—LA POESÍA.—POETAS CLASICISTAS.—QUINTANA Y GALLEGO.—LA DRAMÁTICA.—MARTÍNEZ DE LA ROSA.—EL ROMANTICISMO.—EL DUQUE DE RIVAS.—OTROS DRAMÁTICOS.

Carácter del período.—El siglo XIX supone en España, literariamente, un marcado progreso sobre el anterior. Marchando con el concierto general europeo, los gustos sufren durante toda la centuria sucesivas modificaciones, y nunca falta quien mantenga la gloria de nuestras letras.

Estas, en los comienzos del siglo, continúan por los mismos cauces que tenían al finalizar el anterior. Luego, al comenzar el segundo tercio, se sigue un período señalado por el *romanticismo*, que se impone durante unos años como señor absoluto; hasta que, pasado su predominio, la literatura toma rumbos diferentes.

Antes del romanticismo.—LA LÍRICA.—En el primero de estos períodos, el mejor poeta es el madrileño DON MANUEL JOSÉ QUINTANA (1772-1857), discípulo de Meléndez y de Cienfuegos en la poesía de alto vuelo. Quintana, más que inspiración, tuvo maestría en la rima. Como dice Menéndez Pelayo, las bellezas de sus odas suelen ser más oratorias que líricas; pero su musa sabe desplegar una elocuencia arrebatadora. Varonil y enérgico, la ternura y el amor faltan en su

lira, pero en cambio resuenan en ella las notas vibrantes de gloria, de patria y libertad. Aun reconociendo lo que hay de enfático y declamatorio en la poesía de Quintana, y aunque los gustos hayan cambiado, es preciso considerarle como un gran poeta. Bastaran para ello sus patrióticas odas *Al combate de Trafalgar*, *A Juan de Padilla*, *A España después de la revolución de Marzo* y las que dedicó *Al mar*, *A la imprenta* y *A la vacuna*. A más de las poesías líricas, compuso Quintana dos tragedias—*El duque de Viseo* y el *Pelayo*—y varios trabajos didácticos, entre ellos las *Vidas de españoles célebres*, serie de biografías que por su lenguaje y espíritu crítico constituyen un monumento clásico.

Quintana.

Parecido á Quintana como poeta es D. Juan Nicasio Gallego (1777-1853), que exageró la corrección externa de sus versos y arrojó en ellos un diluvio de metáforas y de exclamaciones. Esta deslumbradora brillantez tienen la oda *A la defensa de Buenos Aires* y la elegía *Al dos de Mayo*. Más sentida es la que dedicó *A la muerte de la Duquesa de Frías*.

Poeta más natural que los anteriores, aunque de entonación menos elevada, fué D. Juan Bautista Arriaza (1770-1837), autor de ardientes poesías pa-

trióticas y de otras pastoriles y ligeras. Tradujo Arriaza el *Arte Poética* de Boileau.

Prescindiendo de otros muchos poetas, mencionaremos á dos de valía. Uno es el malagueño D. Juan María Maury (1772-1845), autor del pomposo poema *La agresión británica*, de otro muy original titulado *Esvero y Almedora*, sacado del *Paso honroso* de Suero de Quiñones, y de un canto *A Dido*. Es el otro D. Manuel de Cabanyes (1808-1833), catalán, que compuso esculturales versos de corte clásico. Entre los poetas sevillanos, numerosos por esta época, dos son los que han alcanzado más notoriedad: D. Alberto Lista (1775-1848) y Don Félix José Reinoso (1772-1841). El primero, maestro insigne de una generación de literatos, es otro ejemplo del versificador pulcro y atildado, sin nervio ni inspiración, excepto en alguna poesía como *El canto del esposo*. El segundo escribió poesías secas y afectadas, y el poema *La Inocencia perdida*, imitado de Milton, donde se encuentran algunas octavas de mano maestra.

La dramática.—La poesía dramática en el primer período del siglo XIX sigue también los rumbos que había iniciado al terminar el precedente. Siguieron las traducciones de tragedias francesas é italianas, y algunos poetas, como Quintana, Gallego y D. Dionisio Solís (1774-1834), escribieron otras originales, vaciándolas también en aquellos moldes. El mismo Solís popularizó el antiguo teatro español, principalmente el de Tirso de Molina, con notables refundiciones. La comedia moratiniana tuvo representantes como el granadino D. Francisco Javier de Burgos (1778-1848), más que por sus obras teatrales notable por sus poesías líricas y traducciones de Horacio, y el mejicano D. Eduardo Gorostiza (1789-1851), que en comedias

como *Indulgencia para todos* y *Contigo pan y cebolla*, demostró agudo ingenio.

El gran poeta cómico en esta primera mitad del siglo, es el riojano D. Manuel Bretón de los Herreros (1796-1873), versificador incomparable, observador habilísimo, fecundo en chistes de buena ley. Con asuntos muy sencillos y tomados de la vida corriente de su época, escribió más de ciento cincuenta comedias llenas de atractivo, alguna de las cuales, como *Marcela ó ¿á la cuál de los tres?*, *Muérete y verás*, *El pelo de la dehesa*, *La batelera de Pasajes*, no morirán nunca en nuestra historia literaria. Las poesías sueltas de Bretón, sobre todo las sátiras en tercetos y las letrillas, son otras tantas muestras de esa versificación espontánea y fácil hasta lo extraordinario.

Martínez de la Rosa.—Especial mención requiere en este punto D. Francisco Martínez de la Rosa (1787-1862), nacido en Granada, hombre de incansable actividad, desplegada en la política y en la literatura. Comenzó escribiendo poesías líricas, entre las que hay alguna tan bella como la elegía *A la muerte de la Duquesa de Frías*. De su juventud es también el valiente canto épico *Zaragoza*, y una *Poética* calcada en la de Boileau.

Pero la mayor gloria de Martínez de la Rosa está en el teatro. Escribió primero comedias de encantador tinte moratiniano y tragedias clasicistas; pero su dúctil naturaleza artística produjo luego dos obras que son como el primer chispazo del romanticismo en la escena española: el *Aben-Humeya* y *La conjuración de Venecia*. Esta última, llena de pasión y de sentimiento, modelo de expresión, es la producción maestra de su autor.

El romanticismo.—El Duque de Rivas.—Respondían estas obras del poeta granadino al ambiente

que se respiraba en la literatura europea. El ordenancismo de la escuela clasicista había producido una reacción por parte de escritores que recababan para el arte literario más libertad é independencia. Los alemanes, sobre todo, defendieron con ardor el romanticismo—que así vino á llamarse la nueva escuela,—buscando preferentemente sus asuntos en las tradiciones de la Edad Media y proclamando las excelencias del teatro español del Siglo de Oro, especialmente el de Calderón. Desde principios de siglo venía preparándose en nuestra patria la innovación, por varias concausas que no es posible estudiar aquí; y ya en 1832, dos años antes de representarse *La conjuración de Venecia*, se había publicado *El Moro expósito*, de Don Angel de Saavedra, Duque de Rivas (1791-1865), á quien se debe el definitivo triunfo del romanticismo.

El Duque de Rivas comenzó imitando á Quintana, así en varias tragedias como en las poesías líricas, tan notable alguna de éstas como la titulada *Al faro de Malta*. Pero invadiendo luego el género narrativo, que era su natural elemento, escribió el poema antes citado—*El Moro expósito*,—basado en la leyenda de los Infantes de Lara y que es la primera obra genial de la escuela romántica española. Narrativos son también los famosos *Romances históricos*, en que contó de modo inimitable interesantes tradiciones y episodios de nuestra historia.

Todas las obras dramáticas del Duque de Rivas aparecen obscurecidas por *Don Alvaro ó la fuerza del sino*, creación de tétrica grandeza, en que rompió con los moldes literarios conocidos. Con esta inmortal tragedia el romanticismo español se elevó al pináculo. La fatalidad, persiguiendo implacable al protagonista, llena la obra de tonos sombríos, aunque en ella se intercalan, como episodios secundarios, cua-

dros de costumbres de un realismo encantador. Hasta en la forma trajo el *Don Alvaro* á nuestro teatro una innovación, con la mezcla del verso y la prosa. Podrán descubrirse en el Duque de Rivas ciertos defectos, como el predominio de la forma sobre el fondo, y el prosaísmo en que aquélla cae á las veces; pero siempre se reconocerá el importante papel que ha jugado en nuestra historia literaria.

Otros dramaticos del romanticismo.—Como fué en el teatro donde la escuela romántica adquirió mayor carácter, mencionaremos en este lugar, y antes de pasar á la lírica, los más notables autores que siguieron al Duque de Rivas. De ellos, Don Mariano José de Larra (1809-1837),crítico ilustre, escritor humorista y escéptico que se suicidó por amores, dió á la escena, entre otras obras, el drama *Macías*, basado en la sentimental tradición del famoso trovador gallego. Sobre el mismo asunto escribió una novela, *El Doncel de D. Enrique el Doliente*.

Obra más memorable en los anales del teatro romántico, es *El Trovador*, de Don Antonio García Gutiérrez (1813-1884), que al obtener con ella un triunfo ruidoso, se hallaba en la humilde condición de soldado voluntario. *El Trovador*, cuya versificación es dulce y melodiosa, lleva á su más alto grado la tensión y los atrevimientos románticos. Su conmovedora acción, de interés un poco folletinesco, es muy á propósito para penetrar hasta lo más hondo en el alma del pueblo. Aunque García Gutiérrez escribió otras obras dramáticas, y algunas más notables artísticamente, como *Simón Bocanegra* y *Juan Lorenzo*, en aquélla se apoya su fama.

Don Juan Eugenio Hartzenbusch (1806-1880), que desde su taller de ebanista pasó á ser por muchos conceptos ilustre, escribió un drama romántico de mérito

subidísimo, *Los amantes de Teruel*, con el conocido asunto que habían ya utilizado otros autores españoles. Los amores de Diego Marsilla é Isabel de Segura, la abnegación de aquél luchando con los moros para alcanzar una fortuna, el obligado matrimonio de la joven con D. Rodrigo de Azagra, y últimamente, la trágica muerte de los amantes, inspiraron á Hartzenbusch una de las más bellas producciones del teatro español. Después de este drama, si bien dió algunos toques románticos, prefirió un prudente eclecticismo. Sus dramas históricos, especialmente *La jura en Santa Gadea* y *La ley de raza*, sus donosas comedias, como *Juan de las Viñas* y *Un sí y un no*, le dan puesto preferente entre los dramáticos de su siglo. Hartzenbusch escribió también buenísimas poesías líricas y trabajos de erudición muy estimables.

CAPÍTULO XXXIII

El romanticismo en la lírica. Espronceda.—Zorrilla.—Otros líricos.—Resultados del romanticismo.

La lírica.—Espronceda.—El romanticismo en la lírica está personificado en dos grandes poetas: Don José de Espronceda (1808-1842), y Don José Zorrilla (1817-1893).

Espronceda nació en Almendralejo; estudió en Madrid con Don Alberto Lista, y siendo casi un niño intervino en sociedades revolucionarias; errante por Portugal, Inglaterra y Francia, hallóse en París durante la revolución de 1830; y de regreso en España, sin abandonar su azarosa vida, murió todavía joven.

El romanticismo *subjetivo* de Espronceda se desata en estrofas llenas de pasión y vehemencia. En su mocedad escribió fragmentos de un poema titulado *Pelayo*, de corte clásico; pero luego, habiendo respirado en país extranjero el ambiente de la poesía romántica, vino á ser en España el paladín de la nueva escuela.

Entonces compuso sus más preciadas poesías, de encantador lirismo y formas exuberantes. Fijándonos en las más celebradas, vemos que la titulada *A Jarifa* expresa con íntima amargura el hastío de los placeres; el *Canto del Cosaco* y las canciones de *El pirata*, *El mendigo*, *El reo de muerte* y *El verdugo*, son modelo de aquella poesía que pudiéramos llamar de «los rebeldes», muy del gusto de la época.

Las obras de más empeño que Espronceda escribió, son *El estudiante de Salamanca* y *El Diablo Mundo*. La primera es una leyenda primorosa, basada en la antigua tradición del joven disoluto y descreído que presencia su propio entierro. Notable alarde de una fantasía poderosa y de una versificación rica y variada, es felicísima la pintura del protagonista, Don Félix de Montemar, «segundo Don Juan Tenorio, alma fiera é insolente», contrastando con su amada la tierna é infeliz Elvira.

El Diablo Mundo, poema filosófico-social de gran notoriedad, es desordenado é incoherente, pero encierra un derroche de bellezas. Quiso sin duda Espronceda plantear en él un problema de alcances; pero la trascendencia no aparece muy manifiesta, bien porque se pierde en numerosas digresiones—bellísimas, por otra parte,—bien porque el poema está sin terminar. Junto á prodigiosos rasgos de inspiración y galas admirables de estilo, descúbrense en *El Diablo Mundo* fantasías extravagantes y cuadros de bajo naturalismo. Intercalado en él hállase el *Canto á Teresa*, donde se leen las más sublimes estrofas que la musa del amor ha producido en nuestra lengua.

En sus ensayos dramáticos y de novela histórica, no fué tan feliz Espronceda.

Zorrilla.—Don José Zorrilla, nacido en Valladolid, ha sido llamado con razón *el poeta nacional*. Nadie como él supo encarnar el espíritu de nuestra raza en magníficos versos que son como un eco de tradiciones legendarias.

Todavía muy joven, dióse á conocer por una poesía leída en la tumba de Larra, y desde entonces escribió con una fecundidad portentosa. Afiliado desde luego al romanticismo, dióle en nuestra literatura consistencia y carácter propio, llevándole por cauces nacionales.

No fué el sentimiento lírico lo que distinguió principalmente á Zorrilla, y sus poesías de este género tienen siempre algo de descriptivas y épicas. Mas algunas de ellas son de inspiración tan alta como *Indecisión*, *Gloria y orgullo* y las brillantes *Orientales* á la manera de Víctor Hugo.

Fué ante todo Zorrilla un poeta narrativo. En numerosas leyendas—como *Margarita la tornera*, *A buen juez mejor testigo*, *El capitán Montoya*, etcétera, etc.,—recogió las tradiciones esparcidas en nuestra patria, vistiéndolas con las gallardías de su rima. Evocando los brillantes episodios de la dominación musulmana en España, escribió su grandioso poema *Granada* y algunas otras composiciones del mismo género, en versos fastuosos que parecen trasunto de la exuberancia oriental. *La Leyenda del Cid*, de menor mérito, es algo así como el romancero modernizado del héroe castellano. Los demás poemas de Zorrilla, legendarios ó novelescos, que por lo numerosos no hemos de mencionar aquí, ofrecen siempre los rasgos de su estro inconfundible, en medio de las desigualdades inherentes á todo escritor que produce con exceso.

Zorrilla

«No se le pidan—dice Menéndez Pelayo, determinando con asombrosa exactitud y concisión los caracteres de Zorrilla,—

profundos análisis ni disquisiciones sutiles sobre los misterios del alma. Apenas se detiene á mirarla. Su vocación, ó, como el decía, su *misión*, es otra: hablar á los ojos y á los oídos y halagarlos con pompa de luz y de colores, y con raudales de mágica armonía. El cuento, la conseja, la tradición de moros y cristianos, el libro de caballerías, la devoción infantil y popular más que el sentimiento religioso profundo, la España antigua en su parte menos íntima y más brillante... eso es Zorrilla, y por eso sólo gusta y será querido y admirado mientras lata un corazón español, y mientras no se extinga la última reliquia del espíritu de raza.»

De la forma no hay que hablar. Nada comparable á la hermosura de sus versos, fluidos, naturales, como brotados de quien sólo para eso había nacido. Por esta razón precisamente tienen defectos, sin los cuales, como dice Valera, no concebimos la espontaneidad sobrehumana del poeta, que canta por instinto, como cantan las aves.

En las obras dramáticas, Zorrilla es el mismo: el poeta legendario y popular. *El Zapatero y el Rey*, donde Don Pedro I de Castilla ostenta la nota de justiciero que siempre le adjudicaron nuestros poetas; *Traidor, inconfeso y mártir*, drama fundado en la leyenda del pastelero de Madrigal; *El puñal del godo*, especialmente notable por su versificación robusta; y, por no citar más obras, el mismo *Don Juan Tenorio*, popularísimo drama fantástico que se basa en la tradición del «convidado de piedra», son la mejor representación de ese teatro que siempre atrajo las preferencias del pueblo español, por reflejar sus sentimientos y su historia.

Otros poetas.—Entre los demás poetas de esta etapa romántica, mencionaremos á Don Nicomedes Pastor Díaz (1811-1863), tétrico y pesimista, pero de gran delicadeza; al malogrado leonés Enrique Gil y Carrasco (1815-1846), en cuyos versos está diluída

una dulce melancolía; al P. Juan Arolas (1805-1849), de musa ardiente y fastuosa, sobre todo en las *Orientales*, llenas de luz y color; y á Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873), poetisa cubana que con admirable flexibilidad ensayó en la lírica tonos muy diferentes, desde la oda á lo Quintana hasta los salmos religiosos, escribiendo también novelas según la moda literaria de su época, y tragedias de mucho mérito.

Mención aparte merece, por dar al romanticismo un giro especial, el sevillano Don Gabriel García Tassara (1817-1875), que dejó pocos versos, aunque los suficientes para que se le considere como uno de los más insignes poetas del siglo XIX. Remontando sus ideas á regiones superiores, deja en segundo término el amor y la expresión de sentimientos tiernos, y con el acento de un profeta—pero de un profeta pesimista—habla sobre el destino de los pueblos y de las naciones. Desordenado y aun delirante en ocasiones, su entonación es de ordinario robusta y grandilocuente.

Resultados del romanticismo.—El romanticismo en España, como en otras naciones, produjo innegables beneficios, por los nuevos y preciados elementos que aportó á la literatura. Aunque, según sus varias direcciones, ofrezca matiz diverso, diéronle carácter en lo esencial algunos rasgos más ó menos vagos. Proclamó la libertad en el arte, y rompiendo la metódica frialdad clasicista, puso en sus producciones el fuego de la inspiración; dió mayor variedad á la forma, mezclando en la dramática el verso y la prosa, y multiplicando brillantemente las combinaciones métricas en la épica y lírica; buscó sus asuntos en los ideales caballerescos de la Edad Media y en los sentimientos más íntimos del corazón. Ocurrió, sin embargo, que muchos de sus adeptos cayeron en las mayores exageraciones, y creyendo que ello era preciso para llamarse romántico, diéronse á alardear de impiedad y escepticismo, á enaltecer la depravación y la maldad, á pintar cuadros patibularios y horripilantes. No ha habido doctrina de que no se haya abusado.

+ 20.

CAPÍTULO XXXIV

La poesía después del romanticismo. Campoamor.—Bécquer.—Núñez de Arce.—Otros poetas.—La dramática.

La lírica.—Después del romanticismo, la poesía tomó distintas direcciones.

Siendo muy numerosos los escritores de esta segunda etapa del siglo, creemos conseguido el fin de un libro como el presente mencionando tan sólo á los autores de mayor notoriedad.

Encontramos ante todo los nombres de tres poetas muy celebrados, y de tendencias bien distintas: Campoamor, Bécquer y Núñez de Arce.

Campoamor.—Don Ramón de Campoamor (1817-1901), nacido en Navia (Asturias), comenzó escribiendo versos anacreónticos y eróticos; pero luego, imprimiendo en sus poesías el sello de su especial temperamento poético, vino á crear sucesivamente tres géneros á que llamó *doloras*, *pequeños poemas y humoradas*.

Por su vaguedad, no es posible definir con exactitud estas creaciones campoamorinas. De la *dolora* dijo el mismo Campoamor que es «una composición poética en la cual se debe hallar unida la ligereza con el sentimiento, y la concisión con la importancia filosófica.» Las *humoradas* constan de dos, tres ó cuatro versos, que envuelven un pensamiento tierno ó profundo. Los *pequeños poemas*, bajo la apariencia de una sencilla historia de amor, ó de una anécdota histórica, ó de un relato novelesco, encierran una serie de reflexiones morales y filosóficas, de rasgos humorísticos, de atisbos psicológicos, con que el poeta analiza las ideas y los sentimientos.

En realidad, la humorada, la dolora y el pequeño poema son iguales en esencia. Campoamor es siempre el mismo: el poeta hondo y reflexivo, humorista á ratos, escéptico con escepticismo benévolo y burlón, que envuelve las gallardías de su pensamiento en la vestidura de geniales paradojas, símiles, antítesis y otros recursos semejantes. Tal aparece también en *El drama universal*, poema filosófico de invención elevada, notable especialmente por sus bellos episodios. Con razón se ha llamado á Campoamor *el poeta filósofo*, porque más que en las galas de la forma, muchas veces prosaica, hay que deleitarse en la meditación de sus versos. Campoamor ha tenido muchos imitadores; pero es inimitable.

Campoamor.

En sus obras teatrales tuvo Campoamor poco acierto. Como prosista, escribió algunos tratados de índole filosófica, ingeniosos, pero de poca trascendencia, y una *Poética* muy original, donde proclama *el arte por la idea*. Campoamor declárase enemigo de los que hacen consistir la poesía en la brillantez externa, en las galas de la rima.

Bécquer.—Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870), sevillano, logró inmensa notoriedad con las *Rimas*, pedazos de su alma de artista envueltos en sutil idealismo. Es Bécquer un poeta subjetivo, sentimental y delicado; la expresión de sus sentimientos, entre imágenes de admirable belleza, suena siempre con un dejo de vaga melancolía. Diferente á cuantos con anterioridad á él habían pulsado en España la cuerda del li-

rismo, guarda innegables puntos de contacto con el alemán Heine. Pocos poetas han alcanzado tantos imitadores como Bécquer; pocas poesías han sido acogidas con tanto cariño como *Volverán las oscuras golondrinas*, ó

¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!

Poéticas son también, no obstante estar escritas en prosa, las *Leyendas* de Bécquer, que encierran el atractivo de lo misterioso. La soñadora fantasía y exquisita sensibilidad de Bécquer, produjeron en este género narraciones tan primorosas como *Maese Pérez el organista, La cruz del diablo, El Miserere*, etc.

Nuñez de Arce.—Gaspar Nuñez de Arce (1832-1903), nacido en Valladolid, es el poeta varonil y brioso, que forja sus versos como en recio yunque. Sus poesías líricas, coleccionadas bajo el título de *Gritos del combate*, son, en efecto, como la voz poderosa que lanza la musa enardecida por las luchas de la sociedad moderna. Sus poemas—*La selva obscura, El vértigo, La visión de Fray Martín, La pesca* ,etc.,—recorren en estrofas sublimes toda la gama del sentimiento y de la idea, desde el apacible vivir del labriego castellano, hasta las hondas preocupaciones de la duda.

La inquietud de la vida moderna, con sus luchas religiosas y sociales, es lo que inspira casi todas las poesías de *Gritos del combate*. Queriendo el poeta despertar las energías de su patria, la aplica el cauterio de su vigorosa palabra. Clama, como Quintana, por la libertad, pero sin querer que llegue al libertinaje; y al observar que aun los más nobles ideales se bastardean, desconfía de todo y cae en los abismos de la duda. Parecidos pensamientos suelen informar sus poemas, aunque en algunos de ellos—como el *Idilio, La Pesca* y *Maruja*,—toque la nota del sentimiento. El elemento descriptivo está manejado por Núñez de Arce como por ningún otro poeta.

Por su forma, los versos de Núñez de Arce son de una energía extraordinaria, de una hermosura plástica sin igual. Llamábase con frecuencia á este poeta *el escultural Núñez de Arce;* y aunque la frase, en fuerza de repetida, llegó á parecer vulgar, es de absoluta exactitud: sus estrofas diríanse trabajadas por cincel impecable.

Escribio Núñez de Arce algunas obras dramáticas, de las cuales la más notable es *El haz de leña*, basada en la historia del príncipe Don Carlos, hijo de Felipe II. En prosa tiene unos *Recuerdos de la guerra de Africa* (á la cual asistió como corresponsal de *La Iberia*), y varios cuentos á la manera de Hoffmann, como *Sancho Gil, Las aventuras de un muerto*, etc.

Otros poetas.—Cuéntanse otros poetas de mérito, de que sólo podemos mencionar algunos. Antonio de Trueba (1819-1889) escribió versos de sobrada candidez, pero simpáticos y con sabor popular; Ventura Ruiz Aguilera (1820-1881) es poeta de verdadero sentimiento, demostrado especialmente en bellísimos cantares y elegías llenas de ternura; Manuel del Palacio (1832-1906) dió muestras de su talento poético en multitud de composiciones, sonetos sobre todo, de hermosa factura; Vicente Wenceslao Querol (1836-1889) es, no obstante su poca fama, uno de los más geniales poetas modernos, dechado de elegancia y virilidad; Eusebio Blasco (1844-1903), lírico de mérito no vulgar, es más celebrado por sus amenos escritos en prosa y regocijadas obras cómicas; José Velarde (1849-1892) escribió encantadores poemas y leyendas; Joaquín María Bartrina (1850-1880) expresa sus arranques de escéptico y pesimista en rimas de una amarga originalidad; Emilio Ferrari (1850-1907), sucesor de Núñez de Arce por derecho propio, tiene joyas como *Pedro Abelardo, Consummatum* y *La musa moderna;* José María Gabriel y Galán (1870-1905), que pidió al campo el asunto de sus versos, es notable sobre todo por la ingenuidad de su inspiración.

La dramática.—Pasada la efervescencia romántica, el teatro se encamina por rumbos de mayor realismo. Entre los primeros que así lo procuraron, hállase Don Ventura de la Vega (1807-1865), cuya obra maestra es *El hombre de mundo*.

Dramático de nota, conocedor como nadie del arte de conmover y de los resortes teatrales, es Don Manuel Tamayo y Baus (1829-1897). Entre las obras de Tamayo hay algunas sencillamente inmejorables, como *Virginia*, tragedia inspirada en el conocido episodio de la historia romana, como *Locura de amor*, cuyo protagonista es la desdichada hija de los Reyes Católicos, como *La bola de nieve*, donde se desenvuelve un problema social, y sobre todo como *Un drama nuevo*, imponente tragedia de celos.

Don José Echegaray (1832-1916), aun con sus violentos efectismos é inhábil versificación, tiene dramas eminentemente teatrales, llenos de fuego y vehemencia, como *En el seno de la muerte*, *El gran Galeoto*, *Mancha que limpia*, y comedias primorosas, como *Un crítico incipiente* y *Sic vos non vobis*.

En el teatro que pudiéramos llamar urbano ó de sociedad, fundado en la observación, no tiene igual Don Adelardo López de Ayala (1828-1879). A tal género pertenecen sus obras maestras, *El tejado de vidrio*, *El tanto por ciento*, y esa filigrana que se llama *Consuelo*. Particular recuerdo merece el donosísimo Narciso Serra (1830-1877), poeta de gran facilidad, que en obras como *La calle de la Montera* y *¡Don Tomás!* trazó cuadros de gran animación y colorido. Enrique Gaspar (1842-1902) puso de relieve con mucho gracejo los vicios y ridiculeces sociales, en comedias como *La levita* y *Las personas decentes*. Ricardo de la Vega (1839-1910), se distinguió como sainetero de singular casticismo. Miguel Ramos Carrión (1845-1915) y Vital Aza (1851-1912), son el prototipo de los autores cómicos ingeniosos, en quien corre parejas el manejo gentil y expedito del lenguaje con la más gustosa y legítima gracia.

CAPÍTULO XXXV

La prosa en el siglo XIX.—La novela. La Didáctica.—La historia.—La oratoria política. Escritores regionales e hispano americanos.

La novela.—Artículos de costumbres.—La novela española, que durante el siglo XVIII permaneció en lamentable postración, se reconstituyó airosamente en el XIX. La afición hacia el género comenzó por los *artículos de costumbres*, que por los años de 1830 tuvieron muchos cultivadores. Tales fueron, entre otros de nota, Don Serafín Estébanez de Calderón *(El Solitario)* (1799-1867), que en sus *Escenas andaluzas* trazó pinceladas de castizo españolismo; Don Ramón de Mesonero Romanos *(El Curioso Parlante)* (1803-1882), que en las *Escenas matritenses* copió magistralmente los usos y costumbres de Madrid en su tiempo; Don Mariano

Larra

José de Larra *(Fígaro)* (1809-1837), que á más de sus artículos políticos escribió otros satirizando donosamente las ridiculeces sociales y literarias.

La novela histórica.—Con el romanticismo se impuso en España la novela histórica imitada de Walter Scott. Son de las mejores *El Doncel de Don Enrique el Doliente*, del mismo Larra, y *El Señor de Bembibre*, de Enrique Gil y Carrasco, ya citado como lírico. Con posterioridad, Don Manuel Fernández y González (1821-1888), poeta de imaginación poderosa, malgastó sus facultades en multitud de novelones, entre los cuales pueden encontrarse dos ó tres obras artísticas.

La novela moderna.—Puede decirse que quien inicia la novela moderna es Doña Cecilia Bohl de Faber, más conocida por su seudónimo de *Fernán Caballero* (1796-1877), que buscó sus asuntos en las mismas costumbres de nuestros pueblos, villas y ciudades, proclamando el principio de que «la novela no se inventa, se observa.» Sus novelas *La Gaviota*, *Clemencia* y tantas otras, aunque faltas de energía y sobradas de candidez, son muy agradables. Sus cuentos, especialmente los de costumbres andaluzas, tienen un sello típico é inconfundible.

Don Pedro Antonio de Alarcón (1833-1891) escribió novelas de mérito y tendencias desiguales, sobresaliendo entre todas *El sombrero de tres picos*. Suele Alarcón pecar de efectista; realistas son, por lo general, sus novelas, pero abundan en ellas recursos que encajarían dentro del más exagerado romanticismo. Su *Diario de un testigo de la guerra de Africa*—relativo á la campaña de 1859—es modelo de narraciones interesantes.

Don Juan Valera (1827-1905), gran humanista y crítico, excelente poeta, escritor de un humorismo

amable y delicado, cuenta entre sus primorosas novelas la famosísima *Pepita Jiménez*. Razonador y sereno, inclínase siempre Valera en sus novelas al análisis psicológico; su estilo, netamente castizo, es de mucho atractivo. En sus numerosos trabajos de crítica – como en todo lo demás,—suele mostrarse benévolo y optimista, pero con cierto dejo zumbón muy singular.

En la novela de costumbres regionales es maestro indiscutible Don José María de Pereda (1833-1906), que en obras como *El sabor de la tierruca*, *Sotileza* y *Peñas arriba* encerró lo más característico de la montaña santanderina. Practicando un *realismo* de buena ley, sin las bajezas naturalistas, Pereda llevó á sus novelas, con una verdad admirable, el paisaje, las gentes y los modismos de su país. El lenguaje de Pereda se ha calificado con razón de *cervantino*, por su pureza y transparencia.

La didáctica.—Pasando á hablar de la didáctica, se observa superioridad indudable en las obras referentes á literatura. Ya en la *Retórica* de Don José Coll y Vehí (1828-1876), se emprende una buena dirección, que mejora considerablemente en las obras de Don Manuel Milá y Fontanals (1818-1884), benemérito de nuestras letras. Los trabajos de investigación literaria alcanzan una importancia grandísima, como lo demostrarán algunos nombres, entre otros muchos que, en lugar más adecuado, sería preciso citar. Don Bartolome José Gallardo (1776-1852), crítico mordaz y atrabiliario, acopió preciosos materiales de bibliografía, parte de los cuales ha venido á formar el conocido *Ensayo*. Don Agustín Durán (1793-1862) apreció antes que nadie la importancia de nuestra poesía popular en su *Romancero*, y con el *Discurso sobre el influjo de la crítica moderna en la decadencia del Teatro antiguo español*, contribuyó á

divulgar el romanticismo. Don José Amador de los Ríos (1818-1878) escribió varios libros de sólida erudición, sobre todo su *Historia crítica de la literatura española*, que aunque algo enfática en la forma y rectificada en varios puntos, es obra capital en este género de estudios. El poderoso genio de Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912), ha desentrañado como nadie la urdimbre de nuestra historia literaria, en múltiples obras que son el timbre más glorioso de las letras españolas.

La *Biblioteca de autores españoles*, cuyos prólogos son de mérito desigual, vino á prestar un gran servicio á las letras patrias, facilitando la lectura de los clásicos. Parecidos fines realizó, en el terreno histórico y arqueológico, la obra *Recuerdos y bellezas de España*, donde colaboraron hombres como Don Pablo Piferrer (1818-1848) y Don José María Quadrado (1819-1896).

Crítico ilustre fué D. Mariano José de Larra, ya citado varias veces, que además de juzgar con triste humorismo la sociedad de su época, escribió valiosos trabajos de crítica artística y teatral. Con posterioridad han sobresalido, entre otros, Manuel de la Revilla (1846-1881) y Leopoldo Alas *(Clarín)* (1852-1901), autor este último de buenas novelas naturalistas, pero más famoso por sus artículos de crítica, que si alguna vez eran apasionados, encerraban en las más muy claras y desnudas verdades.

Clarín.

La filosofía, con pocas salvedades, logró escasa brillantez. Aunque es hombre del siglo XVIII, en el XIX publicó sus *Cartas* el P. Francisco Alvarado (*El Filósofo Rancio*) (1756-1814), combatiendo las ideas de las Cortes de Cádiz con vigor y energía, pero en estilo un tanto burdo. Sola y grandiosa se levanta la figura de Jaime Balmes (1810-1849), que en sus obras filosóficas supo conciliar con la profundidad del fondo la belleza de la forma.

En las ciencias morales y políticas hay escritores de tanto mérito como Doña Concepción Arenal (1820-1893) y Don Francisco Pi y Margall (1825-1901).

La historia.—La historia, fuera de un gran número de luminosas monografías que aquí no podemos citar, no adquiere literariamente desarrollo inusitado. Don José María Queipo de Llano, Conde de Toreno (1786-1843) escribió la *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, que es un monumento clásico. Don Modesto Lafuente (1806-1866), que cultivó la prosa festiva bajo el seudónimo de *Fray Gerundio*, es autor de la conocidísima *Historia general de España*. Escrita en estilo elocuente, aunque á veces afectado, esta obra no llena en realidad todas las condiciones de la historia moderna; pero lo cierto es que no hay ninguna que la sustituya. Don Antonio Cánovas del Castillo (1828-1897) tiene notables estudios sobre la casa de Austria, y Don Emilio Castelar (1832-1899), diferentes obras que, con base histórica, son más bien trozos de oratoria.

La oratoria.—La oratoria política nace en las Cortes de Cádiz de 1812. A ellas pertenecieron Don Diego Muñoz Torrero (1761-1829), de palabra razonada y tranquila; Don Pedro de Inguanzo y Rivero († 1836), que llegó á ser obispo de Zamora y arzobispo de Toledo, orador muy vehemente; Don Agustín Argüelles (1776-1844), político integérrimo á quien se dió el título de *Divino* por su brillante elocuencia; y el Conde de Toreno, cuya flexibilidad de aptitudes recorrió en la tribuna muy diferentes tonos. Por lo que hace á tiempos posteriores, sabido es que no escasearon los oradores de talla, como Don Joaquín María López (1802-1859), Don Juan Donoso Cortés (1809-1853),

Don Salustiano de Olózaga (1805-1873), Don Manuel Cortina (1802-1879), Don Antonio Aparisi y Guijarro (1815-1872), Don Antonio Ríos Rosas (1808-1873), Don Cristino Martos (1830-1893), Don Antonio Cánovas del Castillo, Don Emilio Castelar y otros.

Literaturas regionales.—La literatura catalana y la gallega, especialmente la primera, alcanzan en el siglo XIX amplio desarrollo. Apenas es posible en este punto, y bien lo lamentamos, hacer indicaciones ligerísimas.

Catalana.—Casi abandonada la lengua catalana para los usos literarios desde el siglo XVI, al mediar el XIX experimenta súbito y vigoroso renacimiento. La poesía recobró su vitalidad con los *Juegos florales*, de donde surgieron brillantes poetas, entre ellos el insigne Jacinto Verdaguer (1843-1902), autor de *La Atlántida*, grandiosa epopeya, del *Canigó*, poema fantástico, y de bellísimas composiciones líricas. Mallorca también produjo excelentes poetas, como Mariano Aguiló (1825-1897), que unió el saber del erudito á las galas del poeta. De Valencia el más notable es Teodoro Llorente (1836-1912), que tiene también buenísimos versos originales en castellano y traducciones inmejorables de autores extranjeros.

Los más famosos autores dramáticos catalanes son Federico Soler (*Serafí Pitarra*) (1838-1895), que escribió dramas notables y piezas cómicas que llamó *gatadas*, muy graciosas; José Feliú y Codina (1847-1897), famoso no solamente por sus obras catalanas, sino por las que escribió en castellano, como *Los Dolores y Miel de la Alcarria*, y Eduardo Vidal y Valenciano (1838-1899), conocedor perfecto de los resortes teatrales. El valenciano Eduardo Escalante (1834-1895), demostró como sainetero agudísimo ingenio.

Nombres como el de José Pin y Soler en la novela y el de Jose Yxart (1852-1895) en la crítica, realzan las letras catalanas del siglo XIX.

Gallega.—También á mediados del siglo XIX comienza el renacimiento de la literatura gallega, adormecida desde tiempos lejanos. La lírica, que pareció siempre el elemento natural de los poetas gallegos, es ahora también la preferida. Inspiradísimos son, por citar sólo á los más famosos, Rosalía de Castro (1837-1885), la ilustre poetisa, cuyos *Cantares y Follas novas* exhalan un aroma encantador; Valentín Lamas Carvajal (1849-1906), que se distingue por su sano realismo campestre y apacible melancolía; y Manuel Curros Enríquez (1851-1908), que en

Aires da miña terra, colección de poesías de que hay versión castellana, recorre los tonos más opuestos, desde la ternura hasta el apóstrofe viril y enérgico.

También se ha cultivado la prosa gallega, y hay ensayos muy apreciables de poesía dramática.

Literatura Hispano-Americana.—En vano intentaríamos aquí dar idea del movimiento literario que durante el siglo XIX se realizó en los pueblos americanos que hablan nuestro idioma. Se necesitarían largas páginas. Baste recordar, por citar alguno, á los cubanos Gabriel de la Concepción Valdés *(Plácido el Mulato)* (1809-1844) y José María de Heredia (1842-1905), poetas de inspiración robusta; al insigne gramático de Venezuela Andres Bello (1781-1865), autor también de intachables versos; á los argentinos Esteban Echeverría (1805-1851), que encarnó en sus versos el espíritu nacional, y Olegario Andrade (1838-1882), que escribió poesías exuberantes; á los uruguayos Julio Herrera Raissig, poeta de mucha efusión y plasticismo, y José Enrique Rodó (1872-1917), hondo pensador y crítico; á los chilenos Miguel Luis Amunátegui (1828-1888), gran humanista é historiador, y Eduardo de la Barra, muy afortunado en el género fabulesco y reformista del arte métrica castellana; á los peruanos Carlos Augusto Salaverry (1831-1890), que en sus *Albores y destellos* mostró inspiración poco común, y Pedro Paz Soldán (1839-1895), satírico intencionado y folklorista perspicaz; á los bolivianos Manuel José Cortés (1811-1865), excelente historiador y poeta, y Ricardo J. Bustamante (1821-1884), muy delicado en el género lírico; el ecuatoriano José Joaquín de Olmedo (1780-1847), que en *La victoria de Junín* cantó los triunfos de Bolívar; á los colombianos Miguel Antonio Caro, gran erudito y poeta de corte clásico, Rufino José Cuervo (1844-1911), filólogo ilustre, y Jorge Isaacs (1837-1895), que en su novela romántica *María* imitó con mucho sentimiento á Lamartine; al nicaragüense Rubén Darío (1867-1916), poeta de numen poderoso, aunque haya caído en no pocas extravagancias como corifeo del llamado *modernismo;* y á los mejicanos José Joaquín Pesado (1801-1861) y Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895), también poetas de mucho mérito. Actualmente continúa en las repúblicas hispano-americanas una incansable actividad literaria, que de seguro producirá buenos y saludables frutos, si aquellos escritores desoyen á ciertos grafómanos que, siendo incapaces de agotar el abundantísimo léxico de nuestra lengua, aún la acusan de pobre é insuficiente.

CAPÍTULO XXXVI

Literatura italiana.

Orígenes.—No hemos de trazar en este capítulo y subsiguientes la historia total de las literaturas modernas. Creemos llenar los fines de un libro como el presente haciendo mérito tan sólo de lo más culminante, prescindiendo de figuras y acontecimientos secundarios. Comenzaremos, pues, por la literatura italiana.

Caído el imperio romano de Occidente, todavía hubo en la península italiana quienes escribieron en latín con brillantez. Tales fueron, entre otros, Boecio (455-526), cuyo *Consuelo de la filosofía* gozó durante varios siglos una fama sin igual, y Casiodoro (470-564), que escribió varias obras y estableció la enseñanza del *trivium* y *quadrivium*. Pero, lo mismo que en España, del latín vino formándose paulatinamente la lengua vulgar ó romance, que se subdividió en varios dialectos. De todos ellos prevaleció al fin para los usos literarios el *toscano* ó *florentino*.

Primeros poetas.—Después de la cruzada de los albigenses, muchos trovadores provenzales se refugiaron en Italia, y con este motivo se dejó sentir vivamente su influencia, hasta el punto de que algunos poetas italianos versificaron en lengua provenzal, como Sordello, que vivió en la primera mitad del siglo XIII. Por entonces el emperador de Alemania y

rey de Sicilia, Federico II, otorgó liberal protección á las letras y surgieron los poetas de la escuela *siciliana*, de filiación trovadoresca.

La poesía religiosa tenía por la misma época excelente cultivo. San Francisco de Asis (1182-1226), nacido en Umbría, compuso hermosos himnos, como el *Cántico al sol*. Jacopone da Todi (1230-1306) con las poesías sagradas alternó sátiras mordaces.

En este punto debemos mencionar á Santo Tomás de Aquino (1225-1274), pues si bien escribió sus obras en latín, logró con ellas ser tenido como uno de los grandes maestros de la filosofía. La *Summa theologiae* le dió más celebridad que ninguna.

El cetro de la poesía pasó á Florencia, que le conservó por largo tiempo. De los autores pertenecientes á su escuela son los más famosos Brunetto Latini (1220-1295), poeta didáctico en el *Tesoretto*, prosista en latín, italiano y francés, que escribió en esta última lengua el *Libro del Tesoro*, tan extendido é imitado durante la Edad Media, y Guido Cavalcanti (1259?-1300), cantor del amor ideal en versos delicadísimos.

Siglo XIV.—El siglo XIV es de brillantez inusitada para la literatura italiana; como que en él florecen los dos grandes poetas, Dante y Petrarca, y el prosista Boccaccio, verdadero fundador de la novela.

Dante.—Dante Alighieri nació en Florencia en Mayo de 1265, y, huérfano en temprana edad, se educó bajo la dirección de Brunetto Latini, cursando todos los estudios corrientes en su época. Cuando contaba nueve años conoció á la niña Bice ó Beatriz Portinari, cuya imagen quedó grabada para siempre en su corazón. Bice casó años después con Simón de Bardi, y Dante eligió por esposa á Gemma Donati. Intervino Dante en las luchas que sostenían por entonces güelfos y gibelinos, y á consecuencia de ello

tuvo que salir de su patria, peregrinando por ciudades diversas. Cuando se encontraba en Rávena, después de haber rehusado una humillante amnistía ofrecida por los florentinos, murió el día 14 de Septiembre de 1321.

Dante escribió en latín, á más de algunos trabajos breves, el libro *De monarchia mundi*, que es una apología entusiasta del imperio romano con aplicaciones de orden político, y el *De vulgari eloquio*, donde hacía la rehabilitación de la lengua vulgar; y en italiano *El Convite*, diálogo á la manera platónica, las *Rimas*, poesías de asunto amoroso, y la *Vida nueva*, donde cantó su amor á Beatriz. Pero la obra que le inmortalizó, colocándole entre los grandes genios de la poesía, es la *Divina Comedia*, epopeya de concepción grandiosa.

Dante.

La *Divina Comedia* consta de tres partes: el *Infierno*, el *Purgatorio* y el *Paraíso*. El poeta aparece perdido en una selva intrincada, rodeado de peligros; Virgilio se presenta á él, y se ofrece á servirle de guía. Después de pasar el Aqueronte, penetran en el infierno y recorren los nueve círculos donde están

los condenados sufriendo penas terribles. La imaginación del Dante alcanza en los episodios del Infierno una grandeza imponderable. Al salir de aquella mansión de dolor, se encaminan al Purgatorio, abrupta montaña con siete divisiones, y allí ven, como en el Infierno, á muchos personajes conocidos en la historia. Llegan al Paraíso; preséntase Beatriz, y entonces Virgilio desaparece. Recorren varios cielos, donde están los bienaventurados, hasta llegar al Empíreo. Beatriz ocupa su trono celestial, y á ruegos de San Bernardo consigue el poeta vislumbrar á la Virgen y á la Trinidad.

La *Divina Comedia*, escrita en tercetos de singular belleza, es una de esas creaciones señaladas con piedra blanca en la historia de la humanidad.

PETRARCA.—FRANCISCO PETRARCA (1304-1374), nació en Arezzo. Estando en Aviñón concibió hacia Laura un amor sin esperanzas, pues aquella hermosa joven estaba ya casada, y esto tal vez le indujo á decidirse por la carrera eclesiástica. La musa de Petrarca cantó entonces aquella pasión vehemente, y al morir Laura, su sentimiento se desbordó en estrofas sublimes. Hombre de vastísima cultura clásica, desenterró antiguos monumentos, como las *Instituciones oratorias*, de Quintiliano, y parte de las cartas y discursos de Cicerón; escribió, en latín, obras en prosa de diversos asuntos y el extenso poema *Africa*, cuyo protagonista es Escipión el Africano, adquiriendo con todo ello tal renombre entre sus contemporáneos, que fué solemnemente coronado en Roma.

Hoy la gloria de Petrarca descansa en las *Rimas* ó versos italianos, y especialmente en las canciones y sonetos, destinados á celebrar la belleza de Laura. La expresión de los afectos amorosos toma en ellos los tonos más delicados, y bajo una forma en que la lengua italiana aparece ya con toda su flexibilidad y dulzura. El poema titulado *Los triunfos*, obra de la ancianidad de Petrarca, decae bastante.

Boccaccio.—Mientras Dante y Petrarca perfeccionaban el verso italiano, Juan Boccaccio (1313-1375) daba consistencia á la prosa, que hasta entonces había tenido escasos cultivadores. Boccaccio nació en París, de padre italiano, que le dedicó al comercio; pero él, que no tenía tal vocación, permaneció en Nápoles haciendo vida de sociedad y cortejando á la princesa María, hija natural del rey Roberto, á la cual llama en sus obras *Fiammeta*.

Hombre de gran erudición, escribió Boccaccio varias obras en verso y en prosa, en latín y en italiano, alguna de las cuales, como el *Corbaccio* ó *Laberinto de amor*, trajo largas derivaciones en otras literaturas; pero ninguna tan famosa como el *Decámeron*.

Es el *Decámeron* una colección de cien cuentos que Boccaccio supone referidos por diez personas que por espacio de otros tantos días se reunieron en Florencia, mientras la peste asolaba la ciudad. Estos cuentos, con pocas excepciones, son sumamente licenciosos, cosa que sólo hay que achacar á la misma libertad de la época; pero están llenos de interés y de gracia. La prosa italiana adelantó con el *Decámeron* un paso considerable.

Siglo XV.—El siglo XV es de renacimiento de las letras clásicas; los trabajos de erudición absorben toda la actividad literaria. A tal género de estudios se dedicaron Marsilio Ficino, Pico de la Mirandola, Lorenzo Valla y otros muchos hombres ilustres.

La poesía adelanta poco. Unos poetas imitaron á Petrarca; otros escribieron poemas caballerescos, inspirados en los cantares de gesta franceses, como Mateo Boiardo (1434-1494) y Luis Pulci (1432-1484). El primero es autor del *Orlando enamorado*, que refiere la toma de París por los sarracenos, y el segundo

del *Morgante*, basado en las aventuras de Roldán. La poesía dramática comienza á formarse con imitaciones de Séneca, de Plauto y Terencio, y con *misterios* religiosos.

Siglo XVI.—Ariosto.—El siglo XVI comienza con la brillante época del Papa León X, gran protector de las letras; pero luego entra en la decadencia. Los poetas más famosos de este siglo son Ludovico Ariosto (1474-1533) y Torcuato Tasso (1544-1595). Ariosto nació en Reggio; protegido tibiamente por el duque de Ferrara, ejerció el gobierno en una provincia infestada de bandidos; pasó sus últimos años en la corte, rodeado de la general admiración. Escribió Ariosto elegías, sonetos y comedias, pero su celebridad se funda en el *Orlando furioso*. Este poema, inspirado en el de Boiardo, pero de mayor elevación poética, está escrito en hermosas octavas reales, y tiene por asunto la locura de Orlando al ver que Angélica, á quien adoraba, concedía preferencia á Medoro. A esta acción principal se une la guerra de Carlo Magno con los sarracenos y los amores de Rugiero y Bradamante. El *Orlando* produjo monomanía de imitaciones, en la literatura italiana y en las demás; pero el lector de hoy, admirando la prodigiosa imaginación de Ariosto, no podrá menos de fatigarse ante la inacabable serie de lances y peripecias.

Tasso.—Algo parecido puede decirse de la *Jerusalem libertada*, de Torcuato Tasso. Nacido en Sorrento, é hijo de otro poeta notable, Tasso alcanzó primero la protección y después el odio de los duques de Ferrara, permaneciendo siete años prisionero; y cuando, ya en libertad, el Papa Clemente VIII dispuso que se le coronase como á Petrarca, lo impidió una violenta fiebre que antes de la ceremonia le acometió, causando su muerte. Tasso escribió varias obras,

como la tragedia *Torrismondo* y el drama pastoril *Aminta*, traducido al castellano por Jáuregui; pero más celebridad que ninguna le dió el poema de la *Jerusalem libertada*, cuyo asunto es la expedición de los cruzados á los Santos Lugares, al mando de Godofredo de Bouillón. Como Ariosto, Tasso formó escuela.

Otros autores.—En el teatro prevalecen las comedias picantes y aun licenciosas. Tales son la *Calandra*, del Cardenal Bibbiena (1470-1520) y unas cuantas de Pedro Aretino (1492-1556), satírico autor de vida relajada, que con las obscenidades mezcló en sus obras cáusticos ataques á los hombres de su época.

Entre los novelistas figura Jacobo Sannazaro (1458-1530), que al comenzar el siglo publicó su famosa *Arcadia*, origen y fundamento de la novela pastoril, que tanto se popularizó por toda Europa. Otros imitaron á Bocaccio, como Mateo Bandello (1485?-1560), cuyos cuentos fueron caudal común que aprovecharon los autores de varias naciones para sus obras dramáticas.

Bástenos citar á otros tres prosistas del siglo XVI. Nicolás Maquiavelo (1469-1527), nacido en Florencia, secretario de la República, desterrado durante algunos años por causas políticas, elevó la prosa italiana á su mayor perfección. Su obra más conocida es *El Príncipe*, donde se sostiene que los gobernantes deben atender sólo á su conveniencia, cometiendo si es preciso tiranías y crueldades; de aquí el nombre de política *maquiavélica*, dado á la que sigue tales procedimientos. Baltasar Castiglione (1478-1529) escribió varios libros, entre ellos *El Cortesano*, modelo de elegancia. Francisco Guicciardini (1483-1540) es autor de la *Historia de Italia*, notable por la pureza del lenguaje y la imparcialidad en los juicios.

Siglo XVII.—El siglo XVII se caracteriza en Italia por una gran decadencia de las letras. En poesía aparece una escuela cuyo jefe es Juan Bautista Marini (1569-1625), que incurrió en extravíos parecidos á los de los culteranos españoles, por su estilo afectado y sus ampulosidades. A esta época pertenece Alejandro Tassoni (1565-1635), autor de un poema burlesco,

El cubo robado, aceptable como sátira, pero de pesada lectura.

Siglo XVIII.—El siglo XVIII comienza con los poetas de la *Arcadia*, que en sus artificiosos versos bucólicos y en sus poesías de circunstancias, usaron de una corrección fría y prosaica. Pasada de moda esta poesía, en que se oían solamente, según la expresión de un escritor, «balidos de corderos», aparecieron poetas como José Parini (1729-1799), quien escribió, entre otras obras, el poema titulado *El Día*, satirizando con gracia, aunque con alguna monotonía, á la clase aristocrática. En el teatro, Metastasio (1698-1782) perfeccionó la ópera, iniciada ya en tiempo anterior. Los mejores autores cómicos son Carlos Goldoni (1707-1793) y Carlos Gozzi (1720-1806). El primero reformó la antigua comedia italiana, de personajes convencionales, pintando magistralmente á la gente del pueblo; el segundo, en sus chistosas obras, imitó con demasiada fidelidad á los clásicos españoles. Entre varios trágicos de mérito, el mejor fué Victorio Alfieri (1749-1803), que imitó á los franceses, aunque con espíritu nacional, en obras como *Virginia*, *Agamenón*, *Orestes* y otras que lograron fama universal. Entre los prosistas italianos del siglo XVIII baste recordar á Juan Bautista Vico (1668-1744), que en sus *Principios de una ciencia nueva* reformó los procedimientos de estudio, á Luis Antonio Muratori (1672-1750), notabilísimo erudito, y á Jerónimo Tiraboschi (1731-1794), cuya *Historia de la literatura italiana*, aunque rectificada por los progresos de la crítica, es todo un monumento.

Siglo XIX.—Al comenzar el siglo XIX, la literatura italiana se distingue por la nota patriótica; todos los escritores trabajan por la regeneración de su país. El romanticismo tuvo también, como en toda Europa, su

correspondiente época, y después las corrientes literarias echaron por diferentes cauces. Nombraremos como en índice á unos cuantos autores de los más conocidos, comenzando por la poesía.

Hugo Fóscolo (1778-1827) escribió, entre otras cosas, un poemita titulado *Los sepulcros*, que es su obra maestra. Su novela *Cartas de Jacopo Ortis* pertenece al género sombrío y melancólico que el romanticismo puso en moda. Alejandro Manzoni (1785-1873), uno de los paladines del romanticismo, imprimió el sello de su inspiración en poesías como los *Himnos* patrióticos y sagrados, y como la famosa oda *Cinco de Mayo*. En sus dramas *El Conde de Carmañola* y *Adelchi* sentó las bases de la nueva escuela literaria; y en la novela histórica *Los Novios (I promessi espossi)*, tal vez más vulgarizada que ninguna de sus obras, supo dar vivo interés á una fábula de amores. Santiago Leopardi (1798-1837), es el más insigne poeta lírico de Italia en el siglo XIX. Vertió en sus versos todo el dolor que guardaba su alma, y es por ello un poeta de pesimismo desconsolador. En prosa escribió notables obras, como los *Diálogos*, y, versadísimo en las lenguas y literaturas clásicas, tradujo á varios autores griegos y romanos. Josué Carducci (1836-1907) se dió á conocer por

Leopardi.

su colección de poesías *Juvenilia*, llena de brío y de pasión; con las *Odas bárbaras* introdujo atrevidas innovaciones en la forma métrica, y dió origen á una escuela poética.

Más que por sus poesías, ciertamente notables, Silvio Pellico (1789-1854) fué celebrado por el libro *Mis prisiones*, donde refiere los suplicios de que le hicieron víctima los austriacos. De otros autores que han florecido en el siglo XIX, no es posible hablar en un resumen de historia literaria.

CAPÍTULO XXXVII

Literatura francesa.

Orígenes.—Hubo en Francia durante los primeros siglos de la Edad Media notables escritores latinos. Los más importantes son Gregorio de Tours (544-599), á quien se llama el *Herodoto francés* por su *Historia francorum*, y Fredegario, que en el siglo VII escribió una *Crónica* en latín incorrecto, pero muy interesante. Carlo Magno y otros reyes fomentaron la cultura, y los estudios filosóficos y teológicos, sobre todo, tomaron gran incremento. La cuestión de los *universales* suscitó una discusión empeñada, en que intervinieron Guillermo de Champeaux (10...-1121), cuyas obras casi en totalidad se han perdido, Pedro Abelardo (1079-1142), famoso por su amor á Eloísa, y otros muchos.

Lengua romance.—Pero entonces ya la lengua romance estaba en plena formación, toda vez que en el siglo IX se utilizaba para la redacción de documentos. Bifurcábase, sin embargo, en dos ramas principales: la de *oil*, que se hablaba en el Norte, y la de *oc*, formada en el Mediodía, y que originó la literatura provenzal.

Provenzales.—Esta última, que por muchas razones debe considerarse aparte, se adelantó en su desarrollo. En la segunda mitad del siglo XII ya estaba en todo su apogeo la poesía de los trovadores provenzales, que repartidos por varios países á raíz de la cruzada contra los albigenses, dejaron sentir doquiera

su influencia. Decayendo después la lengua provenzal, fué preciso para reanimarla que en el siglo XIV se instituyera el consistorio de los Juegos florales de Tolosa, al cual siguieron los de Barcelona y otras ciudades.

Esta poesía trovadoresca se distinguía por su soltura y corte musical; adoptaba multitud de formas, complaciéndose en jugar con el metro. Entre sus géneros figuraban la *chansó*, cuyo objeto era cantar el amor; la *tensó*, destinada á la discusión vehemente; el *sirventés*, en que se contenían sátiras ó cantos de guerra; la *pastorela*, especie de égloga entre pastores, etc. Los asuntos, que eran por lo general religiosos, amorosos ó satíricos, tocaban muchas veces en la incredulidad, la obscenidad y la diatriba.

Entre los trovadores provenzales hubo gentes de todas las clases y condiciones, desde reyes y príncipes hasta siervos y aventureros. Sólo citaremos á unos pocos. Al siglo XII pertenecen Bernardo de Ventadour, natural de Aquitania, elogiado de Petrarca por sus poesías amorosas, Arnaldo Daniel, que mereció parecidas alabanzas del Dante, y Beltrán de Born, vizconde de Hautefort, autor de *sirventés* belicosos y de *chansós* de amor, hombre de vida tan poco edificante que el autor de la *Divina Comedia* le coloca en el Infierno, llevando en la mano su propia cabeza á manera de linterna. Del siglo XIII son Pedro Cardinal, satírico implacable, y Giraldo Riquier, que se distinguió en las pastorelas.

Primeros monumentos.—Mientras la lengua provenzal florecía de este modo, el francés se formaba principalmente con elementos de la de *oil*. Dos cortos poemas de asunto religioso, correspondientes á la segunda mitad del siglo X, son los más antiguos monumentos de la literatura francesa; y al siglo XI se remonta, por lo menos, la gesta que se llama *Canción de Rolando* (Chanson de Roland), verdadera epopeya nacional francesa. Se asunto es la expedi-

ción de Carlo Magno á España, derrota de Roncesvalles por el rey moro Marsilio y sus aliados los vascos, muerte de Roldán, venganza que toma el emperador venciendo y matando á Baligan, sultán de Babilonia, y castigo del traidor Ganelón. A la *Canción de Rolando* siguieron numerosos cantares de gesta, casi en totalidad anónimos; ya del ciclo carolingio, ya del bretón, ya del ciásico, ya referentes á las Cruzadas, etc. Cristián de Troyes, en el siglo XII, compuso poemas sobre *Lanzarote*, *Percebal* y otros asuntos.

En los siglos XIII y XIV hay muchos poetas que escriben principalmente *chansons* de corte musical y asunto amoroso, y alcanzan gran difusión la poesía satírica y la didáctica. Satírico es el *Roman de Renart* (del Zorro), poema formado por fragmentos de diversas épocas, y en que se hace la parodia de la sociedad feudal, presentando, bajo la forma de apólogo, á dos personajes principales, *Renart* (el Zorro) é *Isengrin* (el Lobo), y á otros como el rey *Noble* (el León), *Pardo* (el Oso), *Belin* (el Carnero), etc. Satíricos también, y muchas veces indecorosos, fueron los *fabliaux*, cuentos cortos en verso.

Poema didáctico, con sus toques satíricos, es el *Roman de la Rose*, comenzado por Guillermo de Lorris y terminado por Juan de Meung, especie de *arte de amar* de la Edad Media. La ficción de una rosa que el poeta no puede coger sino á costa de mil pruebas, y que es representación de la mujer amada, da pie á multitud de alegorías tras de las cuales se mueve toda la sociedad de la época.

La dramática se manifiesta en los *misterios* y *moralidades*, de asunto religioso y alegórico. Y en cuanto á la prosa, no dejó de ofrecer valiosas muestras, de las cuales citaremos, por señalar tres momentos

importantes en la lengua francesa, las *Crónicas* de Villehardouin (¿1155-1213), Joinville (1224-1319) y Froissart (1337-1410?).

Siglos XV y XVI.—En el siglo XV se observa marcada decadencia, y sólo aparece algún nombre notable como el del poeta Francisco Villon (1431-1484?), hombre de perversas costumbres, condenado á muerte é indultado después, que derrochó en sus versos la gracia y el ingenio. Al llegar la siguiente centuria, con los estudios de erudición clásica suscitados por el Renacimiento, se mezcla en la literatura francesa el espíritu de discusión y de lucha, sobre todo desde la reforma luterana. Poetas de este siglo son Clemente Marot (¿1496-1544), que bebió la inspiración francesa genuína, y Buenaventura Des Périers (¿1498-1544), más que por sus versos notable por una imitación del *Decámeron* de Boccaccio. Ambos poetas vivieron en la Corte de Margarita de Valois (1492-1549), la cual también escribió, siguiendo al novelista italiano, una colección de cuentos muy libres llamada *Heptámeron*. Los poetas que formaron la *Pléyade*, cuyo jefe fué Pedro Ronsard (1524-1585), llevaron después á la poesía una innovación, desplegando un énfasis exagerado, imitando en la forma á griegos y latinos y creando vocablos nuevos, derivados de aquellas lenguas y en pugna con la francesa.

Entre los prosistas de este siglo figuran Francisco Rabelais (¿1495-1553?) y Miguel de Montaigne (1533-1592). El primero, que solía firmarse con el anagrama *Maese Alcofribas Nasier*, es famoso por su libro de *La vida inestimable del gran Gargantúa* y de su hijo *Pantagruel*, mezcla enigmática de invectivas satíricas, de reflexiones filosóficas, de episodios graciosamente burdos. Rabelais es uno de los grandes creadores de la lengua francesa. Otro tanto puede decirse de Mon-

taigne, cuyos *Ensayos* ejercieron gran influencia en las ideas.

Siglo de Oro.—Poetas.—El Siglo de Oro de la literatura francesa es el XVII. Desde sus comienzos se observa ya el vital desarrollo de las letras, que llega á su mayor grado en la época de Luis XIV.

Malherbe (1555-1628) dedicóse con entusiasmo á reformar la lengua y la poesía francesa. Por su parte Voiture (1598-1648) y algunos otros, diéronse á escribir versos conceptuosos y alambicados, introduciendo lo que se llamó *preciosismo;* algo parecido á lo que hicieron Marini y Góngora en Italia y España, respectivamente.

Uno de los poetas más notables de este siglo fué Juan de Lafontaine (1621-1695). Escribió muchas obras teatrales, sátiras, odas, epístolas y otras composiciones; pero su fama descansa en los *Cuentos*, y sobre todo en las *Fábulas*. Para los primeros, sumamente licenciosos, utilizó fuentes que él mismo indica; para las últimas aprovechó asuntos de Esopo, de Fedro, de los apólogos indios. Pero el gran mérito de Lafontaine está en la manera de decir; su gracia, su desenvoltura, su dominio del lenguaje son inimitables.

Nicolás Boileau (1636-1711), que gozó de mucha celebridad, ostenta en sus obras poéticas un atildamiento puramente artificial. *El Arte poética* de Boileau fué el código de los clasicistas, y ejerció por largo tiempo una supremacía omnímoda.

La dramática.—La poesía dramática tiene tres grandes representantes: los autores trágicos Pedro Corneille (1606-1684) y Juan Racine (1639-1699), y el autor cómico Moliere (1622-1673).

Corneille supo acomodar la tragedia al gusto de su época, ya acudiendo á los asuntos del teatro clásico, ya utilizando otros más modernos. En esta labor

le valió de mucho, con un gran acierto en el juego de pasiones, un perfecto dominio de la versificación, siquiera algunas veces le extraviara el énfasis ó, por someterse á las reglas seudoclásicas, diese en la falsedad y la violencia. Entre sus mejores tragedias figuran *El Cid*—inferior á *Las Mocedades*, de Guillén de Castro, de donde está tomada,—*Horacio* y *Cinna*. Para su comedia *Le Menteur* se inspiró en *La verdad sospechosa*, de Alarcón.

Racine respetó también las reglas de los clasicistas, aunque las *tres unidades* no le parecían muy necesarias. Racine no tiene acaso la brillantez *externa* de Corneille, no consigue en tan alto grado el efectismo, pero es más profundo, más psicólogo. La acción de sus tragedias es lo bastante sencilla para que predomine el movimiento de pasiones; sus personajes, por otra parte, bajo la apariencia de griegos y romanos, piensan y sienten como los hombres de la época de Luis XIV. *Fedra*, *Athalia* y *Británico* figuran entre sus mejores tragedias.

Racine.

El verdadero nombre de Molière era Juan Bautista Poquelin; pero adoptó aquél por circunstancias no

bien determinadas. No queriendo seguir el oficio de su padre, que era tapicero, se unió á una compañía de cómicos, y lo mismo que el español Lope de Rueda y que el inglés Shakespeare, representaba sus propias obras. Molière es uno de los más ingeniosos autores cómicos; habilísimo para buscar el punto flaco de los tipos humanos, á trueque de excitar la risa se vale de todos los medios, desde las situaciones y chistes delicados hasta las chocarrerías y payasadas. Sus comedias ascienden á treinta, unas en verso y otras en prosa, y en gran parte proceden de fuentes españolas é italianas. De las más celebradas son *Tartufe*, intencionada sátira contra la hipocresía; *El Misántropo*, cuyo protagonista, gran enemigo de la sociedad, cae al fin en las redes del amor; *El avaro*, en que imitó á Plauto con verdadera originalidad, y *El médico á su pesar*, arreglada al castellano por Moratín hijo.

La prosa.—Unos cuantos nombres bastarán para encarecer la importancia de la prosa francesa en el siglo XVII. Renato Descartes (1596-1650) y Blas Pascal (1623-1662), á la vez que pusieron su talento á contribución en el progreso de la ciencia, dieron flexibilidad y energía al idioma. Historiadores de valía, aunque un poco amanerados, fueron el Duque de la Rochefoucauld (1613-1689) y el Cardenal de Retz (1613-1679), autor el primero de *Máximas* que encierran una moral *sui generis*, y el segundo de unas *Memorias*, notables por las noticias que proporcionan y por su estilo pintoresco. Madame de Sevigné (1626-1696), escribió unas *Cartas* interesantísimas, donde se revela la vida privada de la sociedad aristocrática de su época; Juan de La Bruyere (1645-1696), en la obra *Los caracteres* glosó á Teofrasto, pintando con vivos colores los tipos y costumbres de su tiempo. Francisco de Salignac de la Mothe Fénelon (1651-

1715) escribió, entre otros libros, el muy conocido de las *Aventuras de Telémaco*, que le proporcionó serios disgustos, por suponer Luis XIV que contenía una reprobación de su gobierno.

El mismo Fénelon se distinguió en la oratoria sagrada, que tuvo otros representantes de gran altura. Tales fueron Bossuet (1627-1704), Bourdaloue (1632-1704), Fléchier (1632-1710) y Massillon (1663-1742).

Siglo XVIII.—Su carácter.—El siglo XVIII es en Francia de lucha y demolición, que desde el terreno de la filosofía irradia á los demás, reflejándose vivamente, como no podía menos, en todos los géneros literarios. Centro de todo ese movimiento fué la *Enciclopedia*, heterogéneo diccionario dirigido por Diderot y D' Alembert.

Dionisio Diderot (1713-1784), sobre esa labor de filosofía y erudición, social más que nada, realizó otra puramente literaria. Sus novelas *La Religiosa*, *El sobrino de Rameau* y *Esto no es cuento*, donde sin poderlo evitar trasluce sus ideas, se leen todavía con gusto. Con sus obras teatrales *El padre de familia* y *El hijo natural*, hoy tildadas merecidamente de lacrimosas, sentó las bases del género que vino á llamarse *drama*, perfeccionado por Lessing.

Colaborador en la *Enciclopedia* y personificación del materialismo de su época, fué Francisco Arouet, más conocido por el seudónimo de Voltaire (1694-1778). Espíritu insensible que vertió doquiera la hiel de su sarcasmo, Voltaire desplegó una fecundidad portentosa en todos los géneros literarios. Sus obras filosóficas ejercieron una influencia decisiva. Escribió tragedias al uso clasicista, un poco declamatorias, como *Zaira y Mérope;* poemas como *La Henriada*, de mérito muy dudoso; epístolas, sátiras y epigramas llenos de ingenio y en versos fáciles; cuentos en prosa de

lectura tan agradable como *Cándido*, *Zadig y Micromegas*... La bibliografía de Voltaire ocuparía largo espacio.

De parecidas ideas, pero de diferente táctica, fué JUAN JACOBO ROUSSEAU (1712-1778), cuyas obras más famosas son el *Emilio*, tratado filosófico sobre la educación; *El contrato social*, en que sentó su conocida teoría sobre la constitución de la sociedad, y las *Confesiones*, donde refiere su vida, friamente analizada.

OTROS PROSISTAS.—Dos didácticos franceses del siglo XVIII merecen particular mención. Uno es MONTESQUIEU (1689-1755), autor, entre otros libros, del *Espíritu de las leyes* y de las *Cartas persas*. Es el otro EL CONDE DE BUFFON (1707-1788), cuya *Historia natural*, aunque hoy anticuada, debe considerarse como un monumento científico y literario. Si bien la literatura militante absorbía las actividades, no faltaba quien cultivase géneros más amenos. Como novelas, además de las ya citadas, se señalan el *Gil Blas de Santillana*, de LESAGE (1668-1747), que suscitó numerosas discusiones, llegando á sostener su traductor castellano el P. Isla, que estaba «robada á España», y *Pablo* y *Virginia*, de BERNARDINO DE SAINT PIERRE (1737-1814), que aunque hoy nos parezca anodina, alcanzó popularidad extraordinaria.

LA POESÍA.—La poesía en esta época está envuelta en una inexpresiva corrección, efecto de la preceptiva imperante. Sólo al finalizar el siglo aparece la figura de ANDRÉS CHÉNIER (1762-1794), en cuyos versos la lengua francesa ostenta su mayor dulzura. Como autor dramático alcanzó sólida fama BEAUMARCHAIS (1732-1799), que en *El Barbero de Sevilla* y en *La boda de Fígaro* creó el famoso personaje de este nombre, tipo decidor y picaresco á la manera de Lázaro de Tormes ó de Guzmán de Alfarache.

ORADORES.—La oratoria política puede decirse que nace en este siglo, con los demoledores discursos de MIRABEAU (1749-1791), de ROBESPIERRE (1758-1794), de

DANTON (1759-1794) y de los demás hombres de la Convención.

Siglo XIX.—EL ROMANTICISMO.—La primera mitad del siglo XIX está dominada en Francia por el romanticismo. Una mujer ilustre, MADAME DE STAEL (1766-1817), sobresaliente en la novela y en la crítica, contribuyó al despertar de la nueva escuela, pintando en su libro *De la Alemania* el sano y vigoroso movimiento literario de Weimar. El verdadero fundador del romanticismo francés fué el VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND (1768-1848), que surtió su inspiración en las fuentes de la religión y de la naturaleza, escribiendo en prosa poética obras como *El genio del cristianismo*, *Los mártires*, *Atala* y *René*.

Hay después, entre otros poetas, dos muy notables representantes del romanticismo: ALFONSO DE LAMARTINE (1790-1869) y VÍCTOR HUGO (1802-1885). El primero, en sus versos líricos, en su *Jocelyn* y *La caída de un ángel*, fragmentos de un vasto poema sin concluir, en sus novelas, en la misma *Historia de los Girondinos*, aparece siempre como un poeta tierno y sentimental.

Víctor Hugo.

Víctor Hugo es poeta de mayor elevación. En la forma externa, en la versificación, nadie le iguala entre los franceses. Escribió novelas muy celebradas, como *Nuestra Señora de París* y *Los Miserables;* dramas de acción interesante y fe-

cundos en escenas sublimes, aunque enfáticos á veces, como *Hernani*, *Cromwell* y *Los Burgraves;* poesías líricas incluídas en las *Orientales*, en los *Cantos del crepúsculo*, etc., y que constituyen su mayor gloria... La obra de Víctor Hugo, reflejada en numerosas producciones, señala una época en el siglo XIX.

Poetas de nombre en la escuela romántica son igualmente ALFREDO DE VIGNY (1797-1863) y ALFREDO DE MUSSET (1810-1857), de gran ternura y delicadeza. Ambos escribieron también para el teatro, y con ellos y Víctor Hugo compartió los triunfos del drama romántico ALEJANDRO DUMAS (1803-1870), el cual en este género, como en sus populares novelas, extremó la parte mala del romanticismo.

Después del romanticismo, viene la escuela de los *parnasianos*, que se distingue por la plasticidad de los versos, y á la cual pertenecen, con diversas tendencias, BANVILLE (1823-1891), BAUDELAIRE (1821-1867), LECONTE DE LISLE (1818-1894) y SULLY-PRUDHOMME (1839-1907). Una reacción contra las formas marmóreas de los parnasianos, trajo luego la poesía *simbolista* ó *decadente*, representada principalmente por MALLARMÉ (1842-1898) y VERLAINE (1844-1896).

Debemos decir que la poesía provenzal tiene en el siglo XIX un mantenedor tan ilustre como FEDERICO MISTRAL (1830-1914), autor del poema *Mireia*.

LA NOVELA.—La novela, aparte otras tendencias de segunda fila, comienza con el género social y humanitario de Aurora Dudevant, más conocida por JORGE SAND (1804-1876), y con el realista de HONORATO DE BALZAC (1799-1850). Este fué quien, con la colección que llamó *La comedia humana*, sentó las bases de la novela moderna, analizando las costumbres, las ideas y los sentimientos de su época.

Con posterioridad se distinguieron, entre otros novelistas, GUSTAVO FLAUBERT (1821-1880), ALFONSO DAUDET (1840-1899) y EMILIO ZOLA (1840-1902). Este

último fué el jefe de la escuela *naturalista*, que, falta de todo carácter artístico, ha tenido una vida efímera.

El teatro.—Como dramáticos bastará citar á Eugenio Scribe (1791-1861), que sobresalió en el *vaudeville*, género parecido á la comedia de intriga; á Emilio Augier (1820-1889), habilísimo en la pintura de costumbres, y á Alejandro Dumas, hijo (1824-1895), que sacó crudamente á escena los vicios sociales.

Didácticos.—Se nos dispensará de incluir á los didácticos en esta rápida y parcial enumeración de nombres. Haremos sólo excepción de dos críticos ilustres: Agustín de Sainte-Beuve (1804-1869) é Hipólito Taine (1828-1893).

CAPÍTULO XXXVIII

Literatura portuguesa.

Orígenes.—La lengua común que hablaban por el siglo XII gallegos y portugueses, derivada, como la castellana, del latín vulgar, se bifurcó más tarde, formándose de este modo el portugués moderno.

En el primer período de esta literatura, que comprende del siglo XII al XV, se hacen notar los trovadores de los *Cancioneros*. El rey Don Diniz ó Don Dionis (1261-1325), nieto de Don Alfonso X el Sabio, dió impulso á la cultura fundando la Universidad de Coimbra, y escribió numerosos versos de imitación provenzal ó de sabor popular. Al llamado *ciclo de Don Diniz* pertenecen el *Cancionero de Ajuda*, el *Cancionero Colocci-Brancuti*, el *Cancionero de la Biblioteca Vaticana* y algunos más. El Conde de Barcellos y el Conde de Alburquerque, hijos de Don Diniz, siguieron el ejemplo de éste, escribiendo cantigas y trovas.

La poesía de estos cancioneros, aunque calcada en el arte provenzal, presentaba, sobre todo en la lírica popular, rasgos propios y peculiares, con propensión casi siempre á la *saudade*, á la melancolía. Sus principales géneros eran las cantigas *de amigo* ó de amores, las *de ledino* ó de alegría, las *villanescas* ó serranillas, y otras de índole satírica, como las *de escarnio, de maldecir* y *de risaelha*.

La prosa de esta época se manifiesta en algunos *Nobiliarios*, como el del citado Conde de Barcellos, y en varias obras históricas, entre ellas el *Relato de la batalla del Salado*, incluído en el Cancionero de Ajuda. A fines del siglo XIII ó principios del XIV corresponde la refundición portuguesa del *Amadís de Gaula*, hecha probablemente, como hemos dicho en otro lugar, por el soldado Juan de Lobeira, sobre un original anterior escrito no se sabe en qué lengua.

Siglo XV.—En el siglo XV reina otro monarca, Don Duarte ó Eduardo (1391-1438), decidido protector de las letras y autor del libro *O leal conselheiro*, vasta enciclopedia de teología, filosofía, lógica, medicina, etc. Coutinúan en este siglo los Cancioneros, y de ellos el más notable es el coleccionado por García Resende (1470-1554), ayuda de cámara de Don Juan II, donde están contenidos más de ciento cincuenta autores. Poeta de mérito, si bien escribió preferentemente en castellano, fué el Condestable Don Pedro de Portugal (1429-1466), á quien nuestro Marqués de Santillana envió el famoso *Prohemio* acompañado de sus versos. Las más celebradas producciones del Condestable de Portugal son la *Sátira de felice é infelice vida*, perteneciente al género didáctico-sentimental, y unas coplas filosóficas por el estilo de las de Jorge Manrique.

Los romances lograron gran difusión en Portugal por esta época. Tal vez allí nacieran algunos originales, pero en su mayor parte eran traducidos de los castellanos.

La prosa de este siglo cuenta ante todo con importantes crónicas, unas anónimas, otras de autores conocidos. Fernán Lópes (1380?-1449?) escribió con admirable sencillez y gráfica expresión la de varios reyes; Gómez Eannes de Azurara continuó la obra de aquél, relatando, á más de varias empresas de los portugueses, los hechos de Don Duarte y de Don Alfonso V; Ruy de

Piña, secretario de D. Juan II, compuso en estilo afectado la crónica de este rey y la de Don Manuel.

Aparecen también algunos libros doctrinales, como el nombrado *Corte Imperial*, escrito en diálogo por Alfonso Vázquez Calvos, criado del duque de Braganza; el que tradujo de Séneca, con el título de *La virtuosa bemfeitoría*, el Infante Don Pedro, hermano de Don Duarte; y el de *O leal conselheiro*, ya citado antes, compuesto por este monarca.

Ultimamente, los libros de caballerías continúan en creciente desarrollo, como lo demuestran la *Demanda del Santo Graal*, el *Libro de José de Arimatea*, la *Historia del Emperador Vespasiano* y algunos otros de diferentes ciclos.

Siglo XVI.—El siglo XVI es de florecimiento para la literatura portuguesa. Bernardino Ribeiro (1482-1552) y Cristóbal Falcano († 1553), poetas á quienes la tradición asigna románticos amores, despertaron el gusto hacia el género bucólico con dulces y sentidas composiciones. Aquél escribió la primera novela pastoril de nuestra Península, conocida hoy con el título de *Menina é Moça*.

La poesía al modo italiano dejó sentir después, como en España, su poderosa influencia. Fundador de la nueva escuela fué D. Francisco Saa de Miranda (¿1495-1558?), que á mas de escribir en castellano muchas poesías, compuso en portugués las églogas *Andrés* y *Aleixo*, alguna comedia y otras obras. Siguieron sus huellas el Doctor Antonio Ferreira (1527-1569), autor de sonetos numerosos, Diego Bernardes (1520-1605), versificador tan hábil como falto de sentimiento, y algunos más.

La escuela italiana tuvo, como en nuestra patria, sus contradictores, á quienes se llamó *poetas de la medida vieja*. Tales fueron Luis de Silveira, autor de unas *Trovas morales*, Luis Brochado, que escribió

unas maliciosas *Coplas del Molinero*, Baltasar Díaz, cuyas composiciones satíricas contra las mujeres se popularizaron, y otros. El endecasílabo, sin embargo, llegó á imponerse.

Camões. —Pero el más insigne poeta portugués de este siglo, es Luis de Camões. Nació Camões en Lisboa, en 1524, y su vida fué una serie de contrariedades y desdichas. Por asuntos de amor abandonó su patria, y luchando con los árabes delante de Ceuta, quedó privado de un ojo; estuvo en la India y en la China, y en un naufragio perdió sus escasos bienes, salvando sólo el manuscrito del poema que había de inmortalizarle; después de verse encerrado en una prisión y de pasar en Mozambique por la mayor indigencia, regresó á Lisboa, donde murió en 1580.

Camões.

Escribió Camões obras dramáticas y líricas, pero su gloria descansa en el poema que se titula *Os Lusiadas*. El asunto de esta obra genial es la expedición de los portugueses á la India, mandados por Vasco de Gama. La flota portuguesa emprende el viaje, ayudada de Venus y Marte, combatida de Baco; llega al Africa y al reino de Melinde, á cuyo rey cuenta Vasco de Gama la historia de la raza lusitana, en un relato extensísimo que contiene episodios tan notables como el de los amores de Doña Inés de Castro;

al reanudar la navegación, surge en el mar la grandiosa aparición del gigante Adamastor, hasta que, después de correr otros peligros, los expedicionarios pisan el suelo de la India y pueden regresar á su patria, no sin que antes Venus, en recompensa, los lleve á una isla deliciosa. Por la grandeza del conjunto, por la hermosura de los episodios y de la versificación en octavas reales, por la robustez y elegancia del lenguaje, *Os Lusiadas* es el más brillante poema ibérico.

Otros escritores.—Aunque no llega, ni con mucho, á la altura de Camões, debe ser citado el poeta Jerónimo Corte-Real († 1588), cuyo principal poema es *El Naufragio de Sepúlveda*, de versificación sonora y agradable, pero un tanto pesado por el abuso de la mitología.

Entre los dramáticos portugueses de este siglo se encuentra la gran figura de Gil Vicente, de quien hemos hablado dentro de la literatura castellana, porque, en efecto, escribió gran parte de sus obras en nuestra lengua. En la historia del teatro portugués tiene Gil Vicente tal importancia, que según frase de Menéndez Pelayo, «puede decirse que nació y murió con él.» Tuvo continuadores, como Antonio Ribeiro Chiado, Antonio Prestes y otros, pero ninguno pudo igualarle.

Como la lengua portuguesa había adquirido flexibilidad y vigor, también la prosa tiene buenos cultivadores. Como didácticos sobresalen Fernando de Oliveira, autor de una *Gramática de la lengua portuguesa*, y Juan de Barros (1496-1570), muy versado en humanidades é imitador de Tito Livio en unas *Décadas*. Hubo varios cronistas, entre los cuales descuella Damián de Goes (1501-1574), que en su *Crónica de Don Manuel* demuestra muy acertada orientación crítica.

Siglo XVII.—El siglo XVII es de postración para las letras portuguesas, invadidas por el culteranismo y el conceptismo.

No faltaron poetas líricos y épicos, como fueron, entre otros, Francisco Rodríguez Lobo († 1625), autor de versos pastoriles muy agradables, y Blas García de Mascareñas (1596-1656), cuyo poema *Viriato trágico* está afeado por los excesos culteranos; la poesía religiosa tuvo también cultivadores como Fray Antonio de las Llagas y Sor Violante do Ceo (1602-1693), llamada *la décima musa*. Pero ni éstos ni otros que pudieran citarse pasaron de medianías. En castellano escribió sus mejores obras Don Francisco Manuel de Melo, cuya *Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña* mencionamos oportunamente; sus trabajos en portugués se resienten de la afectación más exagerada.

También los dramáticos portugueses prefieren escribir en castellano, como Don Juan de Matos Fragoso, Antonio Enríquez Gómez y otros. El único autor netamente nacional es Pedro Salgado, que llevó á la escena muchos episodios de la guerra de la independencia portuguesa.

Los mejores prosistas de este siglo son Fray Luis de Sousa (1555-1632), cronista religioso, y Jacinto Freire de Andrade (1597-1657), autor de una artificiosa *Vida de Don Juan de Castro, cuarto virrey de la India*.

Siglo XVIII.—La literatura del siglo XVIII es de servil imitación francesa, con sus afectaciones clasicistas y sus academias literarias. El frío mecanismo de la rima, falto de inspiración, que constituyó el rasgo general de la época, se observa aun en los poetas más apreciables. Garzano (1724-1772) compuso poesías de cierto mérito, sobre todo la *Cantata de Dido*. Antonio Diniz de la Cruz y Silva (1731-1799) escribió muchas poesías líricas, alguna comedia, una imitación de *El rizo robado*, de Pope, y otra de *El Facistol*, de Boileau. Francisco Manuel del Nacimiento (1734-1819) imitó á Horacio con frialdad exce-

siva. Barbosa Bocage (1765-1805), satírico mordaz, llegó á popularizarse en Portugal. En la prosa, apenas merece citarse alguno más que Verney (n. 1713), cenocido por *el Barbadiño*, que en su *Verdadero método de estudiar* hizo estudios pedagógicos.

Siglo XIX.—En el siglo XIX la literatura portuguesa experimentó un poderoso impulso de vitalidad. El romanticismo produjo tres autores de talla: Almeida Garrett, Alejandro Herculano y Camilo Castello Branco.

Almeida Garrett (1799-1854) comenzó escribiendo poemas y tragedias á la manera clasicista, pero luego se convirtió al romanticismo. Las poesías líricas de sus *Hojas caídas* son dechado de sentimiento y delicadeza. Sus dramas *Un auto de Gil Vicente*, *Felipe de Villena* y *Fray Luis de Sousa* admiten comparación con las mejores producciones teatrales de otras literaturas.

Herculano.

Alejandro Herculano (1810-1877) fué poeta, novelista é historiador. Gallardas muestras de novela histórica son *Eurico el Presbítero* y *El Monje del Císter*, que más recuerdan á Manzoni que á Walter Scott. Sus *Leyendas y narraciones*, como *Arras por fuero de España*, *La dama del pie de cabra*, etc., encierran interesantes episodios de carácter tradicional. La *Historia de Por-*

tugal, de que sólo escribió cuatro volúmenes, es una de las obras más sólidas del siglo XIX.

Camilo Castello Branco (1826-1890), aunque de filiación romántica, tiene mucho de naturalista en sus novelas. Nadie como él ha pintado las costumbres de su país, en la *Novela de un hombre rico*, en *La expósita*, en las *Escenas contemporáneas*, etc.

Después del romanticismo ha habido también buenos escritores y poetas. Hállanse entre estos últimos Juan de Deus (1830-1896)—«el maestro de todos por la forma», como dice Teófilo Braga,—Antero de Quental (1842-1891), Teixeira Bastos (1856-1901), etc. Como novelista, hállase eu primer término Eça de Queiroz (1846-1900), cultivador del género naturalista á la manera francesa, en obras como *El primo Basilio*, *La reliquia* y otras.

Ilustre publicista fué Oliveira Martins (1845-1894), entre cuyas obras de alcance enciclopédico se encuentra la admirable *Historia de la civilización ibérica*.

CAPÍTULO XXXIX

Literatura alemana.

Orígenes.—El más antiguo monumento escrito en alemán antiguo, ó sea en *gótico*, es la *Biblia* del obispo Ulfilas (¿318-388), quien tradujo los libros sagrados á la lengua vulgar para ponerlos al alcance del pueblo. Aquella lengua sufre pocas modificaciones desde el siglo IV hasta el VIII, pero á partir de esta época se fracciona en dos ramas principales: el *bajo alemán* y el *alto alemán*. Este último prevaleció para los usos literarios.

Del siglo VIII al XII aparecen varios poemas, conocidos hoy por fragmentos. Tales son, entre otros, el *Canto de Hildebrando*, coetáneo de Carlo Magno, referente á la lucha del viejo guerrero Hildebrando con su hijo; la *Oración de Wessobrunn*, especie de Credo en verso; el *Muspilli*, sobre el juicio final; el *Heliand* (El Salvador), que contiene la vida de Cristo, etcétera. Estos poemas están escritos por lo general en versos con aliteración.

La producción literaria de esta época suele ser anónima. Sólo se conservan los nombres de cinco ó seis monjes, y el de la abadesa de Gandersheim, Rosvitha, que escribió en latín, á mediados del siglo X, varios poemas religiosos y algunas obras dramáticas.

La poesía heroica.—La literatura medieval comienza con brillantez; el idioma alto alemán se perfecciona sensiblemente. Los siglos XII y XIII pertenecen

de lleno á los poemas de tradiciones heroicas nacionales, y sobre todo á las dos grandes epopeyas alemanas: los *Nibelungen* y el *Gudrun*.

La vastísima narración de los *Nibelungen* se divide en dos partes. El héroe del poema, Sigfrido, se ha hecho invulnerable, excepto en cierto punto de la espalda, bañándose en la sangre de un dragón. Cásase con Crimhilda, hermana de Gunther, rey de los borgoñones, y presta á éste su ayuda, mediante un manto mágico que le hace invisible, para luchar con Brunhilda, mujer de una fuerza extraordinaria que había prometido dar su mano á quien la venciere en un torneo. Crimhilda, que conocía la única parte vulnerable en el cuerpo de su marido, lo revela incautamente á Brunhilda, y ésta, á raíz de ciertas discordias, hace que su servidor el terrible Hagen asesine al héroe. La venganza de Crimhilda llena la segunda parte del poema. Hagen, no contento con su hazaña, roba á Crimhilda el *tesoro de los Nibelungos* y le arroja al Rhin; Crimhilda, para poder vengarse, se casa con Atila ó *Hetzel*, rey de los hunos, quien invita á los príncipes de Worms á una fiesta. A la terminación se entabla espantosa lucha, en que caen multitud de víctimas. Crimhilda hace prender fuego á la habitación; después manda matar á su hermano Gunther y con su propia mano corta la cabeza á Hagen. El viejo Hildebrando, indignado de tantos horrores, da muerte á Crimhilda.

Así como de ordinario se llama á los *Nibelungen* «la Iliada alemana», el poema *Gudrun* es como la Odisea de aquella literatura. El principal asunto de este poema es la fidelidad que la heroína, Gudrun, guarda á su prometido Herwic á través de desventuras y sufrimientos, como su cautividad en Normandía.

Los MINNESINGER.—A los siglos XII y XIII pertenecen también los *minnesinger*, trovadores delicados y

sentimentales que cantaron el amor, la religión y la moral en forma un tanto diferente á la de los provenzales. También los *minnesinger* compusieron poemas heroicos y caballerescos, especialmente del ciclo bretón. Precisamente dos de los más notables son WOLFRAM DE ESCHEMBACH y GODOFREDO DE ESTRAMBURGO, autor el primero de un poema sobre *Perceval*, y el segundo de otro sobre *Tristán é Iseo*.

LOS MEISTERSINGER.—El segundo período de la Edad Media—siglos XIV y XV—no es tan brillante para la literatura alemana como el anterior. A los *minnesinger* suceden los *meistersinger* ó *maestros cantores*, que alternaban el ejercicio de sus oficios mecánicos con la composición de versos. Estos poetas-menestrales no se dejaban llevar de la fantasía, como los minnesinger, sino que para versificar se sometían á ciertas reglas llamadas *tabulaturas;* por eso su poesía es más falsa y de menos mérito. El más celebrado de todos ellos, perteneciente ya al siglo XVI, fué el zapatero HANS SACHS (1494-1576), que escribió canciones, cuentos populares y obras dramáticas, y defendió á Lutero en un poema satírico titulado *El ruiseñor de Witemberg*.

OTROS POETAS.—Aparte de las composiciones de los meistersinger, aparecen otras poesías de colorido más popular. Son las principales el *Reinecke Fuchs*, que no es sino una versión del *Roman de Renart*, cuya paternidad disputan los alemanes á Francia, y *La barca de los locos*, sátira alegórica escrita por SEBASTIÁN BRANDT (1457-1521), en que se fustigan los vicios y abusos de la época suponiendo que los locos de varias clases van embarcados al país de la Estulticia.

La dramática, nacida, como en otras naciones, de los *misterios*, ofrece también representaciones profanas. La prosa tiene como principales cultivadores á varios místicos y cronistas.

Siglo XVI.—La literatura alemana del siglo XVI gira toda en derredor de la Reforma. El implantador de ésta, MARTÍN LUTERO (1483-1546), influyó grandemente en la lengua alemana, asociando el vocabulario de las clases superiores al del bajo alemán, que hablaba la gente del pueblo.

Entre los que apoyaron la Reforma merecen citarse, por lo que hace á su mérito literario, ULRICO DE HUTTEN (1488-1523), autor de numerosas obras de polémica, y JUAN FISCHART (¿1550-1590?), el Rabelais de Alemania, que escribió, entre otras cosas, un *Gargantúa* acomodado á su país y á su tiempo, y un poema muy popular que se denomina *El barco afortunado*. Entre los adversarios de Lutero, el mejor es el fraile franciscano TOMÁS MURNER (1475-1536?), autor de ingeniosas y violentas sátiras, como las tituladas *Conjuración de los locos* y *Sociedad de los pícaros*. La fábula, el teatro y la didáctica cuentan con buenos cultivadores en este siglo.

Siglo XVII.—En el siglo XVII menudean mucho los autores, pero ninguno de ellos alcanza gran altura. Fórmanse muchas academias literarias y escuelas poéticas, siendo entre estas últimas la más notable la llamada *Escuela de Silesia*.

Esta escuela tuvo primeramente por jefe á MARTÍN OPITZ (1597-1639), versificador tan correcto como inexpresivo, y después á ANDRÉS GRYPHIUS (1616-1664), imitador de los ingleses, que sobresalió en la dramática por sus conmovedoras tragedias y sus regocijadas obras cómicas.

La *segunda escuela de Silesia* introduce afectación idéntica á la de los culteranos y conceptistas españoles.

Siglo XVIII.—Continúan las escuelas en el siglo XVIII, representando tendencias distintas dos críticos célebres: JUAN CRISTÓBAL GOTTSCHED (1700-1766) y JUAN JACOBO BODMER (1698-1783). El primero defendió tenazmente el seudoclasicismo francés, escribiendo tragedias y tratados de preceptiva. El segundo, ayudado por BREITINGER (1701-1776), representó la *es-*

cuela suiza, que concedía preferencia á los modelos ingleses, por ser más conformes al espíritu nacional, y buscaba sus asuntos en la naturaleza y en la religión. La empeñada contienda que ambos críticos sostuvieron, terminó con el triunfo de la escuela suiza, gracias sobre todo á las poesías del gran polígrafo HALLER (1708-1777).

El movimiento literario desarrollado durante todo el siglo XVIII preparó el advenimiento de un poeta inmortal, de KLOPSTOCK (1724-1803).

Federico Gottlieb Klopstock escribió odas, tragedias y obras didácticas; pero su fama descansa principalmente en el poema *La Mesiada*, cuyo asunto es la pasión y resurrección de Jesucristo. Más que grandeza, hay en *La Mesiada* un profundo sentimiento cristiano, una ternura lírica delicadísima.

Aunque sólo sea por la influencia que ejerce en toda Europa, citaremos á SALOMÓN GESSNER (1730-1787), nacido en Suiza, que en la llamada «prosa poética» escribió *idilios* falsos y artificiosos.

A partir de Klopstock, se produce en Alemania gran movimiento estético. CRISTÓBAL MARÍA WIELAND (1733-1813), templó las exageraciones del misticismo poético con elementos más humanos, escribiendo novelas, dramas, poemas y otras obras, entre las cuales descuella la narración épica *Oberon*. El ilustre crítico y poeta GOTTHOLD EFRAIM LESSING (1729-1781) sustrajo á la literatura alemana de la influencia francesa y dirigió las corrientes artísticas por nuevos cauces, escribiendo dramas bellísimos y obras de tan sólida doctrina como las tituladas *Laocoonte* y *Dramaturgia de Hamburgo*. En la primera, proclamando como ley suprema del arte la belleza, establecía la distinción entre la poesía y las artes plásticas; en la segunda sienta las bases del teatro moderno, combatiendo la

imitación de la tragedia francesa, rechazando la regla de las tres unidades, que sólo por error se atribuía á Aristóteles, y buscando el tipo de drama trágico en los modelos clásicos, combinados con los de Shakespeare y Calderón.

El impulso dado por Lessing á las letras produjo excelentes resultados, y entre los escritores que le siguen aparecen dos grandes figuras: GOETHE (1749-1832) y SCHILLER (1759-1805).

GOETHE.—Juan Wolfgang Goethe, nacido en Francfort, recorrió todos los géneros literarios, con una flexibilidad asombrosa. Aquí no podemos hacer otra cosa que mencionar algunas de sus producciones. Una de las primeras fué la famosa novela romántica *Werther*, cuyo protagonista, después de unos amores desgraciados, se suicida. Otra de sus novelas, titulada *Las afinidades electivas*, contiene un profundo estudio psicológico, un análisis habilísimo del corazón humano. En sus obras teatrales, como *Egmont*, *Torcuato Tasso*, *Ifigenia*, sabe tocar todos los resortes para despertar el interés. Sus sátiras, sus canciones y baladas, son admirables y se han imitado en todas las lenguas. El poema *Hermann y Dorotea* encierra un cuadro de encantadora sencillez. Pero su obra maestra es el *Fausto*, epopeya dialogada ó drama filosófico basado en la antigua leyenda del hombre que, ávido

Goethe.

de descifrar los misterios de la vida ó de conseguir placeres inefables, hace un pacto con el diablo. Consta de dos partes: en la primera, escrita por Goethe cuando joven, aparecen las conocidas figuras de Margarita, la cándida joven seducida, y de Mefistófeles, que ayuda al doctor Fausto en sus empresas; en la segunda, correspondiente á los últimos años de Goethe é inferior á la primera, se desenlaza la acción, contra lo que sucedía en la leyenda popular sobre el mismo asunto, con el perdón de Fausto. Es el *Fausto* una concepción genial; ninguna literatura tiene otra que la supere en originalidad.

Schiller.—Juan Federico Schiller, grande amigo de Goethe, tuvo un temperamento artístico muy diferente. Schiller representa el idealismo, es un poeta subjetivo, de profunda delicadeza; Goethe es realista, objetivo, gusta de iluminar sus escritos con la luz de la razón. En el concepto de lírico, Schiller tiene baladas, himnos y otras composiciones de subido mérito, como *La Campana*, universalmente celebrada. Como dramático, sus obras más famosas son: *Los bandidos*, valiente alegato contra las injusticias sociales; *Don Carlos*, cuyo protagonista es el desdichado hijo de Felipe II; la trilogia *Wallenstein*, sobre la guerra de los Treinta Años, y *Guillermo Tell*, grandiosa

Schiller.

creación que ha pasado á ser clásica en el teatro alemán. Schiller escribió también importantes obras de historia, de filosofía y de crítica literaria, correspondiendo estas últimas, por lo general, á los principios de la estética kantiana.

Otros.—Casi á la par de Goethe y de Schiller es preciso poner á Herder (Juan Godofredo) (1744-1803), polígrafo insigne, creador de la filosofía de la historia, que dejó sus huellas lo mismo en la erudición y en la crítica que en la poesía alemana. Debemos citar también al poeta Burger (1747-1794), notable sobre todo por sus *Baladas*.

El romanticismo.—Las obras de Lessing parecen un precedente inmediato del romanticismo; pero los verdaderos fundadores de esta escuela fueron los hermanos Schlegel [Guillermo (1767-1845) y Federico (1772-1829)], juntamente con Luis Tieck (1773-1858). Infundióse en la literatura el espíritu cristiano como elemento artístico, poetas y prosistas buscaron asunto para sus obras en las tradiciones de la Edad Media y en las luchas más conmovedoras del corazón humano, proclamando la belleza del teatro clásico español, y triunfó la escuela que había de recorrer toda Europa.

Numerosos adeptos tuvo el romanticismo, que cultivaron todos los géneros literarios, especialmente la lírica, el drama y la novela. En esta misma época vivió el originalísimo Hoffmann (1776-1822), que en sus famosos *Cuentos fantásticos* mezcla lo real y lo imaginario, produciendo las más encontradas impresiones.

Otros poetas.—El floreciente estado de la poesía en los fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, se sostuvo en los años subsiguientes. Citaremos sólo, por ser los más notorios, á los líricos Teodoro Koerner (1791-1817), Luis Uhland (1786-1862) y Enrique Heine

(1797-1856). Koerner escribió vibrantes cantos guerreros inspirados por la lucha de la independencia: se le ha llamado con razón *el Tirteo alemán*. Uhland resucitó el espíritu nacional de la Edad Media, en baladas y canciones que son un prodigio de dulzura y misteriosa vaguedad. Heine es poeta de un humorismo *sui generis;* en los versos del *Intermezzo*, del *Libro de los cantares* y de otras colecciones, diluyó su apacible escepticismo, con rasgos briosos ó delicados que tocan al corazón y á la inteligencia. De sus obras en prosa, es célebre la titulada *Alemania*, donde con escueta desnudez pintó el estado de su país, diciendo amargas verdades que le acarrearon muchos enemigos.

La prosa.—Durante todo el siglo XIX alcanza la prosa idéntico florecimiento, y sería empeño inútil querer mencionar aquí más de algún nombre saliente. Creador de la historia crítica del arte fué Winckelmann (1717-1768); Niebhur (1776-1831), dió la pauta de la investigación histórica moderna, científica y documentada. El célebre humorista Juan Pablo Richter (1763-1825), originalísimo por sus contrasentidos é ironías, es considerado como el estético del romanticismo. La filosofía tiene figuras como Manuel Kant (1724-1804), fundador de la escuela racionalista del *criticismo*, como los panteistas Fichte (1762-1814) y Schelling (1775-1854), como el gran idealista Hegel (1770-1831), que en su *Estética* sentó sólidos principios de filosofía del arte, como el pesimista Schopenhauer (1788-1860) y el genial Nietzsche (1844-1900). El carácter elemental de este libro nos dispensa de hacer indicaciones sobre otros poetas y prosistas.

CAPÍTULO XL

Literatura inglesa.—Literaturas del Norte.

Orígenes. —Varias tribus, desde mediados del siglo V, invadieron la Gran Bretaña, llevando lenguajes que no diferían entre sí más que los dialectos de un mismo idioma. De la mezcla de todos ellos nació el *anglo-sajón*, lengua en un todo germánica. Con la conquista normanda (1066), el anglo-sajón sufrió profundos cambios, y en la primera mitad del siglo XII comienza el dominio del inglés en su forma antigua. Su perfeccionamiento, hasta llegar al estado actual, no fué sino obra del tiempo.

Entre los monumentos más antiguos de esta literatura figuran las paráfrasis en verso de la Sagrada Escritura, hechas por Cedmón (siglo VII), y algunos cantos guerreros. Por la misma época cultivaban las letras latinas los famosos Beda el Venerable (672-735) y Alcuino (735-804), autor el primero de obras didácticas, de versos bastante correctos y de una celebrada *Historia eclesiástica de los anglo-sajones*, ilustrador el segundo de la ciencia medioeval y poeta de cierta energía. El filósofo Juan Scoto Erígena († 886), que pasó de Inglaterra á la corte de Carlos el Calvo, es el verdadero fundador de la escolástica, y en la cuestión de los *universales*, nacida en su tiempo, se declaró *realista*.

El rey Alfredo el Grande (848-901) protegió las letras y dió ejemplo traduciendo del latín al anglo-sajón algunas obras como las *Historias* de Beda y de Paulo Orosio, el libro *De Consolatione*, de Boecio, y los *Morales* de San Gregorio. Por su iniciativa se escribieron la *Crónica anglo-sajona* y las *Leyes anglo-sajonas*.

Los normandos llevan á Inglaterra su lengua—correspondiente á la de *oil*,—que durante algún tiempo comparte con el latín y el anglo-sajón el dominio literario. El obispo JOFRE DE MONTMOUTH, muerto hacia 1154, escribió en latín su *Historia de los reyes bretones*, que fué como el punto de partida de todas las leyendas sobre Artus y la Tabla Redonda, recogidas en prosa francesa por el trovador anglo-normando GUALTERIO MAP. De este origen y de los *lays de Bretaña* (cantos líricos y narrativos), proceden las leyendas del ciclo bretón, como son, entre otras, la de *Tristán*, basada en el mutuo amor que sienten este caballero y su tía Iseo, bajo la influencia de un filtro mágico; la de *Perceval*, relativa al Santo Graal ó vaso sagrado que Jesucristo usó en la Cena y en el cual José de Arimatea recogió la sangre del Redentor al pie de la cruz; y la de *Lanzarote*, personaje que liberta de una prisión á la reina Ginebra.

Del siglo XII al XIII aparecen, ya en lengua inglesa, algunos poemas sobre Tristán, sobre Alejandro, sobre Ricardo Corazón de León, sobre Havelok el Dinamarqués, así como muchas baladas, crónicas rimadas y leyendas devotas. En latín escriben, entre otros, ROGERIO BACON (1214-1292), llamado el *Doctor Admirable*, monje de talento enciclopédico que se adelantó á su época, y JUAN DUNS SCOTO (1274-1308), conocido por *el Doctor Sutil*, adversario de la escuela tomista.

Siglo XIV.—Al mediar el siglo XIV adquiere vigor la literatura inglesa. Varios poetas preparan el terreno á GODOFREDO CHAUCER (¿1328-1400), paje de Eduardo III, miembro más tarde del Parlamento. Las primeras obras de Chaucer, como la *Corte de amor*, una traducción del *Roman de la Rose*, etc., son un reflejo de la literatura francesa; las subsiguientes, mucho mejores, revelan la influencia italiana, recibida por

Chaucer en un viaje que hizo á aquel país como representante del rey Eduardo. Entre estas últimas figuran el poema *Troilo y Criseida*, de asunto clásico y muy popular en la Edad Media, y los *Cuentos de Cantorbery*, que forman una imitación muy agradable del *Decámeron:* treinta peregrinos que van á Cantorbery para visitar la tumba de Santo Tomás Becket, distraen el viaje refiriendo cuentos.

Contemporáneos de Chaucer fueron el escocés Barbour († 1396), que escribió el poema *Bruce*, sobre las aventuras de Roberto I, y Guillermo Langlande (1331-1400), á quien se supone autor de la *Visión de Pedro el Labrador*, sátira alegórica contra el clero. Los prosistas escribieron indistintamente en latín ó en inglés, desde Juan Wicliffe (1324-1384), precursor de la reforma, hasta Tomás Moro (1478-1535), que en su *Utopia*, especie de novela latina, predicó el comunismo.

Siglo de Isabel.—El siglo de Isabel es de engrandecimiento para la literatura inglesa; en él florecen más de doscientos poetas. Uno de ellos fué Felipe Sidney (1554-1586), ministro de la reina y autor de la *Arcadia de la condesa de Pembroke*, mezcla de novela pastoril y de narración caballeresca. A mayor altura rayó Edmundo Spenser (1552-1599), considerado como uno de los mejores poetas ingleses por su poema alegórico *La reina de las hadas*.

Juan Lyly, nacido en 1554, fué el Góngora de Inglaterra. Con su libro *Euphues* introdujo en el lenguaje los excesos conceptistas y culteranos, creando la escuela del *eufuísmo*.

El teatro, que había ido formándose poco á poco con los *misterios* y *moralidades*, ofrece por esta época algunos nombres, incluso el del mismo Lyly; pero el verdadero precursor de Shakespeare fué Cristóbal Marlowe (1564-1593). Entre sus obras

teatrales figura *El Doctor Fausto*, sobre la popular leyenda de la Edad Media.

SHAKESPEARE.—Y aparece el gran genio de la dramaturgia inglesa: GUILLERMO SHAKESPEARE. Nació Shakespeare en Stratford en 1564, de padres bien acomodados; casado á los diecinueve años y menoscabada su fortuna, se trasladó á Londres, y allí se hizo actor y escritor dramático; de este modo consiguió ahorrar una regular fortuna, con la que se retiró á su pueblo natal, donde murió el 23 de Abril de 1616.

Shakespeare.

Shakespeare es el dramático que más profundamente ha sondeado el corazón humano. Nadie como él ha conocido los medios de conmover, penetrando hasta lo más recóndito del alma. Creó en su teatro figuras inmortales, originalísimas, que reflejan todas las pasiones del hombre. En su estilo inconfundible, al lado de una reflexión filosófica se descubre un amargo rasgo humorístico. Shakespeare, como nuestros autores del Siglo de Oro, prescindió de las unidades teatrales y mezcló en sus obras el verso con la prosa; por eso, y por otras razones, la escuela romántica le miró como uno de sus maestros.

Shakespeare escribió, á más de varias composiciones épicas y líricas, unas treinta y cinco obras dramáticas. Entre las más famosas figuran las siguientes, por orden cronológico: *Romeo y Julieta*,

sentida historia de amor en que los protagonistas son víctimas de los odios de familia; *El sueño de una noche de verano*, donde el elemento fantástico tiene mucha intervención; *El mercader de Venecia*, mezcla de trágico y cómico, con la admirable pintura del judío Shylock; *Las alegres comadres de Windsor*, comedia muy regocijada; *Otelo*, magnífica tragedia de celos, en que la inocente Desdémona cae injustamente sacrificada; *Hamlet*, una de las más grandes creaciones literarias, cuyo protagonista, príncipe de Dinamarca, llora y venga el asesinato de su padre, mientras ve bajar al sepulcro á su amada, la desdichada Ofelia; *El rey Lear*, cuadro sombrío movido por la fatalidad, y *Macbeth*, llamada con razón *la tragedia del terror*, cuyos principales personajes—Macbeth y Lady Macbeth,—son unos de los más vigorosamente trazados por Shakespeare. El dramaturgo inglés tomó muchas veces sus asuntos de novelistas italianos ó de otros autores, pero siempre imprimió un sello peculiar é inimitable.

La prosa.—La prosa de esta época, sin llegar á la brillantez que la poesía, produjo obras de mérito. El genial escritor enciclopédico Francisco Bacon de Verulamio (1561-1626), que instauró en las ciencias el método experimental, escribió sus principales obras en latín, como el *Novum Organum*.

La literatura después de Shakespeare.—En la primera mitad del siglo XVII, el mejor poeta es Milton (1608-1674); en la segunda, Dryden (1631-1700).

Juan Milton, nocido en Londres, tomó parte activa en el movimiento político de Inglaterra, poniéndose al lado de Cromwell; en 1662 quedó ciego, y hallándose pobre y perseguido al llegar la Restauración, se retiró á la soledad. La obra maestra de Milton es el poema *El Paraíso perdido*, que tiene por asunto la falta de

Adán y Eva. Comienza con la caída de los ángeles malos en el abismo, y su conjuración para tentar á nuestros primeros padres, y termina con el mandato de Dios arrojando á éstos del Paraíso. *El paraíso perdido* está escrito en verso libre; la figura de Satán es de una grandeza incomparable; la parte descriptiva abunda en bellezas.

Juan Dryden escribió más que nada obras dramáticas, y sin embargo su fuerte está en la poesía lírica y narrativa, en la satira. Su *Ensayo sobre la poesía dramática* le acredita de prosista elegante y de hábil crítico.

A este siglo pertenecen, entre otros didácticos de nota, los dos ilustres pensadores Locke (1632-1704) y Newton (1642-1727).

Siglo XVIII.—El siglo XVIII, sobre todo en su primera mitad, es en Inglaterra época *clasicista*. Distínguese, pues, la literatura, por la estudiada corrección y elegancia de sus formas, que dejaron sentir su influencia en las demás naciones. El primero y más famoso poeta de esta época es Alejandro Pope (1688-1744), traductor poco fiel de la *Iliada*, autor del poema burlesco *El rizo robado*, que tiene mucha gracia, y de un *Ensayo sobre la crítica*, inspirado totalmente en los preceptistas clásicos. A la misma escuela pertenecen Thomson (1700-1748), autor del poema didáctico *Las Estaciones*, y Young (1683-1765), célebre por sus sentimentales *Noches lúgubres*.

La prosa se desenvuelve con amplitud, sobre todo en la novela. Daniel Defoe (1661-1731) escribió sus celebérrimas *Aventuras de Robinsón Crusoé*, el náufrago habitante de la isla desierta. Jonathan Swift (1667-1745), nacido en Irlanda, satirizó en los *Viajes de Gulliver* á la sociedad de su época. Por caminos muy diferentes, Samuel Richardson (1689-1761) des-

pertó el interés de muchos lectores europeos con novelas como *Pamela* y *Clarisa Harlowe*, llenas de sensiblería. Oliverio Goldsmith (1728-1774) consiguió casi toda su fama con una sola novela, *El Vicario de Wakefield*, apacible historia de un cura de aldea. No hemos de omitir en esta fragmentaria enumeración de autores á José Adisson (1672-1719), que en su periódico *El Espectador* escribió sobre asuntos muy diversos; ni á Lorenzo Sterne (1713-1768), uno de los grandes humoristas modernos, pero con humorismo benévolo y optimista.

Epoca moderna.—El siglo XIX cuenta, á más de los poetas *lakistas* (de los lagos) y de otros secundarios, uno de mérito excepcional: Lord Byron (1788-1824). Nacido en Londres, viajó por toda Europa; cuando los griegos sostenían la guerra de independencia, marchó á luchar por su causa, y murió en Missolonghi.

Lord Byrond.

Byron es ante todo un lírico, fogoso, ardiente, apasionado. Tal se observa en sus geniales poemas, en *Childe Harold*, en *El Corsario*, en *Lara*, en *D. Juan*, resurrección brillante este último del legendario personaje español. Tal se observa hasta en sus obras dramáticas, como *Marino Faliero* ó el clásico *Manfredo*. Lord Byron, que estuvo en España y en ella se inspiró más de una vez, que tuvo

una imaginación algo española, ejerció en nuestra patria indudable influencia. El gran lírico inglés sirvió de modelo para una de las derivaciones románticas.

Síguele inmediatamente en mérito SHELLEY (1792-1822), autor de los irreligiosos poemas *La reina Mab* y *La insurrección del Islam*. Entre los poetas contemporáneos ha logrado fama ALFREDO TENNYSON (1809-1892), muy elegante y correcto.

El género novelístico empieza con él escocés WALTER SCOTT (1771-1832), creador de la novela histórica, que tanto se popularizó é influyó en el romanticismo. Uniendo á interesantes episodios históricos, de Inglaterra y Escocia especialmente, otras aventuras por él imaginadas, dió forma á esas encantadoras narraciones que exhalan la poesía de tiempos pasados. Conocidas de todos son *Ivanhoe*, *El Anticuario*, *Los Puritanos*, *Quintín Durward* y tantas otras novelas de Walter Scott.

Después de éste, sólo hemos de citar á dos novelistas: CARLOS DICKENS (1812-1870), que con realismo un poco desconsolador pintó en sus obras á la moderna sociedad de Inglaterra, y THACKERAY (1811-1863), observador minucioso y delicado.

La oratoria inglesa, que ya en el siglo XVIII había tenido representantes tan ilustres como PITT (1759-1806), BURKE (1729-1797), Fox (1749-1806), etc., continuó en el XIX su gloriosa tradición con los nombres de O'CONELL (1775-1847), GLADSTONE (1809-1899) y otros.

Entre los didácticos ingleses del último siglo, sólo recordaremos al concienzudo historiador LORD MACAULAY (1800-1859), al profundo autor de *Los Héroes*, TOMÁS CARLYLE (1795-1881) y al brillante estético JUAN RUSKIN (1819-1900).

Literatura norteamericana.—Emancipadas de Inglaterra las colonias del Norte de América, y constituídos los Estados Unidos, esta nación dió á la

lengua inglesa muy notables literatos. Mencionaremos algunos de los más conocidos. Fenimore Cooper (1789-1851) noveló con acierto las costumbres de los marinos y el proceso de la dominación anglo-sajona sobre los indios americanos. El poeta Longfellow (1807-1882), muy delicado en la expresión de afectos, excelente traductor de nuestro Jorge Manrique, consiguió gran parte de su fama con el poema sentimental *Evangelina*. Edgar Poe (1809-1849) es popular por sus *Historias extraordinarias*, que recuerdan en cierto modo los cuentos del alemán Hoffmann. Hay tres historiadores norteamericanos muy conocidos y estimados en nuestra patria, por haber escrito sobre asuntos españoles. Washington Irving (1783-1859) es autor de la *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón* y de la *Crónica de la Conquista de Granada;* Guillermo Prescott (1796-1859) escribió la historia de los Reyes Católicos, de la Conquista de Méjico y del Perú, y de Felipe II; Jorge Ticknor (1791- 1871) impulsó nuestros estudios literarios con su *Historia de la literatura española*, magistralmente ilustrada por Gayangos.

Literaturas del Norte.—Las llamadas literaturas del Norte comprenden dos grandes grupos: las eslavas y las escandinavas.

El monumento nacional primitivo de las eslavas, es el *Poema de Igor*, cuya autenticidad se ha discutido. Dícese que corresponde al siglo XII, y contiene la expedición de Igor, príncipe de Novgorod, y de su hijo Wladimiro, contra los Polovtsi. Está escrito en prosa.

Aunque restan algunas otras muestras escritas de la antigüedad, lo cierto es que las literaturas eslavas no han tenido cabal desarrollo hasta tiempos relativamente modernos. En Polonia, hasta mediados del siglo XV se usó con preferencia el latín; con posterio-

ridad, la literatura polaca experimentó un gran impulso. Sin ser de sus mejores representantes, en los últimos años ha adquirido popularidad extraordinaria SIENKIEWICZ (1846-1916), por su novela *¿Quo Vadis?* En Rusia, el movimiento literario comenzó realmente á fines del siglo XVIII. Por su notoriedad conviene mencionar á varios escritores rusos. PUCHKIN (1799-1837) y LERMONTOF (1811-1841), muertos ambos en duelo, fueron poetas románticos y de la libertad. La novela ha tenido en el siglo XIX excelente cultivo con autores como NICOLÁS GOGOL (1808-1851), de alma netamente rusa, como TURGUENEFF (1818-1883), cuya soñadora vaguedad causa impresión profunda, como DOSTOYEUSKI (1822-1881), gran defensor de los humildes y de los oprimidos, y como el Conde LEÓN TOLSTOY (1828-1910), de fama universal, autor de *La sonata á Kreutzer* y de tantas obras justamente celebradas.

Tolstoy

Los orígenes de las literaturas escandinavas, y aun de las anglo-sajonas, están en las leyendas llamadas *Los Eddas*, que se remontan en gran parte, según parece, al siglo VII. Hay dos Eddas ó colecciones, uno en verso y otro en prosa, y en ellos está contenida la variadísima é interesante mitología del Norte, cuyo dios principal es Odín. Otros relatos heroicos sobre los guerreros escandinavos, llámanse *sagas;* algunos de ellos están incluídos en los mismos *Eddas*. Los poetas que compusieron esas y otras obras, llamábanse *escaldas*, y eran algo así como los trovadores provenzales ó los minnesinger alemanes.

Esta literatura, que con la introducción del cristianismo hubo de reducirse á Islandia, vino pronto en decadencia; en Dinamarca, en Suecia y en Noruega se empleó el latín para los usos literarios, y hasta después de la Reforma no tomó la lengua vulgar nuevos vuelos. La lista de escritores de esas naciones es hoy larga y brillante. En ella figuran—por citar alguno de los notables,—los dinamarqueses Œhlenschlæger (1769-1850) y Andersen (1805-1875), dramaturgo de talla el primero, autor el segundo de los celebrados cuentos infantiles; el insigne naturalista sueco Carlos Linneo (1707-1778), que escribió sus obras en latín; y los noruegos Luis Holberg (1684-1754), Enrique Ibsen (1828-1906) y Bicœrnstierne Bicœrnson (1832-1910), creador aquél del teatro en Dinamarca, dramaturgos éstos de los que dejan huella profunda en el campo de la literatura.

ÍNDICE

Capítulos		Págs.
I.	*Literaturas orientales.*—Breves indicaciones sobre las literaturas egipcia, china, india, persa y caldea	5
II.	Breves indicaciones sobre las literaturas hebrea y árabe	12
III.	*Literaturas clásicas.*—Literatura griega.—Epoca anteclásica.—Himnos primitivos.—Homero y Hesiodo.—La lírica.—Poetas eólicos, dóricos y jónicos	21
IV.	Epoca clásica de la literatura griega.—El teatro	30
V.	La prosa en la época clásica de la literatura griega.—La historia.—La filosofía.—La oratoria	36
VI.	Época postclásica de la literatura griega.—Sus tres períodos	45
VII.	Literatura latina.—Época anteclásica.—Antiguos monumentos.—La poesía.—La prosa	51
VIII.	Época clásica de la literatura latina.—La poesía.	55
IX.	La oratoria y la didáctica en la época clásica de la literatura latina	62
X.	Época postclásica de la literatura latina.—Sus dos períodos	67
XI.	*Literaturas modernas.*—Literatura española.—Escritores hispano-latinos.—Períodos visigodo, musulmán y de la Reconquista	75
XII.	Época anteclásica de la literatura española.—Origen y primeros monumentos de la lengua castellana.—Cantares de gesta.—Poema del Cid.—El Rodrigo	79
XIII.	Poemas varios.—Poesía popular.—Mester de clerecía.—Gonzalo de Berceo.—Otros poemas del mester de clerecía	88

Capítulos Págs.

XIV. Primeros monumentos en prosa.—Alfonso X.—Sus sucesores 96
XV. La poesía castellana en el siglo XIV.—El Arcipreste de Hita.--Otros poetas.--Los Cancioneros 104
XVI. La prosa castellana en el siglo XIV.—D. Juan Manuel.—Otros prosistas.- Crónicas.—El Canciller Ayala.—Libros de caballerías. 108
XVII. Literaturas cultivadas en España durante la Edad Media, distintas de la castellana.—Escritores catalanes y gallegos.--Escritores hebreos y árabes 116
XVIII. La poesía castellana en el siglo XV.—Escuelas poéticas.--El Marqués de Santillana.--Fernán Péréz de Guzmán.—Juan de Mena.—Jorge Manrique y otros.—La sátira política.—Los romances... 124
XIX. La prosa castellana en el siglo XV.—La novela.—Libros de caballerías.—La historia.—Prosistas varios..... 134
XX. El teatro español.—Orígenes.—La *Celestina*.—Juan del Encina.—Lucas Fernández.—Naharro y otros..... 141
XXI. Siglo de Oro de la literatura española.—Poesía. —La lírica.—Influencia italiana.—Antipetrarquistas.—Poetas varios..... 146
XXII. La lírica en el Siglo de Oro (continuación).—Góngora.—El culteranismo.—Otros poetas.—La épica.—La dramática.—Lope de Rueda y otros autores..... 153
XXIII. El teatro español del Siglo de Oro.--Lope de Vega. —Dramáticos de su tiempo..... 161
XXIV. El teatro español del Siglo de Oro (continuación). —Tirso de Molina.—Ruiz de Alarcón.—Moreto. —Calderón de la Barca.—Otros dramáticos.... 169
XXV. La novela en el Siglo de Oro.—Novela sentimental, de aventuras é histórica.—Novela picaresca. —Novelistas varios..... 178
XXVI. Miguel de Cervantes Saavedra..... 183
XXVII. La didáctica en el Siglo de Oro.—Humanistas.—Filósofos, moralistas y políticos.—Otros didácticos..... 190
XXVIII. Escritores místicos del Siglo de Oro.—Historiadores..... 196

Capítulos Págs.

XXIX. Don Francisco de Quevedo Villegas..... 203
XXX. Época postclásica de la literatura española.—La poesía en el siglo XVIII.—La lírica y la épica.—Dramáticos.—Don Ramón de la Cruz.—Moratín 208
XXXI. La prosa en el siglo XVIII.—La novela y la sátira.—La didáctica.—La historia.—Género oratorio y epistolar..... 215
XXXII. Siglo XIX.—La poesía.—Poetas clasicistas.—Quintana y Gallego.—La dramática.—Martínez de la Rosa.—El romanticismo.—El Duque de Rivas.—Otros dramáticos..... 221
XXXIII. El romanticismo en la lírica.—Espronceda.—Zorrilla.—Otros líricos.—Resultados del romanticismo..... 228
XXXIV. La poesía después del romanticismo.—Campoamor.—Bécquer.—Núñez de Arce.—Otros poetas.—La dramática..... 235
XXXV. La prosa en el siglo XIX.—La novela.—La didáctica.—La historia.—La oratoria política.—Escritores regionales é hispano-americanos..... 238
XXXVI. *Literatura italiana*..... 245
XXXVII. *Literatura francesa*..... 255
XXXVIII. *Literatura portuguesa*..... 267
XXXIX. *Literatura alemana*..... 275
XL. *Literatura inglesa. —Literaturas del Norte*..... 284

OBRAS DEL MISMO AUTOR

La Mártir. *Leyenda.* (Prólogo de Pedro Muñoz Peña).—Valladolid, 1895.

Fútiles. *Poesías.*—Valladolid, 1897.

Rengloncitos. *Poesías.*—Valladolid, 1899.

Condición Jurídica del Extranjero en la Edad Media.—Valladolid, 1900.

Un pleito de Lope de Rueda. *Nuevas noticias biográficas.*—Valladolid, 1902.

Noticias de una corte literaria.—Valladolid, 1906.

Romances populares de Castilla. *(Recogidos por Narciso Alonso Cortés.)*—Valladolid, 1906.

Elementos de preceptiva literaria.—Valladolid, 1907.

Modelos literarios. *Literatura española.*—(4.ª edición.)—Valladolid, 1917.

Modelos literarios. *Literaturas extranjeras.*—(3.ª edición).—Valladolid, 1915.

Briznas. *Poesías.*—Valladolid, 1907.

Romances sobre la partida de la corte de Valladolid en 1906. *(Con notas aclaratorias).*—Valladolid, 1908.

La corte de Felipe III en valladolid.—Valladolid, 1908.

Iuan Martínez Villergas. *Bosquejo biográfico-crítico.*—(2.ª edición).—Valladolid, 1913.

La Mies de Hogaño. *Poesías.* (Soneto preliminar de Manuel de Sandoval. Carta epílogo de Salvador Rueda).—Valladolid, 1911.

Vida y obras de Cristóbal Suárez de Figueroa. *Traducción del inglés, con notas.*—Valladolid, 1911.

Miscelánea vallisoletana.—Valladolid, 1912.

Discurso de recepción en la Real Academia de Bellas Artes de Valladolid.—Valladolid, 1913.

Las Eróticas ó Amatorias de D. Esteban Manuel de Villegas. *Edición con prólogo y notas.*—Madrid, *La Lectura,* 1913.

DON HERNANDO DE ACUÑA. *Noticias biográficas.*—Valladolid, 1913.

ANTOLOGÍA DE POETAS VALLISOLETANOS.—Valladolid, 1914.

ÁRBOL AÑOSO. *Poesías.* (Versos preliminares de Enrique Diez-Canedo, Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado).—Valladolid, 1914.

CANTARES POPULARES DE CASTILLA.—París, *Revue Hispanique, 1914.*

GÓMEZ PEREIRA Y LUIS DE MERCADO.—París, *Revue Hispanique,* 1914.

EPISTOLARIO del P. Nieremberg.—*Edición con prólogo y notas.*—Madrid, *La Lectura,* 1915.

RELACIÓN DEL BAUTISMO DE FELIPE IV.—(Reimpresión con prólogo).—Valladolid, 1916.

EL LICENCIADO VIDRIERA, de Cervantes. *Edición con prólogo y notas.*—Valladolid, 1916.

CASOS CERVANTINOS QUE TOCAN A VALLADOLID.—Madrid, 1916.

VIEJO Y NUEVO. *Artículos varios.*—Valladolid, 1916.

ESTE ERA UN PASTOR... *Cuentecillos.*—Valladolid, 1916.

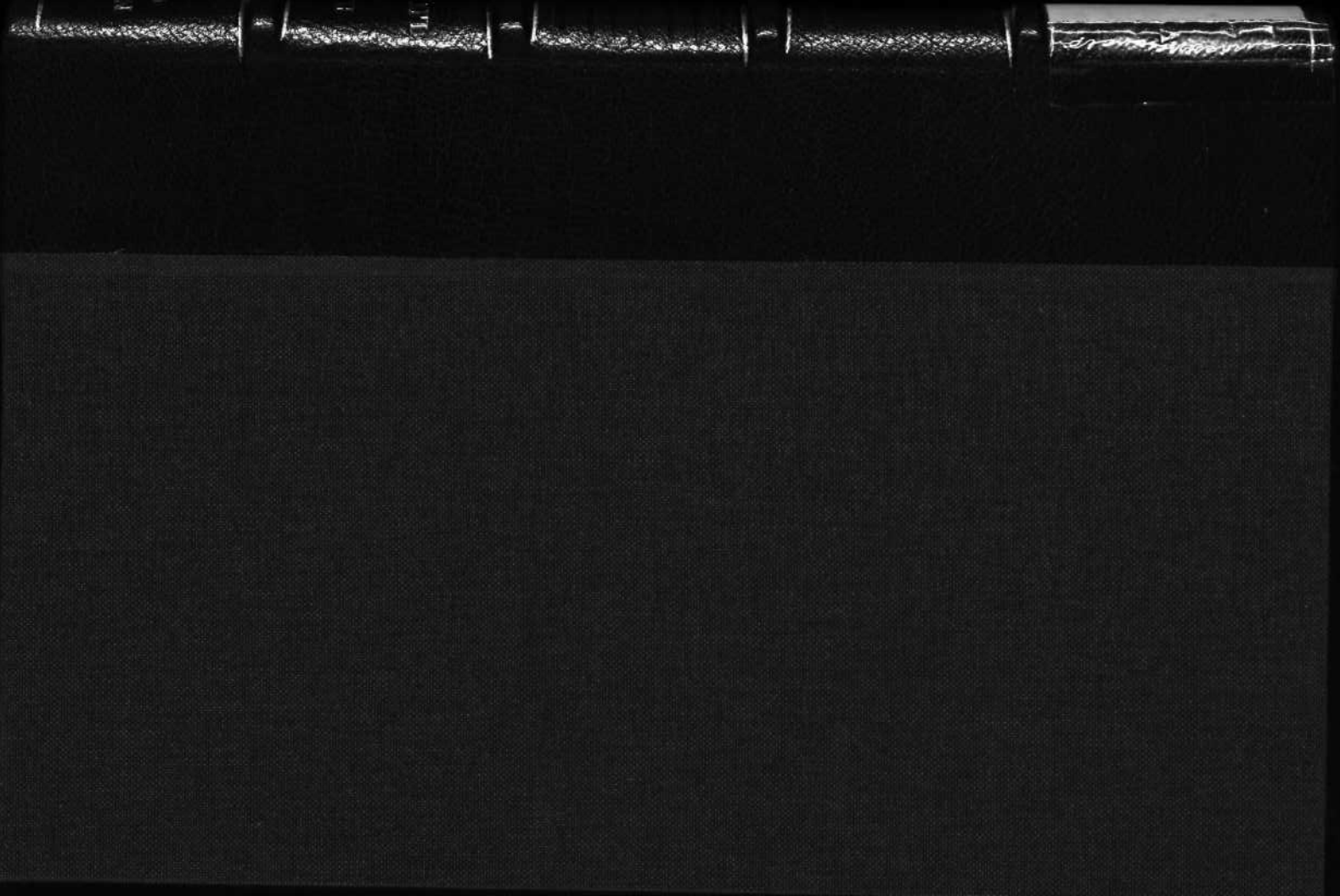
LA FASTIGINIA, de Pinheiro de Veiga. *Traducción del portugués, con notas.*—Valladolid, 1916.

EL LINDO DON DIEGO y EL DESDÉN CON EL DESDÉN, de Moreto. *Edición con prólogo y notas.*—Madrid, *La Lectura,* 1916.

ZORRILLA. SU VIDA Y SUS OBRAS.—*Tomo I.*—Valladolid, 1917.

VALLADOLID Y LA ARMADA INVENCIBLE.—Madrid, 1917.

GRAMÁTICA ELEMENTAL DE LA LENGUA CASTELLANA.—Valladolid, 1917.



N. ALONSO CORTÉS

HISTORIA DE LA LITERATURA

G 21418